

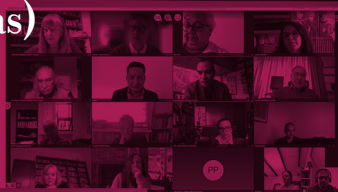


# Pensar América Latina y el Caribe desde el Instituto Mora



**Silvia Dutrénit Bielous**  
**Diana Guillén**  
(editoras)

*testimonios*





# Pensar América Latina y el Caribe desde el Instituto Mora

**Silvia Dutrénit Bielous**  
**Diana Guillén**  
(editoras)

*testimonios*



**CONAHCYT**



CIP. INSTITUTO MORA. BIBLIOTECA ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

NOMBRES: Dutrénit Bielous, Silvia | Guillén, Diana

TÍTULO: Pensar América Latina y el Caribe desde el Instituto Mora / Silvia Dutrénit Bielous, Diana Guillén (editoras).

DESCRIPCIÓN: Primera edición | Ciudad de México : Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2022 | Serie: Colección Testimonios.

IDENTIFICADORES: ISBN: 978-607-8793-81-5

PALABRAS CLAVE: América Latina | Caribe | Instituto Mora | Investigación histórica | Docencia | Colaboración | Investigadores | Relatos personales | Aniversario

CLASIFICACIÓN: DEWEY 972 PEN.a | LC F1201 P3

Composición fotográfica de portada: Marco Ocampo. Fotografías tomadas del archivo de la biblioteca Ernesto de la Torre Villar y de colecciones particulares.

Este libro fue evaluado por el Consejo Editorial del Instituto Mora y se sometió al proceso de dictaminación en sistema doble ciego siendo aprobado para su publicación.

Primera edición electrónica, 2023

Primera edición, 2022

D. R. © Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora

Calle Plaza Valentín Gómez Farías 12, San Juan Mixcoac,

03730, Ciudad de México.

Conozca nuestro catálogo en <[www.mora.edu.mx](http://www.mora.edu.mx)>

ISBN: 978-607-8793-81-5      Rústica

ISBN: 978-607-8793-90-7      PDF acceso abierto

Impreso en México

*Printed in Mexico*

## ÍNDICE

|  |    |
|--|----|
| Volver al principio desde un presente con nuevas miradas<br>y nuevos nichos<br><i>Diana Guillén y Silvia Dutrénit Bielous</i>  | 7  |
| DESDE LOS ORÍGENES   |    |
| Latinoamérica como mapa de ruta: elección o destino?<br><i>Diana Guillén</i>   | 45 |
| Escribir sobre Nicaragua desde los ochenta<br><i>María del Carmen Collado Herrera</i>  | 55 |
| De las luchas revolucionarias a los nuevos autoritarismos:<br>Centroamérica, 1979-2021<br><i>Mónica Toussaint</i>  | 65 |
| Experiencias desde la vida académica en el Mora: retos,<br>embates y debates<br><i>Silvia Dutrénit Bielous</i>   | 76 |
| El Caribe en el Mora. Los inicios y primeras<br>décadas de su estudio en nuestra institución. Recuerdos para<br>celebrar su 40 aniversario<br><i>Johanna von Grafenstein</i> | 87 |

|   |     |
|---|-----|
| De límite a frontera. Miradas a la región del Caribe<br><i>Laura Muñoz</i>  | 99  |
| Importancia de estudiar desde México la historia de los países<br>que integran América Latina<br><i>Rodrigo Rafael Espino Hernández</i>                                 | 109 |
| <b>NUEVAS MIRADAS NUEVOS NICHOS</b>   |     |
| Los 40 años del Instituto Mora<br><i>Alejandro Monsiváis Carrillo</i>   | 125 |
| La cuadratura del círculo: los retos de la organización<br>académica en un instituto con vocación multidisciplinaria<br><i>Carlos Domínguez Virgen</i>                  | 130 |
| Sociología política en y desde América Latina: El Instituto<br>Mora como espacio de docencia<br><i>Kristina Pirker</i>  | 144 |
| Evocando al Mora desde la distancia: experiencias<br>y recuerdos personales<br><i>Alberto Martín Álvarez</i>  | 156 |
| Los senderos del latinoamericanismo y la interdisciplina:<br>notas sobre mi experiencia en el Instituto Mora<br><i>Mateo Crossa</i>                                     | 164 |
| Más allá de la obiedad y el rechazo. Apuntes sobre el<br>Instituto Mora y la historia reciente/del presente de América Latina<br><i>Mario Virgilio Santiago Jiménez</i> | 174 |
| Sobre los autores   | 185 |

## VOLVER AL PRINCIPIO DESDE UN PRESENTE CON NUEVAS MIRADAS Y NUEVOS NICHOS

Silvia Dutrénit Bielous y Diana Guillén

América Latina y el Caribe ha sido desde tiempo atrás un campo de estudio en el que abrevan luchas y esperanzas. Quienes adoptamos la mirada regional como estrategia heurística, lo sabemos y buscamos hurgar en los hilos de una universalidad que se teje desde la diversidad. Los desafíos metodológicos y/o políticos que la tarea conlleva valen la pena; el objetivo es construir algo más que un telón de fondo a partir de las historias particulares que en conjunto dan vida al heterogéneo todo.

¿Cómo acercar la lente a este último? De manera similar a lo que sucede en otras áreas del conocimiento, no hay caminos preestablecidos, las preguntas que guían la investigación determinan en cada caso el rumbo a seguir. Sin embargo, un posible punto de partida es el análisis a escala local de los procesos de nuestro interés y su posterior contraste con lo sucedido en otros lugares. Sea que desde el inicio se recurra al método comparativo o que se indague sobre unidades aisladas, de manera paulatina y acumulativa se va delineando un rompecabezas formado por piezas en permanente cambio que, al ensamblarse, delinean los contornos de Nuestra América.

Dado que las instituciones y espacios donde se la estudia suelen complementarse, los aportes que cada cual realiza documentan la unidad de lo diverso. En el caso de la Ciudad de México (CDMX), el Instituto Mora es uno de los lugares en que la investigación sobre América Latina y el Caribe se ha priorizado bajo esa doble óptica: entender los procesos que han tenido lugar en unidades nacionales y subnacionales e identificar líneas que hermanan historias sin importar distancias territoriales y culturales. En un principio, la intención fue acercar al público amplio a la historia decimonónica de cada país, con el paso del tiempo se redirigió la mira y se empezó a producir conocimiento original sobre temas acotados.

A lo largo de cuatro décadas, el Mora ha puesto así su grano de arena para dotar de sentido el espectro que José Martí imaginó y que conforme avanza el siglo XXI se reinventa. Ha sido un trabajo en diálogo con entidades de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), como el Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA), en la Facultad de Ciencias Políticas y SOCIALES (FCPYS), el Colegio de Estudios Latinoamericanos (CEL), de la Facultad de Filosofía y Letras (FFYL), el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CEIICH), el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC), el Instituto de Investigaciones Históricas (IIH) y el Instituto de Investigaciones Sociales (IIS).

Además de la UNAM, en la CDMX se han tendido puentes con centros cuya cabeza de sector es el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), como el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), o el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), y con instituciones como El Colegio de México (COLMEX), la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y el Instituto Matías Romero de la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE). Un listado exhaustivo tendría que ampliar la menciones e incluir otros puntos dentro y fuera de la república mexicana, nos limitamos al entorno ciudadano por razones de espacio, pero invitamos a descubrir en los textos que conforman el presente volumen los frutos positivos de haber trabajado hombro con hombro en distintas arenas.

El compromiso hacia el devenir latinoamericano y caribeño presente en todos ellos se conjuga con la certeza de que nuestro objeto de estudio posee marcas de agua sólo desentrañables sumando fuerzas y volteando hacia la multidisciplinaria. *Pensar América Latina y el Caribe desde el Instituto Mora* recoge el testimonio de trece colegas que en distintos momentos se han integrado a nuestra planta académica y que en algunos casos han migrado a otras trincheras. Dejar huellas editoriales de la conversación a muchas voces sostenida con todos ellos a finales de agosto de 2021, permite resguardar memorias que ayudan a reconstruir fragmentos particulares de la historia institucional.

Anécdotas y vivencias personales se entreveran con resultados de investigación y docencia y con ejercicios de colaboración dentro y fuera del Instituto como parte de las remembranzas a las que convocó el (re)encuentro con el que celebramos un cumpleaños más, el número 40, del espacio de trabajo que muchas y muchos de nosotros consideramos una segunda casa. El caleidoscopio resultante guarda la experiencia de quienes dimos los primeros pasos para dejar plantada la semilla latinoamericanista y caribeña, de quienes han abonado a cultivarla y de quienes tomarán la estafeta cuando un necesario relevo generacional se consume.



Desde los proyectos fundantes hasta los actuales, muchos textos se han escrito, clases se han impartido, tesis se han dirigido y actividades diversas se han realizado para construir/difundir conocimiento sobre la región desde el Instituto Mora. El banderazo de salida lo dio Eugenia Meyer cuando en 1983 asumió la Dirección General del mismo, para ese entonces pensar y repensar América Latina y el Caribe era una práctica común en diversos escenarios de la historia y las ciencias sociales. Al igual que ahora, urgencias generales provocadas por problemáticas acumuladas en el largo plazo y tensiones inscritas en inequidades societales de carácter ancestral apelaban a la reflexión y actitud propositiva entre amplios sectores.

También era común que se pusiera poca atención a la perspectiva histórica frente a horizontes marcados por situaciones que presionaban al límite: deuda externa, pobreza endémica entre amplios sectores de la población y riqueza insultante de unos cuantos, Estados de bienestar en su nivel mínimo o inexistentes, conflictos armados en curso o nunca resueltos del todo, democracias atrapadas por militares o desvirtuadas y restringidas en su práctica, por mencionar algunos de los escenarios más apremiantes. La economía, la ciencia política, la sociología, entre otras disciplinas, parecían ofrecer un mejor análisis de lo inmediato que el que la historia pudiera dar en momentos en que las exigencias del día a día invitaban a atender el presente.

Sin embargo, la apuesta que desde la década de los ochenta del siglo xx se impulsó en el Instituto Mora partió de reivindicar el saber histórico como relación activa con el pasado. Romper con visiones que circunscriben dicho saber al ámbito del conocimiento en sí, aproximación por lo demás válida en cuanto a la investigación misma, ayuda a recuperar otra dimensión con igual trascendencia: el potencial de la historia como herramienta cognoscitiva útil para la práctica social.

Además, al mirar hacia América Latina y el Caribe se descubre con cuánta frecuencia se ha recurrido a generalizaciones que desdibujan características propias de su diversidad. Identificar tendencias regionales ha permitido analizar las dimensiones estructurantes que atraviesan al subcontinente, pero a la vez se ha corrido el riesgo de relegar o inhibir la riqueza explicativa que puede dar el rescate de lo nacional.

Durante mucho tiempo nuestra América fue una idea plasmada cartográficamente, de allí la pertinencia del proyecto impulsado en el seno del Mora. Se asumía que el plano regional estaba compuesto por un conjunto de países articulados y comunicados que se proclamaban parte de un todo y que se buscaban para conquistarlo. En la medida en la que era una realidad multifacética y no una entelequia, descifrar sus entrañas implicaba conocerla en cada rincón, recuperar de ella identidades y diversidades.

Los análisis a propósito de la formación de las naciones elaborados por nuestro querido maestro René Zavaleta, quien con agudeza planteó la necesidad de buscar las particularidades históricas para no desvirtuar los desarrollos presentes, son en ese sentido ilustrativos. Respecto a su país, Bolivia, planteaba que podía hablarse de un nacionalismo sin nación, incluso si en muchas interpretaciones del desarrollo latinoamericano predominaba la idea de que la formación de los Estados nacionales era un proceso concluido de manera genérica hacía tiempo. En realidad, cada país posee núcleos problemáticos distintos, razonar sobre las naciones al margen de los casos históricos debilita las conclusiones a las que pueda llegarse.

Cuando el Instituto Mora trazó sus primeras rutas investigativas e incluyó en las mismas a América Latina y el Caribe, la divulgación del conocimiento histórico de lo nacional latinoamericano tenía poco tiempo de haberse incorporado en el terreno de las enseñanzas formal e informal. En otros puntos del continente también resultaba difícil para las mujeres y hombres comunes encontrar textos que los introdujeran en el devenir mediato y más lejano de los países vecinos, ni qué decir de los distantes.

La mirada regional quizá había adquirido mayor fuerza en México porque este último representaba un lugar de destino para quienes huían de escenarios políticos convulsionados, pese a una política compleja y hasta incomprensible para muchos de los acogidos/recibidos, en lo que refiere a la relación entre política interna y política exterior. No es casual que en la FFYL se impartieran una licenciatura, una maestría y un doctorado en Estudios Latinoamericanos, ni que en la FCPYS también hubiese una maestría y un doctorado con el mismo título. Mientras en el primer caso las disciplinas aglutinantes eran la filosofía, la historia y la literatura, en el segundo eran las ciencias políticas y sociales. Así lo indicaban sendos paréntesis colocados en los documentos con lo que se acreditaba el grado obtenido.

Como se adelantó líneas arriba, el Mora sumó recursos con otros centros interesados en la región. Ello en el marco de intereses académicos y cercanías solidarias que ayudaran a encontrar salidas ante las asonadas militares y violentas persecuciones desde poderes cívico castrenses, que recorrían el Cono Sur, y las guerras civiles que asolaban a Centroamérica. Para entonces el rescate de los procesos históricos nacionales, en especial aquellos que atienden a determinadas décadas del siglo XX, se había ya empezado a traducir en valiosos estudios. También se había avanzado en la incorporación de la historia latinoamericana a la currícula de los niveles básico y subsiguientes, reafirmando así el carácter de la región como sujeto histórico, político y cultural, a la vez que como objeto de estudio.

Existía sin embargo una escasez de trabajos que recuperasen las formaciones históricas nacionales y que tuviesen fines didácticos y de amplia difusión, más aún, localizar obras que pudieran servir como fuentes se convertía en una tarea cuesta arriba. Por eso nuestras primeras contribuciones se abocaron al siglo fundacional de la mayoría de los Estados nacionales. Siglo que también encierra el momento de la independencia en gran parte de ellos y que cobija las etapas constitutivas de nuestras naciones. Se trata de un arco temporal muy importante, incluso en un sentido mítico, pues a partir de él se recrean hasta nuestros días pautas y comportamientos socioeconómicos e ideológicos de diverso signo. La propuesta era captar la esencia de ese siglo XIX en su sentido estructural más que en su transcurrir cronológico, es decir, abordar los procesos que van desde el ocaso del mundo colonial, hasta la configuración de las estructuras estatales, ciclos en los que quedan delineadas las características centrales de la contemporaneidad.

Las baterías se encaminaban a rastrear los grandes procesos que han configurado la vida societal e interesaban los tejidos finos que entrelazan a la economía, la política, la cultura, la ideología y todos los aspectos que intervienen en la producción/reproducción de las distintas formas de actuar y relacionarse en sociedades cambiantes. La perspectiva de la que partimos no privilegiaba el hecho político como explicativo de la historia, menos aún el transitar de los héroes como eje en torno al cual había girado el desarrollo nacional. Por el contrario, se indagaba sobre la acción de los contingentes sociales entendidos como sujetos centrales de la historia y por tanto piezas determinantes en el transcurrir de la misma.

El objetivo era cubrir la totalidad de los Estados que forman parte de América Latina y el Caribe, empezando por Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Panamá, Costa Rica, Cuba y Haití. Los encargados de aterrizar el proyecto fuimos María del Carmen Collado Herrera, Silvia Dutrénil Bielous, Rodrigo Rafael Espino Hernández, Diana Guillén, Selva López, Raúl Martínez, Javier Rodríguez Piña, Mónica Toussaint, Johanna von Grafenstein y Pablo Yankelevich. Nos tomó cerca de un lustro plasmar editorialmente parte de la labor realizada, el camino recorrido fue en todo momento pensando en un público poco conocedor de historias que procuramos captar en su individualidad y al mismo tiempo extraer de ellas los rasgos comparables.

Sin abandonar el rigor científico y metodológico que orienta el quehacer del historiador, el conjunto de lo hecho no se caracterizó por la exhaustividad de los temas reseñados, ni por la especialidad otorgada al análisis, se intentó en cambio dar una visión general del acontecer histórico destacando sólo aquellos aspectos que contribuían a su mejor comprensión. La estrategia elegida era congruente con el hueco bibliográfico a llenar, a

través de ella intentamos reivindicar el derecho del público no especializado de acceder a lecturas diseñadas para aprehenderse sin necesidad de contar con conocimientos previos en los planos conceptual y fáctico.

Entre 1988 y 1989 verían la luz dos colecciones: América Latina. Una Historia Breve y América Latina. Textos de su Historia. La primera traducía un esfuerzo de síntesis en el que se acotaban los principales fenómenos y procesos del devenir histórico. Los distintos volúmenes que la componen procuraron eludir en su estructura capitular los cortes estrictamente políticos para atenerse a los que respondían a mudanzas estructurales. Ello permitió considerar y analizar los niveles básicos del desarrollo que configuraron las formaciones históricas aludidas. Asimismo, en cada caso se anexaron cronologías comparadas que consignaban los sucesos más relevantes del país en cuestión y de México.

A este primer esfuerzo fundacional para estudiar y pensar América Latina, a partir de 1998 se fueron sumando otros textos ubicados dentro de la colección Perfiles, algunos siguiendo la línea de historias breves, cuyos ejemplos son Venezuela, Jamaica y República Dominicana. En Perfiles, al mismo tiempo se publicaron los libros sobre Ecuador y otros con acercamientos diversos a la historia de países latinoamericanos. Este ya importante acervo bibliográfico, elaborado desde el Instituto Mora, fue acrecentado en los mismos años por la historia breve de Uruguay y Argentina del siglo XIX, sin que se integraran a la colección Perfiles. También se publicó la historia de Belice en coedición con el CEMCA. Al crecimiento en títulos publicados contribuyó una más amplia planta académica con la incorporación de Ana Buriano, Laura Muñoz, Patricia Pensado, Guadalupe Rodríguez y Dení Trejo. Conforme se ajustaban las metas y líneas institucionales de investigación algunos títulos quedaron en el tintero, aunque ya se hubiesen avanzado o concluido como en los casos de Bolivia y Brasil. A partir de la década de los noventa, las síntesis históricas cedieron su lugar a investigaciones de carácter especializado y en lo que va de la presente centuria la incorporación de nuevas y nuevos colegas, Mateo Crossa, Carlos Domínguez Virgen, Alberto Martín Álvarez, Alejandro Monsiváis Carrillo, Martín Paladino, Kristina Pirker y Mario Virgilio Santiago Jiménez, ha contribuido a ampliar y diversificar en términos disciplinarios el tratamiento de temas sensibles para la región.

La colección América Latina. Textos de su Historia estaba por su parte integrada con antologías que, siguiendo a Carlos Real de Azúa, intentaban en la medida de lo posible combinar criterios derivados de un requerimiento desdoblado: recurrir a autores y textos con alto nivel de calidad y optar por los que fueran representativos tanto de la producción nacional como de los temas consignados. De más está decir que la elección

y tratamiento de lo antologado no escapó a la sintonización entre nuestros intereses y los problemas que sacudían a la región.

Las fuentes consultadas y las que finalmente se integraron eran variadas, desde documentos, testimonios y relatos de viajeros, hasta interpretaciones y análisis contemporáneos de los procesos reseñados. Los materiales por esa vía reunidos permitían conectar con la historia e historiografía de cada país a las y los lectores interesados. El principal valor de la colección fue poner a disposición del público que estima la temática, un conjunto de textos de difícil acceso, tanto por no estar siempre disponibles en las bibliotecas mexicanas, cuanto por la no existencia de versiones traducidas.

Si bien buena parte del material bibliohemerográfico con el cual se contó para elaborar ambas colecciones fue resultado de una selección exhaustiva de lo existente en acervos públicos del, en ese entonces, Distrito Federal, una paciente labor, propia del historiador, permitió llegar por infinitos canales a bibliotecas particulares mexicanas y latinoamericanas y a repositorios norteamericanos. Así se enriquecieron de manera considerable las fuentes para hurgar en la centuria antepasada y también el tipo de material que las antologías difundieron.

En suma, el proyecto sobre historia de América Latina y el Caribe con el que se sembraron en el Instituto Mora líneas regionales de pensamiento y análisis que reinventándose han trascendido en el tiempo, dejó como huella reconstrucciones basadas en las interpretaciones a nuestro juicio más significativas de las historias nacionales. En el paso de estas últimas a investigaciones con otros objetivos han participado quienes siguen cultivando el estudio de otros países de la región y quienes hemos volteado hacia México sin perder la vocación latinoamericanista.

Queda constancia de ello en los breves textos que a manera de testimonio personal y colectivo se incluyen en el presente volumen. Las trece contribuciones abordan una o varias de las interrogantes que sirvieron de disparador en nuestro (re)encuentro: ¿Qué papel ha desempeñado el Instituto Mora en la producción de conocimiento sobre América Latina? ¿Cómo atraviesa la dimensión regional la construcción de objetos de estudio acotados a realidades nacionales y subnacionales? ¿Cuáles son las ventajas y cuáles los retos de incorporar dicha dimensión? ¿Cómo han variado unas y otros en las últimas cuatro décadas?

Al responderlas, anécdotas y remembranzas afectivas se cuelan en narraciones que de una en una reconstruyen fragmentos de la historia institucional. Quienes participamos en la elaboración de las antologías y síntesis históricas describimos de distintas maneras lo que significó iniciar nuestra carrera académica con un proyecto diseñado para elaborar a partir de fuentes secundarias

obras de divulgación. Aunque varios detalles se repiten, los matices que cada cual imprime llenan huecos y muestran que, al igual que nuestro objeto de estudio, la unidad del equipo que conformamos estaba dada desde la diversidad. De la lectura de cada testimonio se desprende que las siguientes generaciones compartieron otro tipo de experiencias, probablemente porque el proyecto fundante ya no existía y las dinámicas de trabajo también eran otras.

El primero de los textos, a cargo de Diana Guillén, inicia un bloque de contribuciones y acentúa lo enriquecedor que fue haberse integrado a un proyecto que se engarzaba con la vocación continental adquirida desde la niñez. Única socióloga entre colegas cuya formación inicial apuntaba al campo disciplinar de la historia, al contacto con ellas y ellos se reencontró con su disciplina de origen, pero de manera enriquecida y ratificando la importancia de conservar las aproximaciones regionales. En su caso, el tránsito hacia la investigación especializada una vez concluida la síntesis y la antología sobre Costa Rica, la llevó a trabajar sobre México desde su irrenunciable veta latinoamericanista.

María del Carmen Collado Herrera, por su parte, llama la atención sobre el contexto en el que eligió trabajar Nicaragua. Quizá para las y los jóvenes de hoy la mención al sandinismo se asocie con la imagen de un régimen dictatorial; sin embargo, en la década de los ochenta del siglo pasado la situación era otra y, convencida de que la historia se hace siempre desde el presente, la trayectoria del país centroamericano no sólo despertó su curiosidad, sino que le interesó identificar similitudes con la historia mexicana. Lo hizo bajo la influencia de la escuela de los segundos *Annales* e inspirada en la escuela social inglesa y la teoría de la dependencia en boga para ese entonces.

También para Mónica Toussaint la lucha del pueblo nicaragüense contra la tiranía de Anastasio Somoza fue un detonante. Egresada de la licenciatura en Estudios Latinoamericanos, desde el inicio de la carrera su interés giró en torno a Centroamérica, la posibilidad de elaborar la síntesis y la antología sobre Guatemala le vino, por tanto, como anillo al dedo. Al concluir ese ciclo su atención se enfocó en Belice, lo que le permitió extender el periodo de análisis hasta el siglo XX que era donde se centraba su mayor interés. Su trayectoria posterior incluye el abordaje de temas variados que se ensamblaron con el interés por la historia diplomática y que incluyeron un tercer eje territorial además de México y Centroamérica: Estados Unidos.

La cuarta contribución está a cargo de Silvia Dutrénit Bielous. Dentro de la colección de antologías y síntesis sobre Centroamérica, proyecto que fue la responsable de llevar a buen puerto, Silvia se hizo cargo de El Salvador. Por su formación y trayectoria desde entonces estaba más inclinada hacia la historia reciente, veta que ha marcado con mayor fuerza su

carrera y ha enmarcado valiosas contribuciones apoyadas en la historia oral. Las múltiples temáticas que abarca su trabajo han abierto líneas de investigación que hoy por hoy forman parte del sello del Instituto Mora e incluso más allá de América Latina.

Como se mencionó líneas arriba, además de Centroamérica, el Caribe formó parte del proyecto inicial. Javier Rodríguez Piña y Johanna von Grafenstein iniciaron el camino y ella nos cuenta cómo fue que “le tocó” trabajar sobre Haití. Después de confesar que en un inicio estaba un poco temerosa, pronto perdió el miedo y al paso del tiempo no sólo siguió interesada en la historia de este país, sino que participó en la creación de la Asociación Mexicana de Estudios del Caribe (AMEC), con sede oficial en el Instituto Mora, y posteriormente de la Red de Investigadores y Estudios del Caribe, esfuerzos ambos que han impulsado de manera decidida las investigaciones sobre esta porción del continente americano.

Actualmente, los aportes del Instituto en la producción y difusión de conocimiento sobre la región caribeña son reconocidos dentro y fuera de México. Junto con Johanna, Laura Muñoz ha empujado con entusiasmo y convicción las iniciativas que lo han hecho posible. En su caso, por razones que sólo el azar es capaz de marcar, al ingresar al Instituto se le asignó la investigación sobre Jamaica. Fue su puerto de entrada a temas que no ha abandonado a propósito de las dimensiones regional y fronteriza, y que se empalman con su interés por las imágenes como fuente para la investigación social e histórica.

Rodrigo Rafael Espino Hernández, “el Chiquilín” como nos dice era conocido, es otro de los integrantes del equipo que inició la aventura destinada a producir antologías y síntesis históricas. Al igual que Mónica, Johanna y Laura, cursó la licenciatura en Estudios Latinoamericanos, la cual todavía no concluía cuando se incorporó al proyecto. Con Raúl Martínez, el otro “Chiquilín”, trabajó sobre Panamá, posteriormente tuvo que optar entre permanecer en la ciudad de México o trasladarse a su terruño y anteponiendo razones familiares a cualquier otra consideración, optó por lo segundo para migrar al Centro de Enseñanza para Extranjeros (CEPE-UNAM) con sede en Taxco, Guerrero.

Las siguientes remembranzas abren un segundo bloque de textos escritos por quienes se incorporaron a la planta académica del Instituto en el presente siglo. El ingreso de colegas provenientes de la ciencia política, la sociología y la economía amplió un perfil disciplinario que de inicio estuvo cargado hacia la historia. Dado que el proyecto fundante se centraba en la trayectoria decimonónica de los países latinoamericanos y caribeños, el sesgo era lógico, como también lo fue la posterior necesidad de apuntalar



los programas docentes que ofrecía el Instituto: las maestrías en Sociología Política, Estudios Regionales y Cooperación Internacional para el Desarrollo, y más recientemente el doctorado en Estudios del Desarrollo Problemas y Perspectivas Latinoamericanas.

Alejandro Monsiváis Carrillo fue una de las primeras contrataciones que apuntaron en ese sentido. Para ese entonces ya no había un proyecto de América Latina como tal, por lo que tanto él como quienes llegaron después se insertaron en alguna de las áreas en las que estaba distribuida la planta y desde allí desarrollaron investigaciones que directa o tangencialmente involucraban la dimensión regional. En su caso, recién iniciaba la carrera académica y lo hacía en medio de la efervescencia que generó la recién inaugurada posibilidad de alternancia partidista durante las elecciones presidenciales del año 2000. Sus primeros abordajes de investigación y docencia se encaminaron hacia allá y aunque hace ya varios años que se incorporó al COLEF, las líneas de trabajo que inició han abierto espacios para repensar lo regional y lo local de las transiciones a la democracia en el subcontinente.

El segundo texto de este bloque es de Carlos Domínguez Virgen, en él aborda los retos y desafíos de la reestructura interna que se llevó a cabo en el área de investigación del Instituto Mora durante los años 2016-2017. Explica la metodología, los pasos y las deliberaciones que permitieron justificar dicha labor y que derivaron en la propuesta que hasta el día de hoy sigue vigente. En un segundo momento también explica de qué manera se estructuró el doctorado en Estudios del Desarrollo. Problemas y Perspectivas Latinoamericanas (DEDPPLA). Ambos aspectos ayudan a entender las formas en las que los estudios sobre América Latina se han consolidado históricamente como parte de las fortalezas del Instituto Mora, tanto en su vertiente de investigación como de docencia.

Kristina Pirker, por su parte, nos presenta un acucioso rastreo de temas relacionados con América Latina que se han incorporado a las tesis defendidas para optar por la maestría en Sociología Política. Como profesora y como coordinadora de dicho programa, desde su ingreso al Instituto ha apuntalado el interés por la región presente desde los primeros planes de estudio y en la actualidad trasladado a una línea de aplicación de conocimiento, Memoria e Historia de México y América Latina, y a un curso obligatorio, que desde antes estaba instalado en el programa, Política y sociedad en América Latina. La presencia de Kristina ha contribuido además a reforzar el carácter multidisciplinario al que invitan los acercamientos a la región.

La llegada de Alberto Martín Álvarez también se relaciona de manera central con la maestría en Sociología Política. Al igual que Kristina y Alejandro, la ha coordinado y ha participado como profesor. Además de impulsar



la mirada regional en este programa docente, sus temas de investigación están impregnados de ella y en su paso por la Dirección de Apoyo Académico, de la que dependen las áreas de Publicaciones y Biblioteca, también se hizo presente. Aunque su actual adscripción esté en la Universidad de Girona, desde la cual continúa construyendo conocimiento sobre América Latina, su texto deja ver la cercanía que mantiene con el Instituto.

Mateo Crossa y Mario Virgilio Santiago Jiménez son las dos últimas incorporaciones que apuntalan la perspectiva regional. El primero nos narra cómo el Mora se coló en su vida desde la adolescencia, cuando buscando información sobre Uruguay, lugar del que habían salido huyendo sus padres a raíz del golpe de Estado, se topó con el libro de la colección de síntesis históricas dedicado a ese país. A ello se sumó la impresión que le dejó la participación en un encuentro universitario de Ana Buriano, pilar de nuestro Instituto, y varias situaciones que de una u otra manera parecían tenderle puentes con el Mora mucho antes de incorporarse como profesor investigador. En la actualidad, coordina la maestría en Estudios Regionales y también mantiene una fuerte relación con el doctorado en Estudios del Desarrollo. Problemas y Perspectivas Latinoamericanas.

Finalmente, el texto que cierra el volumen está a cargo de Mario Virgilio Santiago Jiménez. Aunque su ingreso como profesor investigador sea muy reciente, sus vínculos con el Instituto se remontan en el tiempo. Formado en el campo de la historia, Mario estudió la maestría y el doctorado con nosotros y su interés por la historia del presente/reciente, una de las especialidades del Mora ligada con la semilla latinoamericanista, lo trajo de regreso. Además de coordinar la maestría en Sociología Política y de reforzar desde ella la multidisciplinaria, otro elemento favorecido por esa semilla que nos caracteriza, junto con Carlos, Kristina y Mateo, seguramente continuará regándola para que continúe floreciendo como hasta ahora lo ha hecho.

En suma, a cuatro décadas de distancia de la creación del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, el perfil de sus profesoras(es)-investigadoras(es) y la oferta académica se han diversificado, pero la perspectiva regional con la que arrancó sigue presente en el trabajo de varias y varios de nosotros. Acercar la mirada a la historia de América Latina y el Caribe ha sido un eje estructurante de los esfuerzos de investigación, docencia y divulgación que realizamos; por ello, no quisimos dejar pasar nuestro aniversario número 40 sin (re)encontrarnos con quienes formamos parte del equipo que elaboró los primeros trabajos dirigidos a un público amplio y con quienes al paso del tiempo han producido, enseñado y divulgado conocimiento sobre Nuestra América desde el Instituto.

Además del enorme gozo que nos provocó compartir pantalla, dadas las condiciones sanitarias tuvimos que conversar a distancia, tampoco quisimos que el viento se llevara lo allí expresado. Por suerte, la mayoría de las intervenciones se tradujeron en testimonios escritos a los que usted lectora, usted lector, podrá acercarse a través de este volumen. Encontrará en ellos vivencias narradas desde estilos propios y con énfasis también personalizados de lo que cada trayectoria recupera. La edición del recorrido al que invita *Pensar América Latina y el Caribe desde el Instituto Mora* respetó la decisión de los aspectos a resaltar y de incluir, o no, llamados a la producción bibliográfica surgida de proyectos con impronta regional. Algunos capítulos incorporan parte de ella en el cuerpo del texto, otros la dejan referenciada al final y otros más no requieren mencionarla como parte de la reconstrucción que proponen.

Quienes de la mano de los relatos que a continuación se incluyen se crucen por primera vez con nuestra historia institucional, pueden hacerse una imagen más acabada de dicha producción al consultar el anexo 1. Asimismo, sin pretender dar cuenta de un devenir cuya reconstrucción escapa a nuestras posibilidades, en el anexo 2 ubicamos algunos cambios importantes posteriores a la metamorfosis que, a cinco años de su constitución en 1976 como Bibliotecas Mexicanas, A. C., dio paso por decreto presidencial al Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

Historiar la travesía que surge de un proyecto bibliofílico que después de 1981 se extendió a otras áreas del quehacer académico, seguramente será objeto de futuros esfuerzos editoriales, mientras tanto aquí queda una pequeña muestra testimonial que esperamos sume a esa labor de largo alcance. Bajo la misma premisa el anexo 3 ayuda a delinear rostros y escenarios ya idos, imágenes que registran distintos momentos de las últimas cuatro décadas son una huella más de la apuesta latinoamericanista impulsada por el Instituto Mora. Tocaré a las nuevas generaciones mantenerla con vida, que así sea...

Ciudad de México, 28 de febrero de 2022.

## ANEXO 1. MUESTRA INDICATIVA DE LA PRODUCCIÓN EDITORIAL DEL INSTITUTO MORA EN EL MARCO DE LOS PROYECTOS SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

Armijo, N. y Toussaint, M. (coords.) (2015). *Centroamérica después de la firma de los Acuerdos de Paz: violencia, fronteras y migración*. México: Instituto Mora/Universidad de Quintana Roo (Contemporánea internacional).

- Armijo, N. y Toussaint, M. (coords.) (2020). *Guerra y posguerra en Centroamérica*. México: Instituto Mora (Contemporánea internacional).
- Buriano, A. (2000). *Ecuador*. México: Instituto Mora (Perfiles. América Latina).
- Buriano, A. (2008). *Navegando en la borrasca. Construir la nación de la fe en el mundo de la impiedad, Ecuador, 1860-1875*. México: Instituto Mora (Historia internacional).
- Buriano, A., (2019). *Panorámica de la prensa en el Ecuador garciano. Construcción y cuestionamiento de una legitimidad política, 1860-1875*. México: Instituto Mora (Historia política).
- Buriano, A. (ed.) Dutrénit, S. y Rodríguez, G. (2001). *Tras la memoria. El asilo diplomático en tiempos de la Operación Cóndor*. México: Instituto Mora/Instituto de Cultura de la Ciudad de México.
- Buriano, A. (Comp.) (2011). *El "espíritu nacional" del Ecuador católico: artículos selectos de El Nacional, 1872-1875*. México: Instituto Mora (Historia internacional).
- Buriano, A. y Dutrénit, S. (2009). *Uruguay: textos de la historia*. México: Instituto Mora (Historia internacional).
- Buriano, A., Dutrénit S. y Vázquez D. (coords.) (2015). *A cuarenta años de los golpes de Estado en Chile y Uruguay*. México: Instituto Mora/FLACSO-México.
- Collado Herrera, C. (1988). *Nicaragua. Una historia breve*. México: Universidad de Guadalajara/ Instituto Mora/ Alianza Editorial (América Latina, una historia breve).
- Collado Herrera, C. (1988). *Nicaragua, textos de su historia*. México: Universidad de Guadalajara/ Instituto Mora/ Nueva Imagen (Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe).
- Collado, C. (2000). *Venezuela, una historia breve*, México: Instituto Mora (Perfiles. América Latina y El Caribe).
- Collado, C., Dutrénit, S., Guillén, D., López, S. y Yankelevich, P. (1988). *Centroamérica. Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe*, 2 vols. México: Universidad de Guadalajara/ Instituto Mora/ Nueva Imagen/ SEP/ Programa Cultural de las Fronteras. (Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe).
- Domínguez, J. C. (2014). *Desplazamiento forzado por proyectos de desarrollo: retos para la cooperación internacional en América Latina*. México: Instituto Mora (Cooperación Internacional).
- Domínguez, J. C. (2015). *Megaproyectos fallidos en Latinoamérica. Sociología histórica y política comparada*. México: Instituto Mora (Contemporánea. Políticas públicas).
- Domínguez, J. C., López, J. C. (2021). *Autonomía y resistencia en el siglo XXI: voces del teatro (independiente) en la Ciudad de México*. México: Instituto Mora (Contemporánea).
- Domínguez, J. C. (coord.) (2017). *Megaproyectos, desplazamiento forzado y reasentamiento involuntario en México: testimonios y reflexiones*. México: Instituto Mora (Contemporánea. Sociología).

- Domínguez, J. C. y Monsiváis, A. (coords.) (2020). *Democracias en vilo. La incertidumbre política en América Latina*. México: Instituto Mora (Contemporánea. Sociología).
- Dutrénit, S. (1994). *El maremoto militar y el archipiélago partidario. Testimonios para la historia reciente de los partidos políticos uruguayos*. Uruguay: Instituto Mora/Ediciones de Ciencias Sociales.
- Dutrénit, S. (1988). *El Salvador. Textos de su historia*. México: Universidad de Guadalajara/Instituto Mora/Nueva Imagen (Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe).
- Dutrénit, S. (1988). *El Salvador, una historia breve*. México: Universidad de Guadalajara/Instituto Mora/Alianza Editorial (América Latina, una historia breve).
- Dutrénit, S. (1994). *Uruguay, una historia breve*. México: Instituto Mora (América Latina).
- Dutrénit, S. (2015). *Aquellos niños del exilio. Cotidianidades entre el Cono Sur y México*. México: Instituto Mora (Testimonios).
- Dutrénit, S. (coord.) (1990, mayo-agosto). Elecciones en América Latina. *Secuencia*, 17. México: Instituto Mora.
- Dutrénit, S. (coord.) (1990, septiembre-diciembre). Elecciones en América Latina. *Secuencia*, 18. México: Instituto Mora.
- Dutrénit, S. (coord.) (1996). *Diversidad partidaria y dictaduras: Argentina, Brasil y Uruguay*. México: Instituto Mora.
- Dutrénit, S. (coord.) (1998). *Huellas de las transiciones políticas. Partidos y elecciones en América Latina*. México: Instituto Mora.
- Dutrénit, S. (coord.) (1999, mayo-agosto). Gobernabilidad democrática y partidos políticos en América Latina. *Secuencia*, 44. México: Instituto Mora.
- Dutrénit, S. (coord.) (2017). *Perforando la impunidad. Historia reciente de los equipos de antropología forense en América Latina*. México: Instituto Mora/CONACYT. (Colección Contemporánea internacional).
- Dutrénit, S. y Nadal, O. (eds.) (2019). *Pasados recientes violencias actuales. Antropología forense, cuerpos y memorias*. México: Instituto Mora (Contemporánea. Internacional).
- Dutrénit, S. y Coraza, E. (eds.) (2020). *Historia reciente de América Latina. Hechos, procesos, actores*. México: Instituto Mora/ECOSUR/CONACYT.
- Dutrénit, S. y Valdés, L. (1994). *El fin de siglo y los partidos políticos en América Latina*. México: Instituto Mora/UAM-I.
- Dutrénit, S. y Rodríguez, G. (1999). *Asilo diplomático mexicano en el Cono Sur*. México: Instituto Mora/SREM.
- Dutrénit, S., Allier, E. y E. Coraza (2008). *Tiempos de exilios. Memoria e historia de españoles y uruguayos*. Uruguay: Instituto Mora/Fundación Carolina/Editorial Textual.
- Espino, R. y Martínez, R. (1988). *Panamá, una historia breve*. México: Universidad de Guadalajara/Instituto Mora/Alianza Editorial (América Latina, una historia breve).

- Espino, R. y Martínez, R. (1988). *Panamá I*. México: Instituto Mora/Universidad de Guadalajara/Nueva Imagen (Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe).
- Espino, R. y Martínez, R. (1988). *Panamá II*. México: Universidad de Guadalajara/Instituto Mora/Nueva Imagen (Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe).
- Espino, R. y Martínez, R. y Rodríguez, G. (1993). *Guía del Archivo de la embajada de México en Guatemala*. México: Instituto Mora/Archivo Histórico Diplomático Mexicano-SREM.
- Grafenstein, J. von (1988). *Haití, una historia breve*. México: Universidad de Guadalajara/Instituto Mora/Alianza Editorial (América Latina, una historia breve).
- Grafenstein, J. von (1988). *Haití, textos de su historia*. México: Universidad de Guadalajara/Instituto Mora/Nueva Imagen. Colección Centroamericana y El Caribe. 2 vols. (Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe).
- Grafenstein, J. von (2000). *El Caribe en los intereses imperiales. 1750-1815*. México: Instituto Mora (Perfiles. América Latina).
- Grafenstein, J. von (2000). *República Dominicana, una historia breve*. México: Instituto Mora (Perfiles. América Latina).
- Grafenstein, J. von (2001). *Economía y sociedad en Centroamérica y el Caribe. La mirada de los viajeros* (selección e introducción). México: Instituto Mora (Ediciones conmemorativas del 20 aniversario).
- Grafenstein, J. von (coord.) (1993, mayo-agosto). Democracia en América Latina. *Secuencia*, 26. México. Instituto Mora.
- Grafenstein, J. von (coord.) (2006). *El Golfo-Caribe y sus puertos*. Tomo I, 1600- 1850. México. Instituto Mora/CONACYT (Historia internacional).
- Grafenstein, J. von y Muñoz, L. (coords.) (2000). *El Caribe: región, frontera y relaciones internacionales*. México: Instituto Mora.
- Grafenstein, J. von, Reichert, R. y Rodríguez, J. C. (coords.) (2018). *Entre lo legal, lo ilícito y lo clandestino. Prácticas comerciales y navegación en el Gran Caribe, siglos XVII al XIX*. México: Instituto Mora.
- Guillén, D. (1988). *Costa Rica, una historia breve*. México: Universidad de Guadalajara/Instituto Mora/Alianza Editorial (América Latina, una historia breve).
- Guillén, D. (1988). *Costa Rica, textos de su historia*. México: Universidad de Guadalajara/Instituto Mora/Nueva Imagen (Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe).
- Guillén, D. (1998). *Chiapas 1973-1993. Mediaciones, política e institucionalidad*. México: Instituto Mora.
- Guillén, D. (2017). *¿Primavera Mexicana? el #Yósoy132 y los avatares de una sociedad desencantada*. México: Instituto Mora (Contemporánea. Sociología).
- Guillén, D. (coord.) (1995). *Chiapas, una modernidad inconclusa*. México, Instituto Mora.

- Guillén, D. (coord.) (1998). *Mediaciones y política*. México: Instituto Mora.
- Guillén, D. (coord.) (2005). *Chiapas: frontera en movimiento*. México: Instituto Mora (Contemporánea. Sociología).
- Guillén, D. (coord.) (2009). *Cuadernos de Trabajo de Posgrado Estudios Regionales*. México: Instituto Mora (Cuadernos de Trabajo de Posgrado).
- Guillén, D. (coord.) (2009). *Cuadernos de Trabajo de Posgrado Doctorado Historia Moderna y Contemporánea*. México: Instituto Mora (Cuadernos de Trabajo de Posgrado).
- Guillén, D., Monsiváis, A. y Tejera, H. (coords.) (2019). *México 2012-2018. ¿Erosión de la democracia?* México: Instituto Mora/UAM-I/Juan Pablos Editor.
- Martín, A. (coord.) (2014). *Política, sociedad y poder. Estudios de sociología política*. México: Instituto Mora (Cuadernos de Trabajo de Posgrado).
- Monsiváis, A. (coord.) (2010). *Actores, instituciones y procesos políticos: textos de sociología política*. México: Instituto Mora (Cuadernos de Trabajo de Posgrado).
- Muñoz, L. (2000). *Jamaica una historia breve*. México: Instituto Mora (Perfiles. América Latina).
- Muñoz, L. (2001). *Geopolítica, seguridad nacional y política exterior. México y el Caribe en el siglo XIX*. México: Instituto Mora/Universidad Michoacana San Nicolás de Hidalgo.
- Muñoz, L. (2004). *En el interés de la nación. Mexicanos y estadounidenses en el Golfo-Caribe, 1821-1830*. México: Instituto Mora (Historia internacional).
- Muñoz, L. (2010). *Centinelas de la frontera. Los representantes diplomáticos de México en el Caribe, 1838-1960*. México: Instituto Mora (Historia internacional).
- Muñoz, L. (2014). *Fotografía imperial, escenarios tropicales. Las representaciones del Caribe en la revista National Geographic*. México: Instituto Mora/El Colegio de Michoacán. (Colección Historia internacional).
- Muñoz, L. (coord.) (1998). *México y Cuba: una relación histórica*. México: Instituto Mora (Perfiles. América Latina).
- Muñoz, L. (coord.) (2002). *México y el Caribe. Vínculos, intereses, región*. México: Instituto Mora. 2 tomos (Historia internacional).
- Muñoz, L. (coord.) (2003, enero-abril). Derroteros por el Caribe. Imágenes y representaciones. *Secuencia*, 55. México; Instituto Mora.
- Muñoz, L. (coord.) (2008). *Mar adentro: espacios y relaciones en la frontera México-Caribe*. México: Instituto Mora (Historia internacional).
- Muñoz, L. (coord.) (2018). *Actores y temas de las relaciones de México y sus fronteras*. México: Instituto Mora (Historia internacional).
- Muñoz, L. (coord.) (2019). *Narrar el Caribe. Visiones históricas de la región*. México: Instituto Mora (Historia internacional).
- Muñoz, L. y Rodríguez, M. R. (coords.) (2009). *Caribe imaginado. Visiones y representaciones de la región*. México: Instituto Mora/Universidad Michoacana San Nicolás de Hidalgo.



- Muñoz, L., Rodríguez, M.R. y Abreu, J. (coords.) (2020). *Guerras irregulares en el Caribe*. México: Instituto Mora.
- Ortega, B. y Pirker, K. (coords.) (2018). *Dilemas de la acción colectiva en América Latina: entre la incidencia institucional y la protesta social*. México: Instituto Mora (Contemporánea. Sociología).
- Pirker, K. (2017). *La redefinición de lo posible. Militancia política y movilización social en El Salvador (1970 a 2012)*. México: Instituto Mora (Contemporánea. Sociología).
- Pensado, P. (2015). *Adolfo Sánchez Rebolledo: un militante socialista*. México: Instituto Mora (Contemporánea).
- Pensado, P. (coord.) (2004). *El espacio generador de identidades locales. Análisis comparativo de dos comunidades: San Pedro de los Pinos y El Ocotito*. México: Instituto Mora (Historia oral).
- Pensado, P. y Correa, L. (1996). *Mixcoac, un barrio en la memoria*. México: Instituto Mora.
- Pensado, P. y Real, M. J. (coords.) (2003). *Historia oral de San Pedro de los Pinos: conformación y transformación del espacio urbano en el siglo XX*. México: Instituto Mora.
- Pensado, P. y Necochea, G. (coords.) (2020). *Recorridos solidarios. Trayectorias individuales y montajes colectivos en la historia reciente*. México: Instituto Mora (Historia social y cultural).
- Rodríguez de Ita, G. (2003). *La política mexicana de asilo diplomático a la luz del caso guatemalteco (1944-1954)*. México: Instituto Mora/Archivo Histórico Diplomático Mexicano-SREM.
- Rodríguez de Ita, G. (coord.) (1993). *Guía del Archivo de Límites y Ríos. México-Guatemala 1855-1986*. México: Instituto Mora/Archivo Histórico Diplomático Mexicano-SREM.
- Rodríguez de Ita, G. (coord.) (1994). *Guía del Archivo de Límites y Ríos México-Belize. 1723-1980*. México: Instituto Mora/Archivo Histórico Diplomático Mexicano-SREM.
- Rodríguez de Ita, G. (coord.) (1995). *Guía del Archivo Guerras Centroamericanas 1827-1912*. México: Instituto Mora/Archivo Histórico Diplomático Mexicano-SREM.
- Rodríguez de Ita, G. (2003). *Guía de expedientes de la embajada de México en Guatemala (1944-1954)*. México: Instituto Mora/Archivo Histórico Diplomático Mexicano-SREM.
- Rodríguez Piña, J. (1988). *Cuba, textos de su historia*. México: Universidad de Guadalajara/Instituto Mora/Nueva Imagen. 2 vols. (Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe).
- Rodríguez Piña, J. (1988). *Cuba, una historia breve*. México: Universidad de Guadalajara/ Instituto Mora/Alianza Editorial (América Latina, una historia breve).
- Toussaint, M. (1988). *Guatemala, textos de su historia*. México: Universidad de Guadalajara/Instituto Mora/Alianza Editorial (Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe).

- Toussaint, M. (1988). *Guatemala, una historia breve*. México: Universidad de Guadalajara/Instituto Mora/Alianza Editorial (América Latina, una historia breve).
- Toussaint, M. (1994). *Belice: una historia olvidada*. México: Instituto Mora/CEMCA.
- Toussaint, M. (2004). *Belice: textos de su historia (1670-1981)*. México: Instituto Mora (Historia internacional).
- Toussaint, M. (2000). *La política exterior de Estados Unidos hacia Guatemala, 1881-1885*. México: Instituto Mora.
- Toussaint, M. (2013). *Diplomacia en tiempos de Guerra. Memorias del embajador Gustavo Iruegas*. México: Instituto Mora/La Jornada.
- Toussaint, M., Fernández, G. (edición y estudio introductorio) (2015). *Modesto Armijo Lozano. Diario dedicado a su esposa, Carmenza Mejía Aráuz. (Octubre de 1926-julio de 1927)*. México: Instituto Mora (Testimonios).
- Toussaint, M. y Garzón, M. (2019). *México, Guatemala y Belice: tres caras de una historia fronteriza, siglos XIX-XXI*. México: Instituto Mora (Región Transfronteriza México-Guatemala).
- Toussaint, M. y Garzón, M. (coords.) (2019). *Dinámicas y conflictos en una región transfronteriza: México, Guatemala y Belice*. México: Instituto Mora (Región Transfronteriza México-Guatemala).
- Toussaint, M. y Fernández, G. (coords.) (2019). *México y Centroamérica: momentos de una historia que nos une, 1960-2018*. México: Instituto Mora (Región Transfronteriza México-Guatemala).
- Yankelevich, P. (1988). *Honduras, textos de su historia*. México: Universidad de Guadalajara/Instituto Mora/Alianza Editorial. (Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe).
- Yankelevich, P. (1988). *Honduras, una historia breve*. México: Universidad de Guadalajara/Instituto Mora/Alianza Editorial (América Latina, una historia breve).
- Yankelevich, P. (2003). *La revolución mexicana en América Latina. Intereses políticos e itinerarios intelectuales*. México: Instituto Mora (Historia internacional).
- Yankelevich, P. (coord.) (2005), *Argentina en el siglo XIX*. México: Instituto Mora (Historia política).

## ANEXO 2. HITOS IMPORTANTES DE LA TRAYECTORIA INSTITUCIONAL

- 1976 Constitución de Bibliotecas Mexicanas, A. C., con sede en la que fuera casa de Valentín Gómez Farías e incluyendo en su patrimonio el acervo bibliográfico de la Biblioteca Conde.



- 1981 Creación por decreto presidencial del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora con el patrimonio originalmente asignado a Bibliotecas Mexicanas, A. C., incluida su sede original (Plaza Valentín Gómez Farías 12, San Juan Mixcoac).  
Nombramiento de Ernesto de la Torre Villar como director general.
- 1982 Creación de las maestrías en Historia de América y Sociología Política.
- 1983 Nombramiento de Eugenia Meyer como directora general.  
Contratación de integrantes fundadores del proyecto sobre historia de América Latina y el Caribe (María del Carmen Collado Herrera, Silvia Dutrént Bielous y Selva López).<sup>a</sup>
- 1984 Contratación de integrantes fundadores del proyecto sobre historia de América Latina y el Caribe (Rodrigo Rafael Espino Hernández, Diana Guillén, Raúl Martínez, Javier Rodríguez Piña, Mónica Toussaint, Johanna von Grafenstein y Pablo Yankelevich).<sup>a</sup>
- 1985 Creación de la maestría en Estudios Regionales.
- 1989 Nombramiento de Hira de Gortari Rabiela como director general.
- 1994 Creación de la maestría en Historia Moderna y Contemporánea.
- 1995 Adquisición de una segunda sede (Búfalo 172, Del Valle).
- 1998 Adquisición de una tercera sede (Madrid 82, Coyoacán).
- 2000 Nombramiento de Santiago Portilla Gil de Partearroyo como director general.  
Creación de la maestría en Cooperación Internacional Unión Europea-América Latina.
- 2004 Creación del doctorado en Historia Moderna y Contemporánea.
- 2005 Nombramiento de Luis Jáuregui Frías como director general.
- 2007 Creación de la licenciatura en Historia.
- 2013 Adquisición de una cuarta sede (Poussin 45, San Juan Mixcoac).
- 2015 Nombramiento de Diana Guillén como directora general.
- 2017 Inicio de operaciones de la sede Poussin.
- 2018 Creación del doctorado en Estudios del Desarrollo. Problemas y Perspectivas Latinoamericanas.
- 2021 Nombramiento de Gabriela Sánchez Gutiérrez como directora general.

<sup>a</sup> Se indican los nombres de las y los integrantes fundadores del proyecto para atender las sugerencias de uno de los dictámenes anónimos recibidos. A lo largo de las siguientes décadas se sumaron: Ana Buriano Castro, Laura Muñoz, Mateo Crossa, Carlos Domínguez Virgen, Alberto Martín Álvarez, Alejandro Monsiváis Carrillo, Martín Paladino, Patricia Pensado, Kristina Pirker, Guadalupe Rodríguez de Ita, Mario Virgilio Santiago Jiménez y Dení Trejo Barajas.

## ANEXO 3. REGISTROS VISUALES, 1985-2022



Imagen 1. San Cristóbal de las Casas Chiapas, 1985. De izquierda a derecha: María del Carmen Collado Herrera, Pablo Yankelevich y Silvia Dutrénit Bielous.



Imagen 2. San Cristóbal de las Casas Chiapas, 1985. De izquierda a derecha: Silvia Dutrénit Bielous, María del Carmen Collado Herrera, Diana Guillén y Mónica Toussaint.



Imagen 3. San Cristóbal de las Casas Chiapas, 1985. De izquierda a derecha: Pablo Yankelevich, María del Carmen Collado Herrera, Mónica Toussaint y Diana Guillén.



Imagen 4. San Cristóbal de las Casas Chiapas, 1985. De izquierda a derecha: María del Carmen Collado Herrera, Mónica Toussaint, Silvia Dutrénit Bielous y Diana Guillén.



Imagen 5. San Cristóbal de las Casas Chiapas, 1985. De izquierda a derecha: María del Carmen Collado Herrera, Diana Guillén, Pablo Yankelevich y Mónica Toussaint.



Imagen 6. San Cristóbal de las Casas Chiapas, 1985. De izquierda a derecha: María del Carmen Collado Herrera (de espaldas), Mónica Toussaint, Diana Guillén y Silvia Dutrénit Bielous.



Imagen 7. Instituto Mora, 1986.

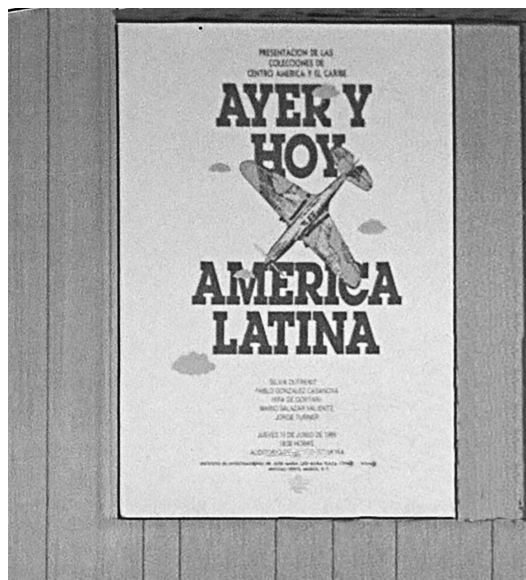


Imagen 8. Instituto Mora, 1989.





Imagen 9. Ciudad de México, 1989. Primer plano de izquierda a derecha: Laura Muñoz, Graciela de Garay, María Esther Pérez Salas, Patricia Pensado y Mónica Toussaint. Segundo plano: Eduardo Benavides Abril, Dení Trejo, Ana Rosa Suárez (volteando al lado contrario de la cámara).



Imagen 10. Ciudad de México, 1989. Sentadas de frente a la cámara de izquierda a derecha: Guadalupe Rodríguez de Ita, Graciela de Garay, Patricia Pensado, Dení Trejo Barajas y Laura Muñoz (tapada parcialmente por el árbol). Alrededor de la mesa de izquierda a derecha: Silvia Dutrénit Bielous (de espaldas), Javier Rodríguez Piña (de espaldas) y Mónica Toussaint.



Imagen 11. Ciudad de México, 1989. Sentados en la orilla: de izquierda a derecha: Dení Trejo Barajas, Eduardo Benavides Abril, Laura Muñoz y Javier Rodríguez Piña. En la mesa: Graciela de Garay.



Imagen 12. Instituto Mora, 1993. De izquierda a derecha: Schafik Jorge Hándal, Nils Castro, Silvia Dutrénit Bielous y José Miguel Insulza.



Imagen 13. Instituto Mora, 1993. De izquierda a derecha: Silvia Dutrénit Bielous, Gonzalo Varela y Aurora Loyo.



Imagen 14. Ciudad de México, 1988. Johanna von Grafenstein.





Imagen 15. Ciudad de México, 1988. De izquierda a derecha: Romer Cornejo, Alejandra Concepción Hernández González y Rodrigo Rafael Espino Hernández.



Imagen 16. Instituto Mora, *circa* 1994. Dení Trejo Barajas.



Imagen 17. Instituto Mora, *circa* 1994. En el centro Johanna von Grafenstein y Luis Jáuregui.



Imagen 18. Instituto Mora, *circa* 1995. Sentados de izquierda a derecha: Gustavo Villalobos, Guadalupe Rodríguez de Ita y Ana Buriano.



Imagen 19. Instituto Mora, *circa* 2015. Ana Buriano Castro.



Imagen 20. Instituto Mora, 2015. De izquierda a derecha: Ana Buriano Castro, Silvia Dutré-nit Bielous, Diana Guillén, Ana Rosa Suárez y María del Carmen Collado Herrera.



Imagen 21. Biblioteca Ibbly, 2016. En los extremos Kathryn S. Blair y Alberto Martín Álvarez.



Imagen 22. Instituto Mora, 2017. Viendo al frente de izquierda a derecha Pablo Gentili, Diana Guillén, Fernanda Saforcada y Alain Basail.





Imagen 23. Instituto Mora, 2019. De izquierda a derecha: Kristina Pirker, Lucía Álvarez, Sergio Tamayo y Alicia Márquez.



Imagen 24. Instituto Mora, 2019. De izquierda a derecha: Denisse Cejudo, Graciela de Garay, Silvia Dutrénit Bielous, Alessando Portelli, Patricia Flier y Mario Virgilio Santiago Jiménez.



Imagen 25. Instituto Mora, 2019.



Imagen 26. Instituto Mora, 2019. De izquierda a derecha: Héctor Zarauz, Brian Connaughton, y Silvia Dutrénit Bielous.

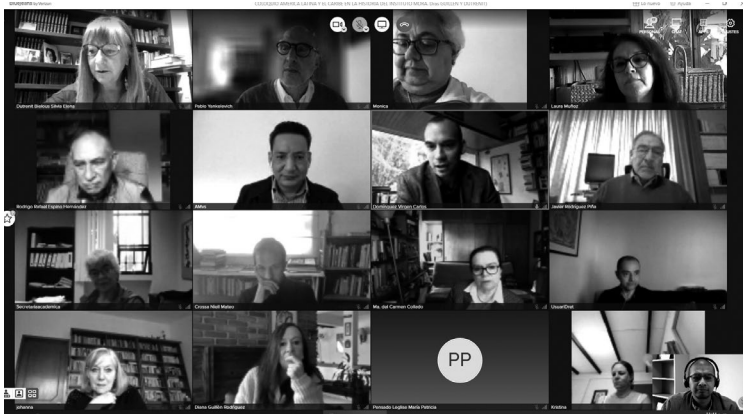


Imagen 27. Instituto Mora (virtual), 2021. De izquierda a derecha primera línea: Silvia Dutrénit Bielous, Pablo Yankelevich, Mónica Toussaint y Laura Muñoz. De izquierda a derecha segunda línea: Rodrigo Rafael Espino Hernández, Alejandro Monsiváis Carrillo, Carlos Domínguez Virgen, Javier Rodríguez Piña. De izquierda a derecha tercera línea: Dení Trejo Barajas, Mateo Crossa, María del Carmen Collado Herrera, Alberto Martín Álvarez. De izquierda a derecha cuarta línea: Johanna von Grafenstein, Diana Guillén, Kristina Pirker y Mario Virgilio Santiago Jiménez.



Imagen 28. Ciudad de México, 2022. De izquierda a derecha: Laura Muñoz, Mónica Toussaint, Johanna von Grafenstein, Diana Guillén, María del Carmen Collado Herrera y Silvia Dutrénit Bielous.

## LISTA DE REFERENCIAS

- Buriano, A. (2000). *Ecuador*. México: Instituto Mora (Perfiles. América Latina).
- Buriano, A. y Dutrénit, S. (2009). *Uruguay: textos de la historia*. México: Instituto Mora.
- Collado Herrera, C. (1988a). *Nicaragua. Una historia breve*. México: Instituto Mora/Universidad de Guadalajara-Alianza Editorial (América Latina, una historia breve).
- Collado Herrera, C. (1988b). *Nicaragua, textos de su historia*. México: Universidad de Guadalajara/Instituto Mora-Nueva Imagen (Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe).
- Collado, C. (2000). *Venezuela, una historia breve*, México: Instituto Mora (Perfiles. América Latina y El Caribe).
- Collado, C., Dutrénit, S., Guillén, D., López, S. y Yankelevich, P. (1988). *Centroamérica. Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe*. 2 vols. México: Instituto Mora/Universidad de Guadalajara/Nueva Imagen/SEP/Programa Cultural de las Fronteras (Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe).
- Dutrénit, S. (1988a). *El Salvador. Textos de su historia*. México: Instituto Mora/Universidad de Guadalajara/Nueva Imagen (Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe).
- Dutrénit, S. (1988b). *El Salvador, una historia breve*. México: Instituto Mora/Universidad de Guadalajara/Alianza Editorial (América Latina, una historia breve).
- Dutrénit, S. (1994). *Uruguay, una historia breve*. México: Instituto Mora.
- Espino, R. y Martínez, R. (1988a). *Panamá, una historia breve*. México: Instituto Mora/Universidad de Guadalajara/Alianza Editorial Mexicana (América Latina, una historia breve).
- Espino, R. y Martínez, R. (1988b). *Panamá I*. México: Instituto Mora/Universidad de Guadalajara/Nueva Imagen (Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe).
- Espino, R. y Martínez, R. (1988c). *Panamá II*. México: Instituto Mora/Universidad de Guadalajara/Nueva Imagen (Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe).
- Grafenstein, J. von (1988a). *Haití, una historia breve*. México: Instituto Mora/Universidad de Guadalajara/Alianza Editorial (Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe).
- Grafenstein, J. von (1988b). *Haití, textos de su historia*. México: Instituto Mora/Universidad de Guadalajara/Nueva Imagen. Colección Centroamericana y El Caribe. 2 vols. (Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe).
- Grafenstein, J. von (2000). *El Caribe en los intereses imperiales. 1750-1815*. México: Instituto Mora (Perfiles. América Latina).
- Grafenstein, J. von (2000). *República Dominicana, una historia breve*, México: Instituto Mora (Perfiles, América Latina).



- Guillén, D. (1988a). *Costa Rica, una historia breve*. México: Instituto Mora/Universidad de Guadalajara/Alianza Editorial. (Colección América Latina, una historia breve).
- Guillén, D. (1988b). *Costa Rica, textos de su historia*. México: Instituto Mora/Universidad de Guadalajara/Nueva Imagen (América Latina, textos de su historia).
- Muñoz, L. (2000). *Jamaica una historia breve*. México: Instituto Mora (Perfiles. América Latina).
- Muñoz, L. (coord.) (1998). *México y Cuba: una relación histórica*. México: Instituto Mora. (Perfiles. América Latina).
- Toussaint, M. (1988a). *Guatemala, textos de su historia*. México: Instituto Mora/Universidad de Guadalajara/Nueva Imagen (Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe).
- Toussaint, M. (1988b). *Guatemala, una historia breve*. México: Instituto Mora/Universidad de Guadalajara/Alianza Editorial (América Latina, textos de su historia).
- Toussaint, M. (1994). *Belice: una historia olvidada*. México: Instituto Mora/CEMCA.
- Toussaint, M. (2004). *Belice: textos de su historia (1670-1981)*. México: Instituto Mora.
- Yankelevich, P. (1988a). *Honduras, textos de su historia*. México: Instituto Mora/Universidad de Guadalajara/Nueva Imagen (Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe).
- Yankelevich, P. (1988b). *Honduras, una historia breve*. México: Instituto Mora/Universidad de Guadalajara/Alianza Editorial (América Latina, una historia breve).



## DESDE LOS ORÍGENES



## LATINOAMÉRICA COMO MAPA DE RUTA: ¿ELECCIÓN O DESTINO?

Diana Guillén

Desde que nací, Latinoamérica ha formado parte de mi vida. En casa de mis padres un cuadro colgado en lo alto de la pared nos recordaba día con día el sueño bolivariano. A los penetrantes ojos con los que el Libertador seguía las rutinas familiares, se sumaban las pláticas en contra del intervencionismo estadounidense que aderezaban las comidas. Mi niñez transcurrió escuchando anécdotas marcadas por el exilio. Quienes abandonaron Guatemala cuando el gobierno de Juan Jacobo Árbenz fue derrocado llevaban a cuestas esperanzas truncadas, compartirlas en voz alta ayudaba a refrendar su vigencia. La llegada de la adolescencia se acompañó de voces bolivianas, brasileñas y chilenas, mientras que el inicio de la dictadura argentina y la formalización de estrategias regionales encaminadas a reprimir a las sociedades del Cono Sur quedaron tatuados en el tránsito a la vida adulta.

A mediados de la década de los setenta del siglo pasado ingresé a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Inscrita en la carrera de Sociología, la vocación latinoamericanista se alimentó con las clases de profesores como Sergio Bagú, Suzie Cástor, Gerard Pierre Charles, Carlos Quijano, Agustín Cueva, Ruy Mauro Marini, Eduardo Ruiz Contardo, Severo de Salles o René Zavaleta. Son quienes a bote pronto me vienen a la mente, cuadernos y libros del pasado esconden otras caras y nombres tras una memoria que al paso del tiempo comete enormes injusticias; ofrezco una disculpa por ello y confío en la generosidad de mis maestras y maestros para aceptarla.

Establecida mi deuda con un entorno familiar y académico que agradezco al destino, se entenderá que la decisión de picar piedra en el campo de los estudios latinoamericanos no requirió mayor esfuerzo. La Facultad de la que recién egresaba ofrecía un posgrado que me abría la posibilidad de continuar por ese camino; la aproveché sin dudarlo. A lo largo de la maestría

y el doctorado volví a encontrarme con antiguos profesores y coincidí con compañeras y compañeros provenientes de otros puntos del subcontinente. Los grupos eran variopinto en términos de las trayectorias académicas y políticas de sus integrantes, pero había un cemento que nos unía: la convicción de que los límites de *Nuestra América* iban más allá del horizonte utópico al que apuntaba la mirada martiana.

Sabíamos que la diversidad de historias que en conjunto le dan vida, dificulta cualquier intento de ubicar tendencias continentales. A pesar de ello, creíamos firmemente que el plano regional puede y debe recuperarse no sólo como telón de fondo que enmarca procesos nacionales y/o locales, sino en tanto dimensión estructurante. América Latina constituye una unidad de análisis y es un campo de acción que sin negar la heterogeneidad inherente a ambas dimensiones, termina por trascenderla.

Con esos mapas de ruta ingresé al Instituto Mora. La suerte había jugado a mi favor en la convocatoria para integrar un equipo al que se encomendó elaborar textos históricos de divulgación. Desvanecidas mis reservas frente al proceso que de inicio imaginé amañado –me presenté pues no hay peor lucha que la que no se da, pero estaba convencida de que las tres plazas destinadas al proyecto sobre América Latina ya tenían nombre y apellido– se inició un trayecto cuyo curso se ha ido construyendo sobre la marcha.

El 1 de febrero de 1984 me sumé con Johanna von Grafenstein y Javier Rodríguez Piña a una travesía que Carmen Collado, Silvia Dutrénit y Selva López habían iniciado meses antes. El barco pronto fue abordado por otros colegas: Pablo Yankelevich, Raúl Martínez, Rodrigo Espino y, poco tiempo después, la tripulación fundante incluyó a Mónica Toussaint. Tocaba desde palomear o descartar libros del futuro acervo de la biblioteca, hasta elegir los países centroamericanos y caribeños a los que en un primer momento se dirigió la mirada. Las expectativas eran inciertas, por lo menos en mi caso. Con mucha juventud y poca experiencia había que arrancar una apuesta académica en construcción y apuntalar un proyecto institucional también en construcción, vaya, incluso el edificio de Plaza Valentín Gómez Farías, nuestra primera sede oficial, estaba en construcción...

Recoger el agua que ha pasado bajo el puente de entonces para acá llevaría más tinta y papel de los que dispongo, los ejercicios de memoria a los que invita el 40 aniversario del Instituto Mora incluyen numerosas y entrañables vivencias: ¿cuáles elegir?, ¿aquellas que se fundieron con hitos institucionales?, ¿las que contribuyeron a moldear a la persona que escribe estas líneas?, ¿las que trazaron los caminos elegidos en la docencia y la investigación?, ¿las que generaron cercanías afectivas vigentes hasta la fecha? Imposible separar las unas de las otras, narrarlas entreveradas abre la



puerta para que cada cual se identifique o deseche partes de un anecdotario, cuyo significado variará dependiendo de quién lo mire.

En lo que a mí respecta, todo lo que a continuación rememoro ha sido importante, incluso cuestiones tan banales como la imagen de la recámara ubicada en el segundo piso de la casa en la calle de Félix Parra que nos albergó en tanto concluían los trabajos de edificación en la sede Plaza. Cómo olvidar los esfuerzos por llegar antes que el resto para hacerse del único escritorio; o bien las risas durante los pasteles cumpleaños alrededor de la mesa que compartíamos cuando este último ya no se encontraba disponible. Nuestro espacio de trabajo lo era a la vez de camaradería y estaba custodiado por un personaje cuyas labores de vigilancia solían dar pie a juegos verbales de mi parte.

Quizá por el desenfado de nuestros intercambios a propósito de su omnipresencia, María Esther reía en vez de llamarme la atención al reportarle que no iría al Instituto, es decir a la casa de la Guadalupe Inn, y estaría en el Parque Hundido, clave que usaba para referirme a la Biblioteca Nacional. Además de teclear lo que escribíamos en máquinas que las generaciones digitales considerarían antediluvianas y de atender el teléfono, sí, en singular, los proyectos sobre historia de América Latina, de Estados Unidos y de México disponían de un cuarto cada uno, pero el teléfono era el mismo para los tres, María Esther se encargaba de controlar el cumplimiento de las 40 horas semanales que debíamos dedicar a la investigación.

Cómo y dónde se las distribuía eran responsabilidad individual, pero había que dejar constancia del detalle en formatos que entregábamos religiosamente cada siete días. Las visitas al COLMEX, a la FLACSO o la UNAM se intercalaban con las tareas realizadas en nuestro cuarto/cubículo para dar forma a síntesis y antologías históricas que buscaban acercar el pasado latinoamericano y del Caribe a un público amplio. La idea concebida originalmente por Eugenia Meyer se materializó en textos sobre Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Haití y Cuba; en el camino se echó mano de varios pares de tijeras, cantidades industriales de pegamento y botellitas de corrector líquido que ayudaban a agregar o a quitar a voluntad los cambios requeridos.

Trabajo intelectual y artesanal se combinaban. Acordados los puntos a desarrollar en el tratamiento de cada país, el día a día llevaba a compartir tijeras, Pritt y Chacra. De cara a los proyectos editoriales en curso lo hacíamos divididos en dos bloques, Centroamérica y Caribe, pero primaban la lógica y el espíritu de un equipo que enfrentaba desafíos comunes y que ganaba o perdía batallas también en colectivo. Como parte de ese diálogo con colegas cuya formación inicial apuntaba al campo disciplinar de la historia

me reencontré con la sociología, mis aproximaciones al devenir costarricense pasaban por esta última y, aunque siguiéramos un mismo guion pronto quedó claro que entre las y los latinoamericanistas ubicados alrededor de la mesa grandota y del escritorio chiquito, se había colado una socióloga.

Unas y otros recién incursionábamos en el sendero de la investigación, pero había quienes acusábamos mayor novatez para avanzar a través de él. Tal era mi situación, la experiencia previa no iba más allá del ámbito escolar, fuera de los aprendizajes adquiridos como asistente de profesor o de las breves búsquedas hemerográficas encargadas con pago de por medio por un integrante del exilio guatemalteco, Mario Monteforte Toledo, se trataba de picar piedra por primera vez. Aunque había quienes contaban con mayores habilidades y mejores herramientas, la mayoría ni si quiera teníamos un posgrado concluido.

Las primeras síntesis y antologías que vieron la luz en el marco del proyecto América Latina, Una Historia Breve reflejaban dos cartas jugadas desde la Dirección General del Instituto Mora: la apuesta por divulgar una mirada regional dentro de la que el subcontinente ocupaba un sitio importante y la confianza en el joven equipo al que se encomendó la tarea de desarrollarla. Al paso del tiempo considero que valió la pena correr el riesgo. Sin duda hubo yerros derivados de la inexperiencia, pero la colección que posteriormente incluyó a otros países abrió la puerta de la historia latinoamericana y del Caribe para un público no especializado, y sembró en el Instituto una semilla que ha seguido cultivándose más allá de los vaivenes gubernamentales al respecto: la pertinencia de refrendar nuestra cercanía con un subcontinente del que México forma parte.

Incluso quienes optamos por centrar el análisis en este último partimos de una vocación latinoamericanista que me atrevería a calificar de irrenunciable. Personalmente agradezco a la Diosa Fortuna haberme colocado en lugares y situaciones que la alimentaron, incluidas la generosidad de una institución que me acogió sin mayores credenciales y de un equipo cuyas enseñanzas nutrieron a la socióloga política con impronta de historiadora y sesgo hacia *Nuestra América* que aspiro a ser hoy en día.

Por ello, si con malabarismos contrafactuales se planteara la opción de regresar al pasado y elegir dónde iniciar mi carrera académica, el Instituto Mora volvería a ser la mejor alternativa. Es verdad que en 1984 su futuro como centro público de investigación era todavía incierto, su principal fortaleza giraba alrededor del acervo que junto con la casona de Valentín Gómez Farías heredó de Bibliotecas Mexicanas, pero también lo es que la oportunidad de acompañar una idea fundacional de la que hacía parte el

proyecto sobre historia de América Latina y el Caribe difícilmente se habría abierto en espacios con agendas ya consolidadas.

La llegada de Eugenia Meyer a la Dirección General se acompañó de rumbos propios para atender nuestro compromiso con el conocimiento, su enseñanza y divulgación, mandato que cayó por decreto y que hasta la fecha se refuerza por vocación. En ese momento ya estaban en marcha dos programas de maestría que formaban especialistas en Historia de América y en Sociología Política: el primero abrió sus puertas una sola vez; el segundo recibe este 2022 a la décima novena generación. La riqueza de sus planes de estudio iba atada a las y los reconocidos profesores externos que, ante la ausencia de una planta académica interna, impartían cada una de las asignaturas.

Así, el rico acervo bibliotecario y la atractiva oferta docente se convirtieron en el faro que guio los primeros pasos del Instituto. Además de los retos a sortear para mantener la ruta ascendente en ambas direcciones, el desafío central giraba en torno a las investigaciones por venir. Su contenido era todavía un pergamino en blanco, de las líneas germinales que sobre él se trazaron emergió una historia continental narrada por país, o por entidad en el caso de la república mexicana, y paralelamente se optó por visitar autores clave del pensamiento liberal.

Al paso de los años estas líneas se han modificado junto con la fisonomía de la que alguna vez fue la huerta de Gómez Farías. La adquisición de nuevas sedes permitió crecer cuantitativa y cualitativamente, habitaciones de una casa en las inmediaciones de los viveros de Coyoacán, otras más transformadas en oficinas en la colonia Del Valle, así como el ecléctico convento de María Reparadora a pocas cuadras del lugar en el que se inició la travesía, han cobijado y a la vez se han convertido en mudos testigos de cambios y permanencias institucionales.

En los orígenes éramos un centro SEP-CONACYT, actualmente este último es la única cabeza de sector del Mora. Más allá de los giros en la legislación que llevaron a nuevas adscripciones administrativas, el punto a resaltar es una metamorfosis que sólo puede entenderse sin olvidar el capullo del que emergimos. A los programas de posgrado originales se sumaron tres maestrías y dos doctorados, además de haberse abierto una licenciatura; el número de las actividades por realizar y de los responsables de llevarlas a buen puerto también se multiplicó, ni qué decir de las líneas para generar conocimiento y de las estrategias para divulgarlo; sin embargo, el empuje inicial sigue presente y el interés por América Latina y el Caribe forma parte de un sello indeleble.

Transcurridos 38 años desde que mi andar y el del Mora se entrelazaron, se desvanece cualquier resquicio de duda sobre lo afortunada que fui al responder a una convocatoria que imaginaba simulada y al tener la

suerte de ser elegida para ocupar una de las tres plazas que se ofertaban. Un presente vigoroso ha dejado atrás la incertidumbre con la que el pasado cargaba al futuro. Hoy por hoy formo parte de una comunidad que ha crecido y madurado en sintonía con los cambios en el diseño institucional promovidos al paso del tiempo y con los ajustes de los proyectos individuales y colectivos a desarrollar en función de planes de trabajo que también se modifican conforme nuevas metas y objetivos aparecen en el horizonte.

El Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, nombre con el que oficialmente se le bautizó, se ha convertido en punto de referencia para los estudiosos de la historia y las ciencias sociales. El prestigio de sus publicaciones, de sus programas docentes, de su biblioteca y en general de todas las actividades que promueve trasciende las fronteras nacionales. Quizá por un síndrome asociado con la edad, los eslabones de la cadena que transporta mi mente del cuarto en la Guadalupe Inn a los cubículos en la sede Poussin se agolpan como si naturalmente hubieran estado predestinados a acomodarse de esa manera, pero no es así.

Quiénes arrancamos con las primeras síntesis y antologías históricas y quienes después se sumaron a la aventura fundacional hemos tomado caminos diversos dentro y fuera del Instituto. En mi caso volteé hacia México sin que ello implicara abandonar una vocación que, como dije antes, es irrenunciable. Es más, di la batalla en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales para revisar los criterios que en automático promovían análisis comparativos con otros países cuando el interés se centraba en México desde el campo de los Estudios Latinoamericanos.

En el Mora no se requirieron tales batallas. Conforme los textos de divulgación cedían el paso a la producción de conocimiento especializado, cada exintegrante del equipo conservó una identidad que nuestro (re) encuentro en agosto de 2021 confirmó. La solidez de esa identidad contribuyó a engarzar los eslabones a los que me referí líneas arriba, aunque la puesta en marcha de nuevos proyectos nos alejara en términos de recortes geográficos y temáticos, el compromiso con una perspectiva regional se mantuvo y contribuimos a consolidarla en los programas docentes y en las líneas de investigación que hoy distinguen al Instituto.

Ni las diferencias surgidas al fragor de desencuentros metodológicos y/o anímicos, o de interpretaciones distantes sobre el deber y el ser institucional, o, incluso, de nimiedades que nunca faltan cuando la convivencia se prolonga por tanto tiempo, borraron el mapa imaginario del Río Bravo hasta la Patagonia que de manera conjunta dibujamos. A falta de predestinación el trabajo hombro con hombro está en la base de la perspectiva latinoamericana que actualmente el Instituto Mora porta como orgulloso tatuaje.

Si en el baúl de los recuerdos quedaron los desafíos y las anécdotas que en la juventud nos unieron para delinear sus primeros trazos, los textos publicados, las clases impartidas, las tesis dirigidas, las conferencias dictadas son algunos botones de muestra de lo hondo que ha calado la tinta con la que se le ha engrosado. Ante la imposibilidad de detenerme en cada una de las actividades de las que emerge dicho baluarte, invito a que se desconfie de mi palabra y se hurgue de primera mano en el material que permite constatar la enorme presencia de América Latina y el Caribe en la historia del Instituto.

Asimismo, antes de poner punto final al sumario recorrido por una memoria que no siempre es fiel, recupero tres episodios en los que algunos de los hilos conductores de lo hasta aquí narrado hacen acto de presencia: nuestra inexperiencia, nuestro proceso formativo, nuestra convicción de ser parte de un equipo y el tipo de relación que establecimos. Empiezo con la mudanza a la sede Plaza. Cuando la tan anhelada fecha por fin llegó, caímos en la cuenta de que, si bien cada cual tendría su propio escritorio, salto cuántico respecto a la mesa compartida en Félix Parra, el hacinamiento continuaría pues el cubículo que substituiría al viejo cuarto seguía siendo uno sólo, pero ahora dividido por una media mampara.

Con el afán de no cometer injusticias dejamos al azar qué escritorio ocuparíamos y aceptamos relativamente bien los resultados que arrojaron los papелitos tomados de una urna hechiza. Y digo relativamente bien pues con la inteligencia y audacia que hasta la fecha lo caracteriza, Pablo Yankelevich de inmediato localizó una bodega que, fiel al buen gusto de Eugenia Meyer, con su puerta de cristal y remates de madera parecía todo menos bodega. Además de haberse diseñado con otro propósito, sus principales peros eran la vecindad con los baños y que se encontraba en un pasillo que no conducía a lado alguno. Ninguno de esos inconvenientes detuvo a Pablo, finalmente consiguió desalojar los tiliches allí almacenados para trasladar su escritorio y el mío, que eran los menos favorecidos del nuevo cubículo, y así nos hicimos de un mejor lugar sin romper el código de equipo.

El segundo episodio se refiere a la invitación que recibimos para presentar ponencias en un encuentro sobre Centroamérica que tendría lugar en San Cristóbal de las Casas. A estas alturas suena demencial lo que hicimos, eliminamos el plural de la invitación y propusimos una sola ponencia colectiva. Sí, una ponencia elaborada por cinco personas: Carmen Collado, Silvia Dutrénit, Mónica Toussaint, Pablo y yo. La locura no acaba allí, después la transformamos en artículo y la publicamos bajo el título de “Continuidad y cambio en la historia centroamericana del siglo XIX”. A nuestra candidez e inexperiencia se sumó el principio de “itodos para uno y uno

para todos!” con el resultado descrito y un sorteo más para definir quién aceptaría el papel de comentarista en otra mesa. Esta vez la invitación era en singular y la aceptamos en plural.

El episodio con el que cierro da cuenta de que en el camino algo se aprendía, pero aun así faltaba un buen trecho por recorrer. Gracias a los buenos oficios de Martín Puchet y Silvia Dutrénit, un grupo de connotados economistas que a la sazón trabajaban en el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET) nos convocó para rastrear los impactos políticos que había tenido en la región la crisis de 1929. El objetivo era constatar si el declive de los Estados oligárquicos había sido producto de la recesión como buena parte de la historiografía solía asumir.

Se trataba de un desafío no menor; al final lo aceptamos Javier Rodríguez Piña, Mónica Toussaint, Johanna von Grafenstein, Martín, Silvia y yo. So riesgo de equivocarme al hablar por el resto, me inclino a pensar que el más preparado para aceptarlo era Martín y que sin el liderazgo de Silvia no hubiésemos llegado a buen puerto. Aunque en un acto de generosidad por parte de ambos los créditos fueron en todo momento compartidos, inclusive cuando CONACULTA y Alianza coeditaron los resultados, es de reconocer una coordinación que en lo que a mí respecta ayudó a paliar debilidades.

De esa experiencia proviene una fama de tosudez que debo admitir he ganado a pulso. Decidí que nada mejor retrataría el papel de la Rosca boliviana que una imagen de los Dioses del Olimpo jugando con el destino de los mortales sin necesidad de mezclarse con ellos. Usé como metáfora las pinceladas de un cuadro en el que las deidades “desde sus respectivas nubes” controlaban todo lo que sucedía en la tierra. Antes de presentar nuestros primeros avances en el ILET los comentamos internamente y, con una paciencia que hasta el día de hoy reconozco, mis colegas insistieron en lo poco afortunado de la figura que proponía. Sólo porque no pude responderle a Mónica de dónde había sacado la idea de que Zeus y compañía flotaban por encima de las nubes, creo haber eliminado esa parte, más no la metáfora. Pensaba constatarlo a raíz de las remembranzas que han acompañado la elaboración del presente texto, al final no lo hice pues prefiero quedarme con la idea de que el mapa de ruta elegido incluye equivocaciones y aprendizajes. Unas y otros son inherentes al proceso formativo que en lo individual y en lo institucional ha apuntalado la elección de América Latina como telón de fondo y a la vez como dimensión estructurante.



## TEXTOS MENCIONADOS

- Buriano, A. (2000). *Ecuador*. México: Instituto Mora (Perfiles, América Latina).
- Buriano, A. y Dutrénit, S. (2009). *Uruguay, textos de la historia*. México: Instituto Mora.
- Collado, C. (1988). *Nicaragua, textos de su historia*. México: Universidad de Guadalajara/Instituto Mora/Nueva Imagen (Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe).
- Collado, C. (1988). *Nicaragua, una historia breve*. México: Universidad de Guadalajara/Instituto Mora (América Latina, una historia breve).
- Collado, C. (2000). *Venezuela, una historia breve*, México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora (Perfiles, América Latina y el Caribe).
- Collado, C., Dutrénit, S., Guillén, D., López, S. y Yankelevich, P. (1988). *Centroamérica. Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe*. México: Instituto Mora/Universidad de Guadalajara/Nueva Imagen/SEP/Programa Cultural de las Fronteras, 2 vols. (Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe).
- Collado, C., Dutrénit, S., Guillén, D., Toussaint, M. y Yankelevich, P. (1986). Continuidad y cambio en la historia centroamericana del siglo XIX. *Secuencia, Revista Americana de Ciencias Sociales*. México, Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora, 4, 102-113. [Artículo fuera de colección, que también se menciona en el capítulo.]
- Dutrénit, S. (1988). *El Salvador, textos de su historia*. México: Nueva Imagen/Instituto Mora/Universidad de Guadalajara (Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe).
- Dutrénit, S. (1988). *El Salvador, una historia breve*. México: Nueva Imagen/Instituto Mora/Universidad de Guadalajara.
- Dutrénit, S., Guillén, D., Grafenstein, J. von, Puchet, M. y Toussaint, M. (1990). *El impacto político de la crisis del 29 en América Latina*. México: CONACULTA/Alianza Editorial Mexicana (Los Noventa, 30). [Volumen fuera de colección, que también se menciona en el capítulo.]
- Dutrénit, S. (1994). *Uruguay, una historia breve*. México: Instituto Mora.
- Espino, R. y Martínez, R. (1988). *Panamá, una historia breve*. México: Instituto Mora/Universidad de Guadalajara/Alianza Editorial Mexicana.
- Espino, R. y Martínez, R. (1988). *Panamá I*. México: Instituto Mora/Universidad de Guadalajara/Nueva Imagen.
- Espino, R. y Martínez, R. (1988). *Panamá II*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Universidad de Guadalajara/Nueva Imagen.
- Grafenstein, J. von (1988). *Haití, una historia breve*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Universidad de Guadalajara/Alianza Editorial Mexicana.

- Grafenstein, J. von (1989). *Haití, textos de su historia*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Universidad de Guadalajara/Nueva Imagen. Colección Centroamericana y el Caribe, 2 vols.
- Grafenstein, J. von (2000). *República Dominicana, una historia breve*, México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora (Perfiles, América Latina y el Caribe).
- Guillén D. (1988). *Costa Rica, textos de su historia*, México: Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora/Universidad de Guadalajara/Nueva Imagen (América Latina, textos de su historia).
- Guillén, D. (1988). *Costa Rica, una historia breve*, México: Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora/Universidad de Guadalajara/Alianza (América Latina, una historia breve).
- Muñoz, L. (2000). *Jamaica una historia breve (síntesis y antología)*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Rodríguez Piña, J. (1988). *Cuba, una historia breve*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Alianza.
- Rodríguez Piña, J. (1990). *Cuba, textos de su historia*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2 vols.
- Toussaint, M. (1988). *Guatemala, textos de la historia de Centroamérica y el Caribe*. México: Instituto Mora/UdeG/Alianza Editorial.
- Toussaint, M. (1988). *Guatemala, una historia breve*. México: Instituto Mora/UdeG/Alianza Editorial, 1988.
- Toussaint, M. (1993). *Belice: una historia olvidada*. México: Instituto Mora/CEMCA.
- Toussaint, M. (2004). *Belice: textos de su historia (1670-1981)*. México: Instituto Mora.
- Yankelevich, P. (1988). *Honduras, textos de su historia*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora (Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe).
- Yankelevich, P. (1988). *Honduras, una historia breve*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

## ESCRIBIR SOBRE NICARAGUA DESDE LOS OCHENTA

María del Carmen Collado Herrera

El Instituto Mora comenzó a realizar investigación en 1983, con la llegada de Eugenia Meyer a la Dirección General. Ella tenía un proyecto claro de dar a conocer la historia regional de México, la historia de América Latina y la de Estados Unidos. Se trataba de un plan ambicioso, más centrado en la divulgación, que iniciaría con la independencia de México y la de los países de América Latina en el siglo XIX y la de Estados Unidos.

Dar a conocer la historia de América Latina constituía un acierto y una novedad, porque México ha mirado muy poco hacia el sur de su frontera, tanto en lo político como en lo académico. En la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM existían la licenciatura y el posgrado en Estudios Latinoamericanos desde un abordaje interdisciplinario, que incluía a la historia, pero no había una especialización en esta disciplina, ni proyectos de publicación de libros de la historia de estos países. El proyecto del Mora no intentaba hacer historias basadas en fuentes primarias, viajar a estos países a revisar archivos, archivos en algunos casos incompletos; eso estaba fuera de los propósitos planteados. Se trataba de basarse en fuentes secundarias, en documentos que fueron publicados y en los materiales archivísticos que se pudieran localizar en el Archivo Histórico Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Se buscaba llenar un vacío y, desde un inicio, Jesús Reyes Heróles –entonces secretario de Educación–, quien designó a Meyer como directora, dio su respaldo a esta iniciativa y, como resultado de su particular interés por la historia del liberalismo mexicano, se abrió, poco tiempo después, un proyecto de investigación dedicado a esta temática. De igual manera, la directora llevó una copia de los materiales del Archivo de la Palabra que dirigió en el INAH a la biblioteca del Instituto Mora y se abrió un espacio,

el proyecto de historia oral, para continuar con el trabajo del exilio español que entonces se encontraba en curso.

Cuando ingresé al Mora, en septiembre de 1983, lo hice al área de América Latina. Al poco tiempo se formó un grupo de historiadores y científicos sociales, dos de las cuales habían nacido en Uruguay y uno en Argentina: Silvia Dutrénit y Selva López, y Pablo Yankelevich. Un poco más adelante se integraron varios mexicanos: Diana Guillén, Rodrigo Espino y Raúl Martínez. Poco después de la salida de Selva López, ingresó Mónica Toussaint. Pongo énfasis en el origen nacional de los integrantes de este equipo de trabajo, porque creo que ese carácter contribuyó a que tuviéramos una mirada más plural, a partir de nuestras propias experiencias como historiadores y científicos sociales. Con este grupo de jóvenes colegas iniciamos las historias de los países de América Central. El proyecto consistía en hacer una antología de textos para cada país, una historia que abarcara desde la independencia hasta el fin del siglo XIX, y una cronología comparada entre México y el país estudiado. De manera paralela al trabajo que hacíamos sobre Centroamérica, Rodrigo Espino y Raúl Martínez se abocaron a elaborar la historia de Panamá y se integró un grupo de investigadores que se dedicaron al estudio del Caribe. Se trataba de Johanna von Grafenstein, Javier Rodríguez Piña, Laura Muñoz y Patricia Pensado.

Antes de iniciar el trabajo propiamente histórico, se nos asignó la tarea de revisar físicamente el acervo de la biblioteca del Mora para decidir qué libros se quedaban en él y cuáles se descartaban. La biblioteca del Mora se nutría entonces de textos que provenían de la etapa en que formó parte de la asociación civil Bibliotecas Mexicanas, fundada en 1976, de las compras de bibliotecas privadas realizadas por su primer director, Ernesto de la Torre Villar, y de las donaciones recibidas. A partir de 1983 se estipuló que la biblioteca tendría un acervo especializado en historia de México, América Latina, el Caribe y Estados Unidos, a partir del siglo XVI hasta nuestros días, y de ciencias sociales, en consonancia con los proyectos de investigación y los programas docentes. Entonces existía una maestría en Historia de América y la maestría en Sociología Política. Cuando comenzamos con este trabajo, que implicaba varias horas de pie entre la estantería de la biblioteca que se encontraba en la casa colonial de gruesas paredes de don Valentín Gómez Farías, y revisando cajas de material, despuntaba el invierno y el frío arreciaba. Tomábamos varias tazas de café y té al día para mantenernos calientes, y un día a alguien se le ocurrió la idea de comprar una botella de rompopé, del que hacían las monjas dominicas de clausura, vecinas del convento de Santa Catalina de Siena situado al lado de la sede original del Mora, para brindar y quitarnos el frío. Subrepticamente entró

el rompopo, tomamos nuestra copa disfrazada en una taza de café y brindamos en medio de las risas generalizadas.

Iniciamos la tarea de investigación recorriendo los acervos de las bibliotecas más importantes de la ciudad de México para ubicar qué textos podrían servir para nuestro trabajo. Entonces no existían catálogos digitalizados, por lo que era necesario visitar cada una de aquellas para revisar los ficheros físicos en donde se encontraban clasificados los datos de los libros y revistas. Existían en la sección de libros de referencia de algunas bibliotecas, obras que describían en general el acervo que contenían los repositorios más importantes de otros países, en especial de Estados Unidos. Así, realizando varias pesquisas llegamos a la conclusión de que teníamos que viajar para acceder a los materiales que necesitábamos para nuestras investigaciones.

En vista de que no existía entonces en México la suficiente bibliografía para emprender la historia de América Latina y el Caribe, a Mónica Toussaint y a mí nos encomendaron trabajar en la Latin American Library de Tulane University, en Nueva Orleans, Luisiana, en 1985. Se trata de la biblioteca más importante sobre Centroamérica y también con una gran riqueza sobre Latinoamérica y el Caribe. Esta tiene una significativa colección de libros raros, manuscritos, folletos, revistas, periódicos, archivos y textos dedicados a la región. Tulane, famosa por sus estudios mesoamericanos, inició los estudios latinoamericanos en 1924 y se hizo de un magnífico acervo, apoyada con la donación de un rico empresario de Nueva Orleans con prósperos negocios en Centroamérica. A lo largo de doce días aproximadamente, revisamos todos los libros y revistas que tuvimos a nuestro alcance, los que nuestros colegas nos habían pedido y sacamos fotocopias de todos los materiales útiles para nutrir nuestro trabajo.

Se trató de un esfuerzo pensado y exitoso, orquestado por Eugenia Meyer, pues en lugar de visitar las bibliotecas de cinco países centroamericanos, cuyos acervos no estábamos seguras fueran tan buenos, en la biblioteca de Tulane encontramos muchos de los libros y revistas que nos servirían y contamos con el apoyo de su entonces director, Thomas Niehaus. Nosotras mismas fotocopiamos mucho del material necesario y con el apoyo de Niehaus pudimos enviar a fotocopiar textos en comercios especializados que se ubicaban cerca de la universidad. Existían restricciones para reproducir obras completas, pues ello afectaba los derechos de autor, pero como nuestra intención era académica y no comercial, cuando se trató de libros enteros nosotras mismas realizamos el trabajo. Regresamos a casa con las maletas llenas de fotocopias, las cuales fueron empastadas y constituyeron parte de la materia prima con la que iniciamos nuestros textos sobre Centroamérica.

Nuestro primer trabajo fue elaborar una antología de textos de fines del periodo colonial a la conclusión de la República Federal de Centroamérica en 1838. En vista de la historia de la región, que tuvo un gobierno unitario durante el periodo colonial e intentó constituirse en una república después de la independencia, no podíamos comenzar con la historia de cada uno de los países sin más; era necesario referirse a ese periodo de historia compartida entre las que luego serían cinco repúblicas independientes. Se trató de un trabajo semicolectivo en el que se dedicaba una sección a la Capitanía General de Guatemala y a la República Federal y textos particulares sobre los futuros países que la integraban: Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica. Esta antología, que fue publicada en dos volúmenes en 1988, reunía documentos históricos, relatos de viajeros y textos escritos por historiadores y especialistas, algunos de ellos coetáneos a nosotros (Collado, Dutrénit et al., 1989). Cada uno de los cinco autores (Carmen Collado, Silvia Dutrénit, Diana Guillén, Selva López y Pablo Yankelevich) se hizo cargo de la historia de un futuro país y contribuyó a la formación del tramo dedicado al conjunto de las experiencias regionales. Este trabajo conjunto resultó muy provechoso para contrastar las diferentes formaciones, ideas y perspectivas de quienes nos ocupamos de esta tarea.

Una vez concluida esta etapa comenzamos a conformar la antología que se dedicaría a una de las cinco repúblicas. Yo me ocupé de Nicaragua y más adelante explicaré las razones que me llevaron a esta selección. Diversos materiales integraron esta antología, documentos de la época publicados, notas periodísticas, relatos de viajeros, textos de historiadores y científicos sociales y documentos contenidos en el Archivo Histórico Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Las anécdotas sobre cómo preparábamos nuestra antología y cómo escribimos nuestras historias, remiten a la tecnología con que contábamos en la época, muy lejana de la era cibernética en que vivimos en la actualidad. Para la compilación, fotocopiábamos el material seleccionado, lo pegábamos en hojas, le poníamos un título, el nombre del autor y una breve introducción al documento –si esta era pertinente– escritos a máquina. Cuando queríamos eliminar parte del texto antologable, lo barnizábamos con un líquido blanco que se usaba para tapar los errores cometidos en una máquina de escribir. Una vez que estaba el texto, se le pasaba a una secretaria para que lo transcribiera. Se trataba de un trabajo literal de “tijeras y engrudo”. En cuanto al libro de historia de Nicaragua, lo redacté a mano; lo leía, le hacía correcciones y una vez listo el manuscrito lo turnaba a una secretaria para que lo transcribiera a máquina. Nuevamente lo revisaba, y ya con los cambios, lo enviaba de nueva cuenta a la secretaria para que lo

pasara en limpio, y entonces era remitido a dos dictaminadores para que opinaran sobre la calidad del libro. Recibidas las observaciones de los especialistas, estas eran integradas al texto.

Terminada la antología me dediqué a preparar la redacción de la historia de Nicaragua desde el fin del periodo colonial, con las reformas borbónicas –el último tercio del siglo XVIII– hasta la culminación del gobierno de José Santos Zelaya y el inicio de la ocupación estadounidense en 1912. En 1988 fue publicada la breve historia de Nicaragua (Collado, 1988) y al año siguiente la antología *Nicaragua* (Collado, 1989).

¿Por qué elegí Nicaragua como campo de trabajo? En los años en que fui invitada a trabajar en el proyecto de historias de América Latina, Nicaragua ocupaba un gran espacio en los medios periodísticos a causa del triunfo de la rebelión sandinista y de la intervención estadounidense en este país financiando a la “Contra” nicaragüense. Esta sola situación bastaba para que me despertara curiosidad la historia de esta república, pero además me parecía que con la serie de intervenciones que había padecido Nicaragua desde el siglo XIX y hasta el siglo XX, guardaba un parecido con la historia de desembarcos e intervenciones militares que había caracterizado a la historia mexicana y esta fue otra razón que me invitó a ocuparme de la historia del país.

Abordé la historia de Nicaragua en el contexto de la guerra fría y este entorno marcó el ambiente intelectual en el cual trabajé. La algidez del conflicto que se presentaba en su territorio y la participación de México en esta contienda convirtió a la lucha nicaragüense en un tema de gran actualidad. Durante el gobierno de José López Portillo, México rompió relaciones con la dictadura de Anastasio Somoza Debayle en mayo de 1979; esta dinastía familiar se mantuvo en el poder desde 1937 hasta 1979. Las razones para explicar esta ruptura fueron las violaciones a los derechos humanos, pero además contaban, y tal vez mucho, la simpatía y apoyo del gobierno mexicano al Frente Sandinista para la Liberación Nacional, a cuyos miembros el presidente recibía cuando viajaban a México. Los sandinistas se refugiaban en la embajada mexicana en Managua; esta llegó a facilitarles vehículos para que transportaran armas y uno de los aviones del presidente López Portillo trasladó a Nicaragua a los sandinistas refugiados en Costa Rica una vez que Somoza salió del país. Para justificar el abandono de la Doctrina Estrada, las autoridades realizaron acrobacias retóricas explicando la ruptura de relaciones como un repudio a la violación de los derechos humanos (Herrera, 2011).

La revolución nicaragüense no era respaldada por Estados Unidos, país que sistemáticamente daba su apoyo a las dictaduras de derechas latinoamericanas durante la guerra fría. La guerrilla sandinista estaba ins-



pirada en la revolución cubana y en la Teología de la Liberación, en el compromiso con los pobres sustentado por el grupo católico de la oposición a Somoza, que le dio mayor arraigo en el campo. Se trataba de una alianza pluriclasista que retomaba del ideal sandinista su antiimperialismo, su latinoamericanismo y su defensa de la soberanía nacional. Estas características convirtieron al conflicto de la nación centroamericana en parte de la confrontación Este-Oeste, pues Cuba apoyaba a los revolucionarios, aunque la URSS no se pronunciaba abiertamente. México, fiel a su política de distanciarse de Estados Unidos en los conflictos nacionalistas y revolucionarios de la región, desconoció a Somoza, dejando de lado la Doctrina Estrada, y aprovechando la fortaleza derivada de su papel como gran productor de petróleo que le permitía tener un papel más activo en Centroamérica. México había firmado ya, por ejemplo, el Acuerdo de San José con Venezuela en 1980, que daba financiamiento para que adquirieran petróleo los países Centroamericanos y del Caribe, utilizando 30% de los fondos que pagaban para apoyar diversos proyectos de desarrollo con intereses bajos de las naciones involucradas (CEPAL/ONU, 1994).

La política mexicana se vio reflejada en la prensa a través de los extensos e impresionantes fotorreportajes de Pedro Valtierra en el *Unomásuno*, entre abril y agosto de 1979. No era común que México enviara reporteros de guerra a otros países y esta presencia puede entenderse en el marco de la postura asumida por la nación en este conflicto y en el contexto de la reforma democrática que había experimentado en 1979. Esta cobertura y la tolerancia a que los diarios y revistas mirasen el conflicto sandinista con simpatía era un guiño a la izquierda mexicana, en una época en que la prensa era controlada por el aparato de poder. La postura independiente de México en este conflicto llenaba de orgullo a los funcionarios y los grupos progresistas del país, aunque no hay que olvidar que lo que buscaban los gobiernos era evitar una radicalización peligrosa para sus intereses en una república vecina, al tiempo que le permitía fortalecer su postura de negociación con Estados Unidos. Al cumplirse un año del triunfo sandinista, Valtierra viajó nuevamente a Nicaragua y cubrió el evento con sus imágenes. Las fotografías tenían una enorme fuerza y ponían en evidencia la crueldad del conflicto, el sufrimiento de los guerrilleros, el desplazamiento forzado provocado por la guerra, la asimetría de poder de fuego entre la guardia nacional y los rebeldes y la alegría del triunfo (Rodríguez Aguilar, 2019, pp. 152-166). Además, tenían la virtud de presentar la mirada latinoamericana sobre la revolución, al margen de la proyectada por los fotorreporteros de las grandes agencias internacionales de prensa o los rotativos de poderosas consorcios periodísticos estadounidenses y europeos.

En 1983, justo cuando iniciamos las historias de Centroamérica, el gobierno de Miguel de la Madrid se integró al Grupo Contadora –llamado así porque se reunió en la isla de Contadora, en Panamá– en el que estaban representados Colombia, Panamá, Venezuela y México. Se trataba de una iniciativa que buscaba la paz en la región, que reconocía la beligerancia de los movimientos guerrilleros; México ya lo había hecho junto con Francia con el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional de El Salvador en 1981. Este grupo mediador de paz buscaba sacar los conflictos regionales del ámbito de la confrontación socialismo-capitalismo, impulsar regímenes democráticos, poner fin a la insurrección, encontrar solución a los problemas políticos y sociales e impulsar las exportaciones y la economía en general. En septiembre de 1983 se firmó el Documento de Objetivos en Panamá, que fijaba estas metas y fue avalado por las Naciones Unidas. Dos años después se integraron al grupo Argentina, Uruguay, Perú y Brasil y tomaron el nombre de Grupo de los Ocho.

La iniciativa de Contadora iba en contra de la política estadounidense esgrimida por Ronald Reagan que consistía en financiar a los “Contras” (contrarrevolucionarios), grupos paramilitares, para derrocar a los sandinistas. Les proveyeron de armas, ayudaron en la destrucción de infraestructura, minaron algunos puertos y violaron el espacio aéreo y marítimo de Nicaragua para evitar la consolidación del gobierno revolucionario. El financiamiento de estas operaciones encubiertas se hizo con parte de los recursos que la CIA obtuvo de la venta ilegal de armas a Irán.<sup>1</sup> También se ha acusado a esta agencia de apoyar la venta de cocaína en California para financiar a este grupo paramilitar.<sup>2</sup> Estas operaciones cesaron debido al escándalo en el Congreso de Estados Unidos en 1987 que puso al descubierto la manera como el gobierno había violado la prohibición de financiar grupos armados en Nicaragua.

Toda esta información circulaba en la prensa durante los años en que se realizó la investigación sobre Nicaragua y necesariamente influyó en la mirada con la que se escribió esta historia. Bien es sabido que la historia se hace siempre desde el presente.

<sup>1</sup> Redacción, “Oliver North, el controvertido militar involucrado en el escándalo Irán-Contra, que ahora dirige la poderosa Asociación del Rifle en Estados Unidos”, *BBC News Mundo*, 8 de mayo de 2018. Recuperado de <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-44041957> [Consulta: 29 de diciembre de 2021.]

<sup>2</sup> A. Caño, “Cocaína de la CIA para pagar a la Contra”, *El País*, 16 de septiembre de 1996. Recuperado de [https://elpais.com/diario/1996/09/17/ultima/842911201\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1996/09/17/ultima/842911201_850215.html) [Consulta: 29 de diciembre de 2021.]

La estructura del trabajo tiene influencia de la escuela de los segundos *Annales*. Comienza con una descripción de la geografía del país, en tanto que la estructura económica y social conforman el entramado en el que se construyen las explicaciones a los procesos. También está inspirada en la escuela social inglesa, en especial en Eric Hobsbawm, quien fue un historiador muy leído y consultado por mí debido a su concepción sobre la historia. Desempeñaban un papel preponderante en la explicación la presencia de elites económicas y políticas poderosas regionalmente que se disputaron el poder desde la época de la Capitanía General de Guatemala y siguieron haciéndolo a lo largo del siglo XIX, una vez que Nicaragua nació como república independiente. La vida de estos grupos poderosos surgió y floreció alrededor de diferentes cultivos como el añil y luego el café y una vez que se incorporó el territorio de la Mosquitia en 1894, las exportaciones de plátano y luego la minería de oro desempeñaron un papel relevante.

Junto con la influencia de estas escuelas históricas, también se hizo presente la teoría de la dependencia, muy en boga en la década de 1970 y 1980. Esta explicación ponía énfasis en la relación asimétrica entre centro y periferia y en la forma como se transfería la riqueza desde los países subdesarrollados a los países desarrollados. Este telón de fondo se prestaba para explicar las intervenciones que sufrió el país a lo largo del periodo estudiado.

La posibilidad de construir una ruta interoceánica en Nicaragua que comunicara el océano Pacífico con el Atlántico hizo que Estados Unidos albergara intereses en la región, pues por entonces era considerado más viable construir una ruta en Nicaragua que en Panamá. Nicaragua cuenta con el lago de Nicaragua, muy cerca de la costa pacífica y el río San Juan lo comunica con el Atlántico. Reino Unido mantuvo control sobre la costa atlántica de Centroamérica desde el periodo colonial y estableció el protectorado sobre la Mosquitia en 1843, con lo cual mantenía el dominio sobre la salida al Atlántico.

No obstante, luego de que iniciara la fiebre del oro en California y se desatara el poblamiento de los territorios que México perdió en la guerra de 1847, se aceleró el interés por acortar el viaje de costa a costa en Estados Unidos. La ruta interoceánica se volvió atractiva y Washington puso en marcha una diplomacia tendente a debilitar la influencia británica y logró la firma del Tratado Clayton-Bulwer en 1850. Mediante este acuerdo las dos naciones convinieron en la neutralidad que tendría una ruta en Nicaragua. Un año antes de la firma, Nicaragua ya había cedido la concesión de un canal a una compañía estadounidense, posteriormente Cornelius Vanderbilt fundó una empresa naviera que se fusionó con la anterior con el nombre de Accessory Transit Company y en 1850 llegó el primer vapor a San Juan

del Norte, en la costa mosquita, procedente de Nueva York. La compañía obtuvo grandes ganancias y escatimó los pagos acordados al gobierno de Nicaragua por el uso de la ruta interoceánica.

Las diferencias entre las élites locales, entre liberales y conservadores, llevaron a la guerra nacional en 1854. Los democráticos o liberales contrataron a un grupo de mercenarios estadounidenses para que apoyaran su causa a cambio de comida y tierras. Todo ello decantó en la llegada del filibustero William Walker, quien ya había organizado una fallida expedición en Sonora, México, en 1853. Walker se alió a la compañía canalera, la cual le concedió un préstamo y pasaje más barato a más de 2 000 voluntarios que llegaron a suelo nicaragüense. Estados Unidos no apoyaba estas expediciones, pues violaban las leyes de neutralidad, pero tampoco se empeñaba en evitar la salida de barcos hacia el sur, pues supuestamente no podía demostrar que los pasajeros viajaran armados. Walker, pese a la oposición de los otros países centroamericanos, consiguió ser nombrado presidente de Nicaragua en 1856, con el apoyo de dos accionistas de la empresa canalera, quienes querían dejar fuera de la compañía a Vanderbilt. El filibustero ambicionaba crear una confederación de Estados en Centroamérica e instaurar la esclavitud para apoyar a los estados sureños de Estados Unidos en donde estaba a punto de estallar la guerra civil. El Salvador, Guatemala y Costa Rica –esta última con el respaldo de Vanderbilt– organizaron expediciones para expulsar a Walker y lograron su cometido en 1857. La confrontación nicaragüense era como un reverberación que recordaba cómo la división política en México fue aprovechada por Estados Unidos para invadir el país y quedarse con más de la mitad de su territorio en la guerra de 1847.

A principios del siglo xx, Estados Unidos intervino en Nicaragua desembarcando marines para asegurar su control sobre la ruta interoceánica y proteger a los inversionistas estadounidenses en 1909. A partir de 1912 y hasta 1933 mantuvo tropas de manera intermitente, trató de reorganizar gobiernos y ordenar las finanzas; así logró la firma del Tratado Bryan-Chamorro en 1914, que dio a Estados Unidos la concesión para construir un canal en su territorio. Las intervenciones en Nicaragua también me remitían al desembarco estadounidense en Veracruz en 1914 y la Expedición Punitiva en 1916.

La injerencia de Estados Unidos en Nicaragua, que para mí era como un eco de lo sucedido en México, se adecuaba muy bien a las explicaciones de la teoría de la dependencia y de ahí que esta fuera una influencia importante en la visión que plasmé en la breve historia de Nicaragua. Además, los amagos de diplomacia independiente que México hizo sentir dos veces en

Nicaragua antes de la revolución de la década de 1970 hacían muy atractivo para mí adentrarme en su historia.<sup>3</sup>

## FUENTES CONSULTADAS

### *Heimerografía*

*BBC News Mundo*, Londres.

*El País*, Madrid.

### *Bibliografía*

- CEPAL/ONU (1994). *Utilización y beneficios del Acuerdo de San José para el Istmo Centroamericano*. Convenio de Cooperación CEPAL/GTZ México, 5-10. Recuperado de [https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/27121/LCmexL247\\_es.pdf](https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/27121/LCmexL247_es.pdf) [Consulta: 14 de diciembre de 2021.]
- Collado Herrera, C. (1988). *Nicaragua*. México: Universidad de Guadalajara/Instituto Mora (América Latina, una historia breve).
- Collado Herrera, C. (comp.) (1989). *Nicaragua*. México: Universidad de Guadalajara/Instituto Mora/Nueva Imagen (Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe).
- Collado, C., Dutrémit, S., Guillén, D., López, S. y Yankelevich, P. (comps.) (1989). *Centroamérica. Textos de la Historia de Centroamérica y el Caribe*. México: Instituto Mora/Universidad de Guadalajara/Nueva Imagen/SEP/Programa Cultural de las Fronteras, 2 vols. (Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe).
- Herrera León, F. (2011, julio). El apoyo de México al triunfo de la revolución sandinista: su interés y uso políticos. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 38(1). Recuperado de [http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0120-24562011000100008#pie3](http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0120-24562011000100008#pie3)
- Rodríguez Aguilar, S. (2019). *La mirada crítica del fotoperiodista Pedro Valtierra*. Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León/Cuartoscuro/Fundación Pedro Valtierra/Posgrado en Historia-UNAM.

<sup>3</sup> Me refiero al apoyo que Porfirio Díaz dio al dictador nicaragüense José Santos Zelaya para que se exiliara en México en 1909, así como al envío de armas, buques y voluntarios que Plutarco Elías Calles remitió a Nicaragua en respaldo al vicepresidente Juan B. Sacasa y a los liberales en 1926.

## DE LAS LUCHAS REVOLUCIONARIAS A LOS NUEVOS AUTORITARISMOS: CENTROAMÉRICA, 1979-2021

Mónica Toussaint

En septiembre de 1978 se documentó con un testimonio visual la brutal represión a la que estaba siendo sometido el pueblo nicaragüense por parte de la Guardia Nacional. Meses después, ese documental fue presentado en la sesión de la OEA en la que se resolvió frenar cualquier tipo de intervención de Estados Unidos en la región y condenar al régimen somocista por la violación a los derechos humanos en Nicaragua. De ahí la ruptura de relaciones de México con el gobierno de Anastasio Somoza y su caída final con el triunfo de la revolución sandinista el 19 de julio de 1979.

Justo en ese contexto ingresé a la UNAM a la licenciatura en Estudios Latinoamericanos y toda mi formación estuvo enmarcada en el tema de la guerra fría, la presencia de Estados Unidos en la región, el apoyo de México a los movimientos sociales centroamericanos y la idea del efecto dominó que haría que la revolución se extendiera por toda Centroamérica e incluso llegara hasta México. Con el triunfo de la lucha de los sandinistas, los esfuerzos contrainsurgentes se redoblaron, sobre todo durante la administración de Ronald Reagan, y se puso en marcha la estrategia de Guerra de Baja Intensidad.

Desde un inicio, mi interés se centró en la historia de los países centroamericanos, por la cercanía con México y porque las luchas de esos pueblos me parecían legítimas y justas, pero, desde entonces, los que más llamaban mi atención eran Guatemala, Nicaragua y El Salvador. Esto se hizo evidente cuando me inscribí al curso de historia socioeconómica de Centroamérica impartido por Teresina Gutiérrez Haces en el cual, además de leer los trabajos del libro *América Latina: Historia de medio siglo*, coordinado por Pablo González Casanova, cuyo volumen 2 estaba dedicado a México, Centroamérica y el Caribe, teníamos la obligación de recortar la prensa diaria sobre lo que estaba sucediendo en la región.

En ese entonces, el periódico *El Día* tenía una sección internacional maravillosa y la cantidad de recortes se multiplicaron día con día. Poco a poco me fui fascinando con la historia de Nicaragua y terminé elaborando mi tesis de licenciatura con el tema “Las organizaciones de masas en la revolución nicaragüense”, de la cual derivé un artículo sobre la organización de las mujeres sandinistas, que tiempo después publiqué en la revista *Secuencia*.

Había estado trabajando varios años como asistente de Enrique Krauze y, mientras redactaba mi tesis, acudí a él para que me orientara con el fin de ingresar a alguna institución académica. Me sugirió acudir al Mora, que tenía poco tiempo de haber abierto sus puertas, y a fines de 1984 me presenté en la oficina de su directora general, Eugenia Meyer, pensando que tendría que dedicarme al estudio de la historia de México. Pero, para mi sorpresa, me explicó que tenían un proyecto para elaborar antologías y síntesis históricas sobre los países de América Latina en el siglo XIX y, en particular, había quedado vacante el lugar de quien trabajaba el caso de Guatemala. Los ojos se me iluminaron y de inmediato pensé: de aquí soy.

El inconveniente es que ya había varios candidatos para ocupar el cargo, así que dejé mis papeles y salí sin muchas esperanzas. A los pocos días me llamó Silvia Dutrénit, coordinadora del proyecto, y me entrevistó en las oficinas que entonces se encontraban en una casa ubicada en la calle de Félix Parra. Finalmente, me avisaron que había sido seleccionada para incorporarme al equipo de América Latina en el que ya llevaban varios meses trabajando la propia Silvia y Carmen Collado, que eran las únicas que contaban con una maestría, además de Diana Guillén, Javier Rodríguez Piña, Rodrigo Espino, Raúl Martínez y dos compañeros entrañables de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM: Pablo Yankelevich y Johanna von Grafenstein.

El 15 de noviembre de 1984, a la edad de 25 años, pasé a formar parte de ese equipo de investigadores que nos reuníamos alrededor de una mesa a trabajar en las respectivas antologías de textos, recortando las fotocopias y pegándolas con Pritt en una hoja de papel Bond tamaño carta, y utilizando un misterioso líquido blanco con muchos grumos que se llamaba Chacra y que servía para enmendar los errores que cometíamos. Parecíamos más bien alumnos de un kínder con tijeras, papel y engrudo, pero éramos un grupo de jóvenes que iniciábamos nuestra carrera académica en torno al tema de la historia de América Latina.

Después de concluir el trabajo sobre Guatemala, pedí que me asignaran la tarea de escribir la historia de Belice, en la cual nadie estaba interesado. Me llamaba la atención por sus vínculos con México y Guatemala, y porque se había independizado hasta 1981, lo cual me permitía llevar el estudio hasta el siglo XX, en donde estaban los problemas que más resona-



ban con mis intereses vitales. Con esa investigación gané un premio en el concurso “Un siglo de relaciones México-Centroamérica, 1890-1990”, convocado por el INEHRM, el Acervo Histórico Diplomático de la SRE y el Programa Cultural de las Fronteras del CONACULTA (1992), con el trabajo “Un conflicto por la soberanía: la relación de México con Belice y Guatemala (1890-1981)”, del que se derivó el libro *Belice, una historia olvidada*, coeditado por el Instituto Mora y el CEMCA en 1993.

Con todo, lo más relevante fue que la historia de Belice y su lucha por la independencia despertaron en mí la pasión por el estudio de la historia de las relaciones internacionales y el análisis de los intereses de las potencias en la región, así como los vínculos entre los países centroamericanos y un país como Belice, más caribeño y vinculado a la Gran Bretaña, pero con importantes problemas compartidos y una fuerte presencia de migrantes salvadoreños asentados en Belmopán.

Todo ello sucedió durante el periodo en que México desarrolló una política exterior activa y manifestó su interés en los conflictos regionales para convertirse en promotor de la paz. Al tiempo que buscaba desbilateralizar su relación con Estados Unidos e inyectarle otros elementos para convertirse en interlocutor de asuntos de terceros, deseaba consolidarse como actor político regional, en el contexto del conflicto Este-Oeste de los años setenta y ochenta. De estas preocupaciones surgió mi interés en estudiar la maestría en Estudios Latinoamericanos en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y elaborar una tesis sobre la política exterior de México hacia Centroamérica durante los gobiernos de José López Portillo y Miguel de la Madrid.

Mi investigación estuvo centrada en el análisis de los movimientos revolucionarios en Nicaragua y El Salvador a fines de los años setenta y durante la década de los ochenta, en el desarrollo del Grupo Contadora a partir de 1983, en las reuniones de Esquipulas I y II, y en la firma de los Acuerdos de Paz de El Salvador en el Castillo de Chapultepec en 1992. Mi director de tesis fue Jorge Castañeda Gutman, en una época en que se caracterizaba por ser un académico de izquierda, antes de convertirse años más tarde en el político intransigente de la enchilada completa.

Con la firma de la paz en El Salvador y Guatemala en los años noventa, se generó la idea en algunos sectores de la academia mexicana de que los conflictos en la región habían concluido, que los problemas políticos y sociales no existían más y que debíamos dedicarnos a otros temas. En el Mora, el proyecto de América Latina no pudo continuar como tal y, a partir de 1989, nos reubicaron en otras áreas. En mi caso, afortunadamente fui invitada al proyecto de Historia de Estados Unidos y ahí pude desarrollar mi interés en la historia de las relaciones del país del norte con México y Centroamérica.

La idea de trabajar el siglo XIX fue prácticamente una imposición institucional del momento, por lo que en los años noventa me dediqué a estudiar este mismo tema, pero ahora durante el porfiriato, con un interés especial en el análisis del problema de límites entre México y Guatemala y la participación del secretario de Estado James G. Blaine como mediador. Se trataba de reconstruir el proceso de negociación del tratado limítrofe entre ambos países y la labor de los diplomáticos guatemaltecos Manuel Herrera y Lorenzo Montúfar, el primero en México y el segundo en Washington. Además, me propuse problematizar el aspecto de los vínculos entre los intereses públicos y los intereses privados, a partir de dos figuras fundamentales: Justo Rufino Barrios, cabeza del gobierno liberal guatemalteco, y Matías Romero, representante diplomático de México en Washington.

Ambos eran poseedores de fincas cafetaleras localizadas precisamente en la zona en que los límites no se habían definido y por ello vieron la necesidad urgente de llegar a un acuerdo en esta materia. A partir de entonces, Matías Romero se convirtió en la figura central de mi investigación, desde ese momento ha estado presente y parece estar decidido a no abandonarme. Además, de esta época viene mi pasión por otro aspecto al que me he dedicado hasta el día de hoy: el estudio de la frontera sur de México, tanto con Guatemala como con Belice.

Esta incursión en el estudio de la política exterior de México hacia el istmo centroamericano durante el porfiriato, no sólo en los temas de delimitación de la frontera sur, sino en lo relacionado con los procesos de unión centroamericana y los conflictos políticos interregionales, me dio la oportunidad de replantear mi actividad docente. De este modo, resolví enfocar mis clases en el estudio de los intereses de México y Estados Unidos en Centroamérica desde una perspectiva de la geopolítica regional. Asimismo, pude impartir cursos que no sólo hacían referencia a las problemáticas del tiempo presente, sino que se remontaban al siglo XIX para analizar las continuidades y los cambios en las relaciones internacionales de México, al igual que los constantes intentos de los gobiernos estadounidenses por intervenir en los destinos de los países centroamericanos.

Ello me llevó también a profundizar en algunos aspectos de la historia de Guatemala, Nicaragua y El Salvador, particularmente en los años de la guerra, para impartir algunos seminarios en el posgrado de Estudios Latinoamericanos de la UNAM centrados en temas como revolución y democracia en Centroamérica, guerra civil y conflicto regional, guerra y crímenes de lesa humanidad, rebelión y genocidio en Guatemala, guerra popular y reforma política en El Salvador, el sandinismo y la contra en Nicaragua,

así como el análisis de las narrativas de la guerra y la posguerra, los testimonios y las representaciones de una realidad convulsa y violenta.

De manera paralela, durante estos años participé en diversos seminarios interinstitucionales con investigadores de la UNAM y de El Colegio de México, que me permitieron discutir mis avances de investigación con colegas que se interesaban en temáticas afines, desde perspectivas diversas. Se trataba de espacios de reflexión vinculados a proyectos amplios, financiados por el CONACYT o por el Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación de la UNAM, que en la mayoría de los casos tenían como objetivo publicar obras colectivas para un público especializado.

Los ejes de estos seminarios eran la historia de las relaciones entre México y Estados Unidos; el estudio del Caribe en una perspectiva histórica, centrado en temas como región, frontera y relaciones internacionales; la nueva historia diplomática; el análisis de las fronteras norte y sur a través de aspectos como el género, la migración y las representaciones visuales; la construcción de la nación liberal y el papel de los diplomáticos mexicanos; la historia de las relaciones internacionales iberoamericanas; la postura de México ante el conflicto centroamericano; los 30 años de guerra en Guatemala desde la perspectiva de la memoria y los debates actuales; así como la interacción de los exilios en México e Iberoamérica.

Ya en el siglo XXI, una serie de temas irrumpieron en mi agenda de investigación derivados de la compleja realidad de la región. Además de los procesos de la guerra y la posguerra en Centroamérica, presentes en el seminario mensual que organizamos desde 2012 junto con el CIALC de la UNAM, incursioné en aspectos como la migración de centroamericanos y su tránsito por el territorio mexicano en dirección a Estados Unidos en la búsqueda de mejores condiciones de vida o en franca huida de la violencia social heredada de los años de guerra; la seguridad fronteriza y el interés de Washington de convertir a México en parte de su perímetro de seguridad nacional; los fallidos proyectos de cooperación para el desarrollo impulsados desde México como el Plan Puebla-Panamá o el Proyecto Mesoamérica, y las acciones disfrazadas de proyectos de desarrollo destinadas a frenar el flujo migratorio y con un claro enfoque de criminalizar a los migrantes como la Iniciativa Mérida, el Plan Sur o la Alianza para la Prosperidad del Triángulo Norte.

Así, cuando pude retornar a los estudios del tiempo presente, mis intereses se desarrollaron en torno a varias líneas principales, vinculadas en parte con los proyectos del Acervo Histórico Diplomático de la SRE, en donde fui invitada a colaborar. De esta colaboración resultaron un libro de relaciones de México con Centroamérica que publiqué en coautoría con Mario Vázquez y Guadalupe Rodríguez; otro más sobre el mismo tema, que elaboré con

Mario Vázquez y Manuel Ángel Castillo con motivo del bicentenario, como parte de una colección de textos de las relaciones de México con las distintas regiones del mundo, y un texto panorámico sobre la historia de la frontera sur, también con Manuel Ángel y Mario, el cual recibió el premio Francisco Xavier Clavijero a la mejor investigación en Historia, convocado por el INAH.

Para redondear el panorama, a fines de 2006 el Instituto Matías Romero de la SRE nos invitó a un grupo de investigadoras a participar en el proyecto de Historia Oral de la Diplomacia Mexicana, que había iniciado Graciela de Garay años atrás. El proyecto tenía como objetivo entrevistar a embajadores retirados quienes, a la vez que narraban su experiencia en el desarrollo de su actividad diplomática, nos permitían revivir medio siglo de historia internacional y de la relación de México con el mundo, pudiendo observar así las permanencias y los cambios en la historia de la diplomacia mexicana.

Tuve la fortuna de que me asignaran entrevistar al embajador Antonio de Icaza, diplomático de enorme habilidad, con un gran sentido del humor y con quien pude entablar una amistad entrañable. El libro resultado de estas entrevistas se tituló *Antonio de Icaza: la alegría de servir* y fue publicado en 2009 en una coedición del Instituto Matías Romero y el Instituto Mora. En él pude reconstruir la historia de vida de un personaje fundamental para la diplomacia mexicana en la segunda mitad del siglo xx, que nació, creció y se formó en el servicio exterior mexicano. De Icaza destaca por su actuación en los organismos multilaterales en temas como el desarme, el derecho internacional humanitario, la codificación internacional de los derechos humanos y de los conflictos armados, y por su labor en las embajadas a las que fue asignado, en particular Nicaragua, El Salvador, Brasil y Venezuela.

De manera simultánea, debido a que el gobierno panista no estaba interesado en la historia de vida del embajador Gustavo Iruegas, me acerqué directamente a él y lo entrevisté por la libre, enfocándome especialmente en su labor diplomática en Nicaragua y El Salvador y en sus vínculos con la guerrilla en ambos países. Fue la primera vez que quiso dar su testimonio y que estuvo dispuesto a “contarlo todo”, como me dijo literalmente en la primera entrevista que realicé. El resultado fue el libro *Diplomacia en tiempos de guerra*, coeditado por el Mora, la UNAM y La Jornada en 2013, el cual causó gran impacto entre los miembros del servicio exterior y un fuerte enojo por parte del Güero Castañeda quien, por una infidencia de uno de los dictaminadores, lo conoció antes de ser publicado y me amenazó a gritos frente a un grupo de invitados a una boda. El problema era que gracias al testimonio de Iruegas se hacían más evidentes las inconsistencias de su labor como secretario de Relaciones Exteriores y sus exabruptos constantes cuando las cosas no salían como él quería.

En este periodo pude consolidar mi labor de acompañar a los alumnos de diversos posgrados en la elaboración de sus tesis, tanto en el posgrado de Estudios Latinoamericanos de la UNAM como en los programas del Instituto Mora: maestría y doctorado en Historia, maestría en Cooperación Internacional, maestría en Sociología Política, maestría en Estudios Regionales y doctorado en Estudios del Desarrollo.

Los principales temas de interés de los latinoamericanistas fueron fenómenos tales como la violencia política en Guatemala; la desaparición forzada de infantes en El Salvador; el asilo y el refugio de guatemaltecos y salvadoreños tanto en México como en Belice; el papel de los internacionistas en los procesos revolucionarios centroamericanos; los legados de la guerra en términos de violencia social, y la intervención de las potencias extranjeras en la región en el marco de la guerra fría. Por su parte, los historiadores han buscado analizar los problemas derivados de la guerra y los procesos de paz en Centroamérica; la actuación de los diplomáticos mexicanos y los intereses de Estados Unidos en el área; el papel de México como tierra de refugio y rearme, así como aspectos vinculados a la teología de la liberación y el feminismo católico en América Latina.

En los posgrados en ciencias sociales del Instituto Mora, las tesis de los alumnos estuvieron encaminadas al estudio del desarrollo agrícola en Guatemala durante la década revolucionaria de 1944 a 1954; el racismo y la migración en el caso de los retornados guatemaltecos que habían migrado a Estados Unidos; la integración y el desarrollo regional en Centroamérica a partir de la actividad turística, así como el Proyecto Integral de Desarrollo CEPAL-México, encaminado en gran medida a resolver las causas de la migración de los pobladores de Guatemala, Nicaragua y El Salvador debido a la pobreza, la falta de seguridad alimentaria y la violencia crónica.

De manera particular, he tenido la oportunidad de dirigir varias tesis de los estudiantes de la maestría en Cooperación Internacional para el Desarrollo con temas sumamente diversos, pero en su mayoría vinculados a la región centroamericana: el Mecanismo de Tuxtla y el Plan Puebla-Panamá; el derecho a migrar y el derecho a permanecer; el problema de la seguridad alimentaria y la alternativa del cultivo del amaranto como producto para garantizar la nutrición en las comunidades de Chinandega; la política alemana de cooperación hacia Nicaragua en los años noventa; los modelos y proyectos de cooperación para el desarrollo en El Salvador y Nicaragua en el siglo XXI; el desarrollo tecnológico y la innovación, y la agenda de la eficacia en los países de renta media en América Latina.

Durante los últimos años, la situación en la región, caracterizada por la violencia, la corrupción, las bandas, el crimen organizado, la trata de per-

sonas, la pobreza y la desigualdad, se ha complicado cada vez más. Ejemplo de ello es el regreso de los militares y la derecha al poder en Guatemala, en donde desde la llegada de Otto Pérez Molina a la presidencia hasta el triunfo de Alejandro Giammattei, se han frenado en gran medida los esfuerzos de justicia transicional impulsados por las víctimas del conflicto armado interno.

En El Salvador, se transitó de los gobiernos de ARENA a los fallidos intentos del FMLN con Mauricio Funes y Salvador Sánchez Cerén por consolidar un proyecto político que diera solución a los problemas estructurales, lo que derivó en la llegada a la presidencia de Nayib Bukele, quien en más de una ocasión ha puesto en cuestión el Estado de derecho en el país. Además, la presencia de las maras ha contribuido a que los índices de violencia se disparen, provocando un mayor flujo de migrantes salvadoreños que transitan por México en dirección a Estados Unidos.

En el caso de Honduras, desde el golpe de Estado a Manuel Zelaya en 2009, el país ha estado inmerso en procesos de violencia, corrupción y fraudes, que ponen en evidencia la fragilidad del sistema político y el control del territorio por parte del crimen organizado. Y en Nicaragua, el antiguo revolucionario Daniel Ortega constituyó junto con su esposa, Rosario Murillo, un gobierno autoritario empeñado en perpetrarse en el poder y en destruir a cualquier intento opositor, como lo demuestra la campaña de represión y encarcelamiento de todos aquellos que pudieran disputarle la presidencia en las elecciones de noviembre de 2021.

En este marco de trabajo dedicado a la investigación y a la formación de recursos humanos he continuado con el estudio de la frontera sur de México y la geopolítica regional, lo que me llevó a participar en los últimos años en el proyecto Región Transfronteriza México-Guatemala impulsado por el Mora, el CIDE, el CIESAS, el Centro GEB y el ECOSUR. En este proyecto pude coordinar dos ejes de investigación con perspectiva histórica: el primero, a partir del cual elaboramos una obra colectiva dedicada al análisis de las relaciones de México con Guatemala y Belice, de 1821 a la actualidad y, el segundo, enfocado a examinar la dimensión geopolítica del accionar de México hacia Centroamérica, de 1959 a 2019, a partir de la mirada de autores de cada uno de los países del istmo y de un autor mexicano.

Como dije antes, Matías Romero ha regresado de nueva cuenta a mi vida y formo parte de un proyecto que coordina Gerardo Gurza a partir de un importante acervo documental que la familia de Romero ha puesto a disposición del Instituto Mora para ser digitalizado y consultado con el fin de aportar nueva información para su estudio. En este proyecto me propongo estudiar las tres facetas de Matías Romero como político, empresario y negociador y, al mismo tiempo, rastrear sus vínculos con una serie de per-

sonajes del ámbito político y económico, tanto interno como externo, y las redes que estableció para lograr sus objetivos: el desarrollo económico del país, la defensa de la soberanía y la promoción de sus negocios personales.

Recientemente he sido invitada junto con Graciela de Garay y Laura Muñoz a continuar con el proyecto de Historia Oral de la Diplomacia Mexicana, esta vez para elaborar la historia de vida de la embajadora Carmen Moreno Toscano, quien además de sus aportaciones en los organismos multilaterales y en los temas de la mujer, tuvo a su cargo tres representaciones diplomáticas en Centroamérica: Costa Rica, a principios de los años noventa, Guatemala, durante la administración del presidente Fox, y Nicaragua, entre 2019 y 2020.

Y, por último, me he dedicado a recuperar los testimonios de los asilados en la embajada de México en Managua a fines de los años setenta con la finalidad de recoger las historias personales y de lucha política que los llevaron a refugiarse en la sede diplomática mexicana. Se trata de rescatar sus motivaciones y experiencias para reconstruir el momento la represión de la Guardia Nacional hacia los jóvenes nicaragüenses que se oponían a los abusos del régimen somocista, así como el desempeño del embajador Gustavo Iruegas quien estaba al frente de esa sede diplomática.

Después de este breve recorrido, me invaden sentimientos encontrados. Por un lado, creo que a lo largo de estos años he estado comprometida con el estudio de una región que merece nuestra atención desde México y que debería estar más presente en nuestras agendas de investigación. Y, por otro, lamento profundamente que después de un amplio periodo de conflictos armados con una importante pérdida de vidas humanas en la región; negociaciones por la paz con la participación de México y otros actores internacionales, y elaboración de proyectos de desarrollo financiados por donantes de la cooperación internacional, no se hayan podido resolver los problemas estructurales que la aquejan y se haya generado una espiral de violencia que parece no terminar nunca.

Gustavo Iruegas siempre hablaba de la necesidad de que el gobierno mexicano, la sociedad civil y los académicos nos vinculáramos con la región centroamericana a partir de dos elementos: interés y responsabilidad. Y creo que hoy, más que nunca, ambos son indispensables para continuar el estudio de los problemas más acuciantes en estos países, compartidos en gran medida por México, con la finalidad de traerlos tanto a la mesa de discusión académica como a la de las instancias de decisión política, que permitan generar para sus habitantes un horizonte de esperanza.



## TEXTOS MENCIONADOS

- Castillo, M. A., Toussaint, M. y Vázquez, M. (2006). *Espacios diversos, historia en común. México, Guatemala y Belice: la construcción de una frontera*. México: AHD/SRE.
- Castillo, M. A., Toussaint, M. y Vázquez, M. (2011). *Centroamérica*. En M. Vega (coord. de la colección), *Historia de las relaciones internacionales de México, 1821-2010*. Vol. 2. México: Acervo Histórico Diplomático-Secretaría de Relaciones Exteriores.
- González Casanova, P. (coord.) (1981). *América Latina: Historia de medio siglo*, vol. 2. México Centroamérica y el Caribe. México: Siglo XXI.
- Toussaint, M., Rodríguez de Ita, G. y Vázquez Olivera, M. (2001). *Vecindad y diplomacia: Centroamérica en la política exterior mexicana, 1821-1988*. México: Acervo Histórico Diplomático-Secretaría de Relaciones Exteriores.
- Toussaint, M. (1985). *Las organizaciones populares en Nicaragua, 1975-1980*. (Tesis inédita de licenciatura en Estudios Latinoamericanos). Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Toussaint, M. (1985, septiembre-diciembre). La participación organizada de la mujer nicaragüense en la revolución sandinista. *Secuencia*, 3, 144-157.
- Toussaint, M. (1988a). *Guatemala, textos de la historia de Centroamérica y El Caribe*. México: Instituto Mora/UdeG/Alianza Editorial.
- Toussaint, M. (1988b). *Guatemala, una historia breve*. México: Instituto Mora/UdeG/ Alianza Editorial, 1988.
- Toussaint, M. (1993a). *Belice: una historia olvidada*. México: Instituto Mora/CEMCA.
- Toussaint, M. (1993b). *La política exterior de México hacia Centroamérica: de la revolución sandinista al Plan Arias* (Tesis inédita de maestría en Estudios Latinoamericanos). Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Toussaint, M. (1999). *La política exterior de los Estados Unidos hacia Guatemala y la relación triangular con México, 1881-1885*. (Tesis inédita de doctorado en Estudios Latinoamericanos). Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Toussaint, M. (2004). *Belice: textos de su historia (1670-1981)*. México: Instituto Mora.
- Toussaint, M. (2009). *Antonio de Icaza: la alegría de servir*. México: Instituto Matías Romero/Secretaría de Relaciones Exteriores (Historia Oral de la Diplomacia Mexicana).
- Toussaint, M. (2013). *Diplomacia en tiempos de guerra. Memorias del Embajador Gustavo Iruegas*. México: Instituto Mora/CIALC/La Jornada.
- Toussaint, M. y Garzón, M. (2019). *México, Guatemala y Belice: tres caras de una historia fronteriza. Siglos XIX-XXI*. México: Instituto Mora/Proyecto Proyecto Región Transfronteriza México-Guatemala.

- Toussaint, M. y Fernández Ampié, G. (2019). *México y Centroamérica: momentos de una historia que nos une, 1960-2018*. México: Instituto Mora/Proyecto Región Transfronteriza México-Guatemala.
- Toussaint, M. y Fernández Ampié, G. (coords.) (2020). *México frente a Centroamérica: voces sobre la dimensión geopolítica regional, 1959-2019*. México: Instituto Mora/Proyecto Región Transfronteriza México-Guatemala.
- Toussaint, M. y Garzón, M. (coords.) (2020). *Dinámicas y conflictos en una región transfronteriza: México, Guatemala y Belice*. México: Instituto Mora/Proyecto Región Transfronteriza México-Guatemala.

## EXPERIENCIAS DESDE LA VIDA ACADÉMICA EN EL MORA: RETOS, EMBATES Y DEBATES

Silvia Dutrénit Bielous

Hace un año, año y medio para ser más precisa, recibí de Cristina Viano, presidenta de la Asociación de Historia Oral de la República Argentina (AHORA), la invitación para compartir algunas experiencias de mi trayectoria como historiadora y latinoamericanista, en el ciclo que iniciaba de Diálogos sobre Historia Oral. Esta invitación resultó un desafío porque me obligó a regresar sobre la historia vivida. En ese andar en reversa me fui topando con distintas emociones, propias del recordar.

Las evocaciones, que no son una suma ordenada sino más bien una selección que impone el presente desde donde se recuerda, me facilitaron delinear y escribir estas páginas, que, a las vez, tuvieron un elemento detonador más cercano, el coloquio América Latina y el Caribe en la Historia del Instituto Mora.

Este ejercicio de mirar el camino recorrido trae momentos entrañables tanto en la relación humana, en la comunidad que se fue constituyendo, como en el propio desarrollo académico personal.

Era septiembre de 1983 cuando me entrevisté con Eugenia Meyer, directora del Instituto en la sede Plaza. Su despacho estaba a la entrada, creo que del lado izquierdo, y el edificio apenas era la vieja casa de Don Valentín con su inmenso jardín al fondo. En ese momento generosamente me ofreció ser parte de la planta académica que comenzaba a contratar. Una integración dirigida para conformar uno de los proyectos insignia de su gestión, el de Historia de América Latina, del que tiempo después asumí la jefatura.

Era un claro diseño institucional. En ese entonces no existía libertad de investigación en el sentido de proponer otros objetivos más allá de la creatividad con la que realizábamos la tarea encomendada. Tarea establecida en forma original y precisa por Eugenia y que se debía cumplir con la elaboración de *historias mínimas* y antologías de *textos de la historia* sobre el siglo XIX de cada país. Se trataba de elaborarlos desde México, para el público mexicano.

Luego de pasar por un trabajo colectivo, de un grupo muy reducido de colegas, seguramente no llegábamos a diez, que implicó una labor de algunos meses de depurar el acervo bibliográfico con el que contaba el Instituto, seleccionando aquellos volúmenes idóneos para los proyectos establecidos, comenzamos nuestro quehacer de investigación.

Esa iniciación debió realizarse en la sede Felix Parra, casa rentada por un tiempo mientras se construía el nuevo edificio de Plaza, atravesando el hermoso jardín.

Para entonces ya era una historiadora y latinoamericanista más apasionada por la historia reciente que por la historia moderna y contemporánea, como dejaba ver en mis tesis de licenciatura y maestría. No obstante, fui partícipe entusiasta de aquel proyecto y reconozco una vez más el aporte que sus resultados dieron a la historiografía tanto de México como de los países que fueron abordados. El Instituto tuvo en esta primera época un signo distintivo a partir de la agenda marcada por la Dirección General.

Andando el tiempo, el Instituto fue creciendo, madurando, fortaleciéndose académicamente, y de manera natural se fueron procesando cambios en la medida que también se produjeron en la Dirección General. Lo que se fue viviendo, quizá en forma más lenta por la juventud del Mora, sucedía o había sucedido en otras instituciones y centros.

En todo caso, en lo que tiene que ver con mi propia trayectoria académica, a partir de la gestión de Hira de Gortari y en adelante, pude establecer mis intereses de investigación afirmando un posicionamiento en el campo de la historia reciente.

Y esta ubicación historiográfica me ha hecho al menos ser parte de una comunidad de colegas que recurren permanentemente a las herramientas de la historia oral. Al trabajar sobre un pasado próximo, sobre la historia vivida, la presencia del testigo resulta singular y muy enriquecedora. El Instituto no era ajeno al campo de la historia oral. Desde muy temprano recibió el Archivo de la Palabra que hasta entonces radicaba en el INAH. Una larga experiencia enriquecía al Mora apenas constituido.

Así pues, desde comienzos de los años noventa me instalé en distintos sucesos y actores de la historia reciente latinoamericana. Por un tiempo lo pude realizar con el valioso apoyo de proyectos presentados y otorgados por CONACYT. Estos favorecieron una práctica cada vez más recurrente, como es el trabajo en equipo con colegas de otros países, especialmente de América Latina.

Y trabajar sobre la historia reciente de América Latina es investigar esencialmente procesos, contextos, actores en que predominan o predominaron regímenes autoritarios, dictatoriales, conflictos armados, con múltiples

violaciones de derechos humanos. Es también estudiar las distintas repercusiones que han tenido a lo largo del tiempo en diferentes generaciones. Es a la vez analizar las huellas de aquellas circunstancias mientras acontecen cambios, van quedando atrás formalmente los escenarios de otros tiempos, cotidianidades tan diversas, emociones marcadas por el ayer, aunque se mantengan silenciadas, mientras crecen las demandas por esclarecer hechos, fincar responsabilidades para el quehacer de la justicia y se reclaman reparaciones.

Este espacio historiográfico en el que me ubico es, desde el punto de vista de los historiadores orales, el de la macropolítica. ¿Qué quiero decir con esto? En la presentación en el Instituto de *Tras la memoria...*, Graciela de Garay consideró que este tipo de investigaciones se encuentran en lo que los historiadores orales definen como la macropolítica de la historia oral. Se trata del encuentro entre memoria, reconciliación e historia. Es decir, un tejido de aspectos cruciales para el desarrollo de los países respecto a la construcción de democracia, de ciudadanía y de una cultura de derechos humanos.

La historia reciente como todos sabemos, hasta es una obviedad decirlo, es un campo de debate, a veces por el lado oscuro de las historias oficiales. En nuestra región el pasado reciente, su narrativa, es un territorio de poder. Un ejemplo del conflicto lo viví al comenzar los años noventa cuando mi interés estaba centrado en el quehacer de los partidos políticos durante las dictaduras. En ese momento me propuse entrevistar, y desde entonces hasta el presente con formatos semiestructurados, a protagonistas con distintos puntos de vista, diversas posiciones políticas e ideológicas. Se trataba de personas con diferentes experiencias y seguramente, como lo viví, encontradas rememoraciones del momento de las rupturas institucionales y del trabajo de los partidos.

Fue mi primer gran experiencia de conformar y coordinar, con integración multidisciplinaria, un grupo de trabajo regional con una propuesta acordada. Fue un grupo con una riqueza enorme por lo multidisciplinario, por compartir estrategias metodológicas y distintos énfasis en el uso de fuentes. Entre mis colegas me caractericé por apelar a las fuentes orales. Valoro como un gran logro de este proyecto, por un lado, lo original del campo investigado y, por el otro, el abrirse a la región. Fue el comienzo para mí de lo que sería un sello distintivo: el trabajo interinstitucional e internacional, con redes informales y formales que se fueron consolidando. A raíz de ello se publicaron *Diversidad partidaria y dictaduras...* y *Huellas de las transiciones políticas...* Asimismo, se realizaron actividades que coadyuvaron más adelante a editar un libro co-coordinado con Leonardo Valdés, *El fin de siglo y los partidos políticos...* Y en esta línea de los partidos políticos y el acercamiento permanente a la historia oral, publiqué *El maremoto militar y el archipiélago partidario...* en una coedición binacional.

Años después trabajé, en coautoría con Gonzalo Varela, sobre las *políticas gubernamentales hacia el pasado*, una vez que se iniciaron los procesos transicionales y comenzaron a instituirse las democratizaciones. En ese marco se publicó en coedición con FLACSO-CLACSO, *Tramitando el pasado...*

Del trabajo sobre los partidos y los regímenes políticos fui hacia otros actores, en particular aquellos lesionados, reprimidos, violentados en sus derechos por los regímenes autoritarios y dictatoriales, y también me dediqué a quienes buscaron protegerlos. Me refiero tanto a los asilados diplomáticos como a los representantes de la cancillería mexicana en las embajadas de los países del Cono Sur. Es decir, significó un estudio de la política y práctica del asilo diplomático mexicano, el cual exhibió experiencias muy singulares. De las disposiciones y cotidianidades más o menos regulares, esos protagonistas, tanto asilados como diplomáticos, pasaron a situaciones excepcionales.

El proyecto de investigación que realicé en distintos momentos junto a Ana Buriano y Guadalupe Rodríguez también permitió desarrollar un trabajo con colegas de otras instituciones de la región. En algunas oportunidades se obtuvo apoyo de instancias oficiales mexicanas, como puede apreciarse en los libros *Asilo diplomático mexicano...* y *Tras la memoria...*

La permanente recurrencia a recoger las evocaciones de los protagonistas en formato audiovisual hizo posible encaminarse a un desafío mayor, la realización de los primeros documentales como forma de llegar a un público no especializado y que están registrados en la bibliografía final. *La embajada indoblegable...*, texto en el que me centro en una experiencia emblemática del asilo diplomático mexicano, motivó el interés y el apoyo académico del Instituto de Ciencia Política de la Universidad de la República y mereció su edición en una editorial uruguaya.

También dirigí mi atención hacia muchas de las personas que tomaron el camino del exilio, pero que no lo hicieron a través de las embajadas, sino por otros atajos. Esta mirada me fue llevando a abrir lentes de observación e investigación de un fenómeno multifacético.

Por un tiempo, de manera particular el énfasis estuvo puesto en las experiencias exiliarias de los uruguayos. *El Uruguay del exilio...* fue el resultado de una red internacional que constituyó al efecto. La movilidad y actividades de los participantes se hizo en virtud del interés que el proceso del exilio despertó en quienes fueron convocados. Este libro constituye hasta hoy un referente principal de la historiografía sobre el tema. El capítulo sobre México conjunta mi papel de historiadora y de sujeto de la experiencia que narro; es una muestra del carácter mismo de la historia reciente: aquella donde el testimonio del historiador es parte de la historia vivida y narrada. Esta creación colectiva atrajo el apoyo no sólo del Instituto sino también de la Fundación

Carolina y la editorial Textual para un nuevo libro, *Tiempos de exilios...*, en el que se incorporó, a la mirada de los flujos exiliares, la conformación de redes y su reutilización, con la pautada trama memorística. *El exilio de los uruguayos*, que compilamos con Fernando Serrano Migallón para la Cátedra México: País de Asilo, de la Facultad de Derecho de la UNAM, reunió testimonios y perspectivas que completaron la visión que, sobre la experiencia exiliar en México, se había adquirido en la producción de las obras anteriores.

En años relativamente más cercanos, me ocupé de las niñas y los niños del exilio. La referencia es a la generación que por mucho tiempo no fue materia principal en la atención de las investigaciones. Más recientemente, ello se ha ido superando, incluso por las propias narrativas de los protagonistas de esa generación, que hacen oír en las evocaciones su papel como actores también de esas vivencias.

En especial, la investigación sobre los exilios y sus generaciones me ratificó la idea de la diversidad dentro del universo exiliar. Asimismo, me permitió advertir y conocer sobre los silencios que impuso una generación sobre otra, promovidos por muy distintos sentimientos. En unos casos, obligados quizá por proteger del dolor que penetraba en cada instante la vida adulta. Al mismo tiempo, en otros, se buscó ocultar vivencias y razones por las que se estaba en otro país, por temor a reacciones negativas en las sociedades de acogida.

Al acompañar desde el presente a los jóvenes del exilio en su adultez, en el recorrido de volver sobre su infancia, fue posible aprehender la importancia de la transmisión inter y transgeneracional. Actores de ayer y de hoy, cuya vida familiar está inserta en la experiencia de los exilios de argentinos, chilenos y uruguayos en la Ciudad de México, casi sin querer queriendo dejan ver las huellas de dolor, pero también de alegría, de identidades permeadas, de culturas híbridas y por qué no, enriquecidas, de la impronta de la sociedad de acogida y, finalmente, cómo la transmisión es algo que en muchos casos no se interrumpe. En el libro *Aquellos niños del exilio...* se pueden apreciar esas “texturas” y emociones. Mi trabajo ha sido con integrantes de los exilios conosureños e imagino que también pueden llegar a ser coincidentes con otras experiencias similares, en que han convivido varias generaciones y han sido prolongadas en el tiempo, como se apreció en el Seminario Internacional Segunda Generación del Exilio...

En los últimos años, digámoslo así, comencé a trabajar con la generación de niñas y niños del país de acogida que jugaron con los que llegaron o nacieron en México. Trabajando en esto, me propongo un diálogo, un espejo de rememoraciones de la infancia de los exilios con las del país de acogida. Se trata de encontrar, ubicar y pensar qué repercusiones hay en las



infancias y qué huellas han dejado aquellos encuentros y cotidianidades. Es pensar a la vez cuáles son las repercusiones sociales y culturales que los exilios generan en las tierras de acogida para luego ver lo que producen en sus propios países al retornar. Es un reto apasionante, emotivamente fuerte, casi tan fuerte como lo que se produce al generar los espacios de evocación de las niñas y niños de los exilios.

Y hablar de exilios, de distintas miradas posibles, me colocó en una ruta con Ana Diamant, colega de la Universidad de Buenos Aires, otra vez en un trabajo que atraviesa fronteras, y entra en complicidad con quienes trabajan desde otras latitudes. Con Ana, desde hace unos años, hemos puesto nuestra energía para conocer y construir un relato sobre la labor clandestina del Partido Comunista Uruguayo en Buenos Aires, mientras transcurrían las dictaduras en ambos márgenes del Río de la Plata. Sin duda, lo primero que se impuso aún sin resolverlo plenamente, es saber si se autorefiere a exilio o a labor militante clandestina. En todo caso, lo que pretendemos es ubicar y lograr construir una narrativa sobre la labor de un grupo estructurado en células independientes, tal como una pirámide, por momentos como circuitos, de esos comunistas en aquella capital, que articulaba el exterior con la resistencia de su partido dentro de Uruguay. Llevamos algunos años atando cabos de esa estructura clandestina, tirando hilos para llegar a los protagonistas, muchas veces conocidos con nombres falsos, otras veces sin que, por lo general, unos tuvieran conocimiento de otros. Y el desafío no es sólo ubicarlos, es también lograr quitar las corazas de la clandestinidad a la hora de la evocación. Hasta aquí lo hecho y lo que se está haciendo sobre exilios.

Lo realizado ha estado dentro de mi línea sobre *Historia reciente de América Latina*, la cual permanece inalterada y desde la que, con Ana Buriano, promovimos en 2013 un seminario permanente que, con el tiempo, se ha convertido en interinstitucional junto a ECOSUR y la UAGRO. Un primer libro de este seminario es *Historia reciente de América Latina...*

Transité entonces por los proyectos sobre partidos políticos, política y práctica del asilo diplomático, miradas diversas sobre los exilios y las políticas hacia el pasado. Sobre estas dos últimas me he seguido ocupando como lo señalé y, con el tiempo, he puesto el foco en otros actores que generan demandas de esclarecimiento de delitos y acción de la justicia. Estas demandas coinciden con las que surgen desde los familiares de víctimas y sus colectivos por desaparición de personas que han ocurrido y ocurren día con día, en el caso de México.

Contextos que han provocado tanto la acción de nuevos actores desde el campo académico y científico, como lo son los antropólogos forenses, en particular, sus equipos multidisciplinarios, a la vez que desde la sociedad, me-

diante la conformación de colectivos de familiares que han tomado el papel de agentes activos en las demandas y en la práctica de búsqueda en terreno.

Nada de lo realizado en mi trayectoria académica, hay que reiterarlo, puede verse sin las herramientas principales de la fuente oral. Quizá este convencimiento y práctica ha favorecido que en los proyectos que he concebido y coordinado, cada vez con mayor énfasis están presentes las entrevistas, como fuente indispensable del conocimiento de la subjetividad, y como apoyo a lo que proporcionan otras fuentes de información sobre hechos y contextos.

Es así que incursioné y sigo incursionando, junto a algunos y algunas colegas de América Latina, en la investigación que coordino desde el Instituto sobre la labor de los equipos de antropología forense en la región, su conformación, sus estrategias, sus retos y sus logros. El arranque inicial y fundamental estuvo dado por un proyecto CONACYT que permitió contar con mejores condiciones para la investigación en México y en algunos países de América Latina, a la vez que facilitó especialmente el diálogo con colegas españoles, cuyo contexto retroalimenta la experiencia latinoamericana en este terreno temático e histórico. Lo original y necesario del conocimiento obtenido, la promoción de espacios para el intercambio de experiencias con sociedad civil e integrantes de organismos oficiales del gobierno mexicano y de organismos internacionales, han sido acciones muy fructíferas. En condiciones de pandemia, los encuentros han estado reducidos al ambiente virtual.

Uno de los libros especializados se editó en inglés, *Forensic anthropology teams...*, y sobre la temática que lo ocupa han sido otros como *Perforando la impunidad...*, y *Pasados recientes. Violencias actuales...* A ellos se suma el documental *Enforced disappearances end teams of forensic...*, que refuerza la propuesta de llegar a sectores amplios de la sociedad, con conocimiento nuevo en temas cruciales de nuestro tiempo. Este trabajo ha dado lugar a una sistemática participación en espacios oficiales, de la sociedad civil y académicos en que se dialoga sobre la problemática de la desaparición forzada y se busca consensuar estrategias de búsqueda, identificación y reparación.

Este acercamiento a distintos actores y protagonistas ha sido, como los anteriores, muy beneficioso en lo profesional y en lo personal, al mismo tiempo que desgarrador en algunos momentos. Lo considero significativo también para reforzar el posicionamiento del Instituto en investigaciones sobre problemas sustantivos de nuestras sociedades y en la práctica de mantener una relación, vale la pena reiterar, con sociedad civil e instancias gubernamentales y de organismos internacionales.

Y las rutas de investigación en el campo de la historia reciente siguen activas. Con Patricia Flier, de la Universidad Nacional de la Plata, comenzamos un nuevo proyecto, como parte de un convenio interinstitucional.

Hemos agendado y echado a andar una investigación que busca acercarnos y conocer, ahora sí desde las historias de vida de mujeres emblemáticas de los colectivos de familiares, sus respectivas trayectorias. Pese a las enormes dificultades por las que atravesamos para recoger estas historias de vida en pandemia, vamos creando espacios de escucha, distintos a los habituales, para dar lugar a la evocación de trayectorias de admirables mujeres guatemaltecas, entre ellas algunas de origen maya, y mexicanas, con vivencias de dolor por la desaparición en los años setenta, ochenta, y por las ocurridas en este nuevo milenio. Este proyecto que titulamos *Yo Quiero Decir Algo*. Escuchar las Voces de Mujeres Resistentes de América Latina, deja ver lo magnífico de la agencia de las mujeres, que se sobreponen a las circunstancias más difíciles y crueles para ser ellas quienes toman la responsabilidad de demandar y ejercer la búsqueda, ante la inacción efectiva del deber estatal.

Ahora bien, en esa focalización volviendo a algunos aspectos metodológicos enunciados al principio, quiero insistir en el papel que la historia oral ha tenido en mi trabajo. Diría que es participar de diferentes memorias y no demostrar su universalidad; es reconocer en todo caso un mundo de subjetividades. Recurrir a los testimonios no es inicialmente un recurso para conocer los hechos tal cual fueron, es darle un lugar a las resignificaciones que se evocan sobre los hechos y los procesos pero también, en mi caso, tengo que decirlo, es nutrirme de fuentes diversas pero reiteradas ocasiones, como cuando trabajé la actividad de partidos bajo las dictaduras o algunas particularidades de las violaciones y el trabajo clandestino, esas fuentes son casi únicas si no estrictamente únicas.

Las estrategias para procurar evocaciones que hagan posible elaborar los relatos históricos desde una perspectiva plural, pasan por tener en cuenta, y hay que subrayarlo, que el entrevistado y el entrevistador participan en la creación del dato pero este debe ser cotejado, en mi caso, para el tipo de investigación y estrategia que realizo, confrontado luego de registrarse con otras posibles fuentes. En todo caso, no puedo dejar de señalar que por el carácter personal, cada relato posee características únicas. Aún más, que en cada testimonio quien evoca está condicionado por su presente y, al mismo tiempo, también lo está el entrevistador. El espacio de escucha y evocación en que se articulan intereses de entrevistador y entrevistado despliega distintas motivaciones en las resignificaciones del presente de esa narración.

No olvidar por tanto, al hablar de presentes, que existen distintos presentes. Por ejemplo, uno fue cuando compartí ráfagas de mi trayectoria en el ciclo de AHORA y otro quizá cuando comencé a escribir este texto.

Las entrevistas corresponden a un presente y un presente que obviamente está influenciado por un contexto de interés de trabajo, que está

plagado de múltiples fracturas, experiencias de clandestinidad, de miedo, de terror cotidiano, de nuevas experiencias producidas por la represión, experiencias y marcas de dolor, experiencias por lo transmitido y vivido. Esas experiencias crean, sin duda, secuelas en el cuerpo social y en las narraciones que, en algunos casos, si pienso muy marcadamente en los políticos pero no sólo en los políticos, pueden ser narraciones que se transforman en relatos épicos, muchas veces, insisto, desde el presente del sujeto tal como lo ha dicho Marcelo Viñar en algunos de sus trabajos.

Así, todos estos factores transforman el testimonio en narraciones únicas y necesarias, retomando palabras de Alessandro Portelli. Son tan únicas también que aquí considero válido contar sólo una experiencia para recalcar lo único que es y lo que importa la subjetividad en el testimonio. A propósito del trabajo con los asilados en una embajada mexicana, observé alguno de los retos que se tienen y la idea de que importan también mucho las re-significaciones que nos proporcionan los testimonios.

Cuando se presentó en el espacio cultural Vicente Muñiz Arroyo, de la representación diplomática de México en Montevideo, un documental sobre las experiencias de asilo en las embajadas del Cono Sur, apareció una escena en la que se narraba el episodio de una niña que había quedado encerrada en su casa, copada por las fuerzas armadas, y sus padres estaban dentro de la residencia diplomática. La evocación comprendía la negativa del embajador ante el impulso de los padres de abandonar el asilo para entregarse y que liberaran a la hija. El embajador no lo permitió, no les facilitó la salida convencido de que ellos serían detenidos y la niña no necesariamente sería liberada. Por distintas acciones, que no viene al caso compartir en este momento, logró rescatar a la niña y la trasladó a la residencia diplomática.

El relato de quien daba el testimonio, una persona empleada en esa residencia, registra que el embajador le pidió una gran caja de regalo, le colocó un moño y dentro colocó a la niña. Reunió en lo que era el espacio social de la embajada a todos los asilados, lugar que en ese momento estaba abarrotado de múltiples colchones en el piso, algo así como una recámara colectiva, y trajo en esa caja a la pequeña niña rescatada. Así estaba transcurriendo el documental cuando alguien del público, que estuvo asilado y vivió ese momento, se expresó en voz alta: “Eso es falso, totalmente falso, no fue así, la niña entró de la mano del embajador, eso no es así, no es cierto.” Terminado la proyección, retomé el episodio para explicar que así lo recordó y resignificó la persona en su rememoración, para quien el hecho era un inmenso regalo. ¿Qué es lo que hay de cierto y qué de falso en esto? Este es uno de los desafíos en la investigación con el uso de fuentes testimoniales. Es necesario

diseñar la estrategia metodológica para valorar, por un lado, la subjetividad y por otro, construir una narrativa histórica como fruto del cotejo de fuentes.

Hay que tener en cuenta, cuando se trabaja en el campo de la historia reciente y se recurre a la entrevista, la voz de los testigos, desde qué lugar se recuerda o se posiciona el entrevistado, el protagonista y, asimismo, el espacio desde donde se cobija el recuerdo. Hay que saber a la vez cuál es el propósito del entrevistador, el objetivo del investigador para la creación del espacio de escucha.

En fin, he trabajado y trabajo esencialmente focalizándome en procesos, en contextos, en hechos, que encierran lo que se define como la historia en disputa, que recoge, coteja y analiza memorias enfrentadas. Observo y analizo con especial interés las condiciones y repercusiones de las violaciones de los derechos humanos, de los delitos de lesa humanidad, así como su esclarecimiento desde distintos ámbitos del poder estatal, de los organismos internacionales y, sobre todo, desde la sociedad, en especial de los familiares. Y nunca olvido que, al mismo tiempo, un reto es sortear la banalización, porque a veces los temas que se vuelven atractivos comercialmente tienen el riesgo de su trivialización.

## FUENTES CONSULTADAS

- Buriano, Ana y Silvia Dutrénit, *Uruguay: textos de la historia*, México, Instituto Mora, 2009.
- Buriano, Ana, Silvia Dutrénit y Carlos Hernández (realizadores), *Más allá del reglamento*, 52 m, México, Instituto Mora, 2010.
- Buriano, Ana y Guadalupe Rodríguez de Ita, *Tras la memoria: el asilo diplomático en tiempos de la Operación Cóndor*, México, Instituto Mora/ICC-Gobierno del Distrito Federal, 2000.
- Buriano, Ana y Daniel Vázquez (coords.), *Política y memoria. A cuarenta años de los golpes de Estado en Chile y Uruguay*, México, FLACSO-México/Instituto Mora, 2015.
- Collado Herrera, Carmen, Silvia Dutrénit, Diana Guillén, Selva López y Pablo Yankelevich (comps.), *Centroamérica. Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe*, 2 vols., México, Instituto Mora/Universidad de Guadalajara/Nueva Imagen/SEP/Programa Cultural de las Fronteras, 1989.
- Coraza, Enrique y Silvia Dutrénit (eds.), *Historia reciente de América Latina: hechos, procesos, actores*, México, Instituto Mora-ECOSUR, 2020.
- Dutrénit, Silvia, *Aquellos niños del exilio. Cotidianidades entre el Cono Sur y México*, México, Instituto Mora, 2015.

- Dutrénit, Silvia, *El maremoto militar y el archipiélago partidario. Testimonios para una historia reciente de los partidos políticos uruguayos*, Montevideo, ECS/Mora, 1994.
- Dutrénit, Silvia, *El Salvador. Textos de la historia de Centroamérica y el Caribe*, México, Nueva Imagen/Instituto Mora/Universidad de Guadalajara, 1989.
- Dutrénit, Silvia, *El Salvador. Una historia breve*, México, Alianza Editorial Mexicana/Instituto Mora/Universidad de Guadalajara, 1988.
- Dutrénit, Silvia, *La embajada indoblegable. Asilo mexicano en Montevideo durante la dictadura*, Montevideo, Editorial Fin de Siglo-ICP/UdelaR, 2011.
- Dutrénit, Silvia, *Uruguay. Una historia breve* (con la colab. de Ana Buriano), México, Instituto Mora, 1994.
- Dutrénit, Silvia y Gonzalo Varela, *Tramitando el pasado. Violaciones de los derechos humanos y agendas gubernamentales en casos latinoamericanos*, México, FLACSO-CLACSO, 2010.
- Dutrénit, Silvia, Eugenia Allier y Enrique Coraza, *Tiempos de exilios. Memoria e historia de españoles y uruguayos*, Uruguay, CEALCI-Fundación Carolina/Textual/Instituto Mora, 2008.
- Dutrénit, Silvia (coord.), *Diversidad partidaria y dictaduras: Argentina, Brasil y Uruguay*, México, Instituto Mora, 1996.
- Dutrénit, Silvia (coord.), *El Uruguay del exilio. Gente, circunstancias, escenarios*, Montevideo, Trilce, 2006.
- Dutrénit, Silvia (coord.), *Huellas de las transiciones políticas. Partidos y elecciones en América Latina*, México, Instituto Mora, 1998.
- Dutrénit, Silvia (coord.), *Perforando la impunidad. Historia reciente de los equipos de antropología forense en América Latina*, México, Instituto Mora-CONACYT, México, 2017.
- Dutrénit, Silvia (ed.), *Forensic anthropology teams in Latin America*, Routledge, Londres y Nueva York, 2020.
- Dutrénit, Silvia, Carlos Hernández y Guadalupe Rodríguez (realizadores), *De dolor y esperanza. El asilo un pasado presente*, 60 min., México, Instituto Mora/CONACYT, 2002.
- Dutrénit, Silvia y Araceli Leal (realizadoras), *Enforced disappearances and teams of forensic anthropology dialogue in Latin America* (versión subtitulada), México, Instituto Mora, 2020, en <[https://www.youtube.com/watch?v=Dd\\_RADqGMgM&t=799s](https://www.youtube.com/watch?v=Dd_RADqGMgM&t=799s)>.
- Dutrénit, Silvia y Octavio Nadal (eds.), *Pasados recientes, violencias actuales. Antropología forense, cuerpos y memoria* México, Instituto Mora-CONACYT, 2019.
- Dutrénit, Silvia y Guadalupe Rodríguez (coords.), *Asilo diplomático mexicano en el Cono Sur*, México, Instituto Mora/SRE, 1999.
- Dutrénit, Silvia y Fernando Serrano Migallón (coords.), *El exilio uruguayo en México*, México, Cátedra México: País de Asilo/Facultad de Derecho/UNAM/Editorial Porrúa, 2008.
- Dutrénit, Silvia y Leonardo Valdés (coords.), *El fin de siglo y los partidos políticos en América Latina*, México, Instituto Mora/UAM-I, 1995.

EL CARIBE EN EL MORA. LOS INICIOS Y PRIMERAS  
DÉCADAS DE SU ESTUDIO EN NUESTRA  
INSTITUCIÓN. RECUERDOS PARA CELEBRAR SU  
40 ANIVERSARIO

Johanna von Grafenstein

No conocía el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora cuando vi, en el periódico *La Jornada* un día de otoño de 1983, una convocatoria para ocupar, en esta institución, varias plazas de investigación en el Proyecto de América Latina. Estaba en el tercer semestre de la maestría en Estudios Latinoamericanos en la FFyL de la UNAM y la posibilidad de trabajar en mi área de estudio me llamó poderosamente la atención. Así que acudí a la sede ubicada en una casa en la calle Félix Parra, y entregué mi currículum, que era excesivamente breve por haberme dedicado en los años anteriores a los estudios y la tesis de licenciatura y no haber trabajado aún. Poco después fui llamada a una entrevista. Me presenté con el corazón batiendo, ante la entonces coordinadora del Proyecto de América Latina y el Caribe, Selva López, quien fue muy amable y tranquilizaba mis nervios con sus preguntas sobre mis intereses de investigación y comentarios sobre el trabajo que se realizaba en el Instituto, de manera que salí esperanzada de que, quizá, cabía la posibilidad de ocupar una de las plazas por un contrato de tres meses que era la modalidad para iniciar las labores.

Para mi gran júbilo obtuve la aceptación y me presenté, conjuntamente con otros compañeras y compañeros de la Facultad y de Ciencias Políticas en los primeros días de febrero de 1984. Estábamos reunidos alrededor de la gran mesa del cubículo que iba a ser el del Proyecto de América Latina y el Caribe: Selva, Silvia y Carmen que habían entrado varios meses antes, Diana, Javier, Pablo y yo. Más adelante, en 1984, se unieron al equipo: Mónica y los chiquilines, Rodrigo y Raúl –chiquilines por ser todavía estudiantes, de allí su integración como asistentes, pero pronto con encargos propios, como lo era la historia de Panamá– y en 1987-1988 se integraron, espero no olvidar a nadie, Laura, Pati, Dení y más adelante aún,



Guadalupe, también como asistente en un primer tiempo, después como investigadora. Regresando a los primeros meses de nuestras investigaciones: ya sabíamos que nuestro trabajo consistía en elaborar síntesis históricas, cronologías y antologías de los países latinoamericanos y caribeños en el siglo XIX para un público lector mexicano. Lo que se tenía que definir en este primer día de trabajo era el país que íbamos a trabajar. El proyecto iba a iniciar con los países de Centroamérica y el Caribe. Fue Haití que iba a ser “mi” país a trabajar. No sabía gran cosa de Haití, salvo que su revolución de esclavos en la última década del siglo XVIII y su independencia política a inicios del XIX habían tenido enormes repercusiones en el mundo colonial del momento y aún más allá ya que las reacciones en Europa y Estados Unidos eran múltiples y numerosas. Entre entusiasmo y temor de quizá no encontrar suficiente material sobre Haití en México, empecé a reunir bibliografía en las diferentes bibliotecas de la ciudad de México. Eso era nuestro primer encargo, como debe ser en una investigación nueva. El proyecto estaba muy bien concebido por Eugenia Meyer, directora del Instituto, en concordancia con los demás proyectos: historias regionales (estatales) de México y una historia de Estados Unidos hecha desde México. Los productos iban a ser los mismos: antologías y síntesis históricas, acompañadas de sus respectivas cronologías. Además, había el proyecto de publicar las obras completas de varios pensadores liberales de México en el siglo XIX.

Fuentes sobre la historia haitiana encontré en las principales bibliotecas de la ciudad, entre ellas la Biblioteca Orozco y Berra, alojada entonces en el Palacio del Ex Arzobispado, en Tacubaya, un acervo que contenía joyas bibliográficas sobre Haití en el siglo XIX. También tuve acceso a la biblioteca familiar de los Pierre-Charles, es decir de Suzy Castor y Gérard Pierre-Charles, ambos profesores e investigadores de la UNAM que fueron muy activos para dar a conocer la historia y problemática política de Haití del momento –últimos años del duvalierismo– y también iniciaron los estudios sobre el Caribe en México en los años sesenta, cuando llegaron al país como exiliados, huyendo de la dictadura duvalierista. En uno de los viajes que hicieron los “compañeros de Centroamérica” con nuestra directora a bibliotecas norteamericanas, Eugenia me había pedido un listado de fuentes que consideraba importantes para la historia de Haití. Me trajo varias obras de inicios del siglo XIX, de viajeros británicos y estadounidenses, que conocieron el país durante y después de su proceso de independencia. Hasta la fecha consulto con provecho las copias que ella misma sacó en las máquinas, creo que de la biblioteca de la Universidad de Tulane; una montaña de copias, que Estrella García encuadernó en el taller de encuadernación del Instituto y que siguen en el acervo de nuestra biblioteca. Hay que decir

aquí que, en aquellos años ochenta, no existían las facilidades que tenemos hoy en día para acceder a fuentes documentales y bibliográficas sobre la historia de América Latina y el Caribe en las bibliotecas virtuales o que simplemente se encuentran en formato PDF en la red.

También en otro sentido el trabajo de investigación y preparación de una publicación era diferente al de hoy. Si mal no recuerdo, adquiriríamos nuestras primeras computadoras personales en los últimos años de los ochenta, y en el Instituto quizá en la primera mitad de los noventa. Antes de eso escribíamos nuestras fichas y textos a mano y las secretarías las pasaban a máquina de escribir, iban y venían las versiones corregidas a mano y de vuelta pasadas a máquina, un proceso largo y algo tedioso, a pesar de que nuestra secretaria, María Esther –“la mala”, porque era muy estricta con la entrega de los materiales y el cumplimiento del horario, sí, de un horario de seis horas diarias, más una “tarde de guardia” a la semana a cumplir en el Instituto, “la mala” también porque había una María Esther “buena”, nuestra compañera Teté– era muy eficiente y por lo demás una excelente persona que, con mucha paciencia y profesionalismo, se ocupó de nuestros manuscritos con el fin de darles el formato necesario para ingresar al Departamento de Publicaciones. También el trabajo de “confeccionar” nuestras antologías era bastante rudimentario. Elegíamos los textos que considerábamos importantes para incluir, los fotocopiábamos, recortábamos, pegábamos con pegamento en unas hojas recicladas, poníamos el título con un asterisco y al pie la fuente, el autor, nuestra introducción al texto (previamente capturada por María Esther) y así página por página, hasta tener uno o varios volúmenes de textos antologados. El Departamento de Publicaciones hacía el resto: la revisión de estilo, formación, etcétera.

En la segunda mitad de los ochenta salieron los primeros libros publicados, productos de nuestras investigaciones: las “historias breves” (las síntesis históricas, como las llamábamos) y antologías de la colección de Historia regional de México; la primera fue la del Estado de México, si mal no recuerdo, las de Estados Unidos y de América Latina y el Caribe, la primera obra de esta última colección fue la antología de Textos de su historia sobre los países centroamericanos en las primeras décadas de su existencia independiente. Sobre Haití salió primero la antología en dos tomos; muchos textos de la misma se habían traducido del francés o inglés al español. En el mismo año de 1988 salió en la colección América Latina, *Haití una historia breve*. Eran coediciones: las antologías salieron bajo el sello del Instituto Mora, la Universidad de Guadalajara y Nueva Imagen, y las historias breves bajo el sello del Instituto, la Universidad de Guadalajara y Alianza Editorial Mexicana (Grafenstein, 1988 y 1989).

Me acuerdo de la felicidad y emoción que sentí cuando vi las portadas de estos textos, con mi nombre allí, eran mis primeras publicaciones. En la Feria del Libro de Minería en su edición de 1990, ya con Hira de Gortari como director del Mora, presentamos los textos. Sin duda, para todos los integrantes del equipo fue un gran momento.

Retomando la historia de Haití –país con el que me había empezado a identificar fuertemente, después de haber leído tanto sobre su historia– en 1986, en febrero, cayó la dictadura duvalierista ante las protestas de estudiantes, organizaciones de barrios, la llamada “pequeña” Iglesia, es decir la Iglesia de base, y la prensa, entre otros actores. Muchos haitianos del exilio, entre ellos Suzy Castor y Gérard Pierre-Charles, regresaron al país para participar en la transición política que se estaba iniciando, una difícil transición que aún hoy en día no ha acabado, a pesar de momentos de avances importantes, pero también de retrocesos. El Mora organizó una “mesa redonda”, como se decía antes, sobre los acontecimientos del país caribeño. Participé como ponente –mi primera ponencia a presentar, y eso junto a Gregorio Selser, un latinoamericanista y periodista muy conocido– así que mi nerviosismo era mayúsculo, pero con Silvia a mi lado como moderadora, logré exponer mi texto sin mayores contratiempos, aunque sí, me excedí por mucho en el tiempo. Más tarde, la ponencia se publicó en *Cuadernos Americanos*, revista del entonces CCYDEL, hoy CIALC de la Universidad Nacional (Grafenstein, 1986). Seguí en esos años muy de cerca lo que estaba pasando en Haití; en los noventa la revista *Secuencia* publicó dos números, uno sobre *Democracia* y otro sobre *Elecciones en América Latina*, donde aparecieron sendos trabajos sobre Haití (*Secuencia*, núms. 18 y 26).

Si del Caribe se trabajaron primero Cuba –por Javier Rodríguez Piña (Piña, 1988 y 1990, 2 vols.)– y Haití, en los años siguientes se unieron Jamaica, por Laura Muñoz (Muñoz, 2000); Puerto Rico, por Patricia Pensado Leglise, y República Dominicana (Grafenstein, 2000). Lamentablemente no todos los trabajos preparados se lograron publicar, por lo menos no en su extensión total. Lo mismo ocurrió para América del Sur.

Unas reflexiones más sobre esta “historia breve” de Haití que tuve a mi cargo en los años ochenta. Recuerdo que, para escribirla, me ayudó mucho mi formación en estudios latinoamericanos. Pude comprender procesos políticos, económicos y sociales del país caribeño en el siglo XIX gracias, en gran parte, a lo que había aprendido en la Facultad, en los cursos que daba Lucía Sala de Turón en la licenciatura y maestría sobre América Latina. En lo político, Haití conoció experiencias muy semejantes a los países latinoamericanos en el siglo XIX, gobiernos de variable duración, rivalidades entre diferentes regiones, elecciones típicas de regímenes oligárquicos, con

escaso control y participación. Las luchas internas eran muy comunes entre conservadores y liberales, con sus respectivos “partidos”. En Haití se enfrentaban los partidos Nacional y Liberal. Como en los demás países latinoamericanos decimonónicos, esos partidos tenían proyectos políticos y económicos divergentes: los del Partido Nacional abogaban por un gobierno centralista, un ejecutivo fuerte, querían promover la industrialización del país, defendían aranceles proteccionistas, mientras que los liberales querían dar mayor poder al parlamento, con un ejecutivo subordinado a aquel, buscaban abrir el país al comercio internacional y estaban interesados en dar relativa autonomía a las diferentes regiones del país. Intelectuales liberales y nacionales desarrollaron sus planteamientos en un gran número de publicaciones y en la prensa que nada tenían que envidiar a sus contrapartes en otros países de Latinoamérica. Muchas de las ideas externadas expresaban un conocimiento profundo del positivismo francés que, al igual que en otras latitudes del subcontinente, tenía gran influencia en las elites haitianas. Pero también había importantes críticas a ideas y publicaciones francesas del momento. Un ejemplo es el libro de Anténor Firmin *Sobre la igualdad de las razas humanas*, publicado en 1885, traducido y publicado en español en una edición cubana en 2011. Este libro es una crítica y refutación importante de las ideas del llamado racismo científico o biológico, imperante en muchos lados de Europa en la segunda mitad del siglo XIX y del que un ejemplo notorio es el libro de Joseph Arthur de Gobineau titulado *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, publicado por primera vez en 1853.

En lo financiero, Haití tuvo que renegociar su deuda exterior en repetidas ocasiones. Hacia 1905, el National City Bank concentró la deuda haitiana, un proceso de reorientación de los capitales internacionales que también ocurrió en muchos países de América Latina. Al igual que otras naciones de la región, Haití dependía casi exclusivamente de las entradas aduanales para sus ingresos públicos, dependía de la producción agraria para la exportación; el principal producto era el café que se cotizaba muy bien en los mercados internacionales, por su buen aroma. Los precios inestables en estos mercados causaron, sin embargo, recurrentes crisis en el país. En los años cuarenta, por ejemplo, hubo levantamientos campesinos en el sur que tuvieron un trasfondo económico, pero también se caracterizaban por elementos políticos, sociales y étnicos. Los años ochenta del siglo XIX conocieron una alta producción y buenos precios para los productos haitianos. En los noventa, en cambio, los precios del café se derrumbaron y la excesiva parcelación de las tierras afectó los ingresos de las familias. La concentración en pocas manos de las fértiles tierras en las planicies, la creciente población y el acceso limitado, aun a las tierras montañosas, llevaron

a una creciente deforestación del país. En el siglo xx, Haití conoció, como otros países del Caribe y Centroamérica, un periodo de ocupación por fuerzas militares estadounidenses; la creación, bajo su égida, de una guardia nacional que reforzará la presencia de militares en la política, misma que facilitó el establecimiento de una dictadura, en el caso de Haití, no de carácter militar sino unipersonal, la de los Duvalier, padre e hijo. Ciertamente, Haití no ha tenido un proceso exitoso y durable de transición a la democracia, como, por ejemplo, la vecina República Dominicana; sin embargo, calificar al país como un Estado fallido que tiene sus orígenes en “el despotismo de larga duración” –incluso se ha hablado que este eventualmente hunde sus raíces en la relación amo-esclavo de la época colonial– me parece ser producto de miradas prejuiciosas sobre el país, de valoraciones superficiales sobre las causas de la pobreza y violencia imperantes, valoraciones intrínsecamente negativas y desvalorizantes que no toman en cuenta el desarrollo del país a lo largo del siglo posterior a su independencia.

Regresando a los recuerdos compartidos por nuestro equipo de América Latina y el Caribe, y por otros integrantes del Instituto de los años ochenta, quisiera mencionar todavía algunos más: primero el cambio de sede, de la casa en Félix Parra al nuevo edificio en Mixcoac, construido en la huerta de la casa decimonónica de Valentín Gómez Farías, ubicada en una esquina de la plaza del mismo nombre. Como todos, estaba yo orgullosa del bello edificio, blanco, con muebles de madera, mucha madera clara en todos los espacios. La primera comida de Navidad en el nuevo recinto, en diciembre de 1984, estuvo precedida, a iniciativa de Eugenia Meyer, por unas presentaciones que los investigadores/investigadoras teníamos que hacer en el auditorio ante todos los integrantes del Instituto. Recuerdo que Mónica cantó y tocó la guitarra, muy bien ambas cosas. En cambio, yo estaba alarmadísima: ¿qué podía yo hacer? Tomé el autobús en Insurgentes, fui de volada a la Villa Olímpica, agarré un libro de poesía de Schiller y regresé tratando de memorizar una balada de este autor que mi mamá recitaba frecuentemente y que, pensaba yo, podría recitar también, aun cuando nadie entendiera la letra, pero, pensé, el alemán sonaba tan bello en esta balada que quizá al público le podría gustar. Lo bueno es que no fui requerida para subir al podio y me salvé de la presentación y de hacer el ridículo. ¡Ah!, la balada se llama *El buzo*, de Friedrich Schiller.

Recuerdos tristes son los del 19 de septiembre de 1985 y de las semanas posteriores. Como siempre, tomé aquel día el camión en Villa Olímpica, pero después de San Ángel, Insurgentes en dirección centro estaba completamente atascado. Después de mucho tiempo llegué al Mora, encontré a los compañeros en los pasillos. Recuerdo muy bien que Pablo dijo: “En

el centro se cayeron edificios.” No me lo podía imaginar. Pensé en algunas grietas, en aplanados desprendidos. Conforme avanzaba la mañana, nos llegaban las noticias estremecedoras. En las semanas siguientes, reuníamos en el Instituto donaciones de cobijas, agua, alimentos y medicamentos que en una mesa afuera en la plaza, ordenábamos y descartábamos los ya caducos. En el jardín del Instituto, los carpinteros hacían ataúdes, recuerdo los golpes que daban a los clavos, golpes lúgubres y escalofriantes.

Recuerdos alegres: la convivencia en los cubículos, primero en Félix Parra y luego en Plaza; éramos siete en uno de los dos cubículos de América Latina en Plaza; en las pausas de café hubo un poco de todo en las conversaciones –imi vocabulario en español ganó mucho en estos años!– entre temas de actualidad y vivencias personales, también discutíamos nuestros avances, dudas, fechas apremiantes de entrega, etc., para luego seguir, cada quien en lo suyo, en su escritorio. Convivencia también en el jardín, en la cafetería que estaba en el lugar que hoy ocupa la librería. Recuerdo los inicios de la biblioteca que poco a poco se desarrolló hacia un acervo de referencia con sus materiales sobre la historia de México, Estados Unidos, América Latina y el Caribe, su fondo de ediciones antiguas, las publicaciones sobre el siglo XIX en los espacios mencionados y poco a poco también sobre el siglo XX y la actualidad. El acervo crecía con la adquisición de colecciones privadas y con las compras a proveedores nacionales e internacionales. Había presupuestos menos limitados que hoy en día, si mal no recuerdo, y la maestra Escamilla, primera directora de la biblioteca, y luego por muchos años, Ana Buriano, hacían lo máximo con los dineros asignados. También actualizaban constantemente los sistemas de catalogación. El trato al público tenía fama de ser uno de los mejores de las bibliotecas públicas de la ciudad.

En los años noventa, Hira de Gortari, quien sucedió a Eugenia Meyer en la dirección del Instituto, nos alentó a concluir ciclos que habíamos dejado inconclusos o estábamos cursando, de maestría o doctorado, o ambos. Obtener los grados e ingresar al Sistema Nacional de Investigadores eran metas importantes a cumplir por los investigadores del Instituto, en estos años, además de la producción académica, que se empezaba a evaluar en el recién creado programa de estímulos a la producción académica, así como las promociones en el tabulador general de categorías de nivel académico. Se avanzó también en estos años en la creación de órganos colegiados y sus respectivos reglamentos. Para el área del Caribe, hubo avances importantes: en 1992 se creó la Asociación Mexicana de Estudios del Caribe (AMEC) con sede oficial en el Instituto Mora. La participación de investigadores/investigadoras del Instituto ha sido muy activa en esta Asociación a lo largo



de los años, tanto en su “seminario permanente” que se creó en 1995, con reuniones mensuales en el Mora, como en sus congresos internacionales que por largos 17 años se celebraron anualmente y, a partir de 2010, cada dos años. Igualmente aumentó en los años noventa nuestra participación en congresos internacionales organizados por asociaciones académicas del área del Caribe (Caribbean Studies Association [CSA] y Asociación de Historiadores del Caribe [ACH]), además de las participaciones en congresos de mexicanistas y latinoamericanistas (LASA). En 2010 se creó en México la Asociación de Historia Económica del Caribe (AHEC), también de carácter internacional, con reuniones bianuales, en cuya organización el Instituto ha tenido una participación importante. En la última década del siglo pasado presentamos y participamos también en los primeros proyectos con financiamiento CONACYT, con sus posibilidades de formar grupos de trabajo y apoyar a estudiantes con becas, adquirir documentación y bibliografía, organizar reuniones académicas y realizar publicaciones individuales y colectivas. Ya estábamos en plena era del Internet y correo electrónico y recuerdo nuestro entusiasmo cuando Laura y yo, con el apoyo de Donají Morales y Gaby Pulido, creamos una Red de Investigadores y Estudios del Caribe, que nos sirvió de base para establecer contacto con colegas de diversa procedencia. En el campo de la formación de recursos humanos, participamos en la docencia y dirección de tesis en el Instituto, y varios de nosotros dábamos también clases en la UNAM, en sus licenciaturas y posgrados.

A partir de los noventa, nuevos temas se hicieron presentes en mis propios estudios sobre el Caribe. Con la posibilidad de dedicar tiempo a nuestras tesis de maestría y doctorado, me propuse hacer mi tesis de doctorado, primero teniendo en mente una investigación sobre las repercusiones de la revolución haitiana en Nueva España; sin embargo, al iniciar en 1989 mis consultas en el Archivo General de la Nación, me di cuenta que era muy difícil rastrear información al respecto, si bien encontré datos muy interesantes que incorporé en algunos trabajos y publiqué en años posteriores sobre el tema de la recepción de la revolución haitiana en diferentes espacios coloniales de América (por ejemplo, Grafenstein, 2012a). Lo que más abundaba en diferentes ramos del AGN, eran cientos de cartas de diferentes autoridades de Nueva España, desde el virrey hasta los comandantes militares de los puertos del Golfo de México y de las islas españolas en las Antillas; esta correspondencia contenía información sobre los vínculos administrativos y económicos entre el centro del virreinato y diferentes puntos de una región que empecé a vislumbrar como Circuncaribe, un Caribe amplio, un Golfo-Caribe de cuya importancia como zona de defensa imperial me pude dar cuenta al revisar la gran cantidad de documentación resguardada en el archivo mencionado.



Eran vínculos de financiamiento de puertos y presidios en dicha vasta zona defensiva, también vínculos a través de envíos de trabajadores forzados para construir y reparar fortificaciones, de alimentos diversos para mantener tropas y fuerzas navales emplazadas en esta amplia región –que iba desde Cuba hasta la isla de Trinidad y, en el continente, desde la Florida hasta la Guayana venezolana–. Nueva España funcionaba como una submetrópoli que costea-ba en gran parte, con sus envíos de plata y otros recursos, los gastos militares de islas y áreas circundantes, desde fines del siglo XVI hasta 1810 (Grafenstein, 1997; Grafenstein, 2003; Marichal y Grafenstein, 2012).

A partir de los primeros planteamientos de los años noventa, se desprendieron más adelante nuevas investigaciones en la materia que han marcado una buena parte de mis publicaciones, aunque no han sido los únicos temas a los que me he abocado en mis trabajos; también desarrollé, ya entrado el nuevo siglo, temas historiográficos, de representaciones y visiones sobre el Caribe que han manifestado economistas ingleses y españoles en los siglos XVII y XVIII (Grafenstein, 2007 y 2006); viajeros como Alejandro de Humboldt y otros del mundo anglosajón (Grafenstein, 2012b y 2017); o figuras importantes de la misma región, como Francisco de Arango y Parreño y Antonio Sánchez Valverde (Grafenstein, 2005; Piqueras y Grafenstein, 2020). El mundo de puertos que constituye el Circuncaribe o Gran Caribe, con sus interconexiones regionales, por encima de los vínculos con sus respectivas metrópolis, despertó igualmente mi atención, vínculos no sólo en los siglos anteriores a 1810, sino también durante las guerras de independencia hispanoamericanas de la segunda década del siglo XIX (Grafenstein, 2006b y 2006c). El Caribe, en su sentido amplio, desempeñó un papel de primer orden en la guerra que desarrollaban insurgentes y aliados externos en el Golfo de México y mar Caribe, sobre todo vía ataques a naves del comercio español. Los puertos de la región fungían como importantes puntos de entrada de información, de armas y municiones, de espías y corsarios. El contrabando de mercancías españolas y productos de la región, como el azúcar y el tabaco, circulaba en todo este espacio y sus puertos. La confluencia de fuentes sobre el tema, sea provenientes de archivos mexicanos, cubanos o estadounidenses, entre otros acervos, hizo posible descubrir redes de interacción y vías de comunicación entre autoridades y ciudadanos de Estados Unidos, las islas de Cuba, Haití, Saint Thomas y Saint Barthelemy, los reinos de Nueva España y Nueva Granada (véanse, por ejemplo, Grafenstein, 1998; Grafenstein, 2013; Grafenstein, Reichert y Rodríguez, 2018). Finalmente, el Golfo-Caribe, la llamada tercera frontera de México, ha sido tratado en una obra de coautoría, en un proyecto encabezado por Mercedes de Vega, en su momento directora del Archivo Histórico de la Secretaría de

Relaciones Exteriores, con el objetivo de historiar las tres fronteras de nuestro país, Norte, Sur y Golfo-Caribe (Grafenstein, Muñoz y Nelken, 2006).

Para concluir: si las investigaciones sobre la región del Caribe se han ampliado y diversificado en los últimos dos decenios en el Instituto, también este creció físicamente y en número de personal; diversificó la oferta de programas de docencia; afianzó su organización interna con repetidos reordenamientos y creación de normativas generales y específicas; fortaleció sus órganos colegiados compuestos por autoridades y representantes de las y los profesores-investigadores; acrecentó el número y formato de sus publicaciones periódicas, de libros de autor y libros coordinados, y amplió la digitalización de procesos administrativos y de otras áreas. Finalmente, sólo me resta agradecer al Instituto todas las posibilidades de crecer profesionalmente, al contribuir a la generación de conocimiento básico, la formación de jóvenes y la divulgación del conocimiento sobre un área que constituye la llamada tercera frontera del país, posibilidades que me abrió durante los primeros 16 años de mi trabajo en el Mora –que fueron objeto de estos recuerdos– y que ha seguido brindándome hasta hoy, agradecer el privilegio de pertenecer a su comunidad académica plural, a su comunidad en sentido amplio que incluye a todos los integrantes que, desde los diferentes departamentos y áreas, contribuyen a la buena marcha de nuestra institución.

## FUENTES CONSULTADAS

- Democracia en América Latina* (1993). *Secuencia*, (número monográfico, 26).
- Grafenstein, J. von (1986, mayo-junio). La dictadura de los Duvalier en Haití (1957-1986): Análisis de la estructura de poder y de la resistencia interna al régimen. *Cuadernos Americanos*, CCLXVI(3), 15-30.
- Grafenstein, J. von (1988). *Haití, una historia breve*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Universidad de Guadalajara/Alianza Editorial Mexicana. 285 pp. (Centroamericana y el Caribe).
- Grafenstein, J. von (1989). *Haití, textos de su historia*. 2 vols. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Universidad de Guadalajara/Nueva Imagen (Centroamericana y el Caribe).
- Grafenstein, J. von (1990, septiembre-diciembre). Haití: crisis posdictatorial y transición democrática. *Secuencia*, 18, 23-36.
- Grafenstein, J. von (1997). *Nueva España en el Circumcaribe, 1779-1808: revolución, competencia imperial y vínculos intercoloniales*. México: Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos-Universidad Nacional Autónoma de México.

- Grafenstein, J. von (1998). Patriotas y piratas en un territorio en disputa, 1811-1819. En A. R. Suárez, (coord.), *Pragmatismo y principios, la relación conflictiva entre México y Estados Unidos, 1810-1942* (pp. 13-70), México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Grafenstein, J. von (2000). *República Dominicana, una historia breve*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. 178 pp. (Perfiles, América Latina y el Caribe).
- Grafenstein, J. von (2003). La provisión de armadas y presidios de las islas de Barlovento: intereses novohispanos versus habaneros (1760-1780). En G. del Valle (coord.), *Mercaderes, comercio y consulados en Nueva España en el siglo XVIII* (pp. 67-97). México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Grafenstein, J. von (2005). The Atlantic World at the Time of the Haitian Revolution: The Point of View of Francisco de Arango y Parreño. En R. Pieper y P. Schmidt (eds.), *Latin America and the Atlantic World/ El mundo atlántico y América Latina (1500-1850), Essays in honor of Horst Pietschmann* (pp. 351-366). Colonia: Böhlau.
- Grafenstein, J. von (2006a). El Golfo-Caribe en la economía del Atlántico: Su percepción en la literatura económico-política de la España de los Borbones. En S. Kuntz y H. Pietschmann (coords.), *México y la economía del Atlántico, siglos XVIII y XIX* (pp. 41-66). México: El Colegio de México.
- Grafenstein, J. von (coord.) (2006b). *El Golfo-Caribe y sus puertos*. Tomo I: 1600-1850 y tomo II: 1850-1950. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Grafenstein, J. von (2006c). Ports around the Caribbean and their Links during the Spanish American Wars of Independence. En H. Cateau y R. Pember-ton (eds.) *Beyond Tradition. Reinterpreting the Caribbean Historical Experience* (pp. 113-142). Kingston: Ian Randle Publishers.
- Grafenstein, J. von (2007). El comercio exterior y las colonias de plantación en el pensamiento de Josiah Child y John Cary, 1660-1700. En L. Ludlow y P. Martínez (coords.), *Pensamiento económico europeo y novohispano, siglos XVII-XIX* (pp. 65-85). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Grafenstein, J. von (2012a). La revolución e independencia de Haití: sus percepciones en las posesiones españolas y primeras repúblicas vecinas. En J. M. Portillo y R. Breña (coords.), *Las revoluciones atlánticas y la modernidad iberoamericana, 1750-1850* (vol. 1, pp. 131-150). México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (20/10 Historia).
- Grafenstein, J. von (2012b). Nueva España y sus vínculos con el Mediterráneo de América: apreciaciones sobre un espacio colonial en la obra de Alexander von Humboldt. En J. E. Covarrubias y M. Souto (coords.), *Economía, ciencia y política, estudios sobre Alejandro von Humboldt a 200 años del Ensayo político sobre*

- el reino de la Nueva España (pp. 123-138). México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM.
- Grafenstein, J. von (2013). Revolucionarios americanos en el Circumcaribe hispano, 1810-1827. En C. Thibaud et al. (eds.), *L'Atlantique révolutionnaire: une perspective ibéro-américaine* (pp. 25-46). Rennes: Les Perséides.
- Grafenstein, J. von (2017, enero-abril). William Davis Robinson: Trader, Agent, and Defender of Spanish American Independence, 1799 -1819. *Memorias, Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe Colombiano*, 13(31), 193-213.
- Grafenstein, J. von, Muñoz, L. y Nelken, A. (2006). *Un mar de encuentros y confrontaciones. El Golfo Caribe en la historia nacional*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores. 261 pp. (México y sus fronteras).
- Grafenstein, J. von, Reichert, R. y Rodríguez, J. C. (coords.) (2018). *Entre lo legal, lo ilícito y lo clandestino. Prácticas comerciales y navegación en el Gran Caribe, siglos XVII al XIX*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Marichal, C. y Grafenstein, J. von (coords.) (2012). *El secreto del imperio. Los situados coloniales en el siglo XVIII*. México: El Colegio de México/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Muñoz, L. (2000). *Jamaica una historia breve (síntesis y antología)*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Piña, J. (1988). *Cuba*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Alianza.
- Piña, J. (1990). *Cuba*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. 2 vols.
- Piqueras, J. A. y Grafenstein, J. von (2020). *El pensamiento económico del pensamiento criollo*. Santa Marta y Ciudad de México: Universidad del Magdalena e Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

## DE LÍMITE A FRONTERA. MIRADAS A LA REGIÓN DEL CARIBE

Laura Muñoz

Para el Instituto Mora y para los que formamos parte de él, 2021 es un año de celebración. Cumplimos cuarenta años dedicados a la investigación, la docencia y a vincularnos con la comunidad. Es, sin duda, motivo genuino de festejo y también de revisar el camino recorrido, de preguntarse cómo se han cumplido los objetivos que nos han guiado, los logros obtenidos, la contribución al conocimiento de las distintas áreas que lo constituimos, de averiguar cómo lo logrado refleja nuestra sociedad e influye en ella y de imaginar hacia dónde vamos.

La necesaria mirada retrospectiva permite identificar que el Instituto Mora, creado para “preparar alumnos en historia de América”, según decía don Ernesto de la Torre Villar, su primer director, ha tenido después de ese comienzo dos proyectos fundacionales y otros de crecimiento y consolidación. Con el primero, organizarse en torno al estudio de regiones, en realidad fue la base para construir a la institución; con el segundo, teniendo como meta transformarla y perfilar al “investigador deseado”, se abrió el espectro a la libre investigación y con ello a la especialización. Un tercer proyecto, marcado por la consecución de la institucionalidad dio paso a la normalización de nuestras actividades. Los sucesivos proyectos, rectores de nuestro Instituto, lo han fortalecido como un centro de excelencia, han ampliado su impacto y han logrado una mayor difusión de las tareas académicas desarrolladas. En este trayecto, ¿cómo se han estudiado América Latina y el Caribe?, ¿cuál ha sido la contribución de los investigadores del Mora a los estudios del área?

Después de la fundación y pasada la primera tutela de don Ernesto de la Torre Villar, el primer proyecto fundacional, incitado por Jesús Reyes Heróles desde la Secretaría de Educación Pública y diseñado y ejecutado por Eugenia Meyer, anteponeía el estudio de una historia regional que consistía

en realidad en una mirada más compleja, pues aunque las circunscripciones estatales y las unidades nacionales eran el eje, el conjunto promovía el conocimiento y la definición de grandes entidades: México, Estados Unidos, y América Latina y el Caribe. La mirada partía de México, se concentraba en el siglo XIX y tenía como objetivo fundamental ofrecer un conocimiento accesible para todo público, con la particularidad de estar basado en una búsqueda rigurosa de información, de trabajo de archivo en algunos casos o en historiografías especializadas, y siempre en el conocimiento de los autores clásicos de los países abordados. El resultado fue una colección de historias que han formado e informado a estudiantes y lectores diversos.

De la colección completa sobre América Latina y el Caribe, las historias de Haití y Cuba se publicaron en una primera etapa.<sup>1</sup> Las correspondientes a República Dominicana, Puerto Rico y Jamaica buscaron impresión en una segunda. *Jamaica, una historia breve* fue publicada entonces. Para mí, recién incorporada como investigadora al Instituto Mora, escribir el texto dedicado a la historia de Jamaica fue el primer contacto con el estudio de un área que a la larga resultó ser la que concentró la mayor parte de mi experiencia académica. Fue resultado de un hecho fortuito, llegar tarde a mi primer día de trabajo en el Mora, un 18 de enero, después de procurar el festejo de cumpleaños de mi hija menor en su escuela. Pero este hecho fortuito y nada glamoroso, resultó para mí determinante porque marcó mi actividad laboral, mi vida académica e, incluso, la personal.

El segundo proyecto fundacional, que refrendó la especialización de la planta de investigadores del Instituto, fue impulsado por Hira de Gortari. En el marco de las transformaciones promovidas, el estudio del Caribe adquirió un carácter específico como área de estudio equiparable al de América Latina. En este ámbito, los primeros resultados de gran calado fueron sendas tesis doctorales que constituyeron el cimiento de otras investigaciones, propias y ajenas, y contribuyeron de manera significativa al conocimiento de la región caribeña. Respecto a la región, Johanna von Grafenstein rescató y dio nuevo contenido al concepto de Circuncaribe al estudiar el periodo colonial. Atenta al siglo XIX, advertí un cambio en la definición, límites y características de la región, fragmentada tras la independencia de México, pero que atrajo su interés, un interés que puede identificarse como geopolítico. Con esos trabajos, desde el Mora pusimos

<sup>1</sup> La primera serie de libros fue coeditada por Nueva Imagen, el Instituto Mora y la UdeG. La segunda se publicó en la colección Perfiles, del Instituto Mora. Esta propuesta editorial de escribir síntesis históricas quedó truncada al reorientarse el carácter del Instituto y varios de los libros que escribimos ya no fueron publicados. Entre estos, el texto *Bolivia, una historia breve*, que escribí bajo contrato por obra.

a debate temas que han marcado la discusión. El primero, precisamente, la definición de la región, pero como se verá más adelante, también de la frontera, las confrontaciones imperiales, las representaciones generadas por esos poderes y los enfoques teóricos para conocer esos y otros asuntos.

Voltear hacia el Caribe, de interés personal, reflejaba también el ambiente prevaleciente. La época en la que comenzamos a desarrollar los estudios caribeños, los años noventa, fue muy favorable para ello, por no decir que fue lisonjera, pues aunado al objetivo institucional de alcanzar “el perfil del investigador deseado” alentando la obtención de grados académicos con investigaciones novedosas, en el ámbito nacional había un interés estatal por el área vecina. Era la época del régimen de Carlos Salinas de Gortari, de acercamiento a los países de la zona, de participación en la fundación de la Asociación de Estados del Caribe, de gran activismo como parte del G3. Fue el tiempo en el que México declaró que el Caribe era *nuestra tercera frontera*.

Precisamente a propósito de la visita de Estado del presidente Salinas de Gortari a Jamaica, en 1991, comencé a hurgar en los archivos para rastrear los posibles vínculos de México con esa isla. La tarea era recuperar información que diera contenido a los discursos oficiales durante la gira. Más allá de que se usaran o no los datos reunidos, para mí quedó el asombro de encontrar documentada la existencia de lazos entre el México independiente y una región más amplia, hallazgo que cuestionaba y enmendaba la noción de que, para México, lo que llamábamos Caribe era nada más Cuba. Hojeando los gruesos volúmenes conservados en los acervos, surgieron lentamente el tema de investigación, los objetivos y las hipótesis de trabajo que resultaron en una investigación mayor.<sup>2</sup> Con este quehacer me adscribí al estudio del espacio geográfico al que empezábamos a considerar como un área de estudio equiparable a América Latina y cerré un ciclo al concluir la maestría examinando la relación del movimiento obrero con el nacionalismo en Bolivia. Ese paso de un campo de estudio a otro coincidió en el tiempo con el proceso de conversión que vivíamos en el Instituto.

Dicho proceso incluía la búsqueda de apoyos externos para desarrollar proyectos de investigación. Al impulsar y respaldar proyectos que obtuvieron fondos externos, el Mora fue de los primeros centros que favoreció la investigación acerca del Caribe como un área de estudio. En esa línea, el proyecto pionero que propusimos Johanna von Grafenstein y yo, auspiciado por la institución y financiado por el CONACYT en 1997 fue *El Caribe en una Perspectiva Histórica: Región, Frontera y Relaciones Internacionales*. Al año siguiente, *Las Relaciones de México con el Caribe*. Nuevas Apro-

<sup>2</sup> Esa investigación fue publicada posteriormente (Muñoz, 2001).



ximaciones a su Estudio, obtuvo también financiamiento externo.<sup>3</sup> Con ambos proyectos quedaron delineados el marco –la historia– y los campos de investigación con los que me comprometí: la región, la frontera y las relaciones internacionales. Ubico en ellos el origen de una línea de trabajo en torno a la actividad desplegada por México en la región que, como he mostrado puede calificarse de diplomacia (Muñoz, 1999). El segundo de esos proyectos abonó a conocer la concepción que ha tenido México acerca de la región, su posición frente a diversos procesos regionales y las estrategias empleadas en el área a lo largo de casi dos siglos (Muñoz, 2000a).

Modificar el estatus de los estudios del Caribe fue una inquietud que se manifestó paralelamente en diversos centros de enseñanza superior. Como resultado de esa efervescencia surgió la Asociación Mexicana de Estudios del Caribe (AMEC) en 1992. Formamos parte del nacimiento y organización de la agrupación y cuando esta se registró como asociación civil, el Instituto Mora se convirtió en su sede oficial. El compromiso con los estudios de la región continuó y en ese espíritu la Asociación de Historiadores Económicos del Caribe (AHEC), años después también tuvo el apoyo incondicional del Mora para organizarse. Finalmente, un tercer aspecto en el que el Mora apoyó el reconocimiento al estudio del Caribe como un área, fue patrocinando a la *Revista Mexicana del Caribe*. En alianza con otras instituciones académicas se sumó al esfuerzo comandado por el grupo de caribeñistas de la Universidad de Quintana Roo. La revista fue durante más de una década uno de los foros relevantes de difusión y promoción de los estudios caribeños realizados en México y en la región.

El tercer proyecto institucional que inició hacia el final de la segunda década de vida del Mora, durante la dirección de Santiago Portilla, se propuso fortalecer los órganos colegiados, entre ellos el consejo editorial, que fomentó la publicación de nuestras investigaciones con libros de autor o colectivos, siempre evaluados por pares, con el sello del Mora solamente o en coediciones con otras instituciones nacionales y extranjeras. Su circulación se aseguró, más allá de la campaña comercial, con el establecimiento de una librería especializada. Tuvimos entonces la oportunidad de dar a conocer ampliamente los resultados de nuestro trabajo, así como de divulgar el pensamiento de autores clásicos de la región del Caribe. En esta última tarea, uno de los hitos fue la

<sup>3</sup> Los proyectos financiados contribuyeron al equipamiento y modernización tecnológica de la institución, con ello pudimos pasar del uso de lápiz y goma a escribir en computadoras, o a consultar los documentos en lectores de microfilmes con los que se podía imprimir. Adicionalmente, el apoyo económico recibido para estos y otros proyectos posteriores hizo posible contribuir, con textos dedicados a diversos temas caribeños, al fortalecimiento del acervo de la biblioteca, de suyo importante desde la fundación del Instituto.

publicación en español de un libro fundamental, *De Colón a Castro: La historia del Caribe 1492-1969*, del historiador y político Eric Williams. Publicado en 2009, este libro circula en las islas caribeñas de habla hispana.

Los primeros libros publicados fueron resultado del trabajo permanente en la coordinación de, o en la participación en, proyectos de investigación (Muñoz y Grafenstein, 2000b; Muñoz, 2002c, y 2008). Esto benefició el trabajo conjunto con colegas de otras instituciones porque nos permitió construir grupos de trabajo, redes cada vez más amplias que dieron paso a seminarios interinstitucionales en los que han participado y participan investigadores nacionales, del Caribe e, incluso, de un área mayor (que incluye Estados Unidos y Europa), además de formar a estudiantes como investigadores y dar a conocer el resultado de nuestras investigaciones. Los seminarios de los proyectos del CONACYT, como fueron conocidos, y los de AMEC, que se llevaban a cabo en el edificio de Plaza, fueron el marco adecuado para presentar y discutir las investigaciones en curso y le dieron reconocimiento al Mora como centro generador y difusor de los estudios caribeños. Paralelamente la docencia en torno a temas caribeños fue impartida en instituciones de enseñanza superior, comenzando por el mismo instituto y particularmente en la UNAM.

Si indagamos en las propuestas, conceptos y definiciones que exponemos en nuestro trabajo, podemos afirmar que en el Mora hemos mostrado que las concepciones acerca de la región no son estáticas y se definen de acuerdo con intereses, objetivos, actores, periodos y circunstancias, así si al principio se pensó a la región como si fuera la suma de historias nacionales, impulsamos después distintas concepciones basadas en las características geográficas, en los intereses oficiales, en los temas prevaletentes. Por ejemplo, a partir de la documentación oficial generada por los encargados de la política exterior de México, concibo al Caribe como un conjunto de islas, no como una cuenca, a diferencia de otras propuestas.

Si durante el periodo colonial el área vecina había funcionado como una unidad compleja, una vez consumada la independencia de México su fragmentación fue patente. ¿Cómo se concibió y, sobre todo, vivió ese espacio durante el siglo XIX? Esas preguntas guiaron mis trabajos iniciales que muestran que para México el borde oriental continuó siendo su puerta de entrada y salida, el acceso a las comunicaciones y el flanco débil para la seguridad de su territorio. Una mirada panorámica al siglo XIX revela diversas acciones emprendidas en la región vecina con objeto de preservarse como país. Esas acciones corresponden a diferentes etapas y en cada una de ellas la región es concebida de manera particular. En un principio, México desplegó una actividad de vigilancia y de amenazas retóricas, el Golfo de México se

convirtió en el escenario de la conspiración y de la presencia de “agentes secretos” (Muñoz, 2004). Tras el reconocimiento español a la independencia, la estrategia cambia y se inicia el establecimiento de consulados y viceconsulados en el arco antillano, la obtención de información se recababa a través de los reportes desde esas oficinas y con ello se podía actuar en consecuencia (Muñoz, 2002a). La intervención estadounidense y la pérdida de gran parte de territorio fortalecieron la actividad de los cónsules en la región y aumentó el establecimiento de más representaciones hasta cubrir todo el arco antillano (Muñoz, 2010). El intento de independencia de Cuba, en los años noventa, fue quizá uno de los periodos más interesantes y de atención de México a la región, al mismo tiempo que de mayor uso de contrapesos en las relaciones con Estados Unidos, España y Gran Bretaña (entre otros Muñoz, 2002d).

Como parte de una región amplia en la que se desarrolla una intensa interacción, los puertos en el litoral del Golfo de México en los que fluía la actividad comercial aportan información para identificar las rutas que se abrían entre esos puertos y los europeos y estadounidenses, con sus escalas en las posesiones coloniales antillanas. Encontramos aquí elementos para definir las dimensiones de la región a partir de las rutas y sus modificaciones (Muñoz, 2006).

Como resultado de la práctica oficial es posible identificar diversas concepciones acerca de la región formada por el Golfo Caribe, en primer lugar y ante todo un área de defensa, un ámbito para la presencia mexicana, un centro generador de información, un camino de comunicación e intercambio, área de refugio, un recurso para negociar y desde luego, una frontera (Muñoz, 2002b).

Una noción siempre presente es que el área funcionó como frontera, aunque no se la llamara así. No sólo fue límite, frente a un litoral de no fácil acceso, sino zona de contacto, de influencia y de entrecruzamiento en la que pueden trazarse simbólicamente líneas de demarcación del espacio de acuerdo con los puntos estratégicos en los que había representaciones de México. Y si bien la frontera no es sólo una delimitación política o una línea divisoria, sí podemos rastrear cómo esa región se fue demarcando hasta convertirse en frontera y denominarse como tal. Durante más de un siglo se fue precisando, midiendo y extendiendo un espacio marítimo que recorrió el límite que definía el territorio. A finales de los años ochenta del siglo xx, el interés nacional propició que el espacio contiguo en el flanco oriental al fin se denominara oficialmente frontera, nuestra tercera frontera. Reconstruir con detalle el proceso por el cual el Golfo-Caribe fue concebido en el imaginario oficial como frontera, fue asunto central en mis investigaciones que mostraron que esa frontera, inclusiva y exclusiva, fue promocionada desde el Estado como

nuestra tercera frontera, cuando la defensa del área patrimonial se desplazó de la costa y zonas aledañas hacia mar adentro (Muñoz, 2007).

Lo aprendido en las investigaciones desarrolladas hasta entonces me llevó a suscribir que las historias contadas acerca de lugares y poblaciones son trascendentes para justificar o legitimar ciertas políticas, que esas historias son representaciones que se divulgan a través de los informes diplomáticos, pero también mediante otros recursos, como la fotografía. Al examinar las diversas imágenes que la revista *National Geographic* ha difundido del Caribe, pude sistematizar cómo esas imágenes corresponden a diversas etapas que responden, a su vez, al despliegue de intereses y acciones estadounidenses, pero también de sectores locales, y cuáles de esas imágenes las hemos asumido –nosotros público consumidor– como testimonio de lo que hay en la región (Muñoz, 2014).

Desde un principio, aun habiendo reconocido la presencia de diversas metrópolis en la región, propusimos su estudio como una unidad. Hablamos de los diversos Caribes, pero buscamos destacar los temas que los trascienden y unen. Lo hemos hecho examinando desde diversas perspectivas y asuntos, por ejemplo, estudiando y caracterizando las guerras irregulares en el Caribe (Muñoz, Rodríguez y Abreu, 2020). Y más recientemente, participamos en la discusión y explicación de por qué hoy se habla más de Caribe continental (Muñoz, 2020). Por cierto, que concebir al Caribe como región no canceló la producción de trabajos sobre alguna área en concreto, algún país en particular, o acerca de las relaciones con alguno de ellos (Muñoz y Grafenstein, 2011; Muñoz, 1994 y 2018a).

Habría que destacar también que el acercamiento al estudio de la región desde una perspectiva interdisciplinaria ha sido una línea constante. Ejemplo de esto son los seminarios permanentes. En mi caso, en El Caribe, *Visiones Históricas de la Región*, a partir de 2002, las miradas a la región han sido desde la historia, la literatura, la geopolítica, la economía, la geografía, la sociología.<sup>4</sup> En ese marco mi investigación se coloca en la interdisciplina, se concibe desde la geopolítica, utiliza herramientas de las relaciones internacionales, la geografía, la historia cultural y utiliza como fuente documental la imagen fotográfica.

Volviendo al marco institucional, en las últimas décadas se apuntaló el crecimiento y se robusteció la capacidad de difusión de nuestras labores. Con Luis Jáuregui como director, se incrementó el espacio físico de la institución. Con ello mejoraron las condiciones para trabajar con los estudiantes, becarios y prestadores de servicio social que se habían multiplicado en el marco de los

<sup>4</sup> De ese esfuerzo resultaron trabajos que se abordaron de manera interdisciplinaria (Muñoz y Rodríguez, 2009; y Muñoz, 2019).

proyectos de investigación empeñados en el avance de los estudios de la región caribeña y se fortaleció la labor de docencia. Si antes habíamos preparado libros colectivos con participación de alumnos, ahora promovimos seminarios para que concluyeran tesis o las convirtieran en libros, prepararan ponencias, y reforzamos la labor editorial con su concurso (por ejemplo, Muñoz, 2018b).

Con Diana Guillén, defensora de nuestro edificio insignia que nos identifica más allá de su representación en el logo, se buscó la mayor interacción entre las áreas reorganizándolas y dando cabida en ella a los tres campos de trabajo distintivos del Mora, la historia, las ciencias sociales y la cooperación. El apoyo a la divulgación de las actividades e investigaciones desarrolladas en el Instituto fue decisivo para que esta creciera al poner en funcionamiento plataformas institucionales convenientes. Esa tarea era considerada todavía un gran reto al cumplir 35 años como institución. Los micrositos seminarios/visioneshistoricas y seminarios/remexcar alojados en la página del Internet institucional, dan cuenta de los proyectos y eventos desarrollados acerca de los estudios del área caribeña, de los vínculos establecidos con nuestros pares y de los resultados de investigación. El segundo de ellos, además, ha puesto a la disposición de un público amplio la consulta de una base documental. Con la pretensión de llegar cada vez más a un abanico mayor y más diverso de interesados, a las plataformas mencionadas se ha añadido el uso de otras en las que difundimos información actualizada diariamente (Instagram, Facebook, YouTube).

Es posible afirmar que, a lo largo de su vida como institución académica, el Instituto Mora ha sido un espacio privilegiado para los estudios latinoamericanos y del Caribe y constituye un referente a nivel nacional e internacional. Fue uno de los primeros centros en reunir al mayor grupo de egresados latinoamericanistas y se ha mantenido como un centro generador de conocimiento acerca de esas dos áreas. A la par del fomento a la investigación especializada, el Mora ha impulsado la difusión de esta a través de cursos, seminarios, coloquios, la participación en congresos y, sin duda, estimulando también la publicación en las revistas auspiciadas por el propio Instituto: *Secuencia*, *América Latina en la Historia Económica* y, como editoras, dictaminadoras, autoras y propagandistas de la *Revista Mexicana del Caribe*, cuando existía.

En el Mora –abonando al tema de moda de la incidencia– se han escrito y publicado libros que se usan en instituciones de educación superior; se ha colaborado en textos de sellos internacionales, en consultas de la Secretaría de Relaciones Exteriores, en la preparación de varios libros que esa secretaría

ha publicado y en la formación de diplomáticos, alguno incluso en el Centro de Estudios Navales, de la Secretaría de Marina-Armada de México.<sup>5</sup>

Aunque en años recientes las investigaciones han avanzado al estudio del siglo XX y XXI, el reto y el futuro es consolidar estos estudios en torno a los temas más contemporáneos, los que compartimos y sustentan la cooperación y las alianzas para la seguridad nacional que, como otros conceptos, cambia de contenido y se refiere hoy a la posibilidad de enfrentar el cambio climático y sus consecuencias, o alrededor de temas como el narcotráfico, la desigualdad, la asimetría, la orientación de las propuestas políticas.

En suma, concebir al Caribe como una región y estudiarla como tal, sin soslayar su diversidad, es una de las aportaciones de los estudios realizados en el Mora. El Caribe dejó de estar al otro lado del límite, para ser más la frontera con la que interactuamos y mantenemos interlocución. Las investigaciones realizadas, y su divulgación amplia, han contribuido a mostrar que el Caribe es mucho más que ritmos, aguas azules, playas, sol y palmeras.

## BIBLIOGRAFÍA

- Muñoz, L. (1994). El sector privado de Jamaica: ¿comerciantes o empresarios? En F. López Portillo (coord.), *Burguesías en América Latina* (pp. 85-106). México: CCYDEL-UNAM (Panoramas de Nuestra América 10).
- Muñoz, L. (1999, octubre-diciembre). Dos cónsules mexicanos en La Habana: su visión geopolítica y la defensa del interés nacional. *Historia Mexicana*, XLIX(2), 253-277.
- Muñoz, L. (2000a, julio-diciembre). El Golfo Caribe en el imaginario de los círculos oficiales mexicanos. *Revista Brasileira do Caribe-CECAB*, 1, 7-26. Goiânia, Brasil.
- Muñoz, L. (2001). *Geopolítica, seguridad nacional y política exterior. México y el Caribe en el siglo XIX*. México: UMSNH/Instituto Mora.
- Muñoz, L. (2002a, diciembre). ¿De la diplomacia de principios a la diplomacia pragmática? La política mexicana en el Caribe a lo largo de dos siglos. *Caribbean Studies*, 30(2), 108-129.
- Muñoz, L. (2002b). El Caribe en la diplomacia y la política mexicanas. Percepciones seculares. En L. Muñoz (coord.), *México y el Caribe. Vínculos, intereses, región* (t. 2, pp. 165-192). México: AMEC/Instituto Mora/CONACYT.
- Muñoz, L. (2002c). *México y el Caribe. Vínculos, intereses, región*. México: Instituto Mora/AMEC/CONACYT.

<sup>5</sup> Entre ellos las historias de las fronteras sur y caribeña o la serie de historia oral de la diplomacia mexicana.

- Muñoz, L. (2002d). Pensamiento y acción. La correspondencia de Andrés Clemente Vázquez durante su gestión como cónsul mexicano en La Habana. En E. Camacho (ed.), *Siete vistas de Cuba. Interpretaciones de su independencia* (pp. 75-105). México: CCYDEL-UNAM/UMICH. (Serie Nuestra América 57).
- Muñoz, L. (2004). *En el interés de la nación. Mexicanos y norteamericanos en el Golfo Caribe*. México: Instituto Mora.
- Muñoz, L. (2006). Barcos, bultos y pasajeros en los puertos del Golfo: Los primeros años del México independiente. En J. von Grafenstein (coord.), *El Golfo Caribe y sus puertos, siglos XVIII y XIX*, (t. I) (pp. 469-514). México: Instituto Mora/CONACYT.
- Muñoz, L. (2007, octubre-diciembre). El Golfo-Caribe, de límite a frontera de México. *Historia Mexicana*, LVII(2), 531-563.
- Muñoz, L. (2008). *Mar adentro: Espacios y relaciones en la frontera México-Caribe*. México: Instituto Mora.
- Muñoz, L. (2010). *Centinelas de la frontera. Los representantes diplomáticos de México en el Caribe, 1838-1960*. México: Instituto Mora.
- Muñoz, L. (2014). *Fotografía imperial, escenarios tropicales. Las representaciones del Caribe en la revista National Geographic*. México: Instituto Mora/El Colegio de Michoacán.
- Muñoz, L. (2018a). Destellos en la relación México-Jamaica. Construyendo puentes. En L. Muñoz (coord.), *Actores y temas de las relaciones de México y sus fronteras* (pp. 411-420). México: Instituto Mora.
- Muñoz, L. (2020). Del Caribe insular al Caribe continental, el lugar de México en sus relaciones con su frontera oriental. En Coloquio Internacional El Caribe, Estudios Transdisciplinarios, llevado a cabo los días 12 y 13 de marzo de 2020. Universidad Autónoma de Yucatán, Mérida.
- Muñoz, L. (coord.) (2018b). *Actores y temas de las relaciones de México y sus fronteras*. México: Instituto Mora.
- Muñoz, L. (coord.) (2019). *Narrar el Caribe. Visiones históricas de la región*. México: Instituto Mora.
- Muñoz, L. y Grafenstein, J. von (2011). Las Antillas francesas y Haití. En A. Crespo Solana y M. D. González Ripoll (coords.), *Historia de las Antillas no hispanas* (pp. 23-91). Madrid: CSIC/Doce Calles.
- Muñoz, L. y Grafenstein, J. von (eds.) (2000b). *El Caribe: región, frontera y relaciones internacionales*. México: Instituto Mora/CONACYT.
- Muñoz, L. y Rodríguez, M. R. (coords.) (2009). *Caribe imaginado. Visiones y representaciones de la región*. México: Instituto de Investigaciones Históricas-UMNSH/ Instituto Mora.
- Muñoz, L., Rodríguez, M. R. y Abreu, J. (coords.) (2020). *Guerras irregulares en el Caribe*, México, UMSNH/ Instituto Mora. Ebook



## IMPORTANCIA DE ESTUDIAR DESDE MÉXICO LA HISTORIA DE LOS PAÍSES QUE INTEGRAN AMÉRICA LATINA

Rodrigo Rafael Espino Hernández

El siguiente texto contiene un pequeño repaso de algunos recuerdos, experiencias, aprendizajes y convivencias derivadas de mi paso por el Instituto Dr. José María Luis Mora, desde el año de 1984 hasta mi salida en el año de 1993. Mucho de lo escrito se queda corto; es decir, no alcanzo a decir todo lo que quisiera con respecto a la emoción que me hace sentir recordar todos aquellos momentos que viví como investigador de la historia de América Latina, en este gran Instituto, en el que comencé a trabajar siendo un simple principiante, esto último en el sentido de haber sido recién egresado de la carrera en Estudios Latinoamericanos cursada en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

El Instituto de Investigaciones Históricas Dr. José María Luis Mora, bajo la dirección de la doctora Eugenia Meyer, conformó un equipo de investigadores para realizar estudios sobre la historia de los países que integran América Latina, esto como parte de un proyecto institucional más amplio. Fue en ese equipo del que pasé a formar parte desde el año de 1984. Durante esa época, se avanzaba en nuestro país con la aplicación de las llamadas políticas neoliberales, algunas de las cuales comenzaban a impactar todas las actividades relacionadas con la cultura y con la educación. Sin embargo, el Instituto, con su misión de emprender investigaciones sobre los países latinoamericanos fue, según me parece, la gran excepción. No me cabe duda, pues en ese sentido se destinaron recursos económicos suficientemente cuantiosos para integrar varios equipos de investigadores, cuya finalidad fue la de dar contenidos a una serie de publicaciones en las que, por supuesto, se incluyó México y que tendrían como destino inicial, servir de apoyo para la actualización y superación académica de los docentes adscritos a la Secretaría de Educación Pública en sus diferentes niveles. La

vocación latinoamericanista de nuestro país, la cual puede seguirse históricamente desde su participación en el Congreso de Panamá del año de 1826, convocado por el libertador Simón Bolívar, quedó plasmada al firmarse un acuerdo secreto entre los gobiernos de México y Gran Colombia para unir esfuerzos y participar activamente, con hombres y recursos para ejecutar en aquellos años la liberación de Cuba. De no haber sido por la intervención del gobierno estadounidense, el cual se opuso a la ejecución de ese plan, Cuba hubiera sido liberada de los españoles desde esas fechas.

Posteriormente, nuestro país ha participado en varias acciones conjuntas para dar estabilidad política a la región latinoamericana. Ejemplos de ello los tenemos en el siglo xx, podemos recordar los esfuerzos del Grupo Contadora, para pacificar la región centroamericana, o el apoyo a los refugiados guatemaltecos a principios de los años ochenta. Sin embargo, la llegada del neoliberalismo adoptado por el gobierno de nuestro país a partir de 1982 comenzó a cambiar una parte de la política exterior con respecto a Latinoamérica. A partir de entonces, su estudio no parecía ser una actividad prioritaria, en particular dentro de la política exterior mexicana de ese tiempo. Incluso se podría pensar en el inicio de un proceso de alejamiento del interés de nuestro país con respecto a la región latinoamericana. Esta idea me surge a partir de que se había dejado de lado una propuesta: la de formar una especie de “club de países deudores” para negociar las grandes deudas externas que mantenían la mayoría de los países latinoamericanos con el Fondo Monetario Internacional y con el Banco Mundial. Por aquella época, entre algunos representantes de esos países había circulado la idea de impulsar una moratoria colectiva, la cual quedó truncada, pues no fue posible concretarla ante la negativa de nuestro país a participar en ese sentido. Sin embargo, a pesar de ello, hubo apoyo económico al Instituto Mora, gracias a lo cual desde esta institución se emprendieron varios proyectos encaminados a ampliar el estudio y el conocimiento que se tenía en nuestro país sobre la historia y el desarrollo económico, político y social de nuestros pueblos hermanos. Correspondió a un equipo de investigadores, del que formé parte, iniciar dichos estudios. En principio se abordó la parte más cercana a nuestro país, geográficamente hablando, o sea con los países que ocupan los territorios que corresponden a los pueblos ubicados en lo que se conoce como Centroamérica y dos países del Caribe: Cuba y Haití.

Cabe recordar que antes de que esto ocurriera, junto con mis compañeros Raúl Martínez Romero y Enrique Villareal Ramos formábamos un equipo de trabajo en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, lugar desde donde fuimos invitados por la doctora Eugenia Meyer (cursábamos con ella una materia sobre la revolución mexicana) quien por ese entonces

se encontraba ya laborando como directora del Instituto Mora, para que nos incorporáramos al proyecto de investigación sobre la historia de los países latinoamericanos. Enrique no aceptó la invitación, mientras que a Raúl y a mí se nos propuso trabajar inicialmente como ayudantes de los investigadores. Para este tiempo, principios de 1984, ya se había conformado el equipo del Proyecto de Historia de América Latina y el Caribe y se encontraban laborando en el instituto. Al poco tiempo de estar ahí, por designios del destino, se nos asignó el estudio y la investigación sobre la historia de Panamá. Ello ocurrió así, debido a que no había suficientes investigadores para atender todos los países. Parte de los países del Caribe (Cuba y Haití) y de Centroamérica ya habían sido repartidos entre los compañeros, pero al final había quedado como huérfano Panamá. Las compañeras y compañeros del proyecto de América Latina, a Raúl y a mí, ya nos habían bautizado con el sobrenombre de “los chiquilines” y, al parecer por unanimidad, fueron ellos los que decidieron asignarnos el país que había quedado huerfanito, o sea Panamá. En ese tiempo se encontraba con nosotros la investigadora Selva López quien, si mal no recuerdo, coordinaba el proyecto sobre América Latina y ella estuvo de acuerdo en esa asignación. Así que, “los chiquilines” se harían cargo de investigar el caso de Panamá. Por supuesto que, para nosotros, esta actividad representaba una gran responsabilidad, sobre todo porque carecíamos de experiencia en ese tipo de investigaciones, pero sin pensarlo mucho aceptamos el reto, contando sobre todo con la certeza de que seríamos apoyados por nuestros generosos compañeros del proyecto, en el caso de que se nos presentaran algunos problemas o dificultades al realizar esas labores.

Cabe recordar que en nuestro país poco se conocía sobre la historia y el desarrollo económico, político y social de la mayoría de los países que integran América Latina. Algo se sabía de Brasil y sus sonados carnavales, de Argentina un poco por su música que llegó a México con el tango, lo mismo que de Colombia con sus vallenatos y sus cumbias. Un poco de Perú y de la cultura inca, sus llamas y guanacos. En el caso de nuestra frontera sur, los países centroamericanos, comenzando por Guatemala, cuanto más se sabía o si se hablaba de ese país era por el dicho aquel de que “saliste de Guatemala para entrar en Guatepeor”, o por su célebre quetzal, cuyas plumas adornaron los penachos de los tlatoanis aztecas. De ahí en adelante tal vez nos sonaba un poco el istmo de Panamá, por ser la parte más angosta de nuestro continente. En el caso del Caribe, indudablemente Cuba por sus influencias musicales con el mambo y sus danzoneras; Haití nos llegó a sonar un poco por el fútbol y el vudú, del cual este país tiene algo de fama. Así que, indudablemente resultaba ser una necesidad comenzar a tener, de

menos un acercamiento a la historia de estos pueblos hermanos y sobre todo difundirla mediante publicaciones accesibles.

Para estos tiempos, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM ya se había establecido y funcionaba una carrera que específicamente abordaba la historia de estos países. El doctor Leopoldo Zea había emprendido la labor de integrar una licenciatura llamada Estudios Latinoamericanos, en la cual abordaba esta región con un enfoque interdisciplinario, integrando las materias de filosofía, historia y literatura. Es decir, el estudio de estos países realizado desde la perspectiva de esas tres disciplinas. Así, los egresados, se pensaba, conocerían la historia, la filosofía y la literatura generadas en el devenir histórico-social de estos pueblos. Al finalizar, el egresado podría optar por aplicar su enfoque a partir de una de las tres disciplinas como una forma de especialización. Aunque habrá que decir que en algunas ocasiones, varios de los egresados se quedaban como el perro de las tres tortas, sin ninguna de ellas en particular. Sin embargo, para mi experiencia, resultó muy interesante abordar el desarrollo de los países latinoamericanos desde las perspectivas de esas tres áreas del conocimiento. Un atractivo más que tuvo para mí esa carrera, fue el acuerdo que tuvo la coordinación de la licenciatura con las facultades de Economía y la de Ciencias Políticas, para que los estudiantes interesados pudiéramos tomar algunas clases en dichas facultades y se nos validaran los créditos como materias optativas dentro del programa de la Facultad de Filosofía y Letras. Lo anterior, por supuesto, fue muy enriquecedor académicamente, además de permitirnos conocer y hacer amistad con otros compañeros universitarios, nos dio también la oportunidad de conocer enfoques y reflexiones desde otras perspectivas. Me parece que esa formación académica a la que tuve oportunidad de acceder, me proporcionó herramientas de investigación y análisis que me fueron muy útiles cuando comencé a trabajar, a invitación de la doctora Meyer, como ayudante de investigador en el Proyecto de América Latina.

Ahora bien, entre aquellos recuerdos que me gustaría compartirles fue la grata sorpresa de contar con compañeras y compañeros asignados al proyecto de América Latina, quienes contaban con una gran calidad académica y además de que eran personas sencillas, afables y muy agradables, tanto en su apariencia física como en su trato personal: Selva, Diana, Silvia, Johanna, Carmen, Mónica, Javier, Pablo. Recuerdo nuestro cubículo ubicado en el tercer piso, en aquel edificio recién construido en los terrenos de la que fuera la casa de don Valentín Gómez Farías, ubicada detrás del Parque Hundido. En ese cubículo compartíamos anécdotas y sesiones de trabajo, críticas y uno que otro “chimito” referente a nuestros compañeros de otros proyectos de investigación o del personal administrativo y de intendencia, con quienes

compartíamos nuestro día a día en el Instituto. El personal de la biblioteca siempre muy servicial y amable, lo mismo que el fotocopista, la telefonista y las secretarías adscritas al proyecto. El ambiente por lo regular era muy cordial, había una buena atmósfera de trabajo en general. Aunque habrá que recordar que parte de nuestro trabajo era el recorrer los acervos de las diferentes bibliotecas existentes en la ciudad de México con el fin de extraer información sobre nuestro tema de estudio, en nuestro caso sobre Panamá.

La investigación sobre Panamá nos fue asignada, como ya lo mencioné, al compañero Raúl Martínez y a mí para que laboráramos en equipo como lo habíamos practicado en la facultad, lo cual nos permitió avanzar sin mayores dificultades de manera más firme en la recopilación de información sobre el caso de Panamá. Comenzamos a recorrer las distintas bibliotecas de la ciudad de México, ubicando la bibliografía que podría tener información específica sobre nuestro tema de estudio e iniciamos su recopilación mediante fichas de trabajo y fotocopias. Dentro del cubículo del Instituto en una ocasión alcanzamos a escuchar que, entre las actividades realizadas por nuestros demás compañeros, se encontraba darle una visitadita a las embajadas, ya que algunas de ellas contaban con pequeñas bibliotecas. Así que nos organizamos para visitar la embajada de Panamá, en la que tuvimos la fortuna de entrevistarnos con algunos profesores panameños que se encontraban laborando en México. Tal fue el caso del profesor Jorge Turner, quien a su vez nos contactó con uno de sus paisanos que se encontraba de visita en México, el doctor Ricaurte Soler, a quien le solicitamos y de inmediato muy amablemente, nos concedió una entrevista. Esa entrevista por cierto se encuentra publicada en la revista *Secuencia* (1986), la cual fue una de nuestras primeras publicaciones. La entrevista con el doctor Soler nos abrió un amplio panorama interpretativo de la historia de Panamá durante sus diferentes periodos históricos. Gracias a ello, pudimos entender el complejo proceso que llevó al llamado “separatismo” panameño adoptado como una ideología política durante gran parte del siglo XIX y hasta su separación definitiva de Colombia en el año de 1903.

Dentro del Instituto, una parte que considero importante para mi formación como investigador, fue la asistencia a varios cursos impartidos ahí mismo, organizados con académicos relevantes como el doctor Héctor Pérez Brignoli, quien participó con el curso “Algunos problemas de la historia centroamericana durante el siglo XIX” (1985), la doctora Luz María Martínez Montiel, con el curso “Metodología de las ciencias sociales, aplicación de un modelo de análisis a las culturas migratorias” (1986), la maestra Lucía Sala de Turón con el curso “Constitución, consolidación y caída de los Estados oligárquicos en América Latina”, (1987), sólo por mencionar

algunos, de entre otros cursos que nos fueron muy útiles y nos nutrieron a todos con información especializada. Pero, además, sin duda para nosotros, a Raúl y a mí, de mucho nos ayudaron las pláticas e intercambio de ideas que tenían lugar en el cubículo, lo cual ocurría entre nuestras propias compañeras y compañeros del proyecto, quienes intercambiaban puntos de vista sobre las diversas problemáticas derivadas de sus propios objetos de investigación y la forma en que cada uno de ellos tenía para abordarlos.

Con todo ello, nuestro aprendizaje como investigadores de la historia de América Latina y en particular de Panamá se fue fortaleciendo, facilitándonos el trabajo al hacer sobre nuestra temática una recopilación mucho más selectiva de la información y, al mismo tiempo, nos dio la oportunidad de mejorar nuestra interpretación derivada del análisis de las fuentes secundarias consultadas. Este proceso nos llevó a intentar profundizar más en la problemática panameña, lo que a su vez nos obligó a tratar de localizar el origen de algunas de esas informaciones. Así llegamos a ubicar algunas fuentes documentales que, afortunadamente, pudimos consultar en varias bibliotecas dentro del área de la ciudad de México. Esa información nos fue muy útil, pues se trataba de recopilaciones publicadas por los mismos panameños y que, de alguna manera, habían llegado a nuestro país y se encontraban disponibles en las bibliotecas que recorrimos. Nos fue muy útil esa información, en particular para conformar una cronología sobre la historia de Panamá, la cual quedó integrada en la obra *Panamá, una historia breve* (Instituto Mora/Universidad de Guadalajara/Alianza Editorial Mexicana, 1988a). Varios de los textos localizados también fueron integrados en la Antología histórica *Panamá I y Panamá II*, publicadas por el Instituto Dr. José María Luis Mora, la Universidad de Guadalajara y la editorial Nueva Imagen en el año de 1988.

Una experiencia para mí muy interesante, fue la participación que tuvimos varios colegas adscritos al Proyecto de América Latina y el Caribe del Instituto Mora en el 2° Festival Internacional de Cultura del Caribe, llevado a cabo en Cancún, Quintana Roo, en agosto de 1989. El participar en un festival de corte internacional y tener la oportunidad de convivir y establecer contacto con otros investigadores y escritores de otras partes de México y de algunos países de América Latina fue una gran experiencia que me permitió afianzar algunas de las ideas que ya se estaban fraguando en mi concepción de la historia latinoamericanista. Recuerdo que, junto con varios de los asistentes a las mesas de trabajo, entre los que se encontraban algunos escritores como Mario Huacuja y Eraclio Zepeda, se propuso elaborar un pronunciamiento en contra de la intervención de los Estados Unidos en Centroamérica, Al parecer, ya se presagiaba la invasión de Estados Unidos a Panamá en diciembre de ese

año. Se trataba de un pronunciamiento público, firmado por unos cuantos intelectuales y académicos, que en realidad seguro no tendría ningún impacto importante o de trascendencia en relación con los acontecimientos políticos que estaban ocurriendo en Centroamérica. Yo estuve de acuerdo en firmar ese documento, no así mi compañero Raúl, quien me pidió que fuese más moderado y no me inmiscuyera en temas de carácter político. No recuerdo si aquel pronunciamiento fue finalmente hecho. Pero para mí resultaba importante que nos manifestáramos en contra de la política intervencionista estadounidense, pues consideré que no debíamos ser sólo investigadores de la historia latinoamericana, sino participantes en ella desde nuestro país, y en la medida de lo posible en lo que pudiésemos colaborar. En ese festival presenté la ponencia “Aspectos geopolíticos durante la dominación española en el istmo de Panamá”. Posteriormente, dicha ponencia fue publicada en el libro *Cultura del Caribe II. Memoria del 2º Festival Internacional de Cultura del Caribe*, el cual fue editado por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes en 1989.

Así transcurría el tiempo y continuaba mi crecimiento académico tanto en la UNAM como en el Instituto Mora. Pero llegó el momento definitivo de mi estancia en la ciudad de México. Una de las decisiones más difíciles de tomar con respecto a mi estancia en el Instituto Mora, se inició cuando me enteré de que en mi pueblo, Taxco, la UNAM había instalado una sede del Centro de Enseñanza para Extranjeros (CEPE), en el cual podría participar impartiendo clases de historia de América Latina. Enterarme de esto me puso en un dilema, pues tenía que escoger entre alguna de esas dos opciones de trabajo hacia el futuro. En ese tiempo, me encontraba encarrilado trabajando muy a gusto en el Instituto Mora, había conseguido ya la plaza, y además de tener una materia que impartía sobre Latinoamérica en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, me encontraba dando clases de historia de América Latina en el área de Integración en la Universidad Iberoamericana. Con esas actividades, por lo regular estaba fuera de casa la mayor parte del tiempo. Salía desde las ocho de la mañana y regresaba hasta las ocho o nueve de la noche. Sólo contaba con los fines de semana para convivir con mi familia. Por supuesto que ya nos habíamos adecuado a ese tren de vida y parecía que todo seguiría igual. Pero apareció Taxco y el CEPE en nuestro escenario familiar futuro.

Resultó que Ana Carolina Ibarra, con quien llevaba una buena relación de amistad pues había sido mi profesora durante la licenciatura en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, por una de esas casualidades o coincidencias (diosinencias, dicen algunos), un día nos encontramos en el famoso Aeropuerto de la Facultad de Filosofía y me comentó que en Taxco



habían inaugurado una sede del CEPE. Y que además, un conocido de ella era su director, el licenciado Arturo Noyola Robles. La verdad me sorprendió mucho saber que una parte de la UNAM se encontraba instalada en Taxco, pequeño pueblo minero del estado de Guerrero. Fue pues, entonces, gracias a esa noticia que comencé a pensar seriamente en el futuro de mi familia y de la forma de vida que hasta ese momento llevábamos en la preciosa y gran ciudad de México. Para ese tiempo ya comenzábamos a notar los efectos negativos de la creciente contaminación ambiental, además de las grandes aglomeraciones de gente durante algunas épocas. Los nudos de tránsito por la creciente cantidad de coches en las calles, por consiguiente la problemática para conseguir estacionamientos y los grandes tiempos de traslado hacia los diversos puntos de mi trabajo. Yo vivía en pleno centro de la ciudad, a una cuadra del zócalo, en la calle de Palma, entre Cinco de Mayo y Madero; una ubicación excelente para ver y disfrutar los desfiles de septiembre y noviembre festejando la independencia y la revolución. Pero bueno, después de esa noticia que me dio Ana Carolina, todo lo negativo de vivir en la ciudad de México con mi familia (ya había nacido mi primera hija Alejandra Itzel, en 1989), se me comenzó a juntar en la cabeza. Y así se inició la definición de un plan para regresar a Taxco, donde debía hablar con el director del CEPE, el licenciado Arturo Noyola. Y así ocurrió. Me presenté con él, de parte de la maestra Ana Carolina Ibarra y le ofrecí mis servicios como profesor de historia de América Latina, actividad sobre la que ya tenía una buena experiencia por mis clases en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y en la Universidad Iberoamericana. Esto estaba ocurriendo a finales del año de 1992; el CEPE Taxco había sido inaugurado apenas en junio de ese mismo año, con el Curso Intensivo de Verano.

El CEPE Taxco iniciaba y necesitaba profesores que pudieran vivir en Taxco y para mi fortuna, yo contaba con un espacio para vivir en un pueblo cercano a Taxco, llamado Acamixtla, donde con mi familia materna contábamos con una pequeña propiedad. El licenciado Noyola me pidió iniciar en enero de 1993 y atender el curso intensivo de Primavera I, ofreciendo dos materias: una sobre la historia general de América Latina y otro sobre la historia general de México. Las clases se impartirían en español, tanto para extranjeros como para mexicanos. Ya contando con esa propuesta, solicité al director del Instituto Mora, doctor Hira de Gortari, un permiso sin goce de sueldo, el cual me fue concedido por un periodo de seis meses. Arreglado el asunto con el Instituto, solicité también a la Universidad Iberoamericana un permiso para ausentarme durante seis meses, con la idea de que si no resultaba mi cambio definitivo a Taxco, pudiera regresar y retomar mis clases, las cuales por cierto eran de mis preferidas. Digo esto porque en el área de

integración de la Universidad Iberoamericana recibían clases de historia (es decir de ciencias sociales) optativas, todos aquellos estudiantes que cursaran carreras técnicas como ingenierías, arquitectura, diseño industrial, etc., con la finalidad de acercar a los estudiantes al conocimiento de algunas disciplinas del área de humanidades. Para mí era muy interesante darle clases a esos estudiantes, porque tenían otra visión del mundo y sus comentarios muchas de las veces me dieron la oportunidad de cambiar algunas de mis estrategias de enseñanza para mejorar la transmisión de conocimientos de la historia de México o de América Latina, lo cual era mi objetivo con ellos.

La familia se quedó en la ciudad de México, mientras yo daba esos cursos en el CEPE Taxco. Al término de los seis meses, solicité un nuevo permiso, el cual también me fue concedido, pero con la condición de que sería el último. Ya para ese tiempo me había dado cuenta de que para mi familia la calidad de vida en la ciudad de México en comparación con la que podíamos tener en la provincia guerrerense era totalmente diferente y, por supuesto, mucho más sana. Así que solicité un permiso por tiempo indefinido, el cual me fue negado y sólo tendría la opción de renunciar a la plaza de investigador con la que contaba en el Instituto Mora. Ahí fue el momento de la gran decisión. El director del CEPE Taxco no podía asegurarme ninguna plaza dentro de la estructura de la UNAM, así que mi trabajo en el CEPE era por honorarios y renovable cada tres meses. Podría ocurrir que no me renovaran el contrato, así que cada tres meses venía la zozobra, la cual terminaba cuando firmaba el nuevo contrato. No podía evitar la incertidumbre, pues las condiciones de pronto podían cambiar en la UNAM o en la política del estado de Guerrero, ya que el inmueble, la ex hacienda del Chorrillo, estaba bajo un contrato de comodato con la UNAM, el cual podía ser anulado en cualquier momento por causa necesidad pública del gobierno del estado. En ese sentido, el licenciado Noyola tampoco estaba en condiciones de asegurarme con certeza las renovaciones y menos un trabajo permanente en la UNAM, pues, además, las plazas eran escasas y muy peleadas. Así las cosas, llegó el tiempo de tomar la decisión: renunciaba a mi plaza en el Instituto Mora, a mis clases en la UNAM y en la Ibero y me trasladaba a Taxco, con la esperanza de que en algún momento surgiera la oportunidad de obtener una plaza, o, me regresaba al Mora y todo en paz. Para entonces ya tenía la expectativa de darle a mi familia una mejor calidad de vida en un ambiente más sano. El prestigio del Instituto estaba creciendo, mis clases en la UNAM y en la Ibero me daban, no sólo un dinero adicional sino también cierto prestigio académico, es decir curricular. Me encontré así caminando por el parque Hundido, pensando cual era la mejor decisión, quedarme en México o aventurarme a Taxco, perdiendo todos los

derechos adquiridos en el Instituto Mora, en la UNAM y en la Universidad Iberoamericana. Al pasar frente a la iglesia que se encuentra frente al Instituto, me metí para reflexionar tranquilamente y hacer una oración pidiendo dirección con el fin de tomar la mejor decisión. Al salir del templo, ya estaba decidido, renunciaría al Mora y me iría a trabajar a Taxco; el bienestar de mi familia resultó el que más pesó para tomar esa decisión. iiiUfff!!!

Habría que decir que salir del Instituto Mora, sin que me dieran ninguna gratificación por mi retiro, ya que mi renuncia fue voluntaria, me causó un desequilibrio económico, pero eso no fue lo que más me afectó, sino que mi pesar se inició al sentir una especie de hueco en mi vida diaria que no pude volver a llenar. La convivencia con las y los compañeros de trabajo, con el entorno del personal del Instituto sí me golpeó y me costó mucho trabajo deshacerme de una especie de vacío emocional, de una sensación de pérdida. Pero, el tiempo y la intensidad de trabajo todo lo cura. Mi aprendizaje en el Instituto Mora me dio la oportunidad de iniciar una serie de trabajos en los que pude aplicar los conocimientos derivados de mi práctica en investigaciones históricas, pero ahora desde Taxco. Para el año de 1993 dejé de asistir al Instituto Mora y, estando ya en Taxco, inicié los trámites para terminar mi maestría en Estudios Latinoamericanos con la tesis “La situación política colombiana durante la época de la Gran Colombia, 1821-1830”. Una parte de la investigación para esa tesis provino del trabajo que estuvimos realizando para el Instituto Mora, porque al terminar el trabajo sobre Panamá continuamos la investigación sobre Colombia, puesto que el tema anterior nos había relacionado con ese país. Además, dentro del proyecto del Instituto se encontraba la continuación de las investigaciones con los países de Sudamérica.

A mi compañero Raúl Martínez ya no le interesó continuar con los estudios de maestría, mientras que en mi caso, yo decidí hacerlo, como la única manera de seguir avanzando en la carrera académica de la cual dependía conseguir un poco más de ingresos económicos. Así que, con los avances que ya contaba en la investigación histórica sobre Colombia durante el siglo XIX, me di a la tarea de profundizar sobre un periodo de la vida política colombiana que me pareció sumamente atractivo. Ese periodo lo encontré al principio del siglo XIX, cuando después de la independencia de España, se creó la Gran Colombia auspiciada por el libertador Simón Bolívar, sobre la cual posteriormente se produjo la fragmentación debido a los liderazgos de algunos de los caudillos militares surgidos al fragor de la guerra contra los españoles. José Antonio Páez, en Venezuela; Juan José Flores, en Ecuador y Francisco de Paula Santander en lo que hoy es Colombia, quedando en el centro la figura del libertador Simón Bolívar. Fue ahí, durante ese periodo 1821-1830, donde ubiqué parte del origen de la inestabilidad política colom-

biana, continuada y aumentada durante gran parte del siglo XIX, en cuya base encontré una intolerancia exacerbada que fue coronada finalmente con la llamada Guerra de los Mil Días, escenificada por los liberales y los conservadores durante los años de 1899 a 1902. En Taxco pude finalizar los trámites para obtener el grado de maestro en Estudios Latinoamericanos y presenté el examen de grado el 28 de abril de 1994.

Al principio tuve que trabajar en el CEPE Taxco como profesor de Historia de México y de América Latina y mi salario lo recibía por honorarios, con contratos firmados cada tres meses, como lo comenté antes. A finales del año de 1994, el licenciado Noyola, director del CEPE Taxco, me invitó para que me hiciera cargo de la Secretaría Auxiliar Académica, por cuya actividad me asignaron una compensación adicional a mi salario como profesor. Con ello pude trasladar a mi familia de manera definitiva a Taxco y desde ahí continué con mi carrera académica. Fue entonces cuando me inscribí al doctorado, también en Estudios Latinoamericanos, y comencé un trabajo de investigación sobre el tema de la minería en América Latina, manteniendo como elemento central el estudio del caso de Taxco. No puedo dejar de mencionar, otra vez, que la experiencia de lo aprendido y practicado en el Instituto Mora relacionado con América Latina me fue de mucha utilidad. Aunque requirió de mucho más esfuerzo, trasladarme para acreditar las materias presenciales en la Facultad de Filosofía y Letras durante dos años, valió la pena. Poco a poco fui acotando el contenido de mi estudio de la minería en Taxco, hasta llegar al tema de la fuerza de trabajo, sin cuya participación simplemente no se podrían haber sacado los metales argentíferos de esta zona minera. Cabe mencionar que fue mi querida compañera Johanna von Grafenstein quien me ayudó a definir este tema, ya que ella formó parte de mi comité tutorial durante el doctorado.

De manera paralela a la investigación sobre la minería latinoamericana, fui recabando información para elaborar la historia de este inmueble icónico en Taxco, sede del CEPE: la exhacienda El Chorrillo. Este inmueble forma parte del patrimonio histórico de la entidad y su relevancia radica en que fue una de las primeras haciendas de beneficio de los metales argentíferos en la zona. Además de que fue mandado a construir nada menos que por Hernán Cortés, poco después de la conquista de México-Tenochtitlan, entre los años de 1524 y 1529. Las haciendas de beneficio siempre fueron parte fundamental del proceso de producción de la plata, y en este caso se trataba, en mi objeto de estudio, de buscar toda la información posible acerca de los vestigios de esta hacienda de beneficio movida por fuerza hidráulica, la cual provenía de un río pequeño conocido como El Chorrillo, de ahí su nombre. Mi experiencia en la investigación de acervos documen-

tales diversos, obtenida durante la estancia en el Instituto Mora, me facilitó la consulta y recopilación de información en bibliotecas, hemerotecas y archivos como el de Minería, el General de la Nación y en el Archivo General de Indias en Sevilla, España. Obtenida la información comencé la redacción del libro *Historia de la hacienda El Chorrillo* (2017), inmueble en el que funciona actualmente el Centro de Enseñanza para Extranjeros y la Facultad de Artes y Diseño, derivada de la anterior Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM. Esta fue una tarea necesaria e indispensable ya que se tenía poco conocimiento sobre el pasado histórico de este inmueble tan importante dentro del contexto de la minería taxqueña desde el siglo XVI. El libro fue publicado por el Centro de Enseñanza para Extranjeros y se están gestionando recursos para hacer una nueva edición del mismo, lo cual espero suceda antes de terminar el año próximo de 2022.

En relación con mi tesis de doctorado, sobre la minería en América Latina, en la que trato especialmente el caso de Taxco, me pareció importante que también, de ser posible fuese publicado por la UNAM. Hice las gestiones pertinentes y el texto fue sometido a dictamen, luego de lo cual me sugirieron una serie de cambios y adecuaciones para su posible publicación. Sin embargo, debido a las políticas internas del manejo de recursos y supongo de otro tipo de intereses y circunstancias, el proyecto no pudo continuar y se canceló su publicación. Así que lo puse a consideración del presidente municipal de Taxco, el licenciado Marcos Efrén Parra Gómez, quien había sido recién electo a propuesta del Partido Acción Nacional (PAN). Luego de hacer algunas valoraciones, aceptó pagar una parte (65%) del costo de su publicación, con lo cual propuse al CEPE Taxco, donde me proporcionaron otro 10%, poniendo el resto de mi bolsillo, con tal de que fuese publicado. Finalmente esto sucedió. Así que cuento con dos libros publicados desde Taxco: *Historia de la hacienda El Chorrillo* (2017) y *Taxco: aspectos de la minería durante el siglo XVI y principios del siglo XVII* (2020).

En la actualidad continúo recabando información sobre la historia de América Latina en sus diferentes épocas, con el fin de mantenerme al día en las publicaciones y obtener información más actualizada para darle contenido, tanto a las conferencias como a los cursos cuyas temáticas se abordan desde la época prehispánica hasta la actualidad. No cabe duda que la experiencia que obtuve en el Instituto Mora fue de gran ayuda para mi formación profesional y para contribuir en el estudio desde México de esa realidad, la de nuestra América Latina, la cual nos envuelve y sobre la que nuestras observaciones y reflexiones pueden colaborar para difundir y fortalecer el conocimiento que sobre ella tenemos los mexicanos, en gran parte gracias al Instituto Dr. José María Luis Mora.

## BIBLIOGRAFÍA

- Espino Hernández, R. R. (1989). Aspectos geopolíticos durante la dominación española en el istmo de Panamá. *Cultura del Caribe II. Memoria del 2° Festival Internacional de Cultura del Caribe* (pp. 620-637). México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Espino Hernández, R. R. (1994). La situación política colombiana durante la época de la Gran Colombia, 1821-1830. (Tesis inédita de maestría en Estudios Latinoamericanos). Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Espino Hernández, R. R. (2017). *Táxico: Historia de la hacienda El Chorrillo*. México: UNAM.
- Espino Hernández, R. R. (2020). *Táxico: aspectos de la minería durante el siglo XVI y principios del siglo XVII*. México: Ofset Santiago.
- Espino Hernández, R. R. y Martínez, R. (1986, septiembre-diciembre). Entrevista a Ricarte Soler. *Secuencia*, 6, 163-170.
- Espino, R. y Martínez, R. (1988a). *Panamá una historia breve*. México: Instituto Mora/Universidad de Guadalajara/Alianza Editorial Mexicana.
- Espino, R. y Martínez, R. (1988b). *Panamá I*. México: Instituto Mora/Universidad de Guadalajara/Nueva Imagen.
- Espino, R. y Martínez, R. (1988c). *Panamá II*. México: Instituto Luis Mora/Universidad de Guadalajara/Nueva Imagen.





NUEVAS MIRADAS NUEVOS NICHOS



## LOS 40 AÑOS DEL INSTITUTO MORA

Alejandro Monsiváis Carrillo

Tuve la extraordinaria fortuna de comenzar mi carrera académica en el Instituto Mora. Eran momentos de grandes expectativas en el país. Se respiraba un aire de apertura y de posibilidad. Pocos años antes, había tenido lugar la “alternancia” –como se ha dado en llamar a ese episodio–. Después de décadas de vivir un régimen de partido dominante, un autoritarismo competitivo, la democracia electoral se había estrenado con un cambio en el titular del poder ejecutivo.

Construir el entramado de reglas e instituciones que hicieron posibles elecciones libres y relativamente limpias en el país fue un proceso difícil y prolongado. No se trataba, simplemente, de trazar sobre el papel la solución ideal. Había que debatir en qué podía consistir esa solución, dadas las circunstancias y dadas las diferentes opiniones de los especialistas. Ante todo, el principal obstáculo era simple, pero decisivo: cualquier solución favorable para la democracia necesariamente sería perjudicial para el partido en el poder, pero también para el sistema de partidos emergente. ¿Quién renuncia a la posibilidad de conservar el poder para repartirlo de forma equitativa e imparcial? Una vez que los partidos de oposición construyeron las bases de un régimen electoral competitivo, ¿por qué habrían de fortalecer un sistema representativo que no respondiera a las elites establecidas?

Desde un principio, para mucha gente en la academia, las organizaciones sociales, la función pública, la política partidista o la ciudadanía en general, estaba claro que la democracia electoral era el punto de partida. El piso mínimo, los cimientos que sustentarían el desarrollo de una democracia robusta, de calidad y una sociedad justa.

La democracia electoral posibilitó que la sociedad mexicana reclamara la institucionalización de un poder público descentralizado, abierto, eficaz, res-

ponsivo y obligado a rendir cuentas. Como nunca antes, el pluralismo político se consideraba una fortaleza, un valor público. Gobernar sin una mayoría absoluta presentaba dificultades y provocaba frustraciones, pero se reconocía la necesidad de generar una cultura política de negociación. En paralelo, las libertades de expresión y prensa ganaron un vigoroso impulso. Se reconocían también la legitimidad de los reclamos de los movimientos sociales y la importancia de las organizaciones de la sociedad civil para generar bienes públicos.

Desde luego, el entusiasmo democrático no era compartido por todo mundo. En el ámbito académico, diversas voces expresaron dudas de que el país hubiera transitado exitosamente hacia una democracia. En algunos sentidos, las dudas estaban justificadas. La calidad del gobierno había mejorado poco y las grandes problemáticas nacionales persistían. Ciertamente, la democracia electoral puede ser insuficiente, en sí misma, como modelo de la sociedad ideal. Sin embargo, es difícil creer que un país pueda presentarse a sí mismo como prototipo de inclusión, bienestar y legitimidad si se sostiene sobre un régimen de gobierno que no llegue a ser, ni siquiera, una democracia electoral. Las libertades de asociación y expresión, al igual que el derecho a votar o contender en las elecciones son derechos humanos fundamentales. Pero reconocer esto requiere, a la vez, asumir que el pluralismo político y un sistema de poderes separados, que se equilibran y contrapesan unos a otros, son esenciales para que esos derechos y libertades puedan ejercerse.

El escepticismo era compartido, asimismo, por muchas otras personas, más directamente vinculadas con la vida pública. El fortalecimiento democrático demanda apertura a la participación, transparencia, legalidad, profesionalismo en el servicio público, rendición de cuentas electoral y legal, capacidad de justificación.

Sería ingenuo pensar que los gobiernos, tanto a nivel nacional como local, los partidos políticos y diversos grupos de interés –empresariales, sindicales, movimientos sociales corporativos u otros– estaban preparados para la democracia, dispuestos a jugar bajo nuevas reglas. Muchos habían aprendido las normas y valores de un régimen autoritario y patrimonial en el ejercicio de los recursos públicos. Por mucho que hicieran solemnes declaraciones, las formas y los resultados delataban un proceder autoritario. No sólo se trataba de una cuestión de creencias o valores, sino de intereses, poder y capacidades organizacionales. El desarrollo institucional necesario para que la competencia electoral se condujera bajo reglas claras e imparciales, aplicadas por un aparato administrativo altamente profesionalizado, no se desarrolló por igual en otras áreas. Una gran parte de la estructura del Estado mexicano seguía operando bajo los esquemas que fueron funcionales al régimen autoritario-competitivo.

Si la democracia mexicana habría de prosperar era necesario enfrentarse a un Leviatán disfuncional y maltrecho, violento y arbitrario, corrupto y opaco, clientelar y excluyente. ¿Patriarcal y misógino? Sí, desde luego. Las agendas de investigación, entonces, se orientaron hacia la construcción de un orden político apegado al Estado de derecho capaz y efectivo. Desde una perspectiva democrática, se le dio prioridad a conocer el desarrollo y funcionamiento de instituciones y esquemas normativos emergentes, tanto en el plano nacional como subnacional. Se trataba de instituciones orientadas a promover la imparcialidad y la rendición de cuentas en el ámbito electoral, administrativo o en la protección y promoción de los derechos humanos.<sup>1</sup> También se desarrolló, en paralelo, el interés por estudiar los esfuerzos encaminados a impulsar los mecanismos de participación, deliberación pública e inclusión política.<sup>2</sup> Asimismo, se fortaleció la investigación acerca de los retos representativos de las sociedades, discutiendo las diversas consecuencias de los sistemas electorales y el funcionamiento de espacios de representación ciudadana extraparlamentarios.<sup>3</sup> Por ejemplo, ¿cómo optimizar la inclusión y la representatividad en la formulación de las políticas públicas, con la efectividad y claridad en la responsabilidad de los gobiernos electos?

Desde esos años, el Instituto Mora se constituyó como un espacio privilegiado para la investigación y la docencia relacionadas con el fortalecimiento democrático. Desde la calle Madrid, en Coyoacán, a los magníficos jardines de la sede ubicada en la Plaza Valentín Gómez Farías, mi experiencia en el Mora fue la de un centro público de investigación abierto al diálogo, el intercambio y la colaboración académicos. Con posgrados emblemáticos, como la maestría en Sociología Política –hacia la cual me siento particularmente afin–, que han contribuido a la formación de profesionistas comprometidas con el desarrollo del país, ya sea desde la academia, el gobierno o las organizaciones sociales. Una institución sostenida por una comunidad generosa, incansable, con un arraigado sentido de identidad institucional.

El desafío de la construcción democrática, sin embargo, es todo menos predecible. Las grandes expectativas con las que inició el siglo XXI mexicano desembocaron en un descontento generalizado, que se fue acumulando a lo largo de los años. Hacia el final de la segunda década del siglo, las urnas mostraron la magnitud de ese descontento.

<sup>1</sup> Algunas contribuciones del autor en este contexto analizan el desarrollo de condiciones de imparcialidad y equidad electoral en los ámbitos nacional y subnacional, los organismos de derechos humanos o la separación de poderes en las entidades federativas. Al respecto, véanse Gutiérrez Cuéllar y Monsiváis Carrillo (2011); Monsiváis Carrillo (2009, 2010); Monsiváis Carrillo y Brena Ríos (2011).

<sup>2</sup> De ese período, *inter alia*, véase también del autor Monsiváis Carrillo (2005, 2006).

<sup>3</sup> Por ejemplo, Guillén y Monsiváis Carrillo (2014); Monsiváis Carrillo (2012); Monsiváis-Carrillo (2013).

A escala internacional, los indicios de que el avance de la democratización enfrentaba dificultades pronto comenzaron a manifestarse. El análisis comparado mostró que muchos regímenes que habían transitado hacia la democracia electoral se habían quedado en ese punto. Con pocas excepciones, la estabilidad más bien indicaba estancamiento. En otros casos, el régimen electoral persistió, pero no así su carácter democrático. La democracia comenzó a registrar reveses graduales, en algunos casos de tal magnitud que el sistema político ya no podía ser considerado democrático. La agenda de investigación sobre la profundización democrática dio paso al estudio de los procesos de autocratización y, más recientemente, de la resiliencia de la democracia. En muchos casos, la prioridad ha dejado de ser cómo robustecer la democracia para preguntarse cómo preservarla.

En este país, la democracia atraviesa por un momento difícil. A pesar de avances significativos en diversos planos, no sólo persisten los retos asociados a la construcción de democracia basada en la legalidad, el ejercicio de los derechos ciudadanos y la rendición de cuentas. Los déficits de representación política se han traducido en un virtual colapso del sistema de partidos. La corrupción política y el patrimonialismo continúan siendo mecanismos esenciales de operación del sistema político. Por encima de todo, se ha fortalecido la creencia de que la concentración del poder en la presidencia puede ofrecer las soluciones que el país requiere. Así se han debilitado el gobierno de la ley y los pesos y contrapesos públicos. La militarización del combate a los cárteles del narcotráfico se ha extendido a la política nacional de seguridad pública y está echando raíces en la administración pública. La esfera pública, lejos de aproximarse al modelo de un espacio deliberativo y plural, se encuentra polarizada y dividida.

Estas condiciones crean nuevos retos para la sociedad mexicana. Al celebrar el 40 aniversario del Instituto Mora, quiero recordar el papel que este centro público ha desempeñado, a lo largo de esas décadas, para generar investigación y formar recursos humanos que han contribuido sustancialmente a mejorar la calidad de la democracia, el gobierno y las instituciones en México –y posiblemente en otros países de América Latina, también–. Esas contribuciones no sólo han tenido lugar en el plano del estudio de las instituciones, los programas públicos o el comportamiento electoral de la ciudadanía. De forma muy significativa, también se ubican en el plano de la investigación acerca de la memoria, la reivindicación de la justicia, la recuperación de los sentidos comunitarios y la solidaridad social.

Me honra haber sido parte del Mora durante un tramo de su trayectoria institucional. Por ello, no solamente me uno a la celebración de estos 40 años de una institución que no ha dejado de crecer, transformarse y re-

novarse. Cerebro también los muchos que están por venir. Las instituciones se engrandecen por el futuro anticipado por los años ya transcurridos: ¡feliz aniversario, Instituto Mora!

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Guillén, D. y Monsiváis Carrillo, A. (2014). Representación e inclusión democrática: cuestiones emergentes y renovados desafíos políticos. En D. Guillén y A. Monsiváis-Carrillo (coords.), *La representación política de cara al futuro: desafíos para la participación e inclusión democráticas en México* (pp. 13-43). México, El Colegio de la Frontera Norte.
- Gutiérrez Cuéllar, P. C. y Monsiváis Carrillo, A. (2011). Los matices regionales de la división de poderes: Baja California y Coahuila en perspectiva comparada. *Región y Sociedad*. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10221416004>
- Monsiváis Carrillo, A. (2005). Deliberación pública, pluralismo agonístico y democracia. Reafirmación de la democracia deliberativa ante la crítica posestructuralista. *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*. Recuperado de <https://doi.org/https://doi.org/10.18234/secuencia.v0i62.915>
- Monsiváis Carrillo, A. (2006). Democracia deliberativa y teoría democrática: una revisión del valor de la deliberación pública. *Revista Mexicana de Sociología*. Recuperado de <http://revistamexicanadesociologia.unam.mx/index.php/rms/article/view/6058>
- Monsiváis Carrillo, A. (2009). *Disputar los votos, concertar las reglas: políticas de la legislación electoral en México*. México, Instituto Mora.
- Monsiváis Carrillo, A. (2010). La Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal (2001-2008): Desarrollo institucional y desempeño político. En A. J. Olvera (coord.), *La democratización frustrada: limitaciones institucionales y colonización política de las instituciones garantes de derechos y de participación ciudadana en México* (pp. 293-358). México, CIESAS.
- Monsiváis Carrillo, A. (2012). Las preferencias institucionales de los legisladores: evidencia sobre el caso mexicano. *CONfines de Relaciones Internacionales y Ciencia Política*. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=63324494002>
- Monsiváis Carrillo, A. y Brena Ríos, L. A. (2011). Los ombudsmen en las entidades federativas en México: ¿cómo explicar su desempeño? *Estudios Sociológicos*. Recuperado de <https://estudiossociologicos.colmex.mx/index.php/es/article/view/231>
- Monsiváis-Carrillo, A. (2013). Repensando la relación entre democracia y representación: algunas propuestas para ampliar el canon democrático. *Perfiles Latinoamericanos*, 45, 45-60. Recuperado de <https://doi.org/https://doi.org/10.18504/pl2141-045-2013>



## LA CUADRATURA DEL CÍRCULO: LOS RETOS DE LA ORGANIZACIÓN ACADÉMICA EN UN INSTITUTO CON VOCACIÓN MULTIDISCIPLINARIA

Carlos Domínguez Virgen

En enero de 2016 tuve el honor y el gusto de asumir responsabilidades como director de Investigación en el Instituto Mora, cargo que ocupé hasta mayo de 2019. Desde el principio me pareció que la labor representaba un reto mayúsculo en términos de planeación, administración, negociación y concertación con nuestros investigadores, con el personal de apoyo, con otras áreas del instituto y con otras instituciones y colegas externos con los que el Mora ha construido relaciones de colaboración a lo largo de cuatro décadas. Se requería disciplina, trabajo duro y mucha imaginación para lograr que nuestra gestión aportara un granito de arena a la consolidación de un centro público de investigación que ya había alcanzado proyección y prestigio, tanto nacional como internacionalmente, pero que estaba deseoso de escalar a niveles incluso más altos.

Más aún, había tres factores adicionales que incrementaron la magnitud del desafío en ese momento. En primer lugar, mi tiempo en el cargo coincidió con la propuesta de juntar bajo el mando de una misma dirección las tareas de investigación y de docencia del Instituto con la finalidad de construir vínculos más estrechos entre ambos aspectos de la labor académica. En segundo lugar, nos enfrentamos a la imperante necesidad de hacer un diagnóstico que permitiera ordenar y reagrupar el trabajo de los investigadores en nuevas áreas con la finalidad de propiciar el trabajo colectivo. Todo esto aunado a un tercer reto: la tarea de llevar a buen puerto una propuesta de docencia que había estado en la agenda institucional por mucho tiempo, pero que no había podido concretarse por diversas razones: la creación de un nuevo programa de doctorado, el cual diera mayor énfasis al campo de las ciencias sociales.

El presente capítulo se centra en dos de estos retos, muy prácticos y muy concretos, pero cuya consecución no fue tan sencilla como podría parecer a simple vista. En las primeras dos secciones presentamos, de manera muy resumida, la metodología, los pasos y las deliberaciones que permitieron justificar la reestructuración y reagrupación de las labores de investigación en cuatro áreas temáticas que siguen vigentes hasta el día de hoy. En el tercer apartado abordamos el diseño e instrumentación del Doctorado en Estudios del Desarrollo. Problemas y Perspectivas Latinoamericanas (DEDPPLA). En su conjunto, ambas secciones nos ofrecen un panorama sobre el posicionamiento del Instituto en los estudios sobre América Latina, así como las oportunidades y desafíos a futuro.

## I. LA REESTRUCTURACIÓN DE LAS ÁREAS Y COORDINACIONES DE INVESTIGACIÓN: LOS DESAFÍOS

Inicié mi trabajo como investigador del Instituto Mora en mayo de 2008. Debo confesar que en ese momento, recién graduado del doctorado y con poco tiempo de haber regresado a México tras una ausencia prácticamente ininterrumpida de seis años, no estaba realmente conectado con el mundo de la academia mexicana. Mis intereses profesionales estaban, de hecho, en otro lugar: en la consultoría multidisciplinaria, en la escritura, en el análisis de riesgos sociopolíticos para empresas internacionales, en fin, todo menos el mundo de la educación superior y mucho menos el de los centros públicos de investigación. De hecho, no recuerdo haber escuchado sobre la existencia del Instituto Mora más allá de dos o tres veces antes de que la invitación a formar parte del mismo fuese casi inminente.

Más allá de la anécdota, esto es importante por varias razones. Desde mis primeros años en el Instituto pude aportar una mirada que se acercaba más a lo externo, con cierto distanciamiento crítico, respecto a la mirada interna de larga data, informada por los tejes y manejes específicos de una institución de esta naturaleza, los cuales son sin duda valiosos, pero pueden también propiciar un solipsismo peligrosísimo. Mi opinión y mi forma de ver las cosas, sobre todo en aquellos primeros años, había sido moldeada por mi camino en otros sectores y en otras actividades, y estoy convencido de que eso fue y ha seguido siendo bueno, aunque a veces pueda incomodar.

Sólo por mencionar un ejemplo, desde mi experiencia profesional me costaba trabajo entender las razones por las cuales las investigadoras y los investigadores del Instituto estaban agrupadas y agrupados en coordinaciones o áreas que pretendían reflejar campos y subcampos multidisciplinarios,

pero que en la práctica eran poco funcionales. El último de estos esfuerzos era la distribución en tres coordinaciones:

- Historia I: estudios urbanos, regionales e internacionales.
- Historia II: estudios políticos, económicos, sociales y culturales.
- Ciencias sociales y cooperación internacional.

Los defectos de dicha distribución, la cual había estado vigente por algunos años antes de que yo asumiera la responsabilidad de la dirección de investigación o DACA,<sup>1</sup> eran evidentes a primera vista. Por ejemplo, si bien es cierto que la cooperación internacional constituye un área de trabajo dentro de las relaciones internacionales, campo que a su vez podemos situar en la categoría general de “ciencias sociales”, hay un problema lógico y taxonómico en el nombre de dicha coordinación. Es como si quisiéramos hacer una categoría culinaria que se llame “el área de pan y de pan de dulce” en lugar de simplemente llamarla “repostería” o “la sección de pan”, a secas. En todo caso, el área podría llamarse sólo “ciencias sociales”, pues dicha categoría ya engloba las temáticas de la cooperación internacional.

Sin embargo, aquí es donde las especificidades etnográficas e idiosincráticas se vuelven importantes. Eliminar el término “cooperación internacional” era inaceptable en el caso del Instituto Mora porque contamos con una Maestría en Cooperación Internacional para el Desarrollo (MCIPD) y con un grupo (relativamente pequeño) de investigadores que trabaja estos temas con una proyección importante hacia afuera y con cierto prestigio, nacional e internacionalmente. Por lo tanto, quitar dicho término sería como robarle a ese grupo de colegas un poco (o mucho) de su identidad en el ámbito académico y profesional en general.

Como este, podemos encontrar varios problemas a simple vista. En el caso de las dos áreas/coordinaciones de historia, era evidente que se trataba de una agrupación práctica, poco pensada, que no había logrado encontrar la cuadratura del círculo: el balance entre lo temático y lo disciplinario; entre las posibilidades de colaboración sustantiva y las necesidades de administración burocrática. Alguien (un individuo, un grupo, quizá un cuerpo colegiado) agarró dos costales e hizo un esfuerzo por llenarlos para que quedaran de forma más o menos pareja: “échale lo urbano y lo regional junto; lo político y lo económico en el otro costal, y la parte de historia internacional... pues no sé, como que ha de verse bien con el resto de subcampos que de alguna manera se definen en relación con el espacio, ¿no?” Y así, cual estatua (ciega) de la señora justicia, se decidió que lo importante

<sup>1</sup> Forma corta para referirnos a la “dirección académica”, nombre que buscaría cubrir ambos aspectos, tanto la docencia como la investigación

era ser muy prácticos en cuanto al número de investigadores que iban en una u otra área, a cargo de tal o cual coordinación, no vaya a ser que a la señora se le canse un brazo más que el otro.

En fin, más allá del sarcasmo y la ironía del autor de este texto, es importante mencionar que este tipo de cuestionamientos no sólo provenían de algunas voces al interior del Instituto. Los comentarios surgían una y otra vez en prácticamente todas y cada una de las reuniones del Comité Externo de Evaluación, la instancia colegiada que se reúne cada año y que se encarga de acompañar al equipo directivo en turno con opiniones y recomendaciones de académicos externos de altísimo nivel. Según recuerdo, casi siempre había un cuestionamiento sobre la razón de ser de las coordinaciones y sobre el aporte de estas al trabajo sustantivo de los investigadores. Siempre se cuestionaba el porqué de dicha distribución disciplinaria y los argumentos no eran mucho más complejos o sofisticados más allá de preguntarnos porqué un área se llamaba “cilantro, mejorana y perejil”, en lugar de simplemente ponerle “hierbas de olor”.

Ahora bien, no se trata de señalar responsables. La tarea es, sin lugar a dudas, sumamente difícil porque, efectivamente, hay una historia y una memoria institucional que hay que revisar. Siempre hay patrones secuenciales que hacen surcos, que marcan el camino, que de manera involuntaria, a veces insospechada, generan chipotes que desafían al crecimiento institucional ordenado. En el mundo académico, por muy limpios y metódicos que queramos ser, siempre hay coyunturas y circunstancias que desafían a y chocan con la estructura institucional. De pronto puede llegar un proyecto o una oportunidad de financiamiento que no puede desaprovecharse, pero que implica iniciar un nuevo grupo de investigación (en el Mora, por ejemplo, podemos mencionar diversos proyectos relacionados con la historia de América Latina o con la historia de las relaciones con Estados Unidos), incluso un nuevo programa docente (como es el caso justamente de la MCIPD).

Entonces, el reto no yace en rediseñar toda la casa cada vez que esto sucede, sino en pensar en formas flexibles, mucho más armónicas, que permitan cierto margen de maniobra. Ese margen debe funcionar como los cimientos hidráulicos o las estructuras ingenieriles que permiten cierto juego entre trabes y columnas, de tal manera que el edificio no colapse ante cualquier movimiento telúrico. Más aún, en el sector académico este tipo de cosas deben diseñarse sin perder de vista un valor insoslayable, irrenunciable: la libertad de cátedra.

No se trata de ningún detalle menor, pues cada vez que se genera una nueva distribución de actividades, esto implica que las y los investigadores deberán ajustarse a las categorías propuestas (efectivamente, entrar

en alguno de los costales). Entonces, en función de cómo se definan los compartimentos, alguien puede sentir que su agenda de investigación no encaja y que su libertad de cátedra se encuentra en peligro. El ejemplo es el cooperante que al estar adscrito a un área muy amplia de “ciencias sociales” siente que la categoría no refleja las especificidades de su trabajo y teme que la mera taxonomía comprometa el tipo de investigaciones que deberá emprender en el mediano plazo o bien, que comprometa su imagen con los colegas externos que hasta este momento lo identifican como integrante de un área que se llama “ciencias sociales y *cooperación internacional*”.

Adicionalmente, si nos concentramos única y exclusivamente en la manera como lo taxonómico permite o no distribuir a los investigadores en tal o cual arreglo de compartimentos, perdemos de vista otro aspecto fundamental: las posibilidades de trabajo colectivo. Si hay un área que se llama “Historia I: estudios urbanos, regionales e internacionales” (que además de todo suena como materia de bachillerato), uno pensaría que esto se debe no sólo a la necesidad de una distribución numérica balanceada sino al hecho de que sus integrantes puedan y estén dispuestos, bajo ciertas circunstancias, a emprender proyectos colectivos que sumen sus saberes y experiencias, que permitan que el todo sea mucho más que la suma de las partes. En este sentido, si el título de las coordinaciones responde a un conjunto de disciplinas y campos, esperaríamos que la colaboración colectiva se articule en torno a estos ejes, pero en la realidad no es así (o no siempre).

Y surge otra pregunta: ¿qué pasa con aquellos colegas (muchos, por cierto) cuyo trabajo se caracteriza por la perspectiva multidisciplinaria?, ¿dónde deberían situarse si las divisiones se definen justamente en función de las disciplinas? En el Instituto Mora hay colegas que hacen historia oral y que dialogan con la literatura académica sobre las transiciones políticas en América Latina, otros que escriben desde la sociología histórica o que parten del estudio de la imagen para generar un diálogo entre lo histórico y lo político; unos más que en sus incursiones en la historia del arte o la cultura dialogan con estudios literarios o estéticos; otros que toman como punto de partida el espacio como confluencia de factores sociales, culturales, económicos, ambientales, etcétera.

Sin ir tan lejos, todos los programas académicos del Instituto tienen, unos más que otros, un gen multidisciplinario que los hace sumamente valiosos y atractivos, y que de hecho ha contribuido en gran medida a construir su prestigio. Los más claros quizá son el programa de la Maestría en Estudios Regionales (MER) y el programa de la Maestría en Sociología Política (MSP), pero los otros no cantan mal las rancheras en la exploración y formación de estudiantes con perfiles multidisciplinarios.

Entonces, en resumen, cuando se propuso una reestructura de las coordinaciones y de las áreas de investigación del Instituto en el año 2016, se identificaron los siguientes cinco retos que era necesario atender lo mejor posible:

1) Compaginar las necesidades sustantivas con la lógica burocrática-administrativa.

2) Encontrar estructuras que permitieran cierta lógica taxonómica, pero que al mismo tiempo ofrecieran suficiente margen de maniobra para incorporar proyectos, agendas e intereses académicos que son cambiantes.

3) Incentivar el trabajo colectivo sin violentar la agenda y los intereses de investigación a nivel individual.

4) Construir puentes más estrechos entre las actividades de investigación y de docencia del Instituto.

5) Encontrar formas de diálogo entre la planeación que el equipo directivo tendría que hacer “desde arriba”, pero informados lo más posible por la lógica, la participación y el diálogo “desde abajo”.

En la siguiente sección se describen de manera resumida los pasos que precedieron al proceso de reestructura y reagrupación de las áreas y coordinaciones académicas al interior de la dirección de investigación (DACA).

## II. LA REESTRUCTURACIÓN DE LAS ÁREAS Y COORDINACIONES DE INVESTIGACIÓN: METODOLOGÍA Y JUSTIFICACIÓN

Del 11 al 13 de mayo de 2016 se llevó a cabo el Encuentro de Investigación del Instituto Mora: Pasado y Presente. Para ello se convocó a todas y todos los profesores-investigadores del Instituto Mora, incluyendo a las y los catedráticos del CONACYT que en ese momento formaban parte del Programa Interdisciplinario de Estudios Metropolitanos (PIEM), hoy extinto. La respuesta obtenida fue sumamente positiva, pues participaron 63 de los 66 investigadores convocados. De los tres investigadores que no asistieron, dos no participaron por estar comisionados fuera del país y uno de ellos por razones de salud, de tal manera que se podría considerar una participación muy cercana a 100%. Este aspecto fue clave para dotar de legitimidad a cualquier propuesta de reestructura que emanara de este esfuerzo.

En total se organizaron catorce conversatorios con la premisa de generar un diálogo entre distintos enfoques temporales y desde distintas perspectivas disciplinarias. Por estas razones, las y los investigadores no se distribuyeron según sus adscripciones a las áreas de investigación existentes en el Instituto Mora que hemos mencionado en la sección anterior. En su lugar

se buscaron afinidades temáticas que permitieran un intercambio de ideas mucho más rico y variado. Las mesas se organizaron en torno a “grandes” tópicos/temas/problemas, como se muestra en el cuadro 1.

Para garantizar la mayor sistematicidad posible, se grabaron todas las participaciones en cada una de las catorce mesas mencionadas y el audio se transcribió para contar con un documento escrito que permitiera un escrutinio más cuidadoso. Para lograr este objetivo, dichas transcripciones fueron codificadas y analizadas con un programa especializado (MAXQDA). En un primer paso se abrió el abanico a 125 temas que fueron mencionados durante las 63 ponencias, mismos que se muestran en el cuadro 2.

Estos términos volvieron a agruparse en *clusters* intermedios para evitar repeticiones y para generar temas un poco más complejos desde la perspectiva de la investigación académica (por ejemplo, “medio ambiente” o “cultura” constituyen dos temas “sombrija” que pueden abarcar a varios de los términos incluidos en el cuadro 2).

El siguiente paso consistió en analizar la frecuencia con la que fueron mencionados los distintos términos en la totalidad de las ponencias y el porcentaje global de cada uno respecto a la totalidad de temas identificados (temas más prominentes). Por ejemplo, casi 70% de los términos clave que fueron mencionados más frecuentemente y que tuvieron mayor peso en el evento caen en los siguientes cinco conceptos sombrilla: 1) cultura; 2) prácticas políticas y participación ciudadana; 3) relaciones internacionales; 4) urbanización, y 5) medioambiente.

Adicionalmente, estos datos se compararon con información histórica sobre las distintas temáticas abordadas por estudiantes cuyas tesis han sido dirigidas por profesores-investigadores del Instituto en nuestros programas. Como se muestra en la figura 1, esta intersección triple permitió identificar en dónde estaban aquellos términos que podrían verdaderamente servir como pivotes para armar una nueva estructura y distribución de las actividades de investigación.

El último paso consistió en identificar cuatro áreas que podrían funcionar como grandes sombrillas y ejes articuladores del trabajo que se hace en el Instituto: 1) estudios políticos y económicos; 2) estudios urbanos y ambientales; 3) estudios sociales y culturales; 4) estudios internacionales. Como podemos ver, desde las primeras etapas del proceso hasta este último paso, los datos apuntaban claramente a una estructura en torno a lo temático y no necesariamente a lo disciplinario. Este planteamiento, fundamentado en datos duros y con base en una amplia participación de las y los profesores investigadores en el encuentro que se llevó a cabo en mayo de 2016, es distinto a las propuestas que se habían instrumentado anteriormente.



### Cuadro 1. Distribución de Mesas en el Encuentro de Investigación del Instituto Mora: Pasado y Presente

- |  |   |
|--|---|
| 1) Economía                              | 9) Actores e intereses internacionales      |
| 2) Actores, procesos y problemas urbanos | 10) Instituciones políticas y económicas    |
| 3) Energía                               | 11) Movimientos sociales y acción colectiva |
| 4) Infraestructura                       | 12) Cultura y prácticas políticas           |
| 5) Género, salud y familia               | 13) Identidad y memoria                     |
| 6) Desarrollo y seguridad                | 14) Arte, cultura y esparcimiento           |
| 7) Diplomacia                            |   |
| 8) Geopolítica                           |   |

Fuente: DACA (2016).

De hecho, los resultados del ejercicio sugieren que cualquier intento por regresar a las divisiones disciplinarias en realidad no coincide con lo que los profesores-investigadores hacen en la práctica. Dicho de otra manera, la vocación multidisciplinaria está presente y es transversal a mucho de lo que se hace en el Instituto Mora, tanto en el área de investigación como en el área de docencia, y es absurdo tratar de ir en contra de esta vocación.

Esto no significa que la perspectiva disciplinaria deba desecharse por completo. Tampoco implica que no se reconozcan las necesidades identitarias que una minoría de integrantes de la comunidad tiene en relación con la disciplinas o campos específicos desde los cuales trabajan. Por ejemplo, para algunos historiadores la idea de integrarse a un área de “Estudios Políticos y Económicos” no es suficiente, y quisieran darle mayor visibilidad a su estirpe disciplinar. En algunos casos se teme que los colegas de otras instituciones no reconozcan la importancia de lo multidisciplinario debido a que ellos mismos no lo hacen así (un ejemplo: el COLMEX, con su Centro de Estudios Históricos). En pocas palabras, aunque parezca absurdo, el “qué dirán los otros” toma relevancia.

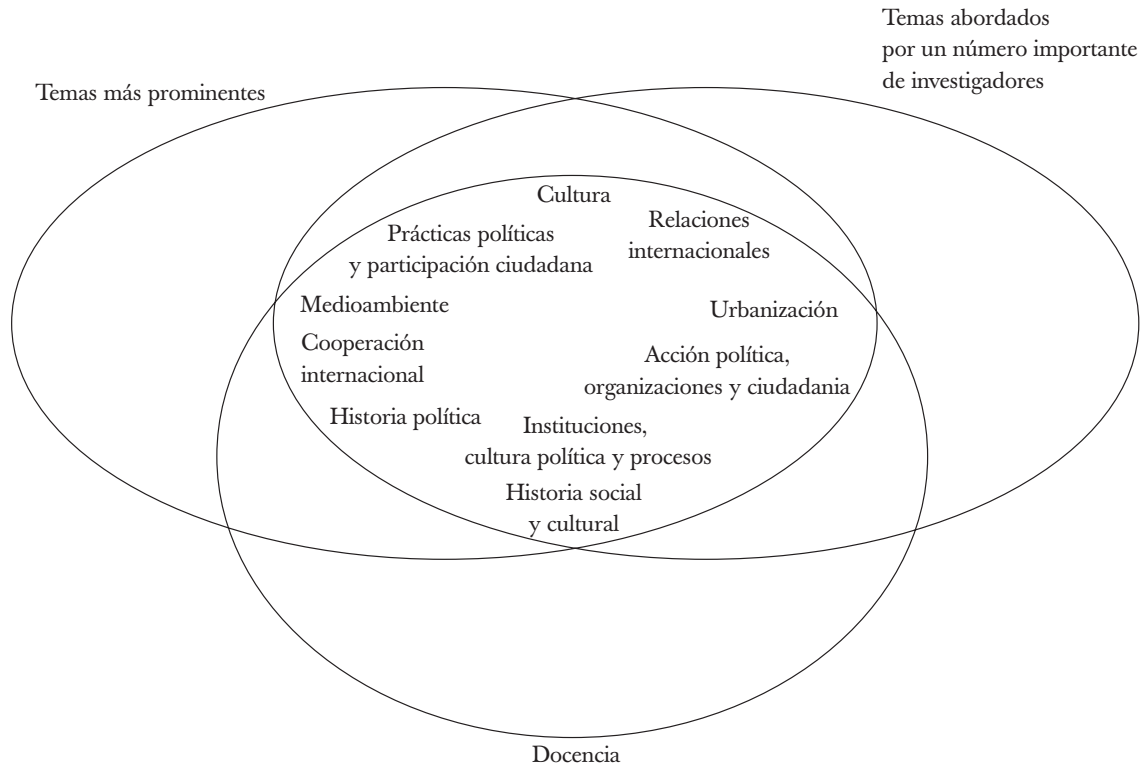
Al tanto de estos retos, la propuesta se desdobló en varios niveles. Efectivamente, las áreas funcionarían como grandes sombrillas temáticas que contribuyeran a impulsar el trabajo colectivo en el mediano y largo plazos, pero además se impulsaría un espacio en el que las iniciativas más concretas, con nombre y apellido, tuvieran cabida. Este segundo nivel es el de los seminarios institucionales e interinstitucionales.

Cuadro 2. Temas mencionados por las y los profesores-investigadores durante el Encuentro de Investigación del Instituto Mora: Pasado y Presente

|                         |                     |                                   |  |
|-------------------------|---------------------|-----------------------------------|--|
| Estado                  | Democracia          | Refugio                           | Transgénicos                                 |
| Elecciones              | Nacionalismo        | Migración                         | Desastres naturales                          |
| Poder legislativo       | Soberanía           | Inmigración                       | Impacto ambiental                            |
| Constitución            | Gobernanza          | Fronteras                         | Salud reproductiva                           |
| Administración pública  | Representación      | Desplazamiento                    | Aborto                                       |
| Elites políticas        | Federalismo         | Extranjeros                       | Epidemias                                    |
| Grupos de poder         | Centralismo         | Diplomacia                        | Enfermedades mentales                        |
| Elites parlamentarias   | Cultura política    | Geopolítica                       | Medicalización del proceso de escolarización |
| Sociedad civil          | Empresarios         | Política exterior                 | Higiene escolar                              |
| Clientelismo            | Mineros             | Relación México-Estados Unidos    | Educación                                    |
| Procesos electorales    | Comerciantes        | Cooperación internacional         | Historia del libro                           |
| Violencia política      | Petróleos Mexicanos | Ayuda humanitaria                 | Prensa                                       |
| Apropiación del espacio | Sector minero       | Multilateralismo                  | Historia de la edición                       |
| Militancia              | Mercados            | Financiamiento para el desarrollo | Litografía                                   |
| Cabildeo                | Empresas            | Agua                              | Imagen                                       |
| Selección de candidatas | Impuestos           | Electrificación                   | Fotografía                                   |
| Alternancia             | Fiscalidad          | Megaproyectos                     | Género                                       |
| Revoluciones            | Finanzas públicas   | Desigualdad                       | Niñez  |
| Sindicalismo            | Desigualdad         | Pobreza                           | Deporte                                      |
| Izquierda               | Pobreza             | Exclusión                         | Arte   |
| Anarquismo              | Condiciones de vida | Segregación                       | Moda   |
| Cultura intelectual     | Consumo             | Desarrollo sostenible             | Música                                       |
| Asilo                   | Calidad del aire    | Contaminación lumínica            | Vida cotidiana                               |
| Exilio                  | Cambio climático    | Memoria                           |  |

Fuente: DACA (2016).

Figura 1. Los temas “pivote”



Fuente: DACA (2016).

Es decir, un investigador puede estar adscrito al área de “estudios políticos y económicos” o al área de “estudios internacionales” en general y esto sirve no sólo para dar coherencia al trabajo multidisciplinario que *de facto* ya sucede. También sirve para resolver necesidades administrativas, incluyendo la asignación de asistentes, secretarías, técnicos académicos y demás recursos escasos, tanto financieros como humanos. Pero además de la adscripción individual, la propuesta incluyó el impulso a los seminarios grupales que estarían también adscritos a tal o cual área. Entonces, si mi interés es hacer algo sobre “historia de las elecciones en el siglo XIX”, lo cual lleva el aspecto disciplinario y mayor detalle sobre el objeto de investigación, esto es posible: puedo estar adscrito a una gran área y generar al mismo tiempo una iniciativa más específica que me ayuda a vincularme con el exterior, a generar publicaciones, a discutir trabajos de tesis, etc, etc. Puedo incluso estar adscrito de manera individual a una de las cuatro áreas y tener la libertad de participar en seminarios de las otras tres.

Lo mismo con los colegas de cooperación internacional, muchos de los cuales están adscritos al área de “estudios internacionales”, pero concentran una buena parte de sus actividades en el Seminario Agenda 2030. Hay muchos ejemplos de la forma como estos dos niveles están en continuo diálogo, ordenando lo que se hace en el Instituto, pero siempre con el margen suficiente para los cambios y las transformaciones inevitables que se van registrando con el paso del tiempo: el reto es hacer una estructura que permita el juego entre las columnas y las trabes. En este caso, el análisis fundamentado en datos y derivado de una amplia participación de la comunidad del Instituto es lo que permitió llegar a esta solución, a esta especie de cuadratura del círculo. La discusión en cuerpos colegiados y su consecuente aprobación también fue clave para que llegáramos al resultado descrito.

### III. EL DOCTORADO EN ESTUDIOS SOBRE EL DESARROLLO. PROBLEMAS Y PERSPECTIVAS LATINOAMERICANAS

El espejismo de las divisiones y compartimentos disciplinarios también puede convertirse en un obstáculo cuando hablamos de algunas iniciativas de docencia. En este sentido, me parece que la primera vez que escuché sobre la propuesta de un nuevo doctorado fue por allá del año 2012 o 2013, aproximadamente, cuando el director en turno me mencionó algo al respecto (en ese entonces yo fungía como coordinador de la MCIPD).

En ese momento, no hay nada de qué sorprendernos, la propuesta era hacer un Doctorado en Ciencias Sociales. Razones había varias, pero una de

ellas se fundamentaba en la necesidad de ofrecer posibilidades internas para que los graduados de tres de las cuatro maestrías del Instituto (MER, MSP y MCIPD) pudieran continuar con sus estudios. También era importante lograr que aquellos profesores que tenían un perfil más cercano a las ciencias sociales y no tanto a los estudios históricos, tuvieran mayores oportunidades de compartir sus conocimientos y de dirigir tesis a nivel de doctorado.

La iniciativa, hasta donde tengo entendido, avanzó de manera muy lenta durante los siguientes tres o cuatro años. En algún momento me parece que sí se propuso un nombre distinto, que no era “doctorado en ciencias sociales”, pero seguía siendo un doctorado en algo, seguramente un conjunto raro de disciplinas, al estilo “cilantro, romero y perejil”. De esta manera, en algún momento de nuestra gestión en DACA tuvimos que retomar el proyecto y analizar cómo sería replanteado. Se formó una comisión para generar una propuesta, la cual contó con la participación de varios colegas, incluyendo a Arsenio González, Gerardo Gurza, Simone Lucatello, Alberto Martín y Mónica Toussaint, en estrecho diálogo con la Dirección General y con diversos cuerpos colegiados, particularmente el Consejo Técnico Consultivo.

El reto desde el inicio fue muy similar a la reestructura descrita en secciones anteriores, pues era necesario contestar a preguntas básicas como ¿dónde están las fortalezas del Instituto en materia docente?, ¿cómo aprovechar el prestigio de nuestras y nuestros investigadores para generar algo que no fuese un programa hechizo, desvinculado de los temas que se trabajan en el Instituto?, ¿cómo lograr una articulación que fuera lógica entre tres maestrías muy distintas entre sí (MER, MSP, MCIPD) pero que de alguna manera pudieran confluir en un mismo programa de doctorado?, ¿cómo hacer un programa que también aprovechara las claras fortalezas del Instituto en el campo de la historia sin competir con el doctorado ya existente?

Las discusiones entre los integrantes de la citada comisión fueron arduas, pero eventualmente se llegó a la conclusión de que un tema que atravesaba a todos los programas del Instituto era el interés por entender los cambios y las transformaciones sociales desde una perspectiva multidisciplinaria. De manera inmediata, esta conclusión nos distanció de la propuesta de hacer un programa que desde su concepción tuviese un sello disciplinario único y explícito, y nos obligó a contestar otra pregunta: ¿a qué cambios y transformaciones sociales nos referíamos y cómo darle orden a algo tan amplio con el mayor rigor y la mayor excelencia académica posibles?

Como puede verse en el programa que fue eventualmente aprobado y cuya primera convocatoria fue publicada en el año 2018, parte de la respuesta se centró en que el programa abordara los “estudios del desarrollo”. Esto podía ser problemático debido a la carga valorativa que conlleva

esta perspectiva, cuyo origen se encuentra sobre todo en occidente y que normalmente se identifica con el desarrollo *planeado*, de corte económico, capitalista, dictado desde arriba, por actores gubernamentales en concierto con instituciones y organismos internacionales, con una herencia colonial e imperialista que no podemos pasar por alto. Sin embargo, la solución estaba precisamente en dar énfasis a una de las áreas de mayor fortaleza en el Instituto: los estudios sobre América Latina.

Entonces, una vez decidida la vertiente latinoamericanista, pero alimentándola de perspectivas multidisciplinarias y metodológicas que ya se abordaban en nuestras maestrías, la idea de un doctorado que estudiara el desarrollo “muy a nuestra manera” fue tomando forma poco a poco. Se trataba de abordar el cambio social, pero no necesariamente aquel que es planeado desde arriba, sino también aquel que sucede de manera immanente, consecuencia de condiciones sociohistóricas específicas que privan en la región latinoamericana y atendiendo a las distintas voces y perspectivas, con una visión crítica que permitiera repensar el desarrollo latinoamericano en un sentido amplio; incluyendo aquellas propuestas que se dicen antitéticas del desarrollo: el decrecimiento, el posdesarrollo, el buen vivir, las epistemologías del sur, pero sin acotarse a estas últimas. La idea es mantener un diálogo con la literatura anglosajona y las propuestas que han surgido históricamente desde el norte global, pero siempre otorgando un lugar muy importante a las voces y a los teóricos que han surgido en América Latina en las últimas décadas.

Una vez decidido esto, quedaban las incógnitas de cómo estructurar el programa de tal manera que se articulara con nuestras maestrías y cómo darle orden y coherencia a las temáticas abordadas. Sobre este aspecto, parte de la respuesta la encontramos en la propia reestructura que se había llevado a cabo en el área de investigación un par de años atrás, pues ahí están los temas que trabajan nuestros investigadores y las posibles tesis que los estudiantes pueden proponer.

Por ello es que, eventualmente, lo más lógico era que el DEDPPLA ofreciera cuatro grandes ejes temáticos, muy cercanos a las áreas de investigación. Como se lee en la descripción del DEDPPLA, los estudiantes del programa pueden proponer temas que caigan en las siguientes líneas de investigación: 1) problemas políticos y económicos; 2) problemas sociales y culturales; 3) problemas urbanos y ambientales; 4) problemas internacionales (Instituto Mora, 2022). Con esta propuesta se logró que el nuevo programa docente aprovechara y construyera sobre las fortalezas del Instituto, tanto en temáticas como en términos de las disciplinas y los campos de estudio que lo han caracterizado y que se han ido consolidando a lo largo de cuatro décadas.

## CONCLUSIONES

La administración y planeación estratégica en instituciones académicas de excelencia exige una rara combinación de ciencia y arte, rigor y creatividad. No es cosa fácil, no es conveniente improvisar. Sin embargo, cuando estamos dispuestos a recabar datos y a combinar el análisis de los mismos con una buena dosis de participación por parte de las comunidades involucradas, con atención a los cuerpos colegiados, se pueden lograr cosas extraordinarias. Sólo así se puede encontrar “la cuadratura del círculo”.

En este capítulo hemos ahondado en tan sólo dos ejemplos: la reestructura y redistribución académica y administrativa que se llevó a cabo en el Instituto Mora en el año 2016, misma que sigue vigente hasta el momento de escribir estas líneas, y el diseño e instrumentación del DE-DPPLA, el cual aspira a convertirse en un semillero de pensadores sobre las distintas problemáticas que se vinculan a los procesos de cambio y transformación en América Latina. No hay mejor manera en la que un instituto de este calado puede celebrar sus cuatro décadas de vida además de retribuir a la sociedad con aportes que potencien las reflexiones críticas a través de la investigación y la docencia.

## REFERENCIAS

- DACA (2016, agosto), *Resultados del Encuentro de Investigación del Instituto Mora: Pasado y Presente* [Presentación de Power Point], DACA-Instituto Mora.
- Instituto Mora (s/f). Doctorado en Estudios sobre el Desarrollo. Problemas y Perspectivas Latinoamericanas, Recuperado de <https://www.institutomora.edu.mx/Docencia/DoctoradoEstudiosDesarrollo/SitePages/Inicio.aspx> [Consulta: 11 de octubre de 2021.]



## SOCIOLOGÍA POLÍTICA EN Y DESDE AMÉRICA LATINA: EL INSTITUTO MORA COMO ESPACIO DE DOCENCIA

Kristina Pirker

La maestría en Sociología Política del Instituto Mora abrió su primera convocatoria al año de la fundación del Instituto, y en 1982 ingresó la primera generación al programa docente. En la actualidad, el objetivo institucional de fomentar el conocimiento de los problemas y procesos sociopolíticos de América Latina se refleja en la inclusión explícita de la región en el plan de estudios a través de la línea de aplicación de conocimiento Memoria e Historia de México y América Latina y el curso obligatorio Política y sociedad en América Latina en el segundo semestre. La incorporación de profesores-investigadores provenientes de diferentes países de Latinoamérica o con formación académica latinoamericanista sin duda contribuyó a una mayor apertura y sensibilidad respecto a la(s) historia(s) y particularidades de la región.

Las cuatro décadas que han pasado desde la fundación del Instituto y el arranque del programa docente fueron años turbulentos para la región. Por una parte, la década de 1980 es recordada como “la década perdida”, en términos económicos, por los programas de estabilización y ajuste, los recortes del gasto público y el empleo que desembocaron en la implementación de una agenda económica neoliberal –conocida en su momento como Consenso de Washington– que prometía modernizar en lo social y lo económico a los países de la región e insertarlos en las dinámicas de la globalización. Como sabemos hoy, las promesas no se cumplieron, la recuperación económica fue precaria y desigual por lo que lo perdido no se recuperó, mucho menos fue posible superar los rezagos estructurales preexistentes.

Por otra parte, los cambios institucionales y políticos no fueron menores: gobiernos militares inspirados en la Doctrina de Seguridad Nacional, que habían aplicado el terrorismo de Estado en contra de fuerzas políticas opositoras y de izquierda, se vieron obligados a ceder su lugar a alianzas civi-

les y pactos de transición política, lo que permitió restaurar las democracias en Sudamérica, pero priorizando la dimensión procedimental y electoral por encima de sus aspectos sustantivos y sociales. De manera simultánea, Centroamérica despertó en México un renovado interés académico y político a raíz de procesos sociopolíticos dramáticos, como el triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua, las guerras civiles en El Salvador y Guatemala, los desplazamientos forzados de población civil guatemalteca, mayoritariamente indígena, hacia las zonas fronterizas de Chiapas para escapar del genocidio y a partir de 1990 los procesos de paz que contaron con el acompañamiento y los buenos oficios del gobierno mexicano. La emergencia de nuevos movimientos sociales, después del cierre de ciclos revolucionarios y contrarrevolucionarios en Centro y Sudamérica, los “malestares” ciudadanos en y con las democracias restauradas y, a partir de los primeros años del siglo XXI, el auge y desgaste de los gobiernos progresistas y de izquierda en países como Venezuela, Ecuador, Bolivia o El Salvador obligaron una y otra vez a la sociología política latinoamericana a replantearse sus premisas en torno a las bases sociales e históricas de los sistemas políticos, la interacción entre actores políticos y los alcances y limitaciones de las democracias en la región.

Además de que existían suficientes razones para mirar desde México hacia Centro y Sudamérica, el campo disciplinario que influyó en la fundación y consolidación de la sociología política en el Instituto Mora estaba marcado por las disputas entre, por un lado, la vertiente neoinstitucionalista y anglosajona de las ciencias políticas, interesada en los procesos electorales, la evaluación cuantitativa de las instituciones y la medición de la calidad de la democracia y, por el otro, las defensoras y los defensores de una sociología estructuralista-marxista, centrada en el estudio del Estado, las formaciones socioeconómicas y las clases sociales. En consecuencia, la Maestría en Sociología Política buscó articular, en su estructura curricular, los objetos de la politología tradicional y anglosajona, como el estudio de los procesos electorales, los marcos normativos, políticas públicas o actores formales del sistema político, con la sociología de la acción colectiva y de los movimientos sociales y con las líneas de investigación sobre historia social, historia oral y testimonio, presentes en el Instituto Mora. Todo con el propósito de ofrecer orientaciones y herramientas teóricas y metodológicas para estudiar los problemas y el presente sociopolítico de México y América Latina con perspectiva histórica y una sensibilidad epistemológica situada, es decir, consciente respecto a las implicaciones de la ubicación geográfica para el estudio de los procesos y dinámicas sociales, institucionales y político-culturales.

Todo esto influyó, por supuesto, en la definición de problemas de investigación por aquellas y aquellos estudiantes de la maestría, que pre-

tendían abordar temáticas y preocupaciones latinoamericanistas, por lo que sus tesis son una importante fuente de información para reconstruir no sólo la dimensión latinoamericanista del área de Sociología Política que ha estado presente en el Instituto Mora desde su fundación, sino también cómo los momentos y coyunturas sociopolíticas, así como los debates teóricos y disciplinarios han influido en la docencia y la innovación temática de la institución, más allá de sus programas docentes.

## AMÉRICA LATINA EN LAS TESIS DE SOCIOLOGÍA POLÍTICA

Como se señaló al principio de este ensayo, en 1982 ingresó la primera generación a la Maestría en Sociología Política, y en 2022 se gradúa la decimoctava generación. Dentro de este espacio temporal se han presentado 286 tesis, de las cuales 29 centran su atención en América Latina. Aunque a primera vista parezca una proporción menor (estamos hablando de 10% del total de las tesis), hay que fijarse en el hecho de que temas y problemáticas latinoamericanas están presentes en catorce generaciones –es decir en casi todas–, sea a través de estudios monográficos sobre uno país o estudios comparativos, por lo general entre México y algún país o países de la región.

A partir de 2008 (año de la titulación de la decimoprimera generación) se incrementó la participación de tesis con temas latinoamericanos hasta alcanzar un máximo en la decimoquinta (2014-2016) y decimosexta (2016-2018) generaciones. En cada una de estas generaciones, cuatro trabajos, de 20, tienen a América Latina como campo de estudio. Estos números se deben, al menos en parte, a los esfuerzos institucionales por mejorar las condiciones para la movilidad de las y los estudiantes por medio de la internacionalización del programa y la flexibilización de la estructura curricular. En estos años llegó también un mayor número de estudiantes de Argentina, Colombia, Venezuela y Guatemala al programa y, en general, alumnas y alumnos aprovecharon las facilidades de movilidad estudiantil, especialmente los apoyos del Programa de Becas Mixtas de CONACYT, para realizar estancias de dos o tres meses en el extranjero que les permitieron ampliar la investigación de gabinete con datos obtenidos del trabajo de campo en el país de estudio. Para muchos de ellos fue una primera oportunidad para acercarse y conocer de primera mano al país de su interés, lo que se reflejó en sus trabajos de tesis.

Una primera revisión de temas y países arroja que uno de los países que ha despertado más interés es Argentina (con seis tesis), seguido por Guatemala (con cuatro) y Colombia (con tres). Pero también se suman estu-

dios panorámicos y estudios comparados: tres tesis desarrollan temas regionales –como modernización e identidades colectivas, neopatrimonialismo y dominación política o integración latinoamericana–; cinco tesis comparan a México con uno o más países en temas como regímenes de bienestar y sistemas de pensiones, bases ideológicas de las izquierdas, derechos indígenas, cultura política o políticas de drogas. Entre las subregiones destacan el Cono Sur y la región andina, seguidos por Centroamérica, representada por Guatemala y Honduras. En cambio, sólo fue posible identificar un estudio sobre Brasil –políticas de integración racial– y uno sobre el Caribe, representado en una investigación en torno a la instalación de la democracia en Haití.

El cuadro 1 agrupa los títulos de las tesis, de acuerdo con afinidades en seis áreas temáticas. La sistematización permite también apreciar de qué manera se reflejan los temas clave de la sociología política –violencia política, actores, Estado, instituciones, etc.– en las investigaciones de las alumnas y los alumnos, y cómo se aplican a las crisis, coyunturas y desafíos sociopolíticos que caracterizan a la región.

El cuadro evidencia que un área temática que siempre ha interesado a las y los maestrantes del programa es el estudio de las violencias en América Latina, desde la violencia política directa que fue ejercida por las instituciones militares y cuerpos armados en el contexto de los Estados de Seguridad Nacional y las estrategias contrainsurgentes a la criminalización y represión estatal de la protesta social en años recientes, o la violencia simbólica del racismo en países como Colombia, Guatemala o Estados Unidos.

Muchas veces, el estudio de la violencia en la sociología política se vincula con los derechos humanos –el derecho a la vida, a la no discriminación, a la identidad– y las tesis de esta maestría no son ninguna excepción. Las preguntas por las luchas de abuelas, hijas e hijos de personas detenidas-desaparecidas en la Argentina de la transición política por convertir el derecho a la identidad en un problema de carácter público, o las implicaciones de las discusiones internacionales sobre la tipificación del genocidio para la agencia política de mujeres mayas sobrevivientes de violencia sexual en Guatemala. Pero también es posible encontrar análisis en torno a fenómenos relativamente nuevos de violencia institucional y criminal en contextos democráticos, ejercida en contra de movilizaciones de resistencia para proteger el territorio de megaproyectos extractivistas.

La violencia estatal como estrategia desde el poder para enfrentar y desarticular movimientos de protesta tanto en el pasado reciente como en la actualidad es un eje que conecta estas tesis con las investigaciones sobre movimientos sociales, formas de acción colectiva y nuevos sujetos sociales en América Latina que forman parte del canon de tesis prácticamente des-

Cuadro 1. América Latina en la Maestría en Sociología Política: títulos de tesis por afinidades temáticas (1986-2022)

| <i>Área</i>                   | <i>Tema</i>  | <i>Autor(a)</i>                   | <i>Director(a)</i>                              | <i>Generación</i> |
|-------------------------------|--|-----------------------------------|---|-------------------|
| Violencias y derechos humanos | Violación y defensa de derechos humanos en Argentina (1966-1983)   | Domingo Mauricio Fernández Picolo | Doctora Beatriz Sch-mukler, Instituto Mora      | iv (1991-1994)    |
|                               | Violencia y racismo de Estado: una mirada al caso colombiano   | Claudia Bibiana Ospina Serna      | Doctor Fernando González                        | v (1994-1996)     |
|                               | ¿Y vos, sabés quién sos? La identidad asociada a la apropiación ilegal de niños en la última dictadura militar argentina como tema público en Buenos Aires | María De Vecchi Gerli             | Doctora Silvia Dutrénit Bielous, Instituto Mora | xii (2008-2010)   |
|                               | Industria minera y represión en Guatemala. Los casos del Comité en Defensa de la Vida y la Paz de San Rafael Las Flores y La Resistencia Pacífica La Puya  | Ana Eugenia Paredes Marín         | Doctor Alberto Martín Álvarez, Instituto Mora   | xv (2014-2016)    |
|                               | Delimitando el genocidio: inclusión y exclusión de grupos en la Convención para la Prevención y la Sanción del delito de Genocidio (Guatemala)             | Nathalie Mercier                  | Doctora Kristina Pirker, Instituto Mora         | xvi (2016-2018)   |
|                               | Una puerta con mirilla de ojo sanción. Los Centros Clandestinos de Detención de la Argentina como Dispositivos Panópticos (1976-1983)                      | Bianca Pamela Ramírez Rivera      | Doctora Silvia Dutrénit, Instituto Mora         | xvi (2016-2018)   |

|   |   |                              |  |                  |
|---|---|------------------------------|--|------------------|
|   | Miradas tras el retorno: discriminación y racismo en Guatemala y Estados Unidos desde la visión de migrantes guatemaltecos  | Hugo Fauzi Alfaro            | Doctora Mónica Tousseint, Instituto Mora             | xvii (2018-2020) |
| Movimientos sociales, identidades, acción colectiva | Crisis de modernización y construcción de identidades colectivas en América Latina  | María Dolores Paris Pombo    | Doctor Sergio Zermeño                                | ii (1986-1989)   |
|   | Problemas en el paraíso: el negro horizonte y los caminos políticos de la integración racial en Brasil  | Salvador Vázquez Fernández   | Doctora Olivia Joanna Gall Sonabend                  | x (2004-2006)    |
|   | La pinta y el estencil: Los periódicos del subalterno. Fuentes para conocer y comprender procesos políticos alternativos. Estudio de caso para Cali-Colombia, 2008-2011       | Giselle Torres Pabón         | Doctor Alberto del Castillo Troncoso, Instituto Mora | xiv (2012-2014)  |
|   | La resignificación política del movimiento indígena del Tolima-Colombia en el periodo histórico de 1991-2015  | José Javier Capera Figueroa  | Doctor Eduardo Andrés Sandoval Forero                | xvi (2016-2018)  |
|   | Resistir desde la comunidad. Procesos de lucha y estrategias de resistencia frente a la minería a gran escala en Ecuador  | José Luis García Fernández   | Doctora Ana Buriano, Instituto Mora                  | xv (2014-2016)   |
|   | Auge y declive de la movilización ciudadana en contra de la corrupción, un estudio desde la perspectiva de la juventud: El caso del “movimiento de los indignados” (Honduras) | Mario Roberto Sorto Gallardo | Doctor Alberto Martín Álvarez, Instituto Mora        | xvi (2016-2018)  |

| <i>Área</i>                               | <i>Tema</i>  | <i>Autor(a)</i>                    | <i>Director(a)</i>                              | <i>Generación</i> |
|---|--|------------------------------------|---|-------------------|
| Izquierdas                                | Sectores populares y política: aproximaciones a la construcción de los apoyos populares de Cambiemos en La Matanza (Argentina)   | Mariana Bonazzi                    | Doctor Martín Paladino, Instituto Mora          | XVI (2016-2018)   |
|   | Las bases sociales e ideológicas de la izquierda: un estudio comparado en Argentina, Brasil, Chile, México y Uruguay   | Patricia Alejandra Méndez González | Doctora Noemí Lujan Ponce                       | XI (2006-2008)    |
|   | Socialidades en movimiento: la izquierda autónoma argentina a la luz de las experiencias del MTD Solano y el Frente Popular Darío Santillán (2003-2007)  | Mina Lorena Navarro Trujillo       | Doctora Diana Guillén Rodríguez, Instituto Mora | XI (2006-2008)    |
|   | El Ejército Guerrillero de los Pobres y El Comité de Unidad Campesina durante la década de los setenta en Guatemala. Creación y apropiación de marcos de interpretación para la acción colectiva | Elba Liliana Camacho Reyes         | Doctor Alberto Martín Álvarez, Instituto Mora   | XIV (2012-2014)   |
| Democracia, elecciones y sistema político | Haití, ¿hacia la democracia?, 1986-1991  | Alejandro Álvarez Martínez         | Doctora Johanna von Grafenstein, Instituto Mora | V (1994-1996)     |
|   | Perú 28 de julio: discurso y acción política el día de Fiestas Patrias, 1969 - 1999  | Juan Martín Sánchez                | Doctor Fernando Castaños                        | VII (1998-2000)   |



|  |  |                                     |   |                  |
|--|--|-------------------------------------|---|------------------|
|  | “Ladinoamérica” reconfigurada: reformas constitucionales en materia indígena. Estudio comparativo entre México y Ecuador                     | Laura Beatriz Montes de Oca Barrera | Doctora Natividad Gutiérrez Chong       | ix (2002-2004)   |
|  | Distintos y distinguidos, el voto en los mineros de Andacollo. De la sociología electoral a la sociología de las elecciones                  | Guillermo Eduardo Lizama Carrasco   | Doctor Francisco Zapata                 | xi (2006-2008)   |
|  | Factores que afectan la cultura política democrática. El estudio de caso de tres países: Brasil, México y Venezuela                          | Leonardo Jesús López Cortés         | Doctor Gustavo Ernesto Emmerich Isaac   | xiii (2010-2012) |
|  | El neopatrimonialismo como forma de dominación política en América Latina a inicios del siglo XXI  | Adolfo del Río Martínez             | Doctor Alejandro Monsiváis Carrillo     | xiii (2010-2012) |
|  | La polarización política y social en Las Caracas después de Chávez: una aproximación desde sus discursos e imaginarios                       | Carlos Gabriel Torrealba Méndez     | Doctora Kristina Pirker, Instituto Mora | xv (2014-2016)   |
| Instituciones estatales y políticas públicas | Programas sociales para aliviar la crisis y el costo social del ajuste en Bolivia. La experiencia del Fondo Social de Emergencia, 1985-1989  | Luis Alberto García Orellana        | Maestro Arturo Lara                     | iv (1991-1994)   |
|  | Transformaciones de los regímenes de bienestar hacia un paradigma liberal-residual. Reformas a los sistemas de pensiones en México y Uruguay | Ana Joaquina Ruiz Guerra            | Doctor José Luis Velasco Cruz           | x (2004-2006)    |

| <i>Área</i>          | <i>Tema</i>  | <i>Autor(a)</i>                 | <i>Director(a)</i>                              | <i>Generación</i>    |
|----------------------|--|---------------------------------|---|----------------------|
|                      | Prácticas en materia de política de drogas en los comités de autodefensa en el Monzón, Perú, y la policía comunitaria en Guerrero, México.<br>Un estudio comparativo | Ángela María Guerrero Alcántara | Doctora Diana Guillén Rodríguez, Instituto Mora | xv (2014-2016)       |
|                      | Trayectorias del profesional docente en México y Chile: un análisis conceptual del discurso estatal  | Oswaldo Ramsés Cervantes García | Doctora Fiorella Mancini                        | xviii<br>(2020-2022) |
| Integración regional | Desafíos actuales en la unidad regional. La Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños  | Aarón Vilchis del Reyo          | Doctora Silvia Dutrénit Bielous, Instituto Mora | xiii (2010-2012)     |

Fuente: elaboración propia con base en los listados de temas de tesis publicados en el sitio de la Maestría en Sociología Política. Tutoría (Generaciones I a xv) y Sección Alumnos (Generación xviii). Recuperado de <https://www.institutomora.edu.mx/Docencia/SociologiaPolitica/SitePages/Inicio.aspx> [Consulta: 31 de diciembre de 2021.], y archivo personal (Generación xvi y xvii).

de los inicios del programa. Esta área reúne investigaciones sobre diversas formas de acción colectiva y nuevos sujetos sociales en países tan diversos como Guatemala, Honduras, Brasil, Colombia, Argentina, Ecuador o Chile, reflejando la influencia de las principales vertientes teóricas sobre movimientos sociales y la acción colectiva, especialmente el enfoque europeo de los nuevos movimientos sociales identificado con autores como Alain Touraine y Alberto Melucci o la escuela anglosajona de la acción colectiva de Sidney Tarrow y Charles Tilly. Estas investigaciones se preguntan por la emergencia de nuevas identidades a partir de procesos de modernización y luchas por derechos ciudadanos, así como el papel de narrativas e imágenes en la configuración de las políticas subalternas. Otros trabajos se interesan más por las estrategias organizativas y prácticas políticas de actores colectivos cuya movilización no puede explicarse tomando en cuenta solidaridades de clase, como fue el caso de las y los jóvenes que impulsaron el movimiento de indignados en contra de la corrupción en Honduras o los apoyos populares a la Alianza Cambiemos, que llevó a Mauricio Macri en 2015 a la presidencia de Argentina. Las indagaciones sobre movilizaciones de derecha –como es el caso de la tesis sobre Cambiemos– son contadas, a diferencia de aquellas dedicadas a la reconstrucción de ideologías, trayectorias y experiencias de lucha de actores progresistas y fuerzas de izquierda, como la guerrilla guatemalteca o la izquierda autónoma y movimentista argentina. Una selectividad que no debería sorprender, tomando en cuenta que durante mucho tiempo el estudio de los movimientos sociales se pensaba antes que nada como sinónimo de la recuperación de experiencias y movilizaciones de carácter progresista.

Otro campo temático presente en las tesis de la maestría tiene que ver con los sistemas políticos, los procesos electorales y la democracia, abarcando desde preguntas clásicas de las ciencias políticas por procesos electorales, la alternancia y reformas constitucionales, hasta factores que podrían condicionar el ejercicio de los derechos políticos, civiles y ciudadanos como el neopatrimonialismo o la polarización política; temas que dan cuenta de las preocupaciones de las y los estudiantes por aquellos aspectos de las democracias latinoamericanas que delimitan y condicionan el ejercicio de los derechos políticos, civiles y ciudadanos. Más que otras áreas temáticas, este campo de estudio evidencia la transición, dentro de la maestría, pero también de la sociología política latinoamericana en general, de investigaciones centradas en preguntas politológicas por las reglas y mecanismos procedimentales y electorales a la reconstrucción de las lógicas de la acción política dentro del campo democrático, entendido como campo en disputa entre diferentes fuerzas políticas. Estos cambios se muestran, por ejemplo, en temas actuales como las confrontaciones entre chavismo y antichavismo en Venezuela después de la

muerte de Hugo Chávez, la relación entre corrupción y dominación política o el papel de la cultura política en las democracias de la región.

Instituciones y políticas públicas puede considerarse otra línea de investigación presente en el Instituto Mora, y dentro de los temas de interés de alumnas y alumnos de la maestría. En este campo encontramos dos tesis dedicadas a las políticas sociales del neoliberalismo: por una parte, el análisis de los fondos de inversión en Bolivia –ejemplo paradigmático de las estrategias de combate a la pobreza de los años ochenta y noventa del siglo pasado– y, por otra parte, las reformas a los sistemas de pensiones en países como Uruguay y México, también parte integral de la reforma neoliberal de Estado durante la década de 1990. Otras temáticas tienen más bien que ver con políticas públicas específicas, como políticas de drogas, laborales o educativas. Pero a diferencia de investigaciones convencionales de carácter politológico o técnico, estos estudios buscan tomar en cuenta la interacción entre actores sociales y las instituciones públicas, sean estos actores comunitarios como grupos de autodefensa y policías comunitarias que participan de una u otra manera en el combate al narcotráfico, o sindicatos y maestros en el caso de las reformas educativas en México y Chile. Y es precisamente el reconocimiento a las bases sociales e históricas de la interacción política lo que marca la diferencia entre la sociología política que se enseña en el Instituto Mora y las ciencias políticas convencionales inspiradas en las teorías neoinstitucionalistas y anglosajonas.

Por último, hay una tesis presentada en 2012, cuyo tema destaca por su singularidad en la maestría: los retos de la unidad regional de América Latina. Toma como referencia empírica el mecanismo de coordinación intergubernamental impulsado en 2010 por Hugo Chávez Frías y Evo Morales, bajo el nombre de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños, para contar con un espacio de interacción entre gobiernos latinoamericanos y sin participación e injerencia por parte de Estados Unidos y Canadá. Si bien se trata hasta ahora de una sola tesis sobre dinámicas de integración regional, el tema refleja las sensibilidades latinoamericanistas presentes en la Maestría de Sociología Política, la cual siempre ha permitido incorporar proyectos innovadores, invitando de esta manera también a docentes, asesoras y asesores a abrirse a los retos que una y otra vez ofrece la siempre dinámica coyuntura latinoamericana.

## UNA REFLEXIÓN PARA CERRAR

Al igual que otros campos de las ciencias sociales, la sociología política se renueva a partir de la confrontación con los nuevos problemas que el cam-

bio social pone sobre la mesa, la apertura a enfoques teóricos innovadores y provocadores y la introducción de nuevas interrogantes y preocupaciones por investigadoras e investigadores en formación. La vinculación entre investigación y docencia se vuelve relevante no sólo por “formar capital humano”, sino por constituirse en oportunidades y ventanas para mirar los problemas históricos de América Latina con los ojos y sensibilidades de las nuevas generaciones. El carácter interdisciplinario de la sociología política presente en el Instituto Mora ha permitido incorporar a alumnas y alumnos provenientes de diferentes campos disciplinarios para estudiar América Latina desde perspectivas que articulan la teoría social con estrategias metodológicas provenientes de la historia social e historia oral.

Los retos que implica el momento actual para el estudio y la docencia de América Latina se pueden ubicar en dos niveles. Por una parte, es la pregunta por las estrategias docentes más adecuadas para mantener el interés por estudiar América Latina en momentos caracterizados por las dificultades para viajar, debido a las incertidumbres sanitarias que acompañan la pandemia de la COVID-19, así como las restricciones financieras a raíz de la cancelación de programas de intercambio académico y estancias en el extranjero, como en su momento ofreció el Programa de Becas Mixtas de CONACYT. Otro desafío tiene que ver con la ausencia en las investigaciones de tesis de ciertos países y regiones como Brasil y el Caribe, a pesar de que existen académicas y académicos en el Instituto que conocen la temática, al menos en el caso del Caribe.

Por otra parte, las tesis de maestría demuestran que existe un importante interés por los estudios comparados, lo cual lleva a pensar en cómo promover una mayor presencia de tradiciones y métodos comparativos en los cursos de metodología de este y los otros programas docentes que ofrece el instituto Mora.

Por último, si lo que separa la sociología política de las ciencias políticas es el interés por revelar las bases sociales e históricas del Estado, de las instituciones y del sistema político, junto a una noción más amplia de “la política” y “lo político”, que incluye a actores y actoras sociales más allá de gobiernos y partidos, las sociólogas políticas y los sociólogos políticos en formación deben conocer las raíces históricas de las problemáticas sociopolíticas actuales, así como la especificidad social, cultural e histórica del continente. El Instituto Mora lo permite, gracias al carácter interdisciplinario de sus líneas de investigación y la convergencia de académicas y académicos provenientes tanto de las humanidades como de las ciencias sociales.

## EVOCANDO AL MORA DESDE LA DISTANCIA: EXPERIENCIAS Y RECUERDOS PERSONALES

Alberto Martín Álvarez

Cada institución tiene una impronta propia. Es algo difícil de definir, pero es una mezcla particular de la que forman parte sus propósitos fundacionales, las condiciones del entorno en el momento en el que surgió, el carácter de sus fundadores y fundadoras y, por supuesto, el sello que le imprimen las personas que en cada momento reinterpretan ese legado y dan vida a la institución cada día.

Definir cuál es el sello propio del Instituto Mora no es tarea fácil y supongo que cada uno y cada una de los que trabajan o hemos trabajado allí, lo interpretamos de forma sensiblemente diferente. En mi caso y a medida que la distancia me deja ver con más claridad lo mucho que ha impactado en mi vida profesional y personal el paso por el Mora, aprecio todavía más si cabe esos rasgos que hacen del Instituto un lugar en muchos sentidos privilegiado.

Mi experiencia en el Instituto inició en el programa de Maestría en Sociología Política, que es un espacio de enseñanza y aprendizaje realmente excepcional. Como profesor, tuve la suerte de impartir clases a un estudiantado fuertemente motivado y muy comprometido con sus estudios. Alumnos y alumnas que hicieron que las clases fueran muy estimulantes y que obligaban a quien esto escribe a superarse cada día para construir un espacio de aprendizaje a la altura de sus expectativas. Esto, obviamente, es uno de los resultados de la seriedad de los procesos de selección del alumnado en los distintos programas de estudio del Mora.

Tras mi primer curso como profesor en el Instituto, acepté coordinar este mismo programa de estudios. Recordando ahora esos momentos, creo que aceptar el encargo fue un poco arriesgado por mi parte, porque apenas empezaba a conocer el funcionamiento interno de sociología política e ignoraba absolutamente todo acerca del funcionamiento de los programas académicos en los centros públicos de investigación. Sin embargo, contar con

la ayuda de Azucena Granados, como asistente, y de Guillermina Peralta, como secretaria, hizo mucho más fácil la tarea. Azucena y Guillermina conocían muy bien todas las rutinas y procedimientos y con el apoyo de ambas y con el asesoramiento de queridas colegas como Diana Guillén –que tuvo la paciencia de ayudarme a resolver múltiples dudas cada vez que tenía que tomar una decisión importante–, el paso por la coordinación se convirtió en un periodo de rápido aprendizaje del funcionamiento de la institución.

El programa me permitió interactuar cotidianamente con un grupo de colegas –tanto del propio Mora como externo– realmente formidable y no sólo en el plano profesional, sino también y esto es lo más importante, en el aspecto humano. Profesores y profesoras muy comprometidos con la institución y que no sólo impartían magníficas clases, sino que realizaban un seguimiento estrecho de los trabajos de tesis. Esto último constituía para mí una novedad, ya que en el entorno académico del que yo provenía, la relación profesor-alumno que se forja en las asesorías de tesis era, con frecuencia, mucho menos cercana. En mi experiencia, este seguimiento exhaustivo de las investigaciones del alumnado constituye uno de los sellos distintivos del Mora y es también, sin duda, una de sus numerosas marcas de calidad.

De otro lado, las redes académicas del Instituto hicieron posible que, durante aquel periodo, pudiéramos contar con la presencia en el programa de importantes figuras de las ciencias sociales latinoamericanas. Colegas como Waldo Ansaldi, Benjamín Ardití, Sergio Tamayo o Beatriz Stolorowicz, por citar sólo algunos, participaron en eventos organizados por Sociología Política y sus reflexiones contribuyeron a esclarecer nuestros puntos de vista sobre algunas problemáticas centrales de la sociología política.

En la distancia, recuerdo los dos años y medio que pasé al frente del programa como una etapa de muchísimo trabajo, pero también de aprendizaje continuo. Un periodo muy satisfactorio por los resultados que conseguimos, por la relación tan especial que se forjó con la primera generación de alumnos que me tocó “tutelar” y por el trato cercano que empecé a tener con algunos y algunas de los que, con el tiempo, se convirtieron en mis más queridos colegas del Instituto.

Como investigador, ya en aquel periodo inicial tuve también la oportunidad de apreciar otra de las virtudes del Instituto: la posibilidad de interactuar, de una forma absolutamente natural, con colegas de distintas especialidades académicas. En mi caso particular, el contacto con distintas perspectivas, asunciones epistemológicas y metodologías propias de diferentes disciplinas, me permitió conocer y valorar más profundamente las aportaciones de cada una de ellas. Pero también me permitió percibir las limitaciones que, para el análisis de los procesos políticos y sociales, tiene



un apego excesivo a las fronteras disciplinarias. En mi caso, esto se fue traduciendo con el tiempo en una apuesta por la práctica de una ciencia social histórica centrada en el estudio de procesos de larga duración. En particular, en el estudio de los procesos de surgimiento, desarrollo y desaparición de movimientos antisistémicos. A las discusiones y a los intercambios formales e informales con múltiples colegas que tuve en el Mora o en otros entornos gracias al propio Instituto, le debo el haber desarrollado una perspectiva mucho más amplia, compleja y rica de mis intereses de investigación, intereses que se hallaban originalmente centrados exclusivamente en los movimientos revolucionarios centroamericanos de la segunda mitad del siglo xx.

Con todo, América Central siguió siendo muy importante para mí a lo largo de los años que pasé en el Instituto. El seminario interinstitucional sobre la región que coordinaba entonces Mónica Toussaint, junto con Mario Vázquez, constituyó otro de esos espacios privilegiados de encuentro y de aprendizaje. Nunca podré agradecerle suficiente a Mónica el haberme invitado a sumarme a las reuniones de ese colectivo. Creo que no exagero si digo que ese seminario era probablemente el más importante espacio académico centroamericanista del mundo hispanohablante. La discusión de nuevos trabajos, la visita de académicos centroamericanos, la presentación de las investigaciones de estudiantes avanzados, nos abrieron nuevas perspectivas y nos permitió construir colectivamente un conocimiento más profundo, pero también panorámico, acerca de la región.

Entre otras muchas acciones de aquel periodo, el seminario y el Instituto apoyaron el proyecto Guerra y Posguerra en América Central. Un proyecto que, a su vez, nos permitió reunir en el Mora a algunos de los grandes especialistas en la región, como Jeff Gould, Arturo Taracena o Arturo Arias. Fue un auténtico broche de oro para aquella etapa inicial de mis años en el Mora.

Unos meses después de dejar la coordinación de la Maestría en Sociología Política, creo que fue a finales de noviembre de 2015, Diana Guillén me invitó a formar parte del nuevo equipo de dirección del Mora. La verdad es que, a lo largo de mi trayectoria en la academia, nunca se me había pasado por la cabeza aceptar un cargo con ese nivel de responsabilidad. Creo que, como la mayoría de la gente en esta profesión, contemplo el trabajo administrativo como un mal necesario o simplemente como una actividad compleja y no muy agradecida para la que no estoy especialmente dotado. Sin embargo, el proyecto que Diana proponía me parecía muy interesante. Era innovador y pretendía introducir cambios de fondo en la estructura de la organización. Pero lo que más me convenía era que esas transformaciones habían sido concebidas por alguien que conocía la institución de la cabeza a los pies y esto me daba mucha confianza en las posibilidades de lo que proponía.

El plan de trabajo que me transmitió Diana era muy razonable. Primero trabajaríamos dentro del organigrama que la institución tenía hasta aquel momento, con una separación tradicional entre docencia e investigación. En esa primera etapa transitoria, yo me encargaría de la Dirección de Docencia y desde ella prepararíamos la creación de una nueva Dirección, la de Apoyo Académico, concebida para servir de soporte tanto a la investigación como a la docencia y que tendría bajo su responsabilidad los servicios de Biblioteca y Publicaciones.

Al principio, el reto para mí era aprender lo más rápidamente posible los procedimientos y las rutinas del área de Docencia. En esto, tanto los coordinadores y coordinadoras de los distintos programas, como sus asistentes fueron siempre un apoyo fundamental, así como también el Departamento de Servicios Escolares y su responsable, Lorena Navarro. La dedicación y el conocimiento de todos y todas hicieron mi labor mucho más sencilla y también más grata.

Ya en ese periodo, Diana nos transmitió la necesidad de concebir un nuevo programa de doctorado que sirviera como una continuación lógica del itinerario formativo del alumnado de nuestros programas de maestría en Estudios Regionales, Sociología Política y Cooperación Internacional. La tarea no era sencilla, había que encontrar un eje temático que los aglutinara a todos, que, a la vez, fuera pertinente y que, de alguna forma, llenara un vacío que otros programas académicos de las instituciones educativas basadas en la Ciudad de México no hubieran ocupado.

En mi recuerdo, dentro del pequeño comité que se organizó para llevar esta tarea a cabo y que lideró ya Carlos Domínguez como nuevo director de Investigación y Docencia, no tuvimos grandes diferencias en torno de la temática que podría satisfacer todos estos requisitos. De forma colectiva, llegamos a la conclusión que Estudios del Desarrollo, Problemas y Perspectivas Latinoamericanas representaba eso que estábamos buscando. En las sesiones del comité habíamos discutido sobre la necesidad de retomar la problemática del desarrollo, pese a que este era un concepto polémico y cargado políticamente. Creímos que abordarlo implicaba también volver a poner sobre la mesa la necesidad de problematizar los objetivos y las prioridades que como sociedad tiene México –y por extensión los países latinoamericanos con los que comparte problemáticas y legados históricos–. También, por qué no decirlo, implicaba de alguna manera poner en cuestión el protagonismo que, en la definición de esas prioridades sociales, han tenido actores e intereses privados a lo largo de las últimas cuatro décadas. Aunque suene un poco pretencioso, también nos parecía necesario disputar la hegemonía que sobre los estudios del desarrollo tienen las instituciones académicas anglosajonas o

del “Norte Global”. Nos parecía profundamente contradictorio que siguiera siendo necesario recurrir al conocimiento producido en el Reino Unido, Estados Unidos, Alemania o Suiza, para interpretar nuestros propios problemas sociales y políticos o para buscar nuestras propias soluciones. No estábamos negando con esto la posibilidad de utilizar conocimientos elaborados en cualquier parte del mundo, y la prueba de ello es que revisamos los principales programas de estudio que sobre este tema se impartían en Europa y Estados Unidos. Más bien, se trataba de construir un espacio propio de reflexión sobre los principales problemas sociales, políticos y económicos que aquejan a las sociedades latinoamericanas. Un programa que en el futuro pudiera convertirse en una suerte de foco de irradiación de conocimiento a nivel regional y que pudiera funcionar en algún momento como un punto de encuentro de especialistas en desarrollo de toda América Latina.

Hay que decir que Diana, aunque inicialmente no era partidaria de abrir un programa con esta temática –y tenía buenas razones para ello por el propio carácter del concepto de desarrollo–, lo aceptó tras escuchar nuestros argumentos. Con ello hacía gala de una virtud de la que una y otra vez daría muestras y es la tener la capacidad de cambiar de opinión tras convencerse de la validez de las argumentaciones de sus interlocutores, algo que también practicaba cotidianamente en nuestras reuniones de equipo directivo.

Pasada la primera “etapa de transición” al frente de la Dirección de Docencia, empezamos a trabajar en la construcción del nuevo servicio de Apoyo Académico. Suponía fusionar bajo una misma dirección a la Biblioteca y al servicio de Publicaciones, ambos con necesidades y lógicas diferentes, pero con unos equipos humanos muy profesionales y con una experiencia amplísima en sus puestos.

El servicio de Publicaciones o como yo prefería llamarlo, la Editorial del Instituto Mora, siempre se ha caracterizado por producir obras de una excelente calidad. El reto para mí, por tanto, no era la mejora de nuestras ediciones, sino, más bien, tratar de mejorar su distribución. Como es sabido, en el mundo de habla hispana, los procesos de distribución de los libros universitarios siguen siendo una asignatura pendiente para la mayoría de las instituciones y el Mora no era una excepción. Se producen libros excelentes en tiradas, a veces, muy considerables, que al final quedan durmiendo el sueño de los justos en una bodega.

Resolver el problema de la distribución me pareció entonces una prioridad por varios motivos de peso. Por un lado, porque en nuestro caso, el almacenamiento de los miles de libros y revistas no vendidos nos generaba un alto coste mensual difícilmente justificable. Era absurdo que gastáramos miles de pesos en producir libros que nadie podía leer y que además gastá-

ramos otro tanto por almacenar esos libros. Además, socialmente podíamos transmitir la imagen de que lo que lo más nos importaba era publicar para robustecer nuestros currículos, cubrir el expediente y subir los indicadores de la institución, pero sin que tuviéramos ningún ánimo de devolver a la sociedad mexicana el producto de nuestras investigaciones.

De otro lado, había una problemática relacionada y que afectaba también al área de Investigación. No poder distribuir mejor los libros, significaba también que nuestros investigadores e investigadoras tenían menos citas a sus trabajos porque sus obras no llegaban a algunos entornos académicos que eran de interés porque, a su vez, tienen un fuerte desarrollo de algunos campos de investigación que también se cultivan en el Instituto Mora. Si para muchos de nuestros investigadores el libro seguía siendo el principal instrumento de comunicación de sus hallazgos, entonces nuestro propósito debía ser ayudarlos a que sus trabajos fueran conocidos en todos aquellos entornos donde podían generar interés. Para detectar esos entornos, que normalmente no son conocidos en profundidad por ninguna editorial, necesitábamos dialogar con nuestros investigadores. Necesitábamos que nos dijeran dónde querían que sus libros se vendieran y circularan y nuestra obligación habría de ser, a partir de ese momento, hacer llegar los libros a todos esos lugares. Planteamos rutinizarse una serie de prácticas que nos ayudaran a mejorar la distribución, bien optimizando los canales de los que ya disponíamos o bien creando otros nuevos. Por ello, incidimos en la importancia de acudir a ferias fuera del territorio nacional y entrar, por ejemplo, en el mercado académico latinoamericanista norteamericano a través de la Latin American Studies Association (LASA), que cuenta con más de 5 000 socios y donde existe una comunidad académica amplia con interés en muchos de los tópicos de investigación que se trabajan en el Instituto. Por otro lado, empezamos también a poner el acento en la necesidad de construir “circuitos de reseñas”. Esto es, tratar de que ninguno de nuestros libros pasara inadvertido y buscar, en cambio, que fuera reseñado o que su autor o autora fuera entrevistado o viera publicada una nota en algún medio informativo. En suma, darle visibilidad al trabajo realizado por todos y todas nuestras colegas, porque esto produciría un mayor impacto social y académico y nos ayudaría a cumplir mejor la misión que como CPI teníamos encomendada.

Como es obvio, una tarea como esta exigía contar, entre otras cosas, con una buena provisión de fondos y con personal especializado que pudiera encargarse de hacer realidad estos propósitos. Tuvimos la enorme suerte de contar con la magnífica gestión económica de Roberto Escobar, quien nos apoyó siempre, y, por supuesto, con el apoyo de Diana Guillén, que priorizó este proyecto y nos dio toda la libertad para desarrollarlo. También y por

qué no decirlo, contamos con una coyuntura favorable a nivel institucional por la cantidad de fondos que CONACYT otorgó al Mora durante el primer y segundo años de esta gestión. En cuanto al personal, junto con el siempre impecable trabajo de Guillermina Peralta tuvimos la fortuna de poder contar con Sindia y Arlett para echar a andar el proyecto de *marketing* editorial.

La promoción de las publicaciones en papel, con ser importante, no era el único frente en el que nos propusimos trabajar. Yolanda Martínez, como subdirectora de Publicaciones, avanzó en el desarrollo de nuevos acuerdos comerciales para el impulso a la producción y distribución de libros digitales. También impulsó una alternativa que, en su momento, nos pareció muy promisoria: la producción y distribución de libros *in situ* y bajo demanda en distintos países de habla hispana. Como los precios de los envíos internacionales de libros se estaban volviendo prohibitivos, decidimos apostar por producirlos en aquellos mercados que eran de interés, pero a los que no teníamos capacidad de hacer llegar nuestros productos.

Mi breve pero intenso periodo al frente de la Editorial del Mora, fue una experiencia realmente hermosa. Siendo un servicio realmente pequeño y con una plantilla reducida, Publicaciones fue capaz de dar respuesta a una demanda realmente amplia con unos niveles de calidad muy elevados. También, por supuesto, pude experimentar los límites que, como editorial pequeña, teníamos en términos de capacidad de negociación frente a empresas e instituciones que trataron de imponernos condiciones abusivas o que, al recibir nuestros libros, los colocaban en sus tiendas en lugares donde no los descubriría ni el mejor de los detectives.

La otra gran faceta del trabajo en la Dirección de Apoyo Académico lo constituyó la Biblioteca Ernesto de la Torre Villar. Debo decir que mi relación con la Biblioteca siempre estuvo marcada por la idea de que se trataba de un servicio perfectamente organizado y, en buena medida, autosuficiente. Por ello, mi postura fue siempre la de apoyar en lo que fuera posible o en lo que su subdirector Germán Mejía necesitara para el mejor ejercicio de su gestión.

Entre los asuntos de calado que nos tocó sacar adelante, se encuentra la obligación que adquirimos en el marco de la Ley de Ciencia, de digitalizar todos los materiales producidos por los investigadores y estudiantes del Instituto. La decisión de convertir en dominio público toda la ciencia producida con fondos públicos fue una decisión política acertada y socialmente necesaria. Además, fue una medida en buena medida pionera, que hoy en día están poniendo en marcha otros muchos sistemas de ciencia en el mundo, aunque de formas diversas. En un marco en el que un pequeño oligopolio de empresas privadas se ha hecho con el control de la mayor parte de las principales revistas científicas y editoriales académicas del mundo, esta de-

cisión constituía un paso en la dirección de recuperar el control social sobre la producción y difusión del conocimiento. La realidad es que, tanto en México como en el resto del mundo, la presión de las agencias que evalúan la labor de los investigadores ha llevado a estos a publicar en editoriales internacionales y en revistas científicas que, bajo condiciones realmente leoninas, exigen tarifas astronómicas por adquirir sus productos y obligan a autores y autoras a renunciar a buena parte de sus derechos sobre lo que producen.

Me entusiasmaba la idea de que, aunque fuera modestamente, pudiera contribuir a poner a disposición del público materiales que, hasta aquel momento, habían estado lejos de su alcance. Habiendo investigado durante años en América Central, donde ni siquiera las universidades públicas pueden pagar para contratar el acceso a revistas científicas y no pueden adquirir las novedades editoriales más importantes, esta responsabilidad por fin me permitía hacer algo para contribuir a cambiar las cosas.

En realidad, este encargo nos creaba numerosos problemas prácticos en el Instituto. Digitalizar es un trabajo muy intensivo en tiempo y no contábamos con personal en la biblioteca que pudiera dedicarse en exclusiva a escanear documentos. De otro lado, la mera selección de los materiales que se podían escanear constituía una tarea enorme, ya que estábamos hablando de la producción de libros, revistas y tesis realizada a lo largo de cuatro décadas. Había que decidir, por tanto, por dónde empezar y había que trabajar rápido para ofrecer los resultados que CONACYT nos demandaba. Por último y no menos importante, había involucradas cuestiones de derechos de autor y de licencias de publicación que exigían un tratamiento *ad hoc* y obra por obra y para eso necesitábamos, además, asesoría legal. De no hacerlo, podíamos involucrar al Instituto en una demanda por la violación de contratos de publicaciones. Aunque ciertamente despacio, empezamos a cumplir el encargo y como siempre, el personal de biblioteca fue un ejemplo de organización.

El otro reto del momento era el traslado de parte de los fondos a la nueva sede: el “convento”, donde la antigua iglesia se ha convertido en una de las salas de lectura más bellas de la ciudad. De nuevo, el equipo de la biblioteca realizó el traslado y puso en marcha el nuevo espacio de forma impecable.

La etapa en el equipo de dirección sería para mí la última en el Instituto y mi último periodo en México. Hoy, pasados ya cuatro años desde que lo dejé, recuerdo aquellos años con muchísimo cariño y con una buena dosis de nostalgia. Pese al tiempo transcurrido, sigo añorando al Mora, a su gente, a la vieja casa de Valentín Gómez Farías y su patio que es uno de los rincones más hermosos de Mixcoac. Como dijo Benedetti, “extrañar es el costo que tienen los buenos momentos”, por eso precisamente yo sigo extrañando al Mora.

# LOS SENDEROS DEL LATINOAMERICANISMO Y LA INTERDISCIPLINA: NOTAS SOBRE MI EXPERIENCIA EN EL INSTITUTO MORA

Mateo Crossa

## PRESENTACIÓN

Ingresé a trabajar en el Instituto Mora en octubre de 2020, por lo que mi trayectoria en esta institución es notoriamente más breve que la de mis colegas que también participan en este libro. Cuando me llegó la invitación a colaborar en esta obra, me sentía reticente a aceptarla por considerar que mi acotada experiencia en el Mora no ofrecía un testimonio que enriqueciera el largo camino que en esta casa de investigación y docencia se ha construido para el estudio de América Latina. Pero después de pensarlo unos días pude darme cuenta que es precisamente la larga impronta latinoamericanista que vive en las raíces del Instituto Mora la que ofreció un camino para que una persona con mi formación tuviera un lugar como el que ahora tengo. Por tal motivo, luego de algunos días de meditarlo, decidí aceptar participar con este trabajo que ahora escribo con el fin de honrar el esfuerzo que a lo largo de 40 años se ha construido en esta institución, mismo que ha buscado colocar a la región latinoamericana en el centro del análisis social e historiográfico, así como optar por la interdisciplinariedad como camino científico en la construcción del conocimiento social nuevo, crítico y transformador.

En las siguientes páginas se podrá encontrar un recorrido por los años de mi formación previos a mi llegada al Instituto Mora, para posteriormente compartir algunas de mis experiencias estando dentro, participando en el programa doctoral de Estudios del Desarrollo. Problemas y Perspectivas Latinoamericanas, y recientemente como coordinador de la Maestría en Estudios Regionales. Mi intención será mostrar el recorrido coincidente que ha tenido mi vida con esta casa de estudios.



## LA ANTESALA: ENCUENTROS CON EL MORA A TRAVÉS DE LA HISTORIA DE AMÉRICA LATINA

Siendo adolescente, me carcomía una necesidad por conocer los tiempos y la vida del pequeño país a orilla del Río de la Plata del cual provenían mis raíces familiares más inmediatas. Mis dos padres son originarios de Uruguay y migraron a México tres años después del golpe de Estado militar, cuando el ejército tomó la Universidad de la República y se volvió prácticamente imposible construir una trayectoria académica en aquel país, si no era bajo las condiciones impuestas por el fuego y las balas del régimen dictatorial contra los movimientos estudiantiles, armados, los campesinos sin tierra y la clase trabajadora de la ciudad. Esta ofensiva militar se instauró con el fin de interrumpir violentamente el ascenso del movimiento social que sin duda amenazaba con transformarse un cambio social de dimensiones profundas. En este contexto migraron mis padres a México.

Frente a mi necesidad genuina por conocer mi historia, me di a la tarea noche tras noche de conversar con mi mamá sobre la historia de Uruguay. Tal fue el entusiasmo que, llegado el momento, ella tomó un libro entre sus varios títulos para sugerirme que juntos lo estudiáramos de manera disciplinada. Se trató del libro *Uruguay: una historia breve* (1994), editado por el Instituto Mora en 1994 y escrito por Silvia Dutrénit. A través de sus páginas, se hace una lectura de la historia de este país desde sus distintas temporalidades centradas en el desarrollo del capitalismo.

Estudí este libro con enorme gusto, porque además de estar muy bien escrito me mostraba una parte de mi propia historia. A través de sus páginas conocí la enorme gesta del libertador José Gervasio Artigas, quien encabezó una de las revoluciones sociales y populares más profundas que se han conocida en la historia de América Latina. En la segunda década del siglo XIX, con un ejército de pobres, gauchos, indios y esclavos encabezó la primera reforma agraria en la Banda Oriental –hoy Uruguay y Río Grande del Sur– que confiscó y repartió la tierra de grandes propietarios criollos y españoles. Esta hazaña sigue plenamente vigente en la actualidad, en un país y en una región donde el poder económico de los terratenientes sigue siendo el timón de la política y del Estado.

Leer y estudiar este libro no sólo me mostró la historia de Uruguay, sino que me permitió comprender los problemas y las realidades compartidas en la región Nuestramericana. Es decir, me brindó una aguda visión de los principales nudos que aquejan a la formación económica y política de toda latinoamericana. Las principales tensiones que han estirado la historia

del Uruguay, comparten y espejean con aquellas que recorren la formación histórica del México que me vio nacer y de nuestra región entera.

Mi encuentro con este libro fue mi primer acercamiento al trabajo que se ha realizado en Instituto Mora, institución que muchos años después se convertiría en la casa de estudios que me acogió.

Años después, en 2006, siendo estudiante universitario de la UAM, colaboraba con un grupo estudiantil en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. El contexto mexicano en aquellos años era sumamente agitado. Un fraude electoral que sacudió la vida pública nacional, la APPO que paralizó el estado de Oaxaca y una convocatoria para la organización de un movimiento nacional radical encabezado por el EZLN a través de lo que en aquel entonces se llamó la Otra Campaña. En ese contexto, un grupo de compañeros universitarios decidimos organizar un ciclo de conferencias sobre la historia de las gestas libertadoras de América Latina. Una de las mesas se trató justamente sobre José Gervasio Artigas y la reforma agraria en la Provincia Oriental. Para ello invitamos a quien era en aquel entonces embajador de Uruguay en México, José Ignacio Korseniak, y a la investigadora del Instituto Mora, Ana Buriano.

La primera presentación a cargo del embajador reivindicaba con grandilocuencia la política que hasta ese momento había puesto en marcha el gobierno nacional de Uruguay, encabezado por el partido de corte progresista Frente Amplio que había ganado las elecciones presidenciales un año y medio antes. Korseniak cerró su presentación diciendo que no había duda que el legado artiguista estaba en el centro de la política del nuevo gobierno, a lo cual le siguieron aplausos y elogios de la audiencia presente. Al momento que Ana Buriano tomó el micrófono, volteó a ver al embajador y sin titubeo alguno comenzó su presentación dirigiéndose a él con toda certeza “todo bien con la política del Frente Amplio, pero para que puedan decir que se sigue el legado artiguista, solamente les falta hacer una reforma agraria, ni más ni menos”. Esta afirmación, dicha con la agudeza que caracterizaba a Ana Buriano, dejaron congelados al embajador y al público en general. Sin temor alguno, Ana continuó con su presentación mostrando a ese Artigas de abajo, el general criollo del pueblo pobre, que cuestionó el poder latifundista que hasta el día de hoy domina la vida económica de aquel país.

De esta manera tuve mi segundo encuentro con el Instituto Mora, centro académico que tuvo a Ana Buriano y su espíritu profundamente latinoamericanista entre sus principales cimientos.

## EL ENCUENTRO CON EL INSTITUTO MORA

Una vez que concluí la maestría en Estudios Latinoamericanos en la UNAM, busqué opciones para hacer mis estudios doctorales en algún programa que me ofreciera una formación en la economía política del pensamiento latinoamericano. Es decir, un programa doctoral que estuviera anclado en las enormes riquezas que desde mediados del siglo XX ofrece América Latina para comprender el desarrollo de la economía mundial desde una óptica que ponga en el centro de la reflexión científica las asimetrías y desigualdades en la división internacional del trabajo entre las regiones centrales y las periféricas.

Estaba convencido de quedarme en México para hacer mis estudios de posgrado, o en algún país latinoamericano, pero no encontré una opción integral que me ofreciera una perspectiva latinoamericana al análisis de la economía global y sus impactos en la industria exportadora en la que me he especializado dentro de mi trabajo. Por tal motivo, decidí aprovechar un convenio que hay entre el doctorado de Estudios Latinoamericanos de la UNAM y el de Estudios del Desarrollo de la UAZ para realizar mis estudios. La combinación de estos dos programas me ofreció la posibilidad de profundizar mi conocimiento en el mundo de la economía política crítica desde las importantes contribuciones que se han desarrollado en América Latina, empezando por el pensamiento estructural de la CEPAL de mediados del siglo XX, pasando por la Teoría Marxista de la Dependencia, hasta las recientes aportaciones en torno al posdesarrollo y el Buen Vivir.

En el transcurso del doctorado, había notado por comentarios de mis profesores y compañeros que se había creado un novedoso programa de posgrado en el Instituto Mora: el Doctorado en Estudios del Desarrollo. Problemas y Perspectivas Latinoamericanas. Al buscar más información de este programa, pude observar que ahí se ofrecía la combinación que yo buscaba al momento de iniciar mis estudios de posgrado; es decir, la economía política desde el pensamiento latinoamericano. En ese momento me acordé de los encuentros que había tenido con el Instituto Mora y pensé en la huella latinoamericanista que habían dejado Ana Buriano y otras investigadoras en este Instituto, tal que ahora se ofrecía un doctorado poco común, con una perspectiva centrada en América Latina.

Un tiempo después, cuando iniciaba una estancia posdoctoral, me llegó la convocatoria para concursar por una plaza de investigador en el Instituto Mora, para impartir clases justamente en el doctorado del que algunos años antes había tenido noticia. No dudé en presentarme ya que se trataba de una oportunidad para aprender y aportar profesionalmente al estudio sobre América Latina desde una perspectiva crítica. Ingresé a laborar en esta

institución el 1 de octubre de 2020, en medio de la pandemia de la COVID-19, cuando toda la actividad académica se hacía a distancia. El primer curso que impartí fue el de Debates del Desarrollo, en el que pude adentrarme y conocer las diversas perspectivas y expectativas que tenían los alumnos, especialmente el enorme interés, deseo y necesidad por aprender sobre la realidad latinoamericana, entendida como una gran región que comparte experiencias históricas y similitudes estructurales en el terreno económico, político y cultural. Quedé sorprendido con el perfil de los estudiantes, muchos de ellos egresados de los programas de maestría del Instituto Mora, sobre todo por el pensamiento que se formaba en las clases y en las reflexiones colectivas en las que se pensaba el conocimiento, no como algo estéril, sino como una herramienta de transformación de los grandes problemas de la región.

En este curso pude sentir que recobraba nuevos sentidos el concepto de desarrollo; ese viejo concepto acuñado en los años gloriosos del capitalismo de posguerra que hacía referencia a la inminente necesidad de que las economías de la periferia avanzaran por el sendero de la modernidad, el progreso técnico y el crecimiento. Las miradas críticas y frescas de los estudiantes reclamaban salir de la noción lineal del desarrollo que sólo encubre la condición neocolonial y dependiente de América Latina, para generar lo que sigue siendo un reto hasta el día de hoy: la posibilidad de reformular y dar sentido a este concepto desde una perspectiva anclada en el Sur y hacia el Sur, que coloque en la vida digna y en común el mayor de sus objetivos. A través de la revisión de autores clásicos, críticos, heterodoxos, marxistas y otros poco conocidos, nos fuimos adentrando en las múltiples capas del pensamiento latinoamericano y en la centralidad que tiene la crítica al desarrollo en el pensamiento social de la región.

En este ejercicio pude observar algo que ya venía percibiendo en mi formación profesional, pero que cobró mayor sentido en la labor docente dentro de este programa doctoral. Al compartir reflexiones con los estudiantes y los colegas del programa, pude percibir con mayor claridad que la región latinoamericana es un espacio de gestación de poderosas ideas en torno a las nociones críticas sobre el desarrollo, debido fundamentalmente al diálogo interdisciplinario que se ha construido desde las ciencias sociales. La rica circulación de ideas provenientes de diversas matrices de pensamiento ha hecho que el concepto de desarrollo tal y como surgió en el escenario anglosajón no se haya tejido de manera hegemónica y unánime en América Latina y, contrario a ello, tenga una multiplicidad de alternativas que miran a lo local, nacional y regional con un potencial de transformación y emancipación de la vida social.

## LA INTERDISCIPLINA EN LA BASE DEL PENSAMIENTO SOCIAL

En el tiempo que llevo laborando en el Instituto Mora, he podido darme cuenta que el Doctorado de Estudios del Desarrollo –de reciente creación– no es un programa aislado del resto de la institución. Por el contrario, se trata de un programa que surgió de una apuesta interdisciplinaria que se ha tejido por muchos años y décadas en este centro de investigación. Es decir, es un esfuerzo común por poner en diálogo las múltiples miradas y perspectivas del pensamiento social que se han construido al interior del Mora desde su fundación en 1981. Por tal motivo, pude observar con mucho entusiasmo que los diferentes posgrados no existen confinados e incomunicadas entre sí, sino que hay un diálogo y una muy enriquecedora movilidad de la planta docente al interior de los programas, lo cual confluye en una muy dinámica y compleja circulación y alimentación de pensamiento científico social.

Esta confluencia fue el elemento central para que, a los pocos meses de haber ingresado, yo pudiera construir una vinculación de interés por el estudio de temáticas comunes con varios de mis colegas. Con mucha emoción pude sentir que hay un corazón académico que late por el interés de estudiar la realidad latinoamericana desde diferentes trincheras de la investigación social. La preocupación por tener a esta región en el centro de la agenda se compone como un hilo de tensión que atraviesa transversalmente a muchos seminarios de investigación, líneas de conocimiento y programas de este espacio académico. Aunque no es la única región que se estudia, sin duda América Latina es una de las principales preocupaciones que convocan al interés científico por conocer, estudiar, analizar y aportar al conocimiento social que se genera en el Mora.

La conjunción del diálogo dinámico que alimenta a la comunidad de investigadores y docentes y el interés por el estudio sobre América Latina ha producido una forma natural de practicar la ciencia social que sin titubeos camina por los senderos de la interdisciplina. Las perspectivas comunes, la confluencia de miradas, las articulaciones de diferentes ángulos disciplinarios y el interés articulado por estudiar y profundizar en el conocimiento de esta región desde múltiples bordes, permite que, a pesar de las diferentes perspectivas teóricas y metodológicas, haya un lenguaje común y una comunicación natural al interior de varios integrantes de esta comunidad, en la que América Latina es el pilar del cual se desprenden diversas agendas de investigación.

Un caso ejemplar de este ensamblaje de pensamientos es el interés por el estudio sobre Centroamérica. Desde la maestría he realizado investigación sobre la industria maquiladora y las condiciones de reproducción

del mundo del trabajo en esta actividad exportadora en Centroamérica, concentrándome en el caso particular de Honduras por ser el país del istmo centroamericano con mayor presencia de esta industria manufacturera de exportación. A pesar de la importancia que tiene la maquila en este país, es notorio el vacío de investigación que hay en torno a él en México, por lo que han sido pocos los espacios de interlocución.

Afortunadamente, los estudios sobre Centroamérica son un terreno fructífero entre varios colegas del Mora, por lo cual mis líneas de investigación rápidamente tuvieron un espacio de atención al momento de ingresar. El seguimiento puntual y estudio cuidadoso que desde hace muchos años han hecho Mónica Toussaint y Kristina Pirker en torno a la esfera de la historia política y los movimientos sociales en Nicaragua, El Salvador y Belice, así como la enorme riqueza de estudios historiográficos que han realizado Laura Muñoz y Johanna von Grafenstein sobre el Caribe, han logrado que dentro del interés académico que hay por América Latina dentro del Mora, el istmo centroamericano y el Caribe de ayer y de hoy sean una piedra medular en la agenda de investigación. Por este gran esfuerzo e interés en el estudio de esta región, no dudo en afirmar que, desde México, el Instituto Mora se ha convertido en un importante referente en los estudios sobre Centroamérica y el Caribe.

## LA CENTRALIDAD DE LOS ESTUDIOS REGIONALES

La base interdisciplinaria sobre la cual se sostiene la gran movilidad que hay al interior del Instituto Mora, lo cual permite que los diferentes programas de posgrados no se encuentren encajonados, me brindó la posibilidad para rápidamente encontrar afinidades con los diferentes posgrados, a tal grado que, a pocos meses de haber ingresado al Mora, fui invitado a participar como coordinador de la Maestría de Estudios Regionales (MER). Vale decir que, como un ejercicio valioso, en el Mora se tiende a incorporar a los académicos de recién ingreso a cargos administrativos con el fin de brindar la oportunidad de acercarse a la institución desde la gestión y no sólo desde la investigación. Por tal motivo, y por la afinidad temática con la que se mueven mis líneas de investigación, me integré a la coordinación de la MER en julio de 2021.

La MER se creó en 1985, cuatro años después de haberse fundado el Instituto Mora. No sólo es uno de los programas de posgrado más antiguos de la institución, sino que su fundación fue un importante esfuerzo por aglutinar la riqueza de pensamientos sobre el desarrollo regional en

México, siendo uno de los primeros programas de posgrado de estudios regionales que se crearon en el país.

Tal y como lo demostraron Javier Delgadillo y Felipe Torres en el libro *Estudios regionales en México* (2011), la enorme heterogeneidad en la formación económica y la evolución territorial del país han sido motivo para que se haya producido un gran interés dentro de las ciencias sociales, especialmente desde la geografía, por comprender los desenvolvimientos regionales en México. En esta obra, los autores denominaron “ciencias regionales” a la articulación interdisciplinaria dedicada al estudio del poblamiento, desarrollo y consolidación de las regiones. Así lo afirmaron: “De hecho, hoy la ciencia regional se ha convertido en un área del conocimiento que agrupa junto con la geografía, a una diversidad de ciencias paralelas como la historia, la sociología, la economía, la antropología, la ecología, la demografía, el urbanismo y muchas otras que con sus aportes constituyen instrumentos insustituibles para el conocimiento de nuestra realidad pasada y presente” (2022, p. 11).

Si bien la trayectoria de los estudios regionales en el Mora ha tenido una larga tradición, con diferentes ciclos y líneas de investigación, no cabe duda que el cruce de disciplinas y abordajes teórico-metodológicos ha sido uno de los pilares que la han mantenido con novedad y vitalidad hasta el día de hoy. En el programa se estudian problemáticas centrales de las diferentes articulaciones regionales en México y en América Latina, tanto a nivel económico y político, como cultural. Se analiza la historia regional, las políticas públicas, la articulación entre el territorio y la cultura, los procesos urbanos y rurales en clave regional. De igual manera se coloca la importancia en el estudio de la política y gestión del agua, un tema sumamente trascendental en nuestros tiempos. El diálogo fluido entre estas diferentes líneas de investigación brindan las herramientas para alcanzar niveles complejos de análisis que permiten evidenciar, estudiar y pensar en la transformación de las principales problemáticas que aquejan a la realidad nacional. Por su historia, su composición sociocultural y su lugar en la economía mundial, México comparte la heterogeneidad en las formaciones territoriales con el resto de América Latina, por lo que los estudios regionales en el Mora están interpelados por problemáticas comunes a la región latinoamericana, razón por la cual hay un rico diálogo a nivel académico, entre la planta de profesores y alumnos en el cual las temáticas que comúnmente se abordan en esta maestría se articulan bajo un diálogo con perspectiva latinoamericana, en el que la región, lo global, la historia, el presente y los futuros se tejen para generar una propuesta académica novedosa y en constante renovación.



## CONCLUSIÓN

América Latina es una región del mundo que siempre nos ha llamado al pensamiento creativo, a la novedad y sin duda a la producción de utopías. En ella se han producido algunas de las lecciones de pensamiento social emancipador más extraordinarias por las que posiblemente haya pasado la humanidad. Desde la Patagonia hasta el río Bravo, pasando por el Amazonas, los Andes, Centroamérica y el Caribe, la diversidad de espacios, tiempos, escalas, paisajes, culturas, lenguajes y rebeldías se mueven siempre bajo ritmos comunes y contrapunteos de heterogeneidades que hacen de este espacio del mundo un lugar de permanente producción de pensamientos, prácticas y saberes frescos y de vanguardia, que hunden sus raíces en múltiples pasados y en una memoria constante que pone en el centro la producción y reproducción de la vida en común.

América Latina es también un territorio de profundas asimetrías, desarrollos desiguales y una condición dependiente que día con día pone en entredicho la posibilidad de que las sociedades decidan su propio futuro, su propio camino. Es la tierra de las ciudades perdidas, de los pueblos originarios olvidados, de los jóvenes precarizados, de los niños marginados. Ya lo dijo hace muchos años Josué de Castro, América Latina forma parte de la geopolítica del hambre, no por escasez sino por nula distribución, por la concentración de enormes riquezas en pocas manos. Es el territorio de los golpes de Estado, de los militares en el poder, de los desaparecidos, de los feminicidios, del terror del Estado, del crimen organizado, de la represión. Frente a este panorama en el que permanentemente se vive entre la disputa de la vida por la muerte, las ciencias sociales tienen un enorme reto y responsabilidad de analizar la realidad y brindar herramientas para transformarla.

La apuesta latinoamericanista sobre la cual se cimenta el interés académico de un importante grupo de investigadores del Instituto Mora está en esta sintonía. Desde sus orígenes, diversos integrantes de esta institución han caminado bajo un afán imperativo por estar a la altura de las principales problemáticas que aquejan a esta región. Esta inagotable insistencia que se ha fomentado desde hace cuatro décadas por pensar y analizar críticamente el pasado, presente y futuro de América Latina ha permitido que hoy, este espacio de investigación y docencia, tenga la potencia y todas las posibilidades para convertirse en un importante referente en el pensamiento social latinoamericano y refrendar su lugar en la construcción del pensamiento social en México. Por ello, no dudo en afirmar que, a pesar de tener poco tiempo de pertenecer a esta comunidad, siento una enorme satisfacción de haber ingre-

sado a una casa común y colectiva en la que encuentro posibilidades de construir un conocimiento crítico y transformador, que mira desde el Sur, con un compromiso ético situado que se aleja de la banalidad y coloca en las ciencias sociales y en la interdisciplina un profundo sentido de responsabilidad frente a las problemáticas estructurales que aquejan a nuestra región.

## BIBLIOGRAFÍA

- Dutrénit Bielous, S. (1994). *Uruguay. Una historia breve*. México: Instituto Mora.
- Delgadillo Macías, J. y Torres Torres, F. (2011). *Estudios regionales en México: aproximaciones a las obras y sus autores*. México: Instituto de Investigaciones Económicas-UNAM.

## MÁS ALLÁ DE LA OBVIEDAD Y EL RECHAZO. APUNTES SOBRE EL INSTITUTO MORA Y LA HISTORIA RECIENTE/DEL PRESENTE DE AMÉRICA LATINA

Mario Virgilio Santiago Jiménez

En este breve texto exploraré dos supuestos que pueden resultar obvios para un cierto público lector, especialmente aquel que los asume como parte sustancial de su quehacer investigativo, a saber: 1) la historia y el presente –o el pasado reciente–<sup>1</sup> no son elementos contradictorios y 2) se puede hacer historia de América Latina desde México. Esa certeza, sin embargo, no es tal dentro de otros marcos institucionales en donde, incluso, son elevados al carácter de “herejías epistémicas”. En el mapa de esa tensión –obviedad y rechazo– se ubican los apuntes de las siguientes páginas, pero para iniciar debo ofrecer algunas coordenadas del lugar desde el cual parto.

Hace poco más de una década ingresé al Instituto como estudiante de la maestría en Historia Moderna y Contemporánea. Luego, casi como un recorrido “natural”, continué en el doctorado de Historia. Esa etapa formativa fue fundamental, pues constituyó un primer momento de replanteamiento sobre lo que sabía o suponía que era la disciplina histórica. Posteriormente, mantuve contacto con el Mora a través de diversos espacios e iniciativas académicas que intenté vincular con mis labores docentes, especialmente en la licenciatura en Historia. Ese intenso periodo se perfiló como un reto y, probablemente, como el segundo punto de desnaturalización, pues debía trabajar con estudiantes que habían aprendido al dedillo una serie de “reglas de oro”: la historia es el estudio del pasado, mientras más distancia temporal mayor objetividad, debemos privilegiar las fuentes documentales, etc. Finalmente,

<sup>1</sup> Es importante anotar que, aunque comparten intereses, objetos de estudio y abordajes, la historia del presente y la historia reciente no son sinónimos; por eso, durante el resto del trabajo utilizaré ambos términos unidos con una barra (/). Para mayores detalles sobre el recorrido historiográfico de cada una véase Bédarida, 1998; Aróstegui, 2004; Tusell, 2004; Águila, 2012; Allier, 2018, y Alonso, 2018.

regresé al Instituto en 2020 como profesor-investigador. En una vía paralela, mis pesquisas sobre las juventudes nacionalistas católicas en México y Argentina me han llevado a explorar cada vez con mayor interés los procesos de desarrollo historiográfico en las academias latinoamericanas y los problemas teórico-metodológicos de la historia reciente/del presente, pues he mantenido un diálogo constante con colegas del Cono Sur y, parcialmente, con periodistas cuyos trabajos rondan el estudio de las “derechas” en la región.

Aunque breve, el recorrido y los contrastes del paisaje institucional me han obligado a reflexionar sobre diversos supuestos que sostienen nuestro quehacer, pero como no ha sido un trabajo sistemático, sino complementario a mis labores académicas, debo reiterar que este ensayo es de carácter exploratorio y por ende carece de puntos de llegada. Además, dado que una primera versión fue hecha para dialogar con quienes fueron mis maestras, es muy probable que algo de lo que se expresará será eco de sus planteamientos. Por último, aunque en este punto ya es evidente, debo explicitar que estas páginas se definen entre lo testimonial y las anotaciones académicas.

## HISTORIA, PRESENTE Y AMÉRICA LATINA

Según Julio Aróstegui, durante buena parte del siglo XIX, en las academias europeas los términos “historia” y “contemporáneo” resultaban incompatibles, pues a uno correspondía el pasado y al otro el presente y el futuro. Hacia el último tercio del siglo, el dilema se resolvió con la consolidación de la historia contemporánea como una etapa homogénea y delimitada, desprovista de la experiencia de cambio que le imprimían quienes se identificaron como “contemporáneos”. Esto pasa con la historia del presente/reciente, perspectiva historiográfica cada vez más consolidada en espacios académicos de diversas latitudes, pero que ha sido objeto de numerosos cuestionamientos. Al respecto, recupero y sintetizo el listado de críticas que enumera el historiador chileno Ángel Soto Gamboa (2004):

### *A. No hay suficientes fuentes para abordar un periodo tan cercano*

Esta afirmación parte del supuesto de que únicamente las fuentes documentales –de preferencia oficiales– pueden ser fuentes históricas pues contienen mayor veracidad. Y uso deliberadamente la palabra “contienen” pues, generalmente, esa posición incluye la idea, no siempre explícita, de que la verdad está dentro de los documentos y, por extensión, de los archivos.

Una vía para repensar lo anterior sería visitar nuestras lecciones iniciales, cuando aprendimos que un papel viejo es eso y sólo adquiere la condición de “documento histórico” en la medida que está sujeto a una interpretación, es decir, a que alguien otorgue un sentido al contenido. De ahí, proseguimos a ampliar el espectro de vestigios del pasado susceptibles de ser pensadas como fuentes históricas.<sup>2</sup> El otro camino también nos exige recordar la primera formación –aunque tal vez en un semestre más avanzado–, cuando aprendimos que la verdad no es un fragmento de realidad que se oculta y que, por ende, puede ser descubierto, sino que es una construcción social.

*B. No hay suficiente distancia temporal entre el sujeto que analiza y el periodo estudiado. También enunciada como deben pasar 50 años –entiéndase una generación– para que algo pueda ser estudiado sin pasiones*

De ser así, los debates entre especialistas en torno a la conquista, la independencia y la revolución estarían perfectamente blindados ante “desviaciones pasionales” y serían meros intercambios de opiniones sesudas. Pero más allá de la ironía, lo cierto es que todo abordaje sobre las experiencias humanas en el tiempo parte de las condiciones del sujeto en un presente dado, un lugar social de enunciación que posibilita y condiciona su interpretación. Por tanto, sin negar que tiene incidencia, podemos afirmar que la distancia temporal no funciona como medida para definir la objetividad de una aproximación histórica.

*C. Al abordar fenómenos tan cercanos, el historiador desconoce el final de los procesos, es decir, carece de perspectiva temporal y, por ende, no es capaz de realizar una explicación completa*

Esta idea tiene al menos dos aristas. Primero, implica que el (supuesto) final determina la naturaleza del proceso y, por tanto, es la clave para definir todo aquello que le antecede. No sobra mencionar que esto implica el riesgo de “acomodar” los eventos para que lleguen a un final coherente, lo que generalmente va acompañado de una narración en la que los sujetos históricos parecen saber lo que ocurrirá y actúan en consecuencia. Segundo, se sostiene en el supuesto de que el objeto de estudio existe

<sup>2</sup> Esto es un primer paso para abordar el complejo problema de la saturación de información en un presente de avances tecnológicos y globalización extendida (Huguet, 2001).

por sí mismo y es independiente del sujeto que lo analiza. Nuevamente la verdad oculta esperaría a ser descubierta. En síntesis, se asume que el conocimiento sobre los extremos del proceso –antecedentes/inicio y consecuencias/desenlace– ofrece mayor certeza a la narración completa, anulando las posibilidades de otras interpretaciones.

*D. Al tratarse de eventos temporalmente cercanos y, por tanto, al estar saturados de intereses, es altamente probable que se sacrifique el rigor científico por el uso político*

La afirmación supone una condición de opuestos irreconciliables: una historia “aséptica” libre de intereses, filias y fobias, y una “politizada”. Sin embargo, la historia –al igual que otras formas de aproximación a la experiencia humana en el tiempo como la memoria, la leyenda y el mito– es un “campo de batalla política” permanente en el que conviven versiones “a modo” con aproximaciones objetivas delimitadas por criterios académicos, así como expresiones híbridas influenciadas por su presente.

*E. Atenta contra la historia unificada, pues reivindica las particularidades y contradicciones de los sujetos*

A diferencia de las anteriores, es poco probable que encontremos esta afirmación con tanta literalidad. Además, no sería privativa de las críticas hacia la historia del presente/reciente, sino que cuestionaría toda forma historiográfica que apelara a la complejidad de las trayectorias e interacciones humanas, en defensa de una narrativa lógico-causal habitada por héroes y villanos.

*F. La historia carece de herramientas para analizar los eventos recientes y, en general, el presente*

La respuesta inmediata a esta afirmación es contundente: sí. Sin embargo, se debe recordar que uno de los elementos centrales –tal vez el más importante– de la revolución historiográfica que significó la llamada “nueva historia” fue precisamente el diálogo interdisciplinario. A la distancia, esto no debería resultar extraño y, en consecuencia, la discusión giraría en torno a los límites y posibilidades de la historia.

*G. En síntesis, la historia del presente/reciente carece de objetividad*

Lejos de una concepción binaria que contraponen objetividad y subjetividad, y que las asocia con cuestiones positivas y negativas, respectivamente, podemos afirmar que la primera no pasa por la distancia temporal o la “neutralidad” del(la) historiador(ra), sino que se sostiene en los presupuestos teóricos y las herramientas metodológicas, así como en la coherencia argumentativa del relato producido.

Por todo lo anterior, insisto en que, lejos de ser una versión última o superior de la historia como disciplina –idea que correspondería a una visión historiográfica teleológica–, la historia del presente/reciente constituye un laboratorio ideal para pensar en las tres preguntas básicas que aprendemos al iniciar nuestra formación: ¿qué es la historia?, ¿cómo se hace?, ¿para qué sirve? Y en ese sentido, si aceptamos que la historia es el estudio del pasado con todo lo que esto conlleva, no tendría cabida el presente y se repetiría el dilema decimonónico que describió Aróstegui. En cambio, la salida parecería estar en la definición que aventuró Marc Bloch hace casi un siglo, justo en el marco de la revolución historiográfica francesa: “la historia es la ciencia de los hombres en el tiempo”. Sin embargo, hoy tendríamos que hacer algunos matices. Primero, sin duda, tendríamos que cambiar “hombres” por “seres humanos”, de nuevo, con todo lo que esto conlleva. Y segundo, no podríamos aceptar la idea del presente que el mismo Bloch deriva de su definición, pues pensarlo como un instante efímero tampoco daría cabida el estudio de la experiencia humana en presentes extendidos (Bloch, 2001, pp. 137-141, 147-148).

En todo caso, esta discusión tan amplia puede adquirir tintes bizantinos; sin embargo, mi recorrido académico –con contrastes y desnaturalizaciones incluidos– me ha llevado a pensar insistentemente en el rechazo a la historia del presente/reciente, al grado de comenzar una revisión (todavía en curso) sobre el presente en la historiografía mexicana del siglo XX, con base en la cual puedo sugerir que desde los primeros ejercicios profesionales, cuando se estableció la regla dorada de la distancia temporal como condición de objetividad, hasta las reflexiones del siglo XXI que hablan de un subcampo historiográfico en forma, pasando por los trabajos de los años ochenta que hablaban de una urgencia por explicar el pasado reciente ante la crisis vivida, lo contemporáneo devenido presente ha sido un problema para las y los historiadores en México y se ha optado por dos vías: ignorarlo y aislarlo o asumirlo como un problema legítimo (Santiago, 2020).



En el Instituto Mora existen actualmente dos seminarios dedicados a la historia reciente y del presente, respectivamente.<sup>3</sup> Ambos, lejos de la moda o la casualidad, iniciaron como la condensación de intereses y agendas de investigación diversas. En otras palabras, ninguno de los integrantes comenzamos trabajando historia del presente/reciente, sino que llegamos a un “campo por agregación”<sup>4</sup> a través de investigaciones muy diversas emparentadas a través de un presente demandante.

Dos seminarios en una misma institución no es producto de la casualidad. De hecho, cuando estudié en el Instituto me di cuenta que en una parte importante del claustro daba por sentado que se podía abordar el pasado reciente y el presente en un sentido amplio. Aún más, que esto implicaba convivir con otras ciencias sociales. En otras palabras, el campo por agregación no tenía rótulo, pero ya era una especie de “sentido común”. Esto, a su vez, tampoco es coincidencia, si pensamos que durante varios años –décadas incluso– en la institución se han anudado trayectorias vitales y agendas de investigación sobre historia oral, exilios políticos latinoamericanos, movimientos sociales, así como diplomacia y diplomáticos. De ahí que la primera reflexión explícita sobre la historia del presente en México fuera publicada en el Mora (Garay, 2007) y que, hasta este momento, se sigan formando generaciones de profesionales para quienes historia y presente no resultan opuestos irreconciliables. Esa forma de pensar la historia, entonces, se desarrolló en el Mora con una impronta latinoamericana y latinoamericanista, lo que me lleva al segundo supuesto.

De acuerdo con Hilda Sabato, la emergencia de los enfoques globales y transnacionales en la historiografía latinoamericana responde, entre otros elementos, al desgaste de los relatos sobre el pasado que se articulan en función de la constitución de la nación. Esto último, por cierto, remite al inciso C de las críticas a la historia del presente/reciente. Sin embargo, advierte la historiadora argentina, las naciones seguirán existiendo con su contingencia y porosidad, por lo que se mantendrán como objetos de estudio. Y agrega que, aunque la historia es una disciplina sin fronteras, quienes producimos conocimiento histórico estamos situados en un lugar social que incluye instituciones con líneas de investigación, preferencias, filias y fobias. ¿Cómo conciliar esta tensión? A decir de la autora, la clave estaría en los fundamentos de la disciplina, específicamente en “enfocar niveles espaciales y temporales diferentes,

<sup>3</sup> Seminario Interinstitucional Permanente Historia Reciente de América Latina: Hechos, Procesos, Actores (I. Mora/ECOSUR/Universidad Autónoma de Guerrero) y Seminario Permanente de Historia Contemporánea y del Tiempo Presente (I. Mora/IISUE-UNAM).

<sup>4</sup> Esta idea es sugerida por Bohoslavsky y Boisard para el caso de la historia de las derechas (2016).

según la índole del problema a explorar y los interrogantes que guíen al historiador”, pero sin pensar las escalas como una mera sucesión gradada que remita, una vez más, a una concepción lógico causal (Sabato, 2015).

En esa línea, el historiador argentino Ernesto Bohoslavsky ha planteado que, para pensar la historia de cualquier fenómeno social del subcontinente (o de sus habitantes en otras latitudes) como una historia latinoamericana, se debe tener la voluntad de desnacionalizar las historiografías de la región. Es decir, reconocer que la singularidad de cada caso sólo tiene sentido en la medida que lo comprendemos a la par de las similitudes y no a la luz de la teleología triunfalista de los relatos nacionalistas (2013).

Sin embargo, el alejamiento del enfoque nacionalista y la exploración de perspectivas distintas no pueden ser actos ingenuos. Ya en 1928, en sus siempre citadas y poco atendidas conferencias en Oslo, Marc Bloch señalaba la necesidad de comparar, pero con precisión metodológica, es decir, sin confundir el ejercicio con el mero contraste de objetos. Por otro lado, aunque los abordajes transnacionales y globales sin duda aportan elementos de complejidad a la explicación, pueden ir acompañados de la confusión entre perspectiva nacional y nacionalismo historiográfico, lo que deriva en afirmaciones ciertamente ingenuas sobre la necesidad de “superar” lo nacional, como si esto último fuese una forma primitiva de historia. Finalmente, no podemos olvidar el revisitado tema del “imperialismo académico”, cuya enunciación ha permitido reafirmar el ya mencionado nacionalismo historiográfico. Aunque, no sobra mencionarlo, muchos de los grandes trabajos de historia sobre América Latina producidos fuera de la región, ignoran –incluso en una época de gran acceso a materiales a través de la Internet– los trabajos de latinoamericanas(os), pues se les piensa atrapadas(os) en sus jaulas nacionales.

En todo caso, el reto lanzado no es sencillo, sobre todo cuando en nuestro entorno institucional priva el nacionalismo historiográfico fundado en la concepción del “hermano mayor” de la región y la muy conocida (y refutada) tesis de la excepcionalidad que, combinada con una deficiente comprensión de la comparación –al ser confundida con la equiparación– produce frases como “México y el país X no son comparables porque son muy diferentes”, en consecuencia, la propuesta de investigación sería inútil desde su concepción.

Si bien es cierto que en el Instituto se hace historia de México, también lo es que, desde sus inicios, se puso la mirada en otras latitudes. Además, el área de historia colinda y se traslapa con la sociología, los estudios regionales, la cooperación internacional y los estudios del desarrollo. Puesto así, de nuevo, en lugar de rechazo podríamos hablar de una obvedad, a saber: es válido, útil y necesario pensar la historia de México como parte

de América Latina y, en consecuencia, que la historia de este subcontinente es, al mismo tiempo, la historia de México. Este supuesto con dos caras ha sido un puente con diversos núcleos académicos e instituciones que lo asumen por igual y ha permitido que el Instituto se consolide como un nodo de redes, seminarios y publicaciones en los que convergen diversas miradas disciplinarias desde distintas latitudes. En esos espacios, la comparación y la visión transnacional han sido más que modas o herramientas ocasionales, lo que ha impactado en cierto público interesado y en la comunidad estudiantil que pasa por la institución, como se puede constatar en varios proyectos de investigación presentados en procesos de admisión, así como en numerosas tesis desarrolladas en el Mora. En otras palabras, los productos de investigación y la formación en el Instituto son reconocidos precisamente por asumir que se puede y se debe hacer historia de México en clave latinoamericana e historia de América Latina desde México.

## PARA CERRAR, ALGUNOS RETOS

En este breve texto toqué algunos puntos sobre la historia del presente/reciente y la perspectiva latinoamericana en la historiografía, cuyos supuestos son rechazados en ciertos entornos académicos, mientras que en otros, como el Instituto Mora, se han convertido en obviedades. Como resulta evidente hasta este punto, elegí pensar en el Instituto a través de mi propia experiencia, pues, al final, soy producto y parte de ese espacio académico.

Pero no fue mi intención “ver la paja en el ojo ajeno” –como se dice coloquialmente–, ni hacer una narración laudatoria, sino visitar esos supuestos para pensar en los retos que tenemos por delante. En ese sentido, me parece importante anotar que, además de ser perspectivas historiográficas con gran potencial explicativo, la historia del presente/reciente, así como los enfoques globales y transnacionales se están erigiendo, en algunos núcleos académicos, como modas cuya reivindicación otorga un cierto halo de legitimidad o hasta superioridad moral. De ser así, en el Instituto tenemos el reto de mantener una dinámica de trabajo ajena a la “historiografía de escaparate”.

De la misma forma, debemos profundizar las reflexiones teóricas y la pericia metodológica para apuntalar investigaciones críticas y propositivas. Ahí cobra sentido la interdisciplina, por lo que también resulta fundamental reforzar los puentes entre los diversos programas y grupos de trabajo de la institución. Por supuesto, esta dinámica de relaciones también debe profundizarse con aquellos espacios que comparten el supuesto latinoamericanista.

Finalmente, nos queda como tarea pensar en nuevas formas para difundir con mayor impacto el diálogo interdisciplinario en torno a la historia reciente/del presente y de América Latina que se hace en el Instituto, así como traducir todo ese trabajo en herramientas para las nuevas generaciones de estudiantes.

En síntesis, a riesgo de caer en el lugar común, me parece que una parte importante del diseño de la agenda a futuro en el Instituto, tendría soporte en la reflexión consciente sobre eso que parece obvio: la historia y el presente o el pasado reciente no son polos opuestos; la historia de México es, al mismo tiempo, la historia de América Latina. El resto, corresponderá al trabajo cotidiano de las y los investigadores que habitamos el Mora.

## BIBLIOGRAFÍA

- Águila, G. (2012, enero-junio). La historia reciente en la Argentina: un balance. *Historiografías, Revista de Historia y Teoría*, 3, 62-76.
- Allier, E. (2018, julio). Balance de la historia del tiempo presente. Creación y consolidación de un campo historiográfico. *Revista de Estudios Sociales*, 65, 100-112.
- Alonso, L. (2018, enero-junio). La “Historia reciente” argentina como forma de Historia actual: emergencia, logros, ¿bloques? *Historiografías, Revista de Historia y Teoría*, 15, 72-92.
- Aróstegui, J. (2006). La contemporaneidad, época y categoría histórica. *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 36-1, 107-130. Madrid, España.
- Aróstegui, J. (2004). *La historia vivida. Sobre la historia del presente*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bédarida, F. (1998). Definición, método y práctica de la historia del tiempo presente. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 20, 19-27. España: Universidad Complutense.
- Bloch, M. (2001). *Apología para la historia o el oficio de historiador*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bohoslavsky, E. y Boisard, S. (2016). Las derechas en América latina en el siglo xx: problemas, desafíos y perspectivas. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. École des hautes études en sciences sociales, Francia. Recuperado de <https://journals.openedition.org/nuevomundo/68802> [Consulta: 14 de mayo de 2019.]
- Bohoslavsky, E. (2013, agosto). Algunas reflexiones sobre la historiografía actual de América Latina. *Cuadernos del GESCAL*, 1, 24-31.
- Garay, G. de (2007). ¿Por qué estudiar la historia del tiempo presente? Prólogo. En G. de Garay (coord.), *Para pensar la historia del tiempo presente. Aproximaciones teórico-metodológicas y experiencias empíricas* (pp. 7-30). México: Instituto Mora.

- Huguet Santos, M. (2001). Historia del tiempo presente e historia de las relaciones internacionales. *Ayer*, 42, 43-69.
- Sabato, H. (2015). Historia latinoamericana, historia de América Latina, Latinoamérica en la historia. *Prismas, Revista de Historia Intelectual*, 19, 135-145.
- Santiago Jiménez, M. V. (2020). Entre lo contemporáneo y el presente. Apuntes para pensar el pasado reciente como problema en la historiografía mexicana. En S. Dutrénit y E. Coraza (eds.), *Historia reciente de América Latina: hechos, procesos y actores* (pp. 47-75). México: Instituto Mora/El Colegio de la Frontera Sur.
- Soto Gamboa, A. (2004, invierno). Historia del presente: estado de la cuestión y conceptualización. *Historia Actual Online*, 3, 101-116.
- Tusell, J. (2004). La historia del tiempo presente en España. En R. Rémond *et al.*, *Hacer la historia del siglo XX* (pp. 37-46). Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.



## SOBRE LOS AUTORES

### *María del Carmen Collado Herrera*

Profesora-investigadora Titular E del Instituto Mora. Líneas de investigación: historia contemporánea y del tiempo presente en México, historia de las relaciones México-Estados Unidos, historia urbana de la Ciudad de México, historia empresarial. Algunas de sus publicaciones recientes: María del Carmen Collado Herrera (coord.) (2021). *Nueve ensayos sobre historia del tiempo presente. Una mirada desde México*, México, Instituto Mora, 242 pp. ISBN: 978-607-8793-18-1; “Historia del tiempo presente: algunas reflexiones metodológicas” (2021), en *Presente y Pasado*, Universidad de los Andes, Venezuela, vol. 56, núm. 51, junio, pp. 17-41; “Dwight W. Morrow. El viraje hacia la negociación” (2021) en Roberta Lajous, Erika Pani, Paolo Riguzzi y María Celia Toro, *Embajadores de Estados Unidos en México. Diplomacia de crisis y oportunidades*, México, El Colegio de México/Secretaría de Relaciones Exteriores/Instituto Matías Romero, pp. 157-177, y “La intolerancia al otro, una tendencia histórica recurrente” (2020) en Ana Rosa Suárez, *Descifrando a Trump desde la historia*, México, Instituto Mora. pp. 202-227.

### *Mateo Crossa*

Profesor-investigador del Instituto Mora. Sus líneas de investigación giran en torno a la economía política, desarrollo y dependencia en América Latina, con énfasis en la reestructuración productiva internacional y el mundo del trabajo, especialmente en México y Centroamérica. Algunas de sus publicaciones recientes: Mateo Crossa y Josefina Morales (2021), “Escalamiento in-



dustrial o industrialización dependiente” en Jorge Basave (coord.), *La política industrial en México: antecedentes, lecciones y propuestas*, IIEC-UNAM, México. ISBN: 978-607-30-5278-8, pp. 335-371; Mateo Crossa (2022), “Worker resistance in the formation of the maquiladora enclave in Honduras” en *Latin American Perspectives* <https://doi.org/10.1177/02F0094582X221114808>; Mateo Crossa (2022). “Distorted linkages and labor devaluation: an exploration of automotive value chain-driven ‘development’ in Ciudad Juárez, Mexico” *Canadian Journal of Development Studies*, <https://doi.org/10.1080/02255189.2022.2058469>, y Mateo Crossa y Raúl Delgado Wise (2021), “Desarrollo desigual en el complejo automotriz México-Estados Unidos: control monopólico del conocimiento y migración altamente calificada” en *Migración y Desarrollo*, vol. 19, núm. 37, pp. 65-92, en <https://doi.org/10.35533/myd.1937.rdw>

*Carlos Domínguez Virgen*

Profesor-investigador Titular C del Instituto Mora. Líneas de investigación y docencia: sociología de la cultura, historia oral y cambio social, estudios sobre el desarrollo. Algunas de sus publicaciones recientes: “Back to the future: smart technologies and the sustainable development goals”, coautorado con Claudia Ortiz (UNAM) y Simone Lucatello (Instituto Mora) (2022), en Heinz D. Kurz *et al.*, *The routledge handbook of smart technologies: an economic and social perspective*; *Autonomía y resistencia en el siglo XXI: Voces del Teatro Independiente en la Ciudad de México* (2022), libro coordinado en conjunto con Julio César López (INBA), Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, y *Desarrollo, diplomacia y políticas públicas: testimonios del embajador Cassio Luiselli* (2022), Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

*Silvia Dutrénit Bielous*

Profesora-investigadora Titular E de tiempo completo del Instituto Mora. Sus líneas de investigación y docencia están centradas en la historia política reciente de América Latina, en especial a las distintas facetas de los exilios, al estudio de la relación entre política y justicia en las decisiones gubernamentales y al rol de los equipos de antropología forense en América Latina. Algunas de sus publicaciones recientes: *Forensic anthropology teams in Latin America* (ed.) (2020). Routledge, Londres y Nueva York. ISBN: 978-0-367-14338-1; *Historia reciente de América Latina: hechos, procesos, actores* (editora junto a Enrique Coraza) (2010). México, Instituto Mora-ECOSUR. ISBN: 978-607-

8793-01-3 (Instituto Mora) ISBN: 978-607-8767-25-0 (ECOSUR); “Revisitando a dos presas políticas mexicanas. Balance de sueños y gestas rebeldes, 1968-2014” (en coautoría con Graciela de Garay) (2021) en *Encuentros Latinoamericanos*, vol. v, núm. 1, enero-junio, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación-UdelaR, Montevideo, pp. 5-33. ISSN: 1688-437X. Disponible en <https://ojs.fhce.edu.uy/index.php/enclat/index>

*Rodrigo Rafael Espino Hernández*

Profesor ordinario de carrera Titular A de tiempo completo, adscrito al Centro de Enseñanza para Extranjeros, UNAM, Campus Taxco. Línea de investigación: historia de la minería colonial en América Latina y en México. Línea de docencia: historia latinoamericana y de México en sus distintas épocas y periodos. Algunas de sus publicaciones recientes: *Historia de la hacienda El Chorrillo* (2017). México, UNAM, Centro de Enseñanza para Extranjeros, 108 pp.; “Breve reseña histórica del CEPE-Taxco: 1992-2017” (2019) en *Memorias. 25 años del CEPE Taxco*, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, pp. 13-18; *Taxco: aspectos de la minería durante el siglo XVI y principios del siglo XVII* (2020). México, Ayuntamiento Municipal de Taxco, Centro de Enseñanza para Extranjeros-Taxco, 222 pp.

*Johanna von Grafenstein*

Profesora-investigadora Titular E del Instituto Mora. Líneas de investigación y docencia: estudio del Caribe como región geohistórica; la historia del Caribe y sus vínculos económicos y administrativos con la Nueva España; los intereses y conflictos internacionales en el Caribe; la historia e historiografía de Haití, así como en el tema del corso y la llamada insurgencia externa durante las guerras de independencia hispanoamericanas. Algunas de sus publicaciones recientes: *Entre lo legal, lo ilícito y lo clandestino. Prácticas comerciales y navegación en el Gran Caribe, siglos XVII al XIX*, coordinado con Rafal Reichert y Julio César Rodríguez Treviño (2018). México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 408 pp.; *El pensamiento económico del reformismo criollo*, junto con José Antonio Piqueras (2020), “El financiamiento de las plazas militares del Gran Caribe hispano” en Iván Valdez-Bubnov, Sergio Solbes Ferri y Pepijn Brandon (coords.), *Redes empresariales y administración estatal: la provisión de materiales estratégicos en el mundo hispánico durante el largo siglo XVIII*, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, pp. 223-269.

*Diana Guillén*

Profesora-investigadora Titular E de tiempo completo en el Instituto Mora y docente en la Universidad Nacional Autónoma de México. Entre sus líneas de trabajo destacan las que giran alrededor de las instituciones y las prácticas sociopolíticas. Algunas de sus publicaciones recientes: Diana Guillén y Joel Ortega Erreguerena, “¿Ciudadanías clientelares? Una mirada a las prácticas políticas en Tlalpan” (2021) en *Espiral Estudios sobre Estado y Sociedad*, vol. 28, núm. 80, pp. 269-299; Diana Guillén, “Fantasmas autoritarios e incertidumbres democráticas: una mirada a San Pedro Garza García Nuevo León” (2020) en *Democracias en vilo. La incertidumbre política en América Latina*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, pp. 309-343; Diana Guillén, “¿Urnas empoderadas versus violencia electoral? A propósito de nuestros claroscuros democráticos” en *México 2012-2018 ¿Erosión de la democracia?* (2019), México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Editorial Casa Juan Pablos/Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, pp. 85-112.

*Alberto Martín Álvarez*

Investigador distinguido de la Universitat de Girona (España). Sus líneas de investigación: los movimientos sociales, la protesta popular, los movimientos revolucionarios y las ideologías de cambio radical en América Latina y Europa. Algunas de sus publicaciones recientes: *Building the radical identity. The diffusion of the ideological Framework of the new left* (2022). Cambridge, Peter Lang, (editor junto a Eduardo Rey Tristán); “Guerrillas and social movements. The supportive environment of the Salvadoran Armed Left during the seventies” (2022) en *Partecipazione e Conflitto*, vol. 15, núm. 1, pp. 175-192, y “El activismo anticolonial francés y América Latina: la organización *Solidarité* y su relación con las guerrillas latinoamericanas (1962-1970)” (2022) en *Araucaria, Revista Iberoamericana de Filosofía, Política, Humanidades y Relaciones Internacionales*, año 24, núm. 50, pp. 465-486.

*Kristina Pirker*

Profesora-investigadora Titular A del Instituto Mora. Líneas de investigación: movimientos sociales y acción colectiva en México y Centroamérica, violencias políticas en América Latina: continuidades y rupturas. Líneas de docencia: sociología política, militarismos y dictaduras militares en América

Latina, metodología cualitativa. Algunas de sus publicaciones recientes: libro colectivo *Confrontación de imaginarios. Los antiimperialismos en América Latina* (coordinación con Julieta Rostica), México/Buenos Aires, CLACSO/Instituto Mora, 2021; artículos “Moverse entre lo local y lo global: Activismo transfronterizo, migración entre Chiapas y Guatemala” (2022) en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, nueva época, año LXVII, núm. 246, septiembre-diciembre, pp. 205-238, y “Cambiar las narrativas: acompañamiento humanitario, legal y político a mujeres en tránsito por México” (2022) en *Revista Interdisciplinar da Mobilidade Humana*, vol. 30, núm. 65, pp. 141-167.

### *Mario Virgilio Santiago Jiménez*

Profesor-investigador asociado A del Instituto Mora. Líneas de investigación y docencia: historia política de México y Argentina (siglo xx) con énfasis en actores de derechas; historia del tiempo presente con énfasis en problemas teórico-metodológicos y procesos historiográficos. Algunas de sus publicaciones recientes: “La universidad como ‘campo de batalla’. Tres escenarios de participación política de jóvenes católicos radicales anticomunistas en México 1934-1975” (2020) en *Contemporánea. Historia y Problemas del siglo xx*, núm. 1, vol. 12, Departamento de Historia del Uruguay-Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación-Universidad de la República/Archivo General de la Universidad de la República, Uruguay, pp. 86-102. ISSN: 1668-9746; formato digital: <https://ojs.fhce.edu.uy/index.php/cont/article/view/760/639>; “Una frontera porosa. La relación entre historia del tiempo presente y periodismo de investigación” (2021) en María del Carmen Collado Herrera (coord.), *Nueve ensayos sobre historia del tiempo presente. Miradas desde México*, México, Instituto Mora, pp. 79-100. ISBN: 978-607-8793-18-1; “Entre lo contemporáneo y el presente. Apuntes para pensar el pasado reciente como problema en la historiografía mexicana” (2020) en Silvia Dutrénit y Enrique Coraza (eds.), *Historia reciente de América Latina: hechos, procesos y actores*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/El Colegio de la Frontera Sur, pp. 47-75. ISBN: 978-607-8793-01-3 / 978-607-8767-25-0.

### *Laura Muñoz*

Profesora-investigadora titular E del Instituto Mora. Principales líneas de investigación: el Caribe y sus representaciones, relaciones de México con el Caribe, y política exterior de México y geopolítica. Algunas de sus publicaciones

recientes: “Murder in the tropics. La participación de México frente al conflicto fronterizo dominico-haitiano de 1937” (2021) en Margaret Shrimpton y Antonino Vidal, *Desde otros Caribes: fronteras, poéticas e identidades*, Universidad del Magdalena/CONACYT/Asociación Colombiana de Estudios del Caribe. ISBN: 978-958-746-440-5 (epub); “Revolution and war brooded over the place. La revolución haitiana y sus protagonistas en National Geographic” (2021) en *Revue d’Histoire Haïtienne: Haïti et le Monde Atlantique*, núm. 2, Les Éditions du Cidihca, pp.185-208. ISBN: 978-2-89454-439-6 (papier). *Narrar el Caribe. Visiones históricas de la región* (coord.) (2019), México, Instituto Mora.

*Alejandro Monsiváis Carrillo*

Profesor-investigador en El Colegio de la Frontera Norte. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel II. Actualmente investiga acerca de las condiciones asociadas a la resiliencia de la democracia en escenarios de polarización y populismo. Sus publicaciones abordan temas de cultura política, confianza institucional, derechos ciudadanos, deliberación, legitimidad y apoyo popular a la democracia.

*Mónica Toussaint*

Doctora en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Profesora-investigadora de tiempo completo y docente de los programas de posgrado del Instituto Mora. Tutora del posgrado en Estudios Latinoamericanos de la UNAM. Sus temas de investigación son: historia de las relaciones México-Centroamérica-Estados Unidos, siglos XIX y XX; historia de la política exterior de México; historia de la frontera sur e historia oral de la diplomacia mexicana. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores y de la Academia Mexicana de Ciencias.

*Pensar América Latina y el Caribe desde el Instituto Mora*  
se terminó de imprimir el 23 de diciembre de 2022,  
en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso S. A. de C. V. (IEPSA).  
Calz. San Lorenzo 244, Col. Paraje de San Juan, Alcaldía Iztapalapa,  
C. P. 09830, Ciudad de México

Edición realizada a cargo de la Subdirección de Publicaciones  
del Instituto Mora. En ella participaron:  
*corrección de estilo*, Javier Ledesma;  
*corrección de pruebas*, María Teresa Dávila Ortíz de Montellano, Claudia Nava y  
Javier Ledesma,  
*diseño de portada y edición de imágenes*, Marco Ocampo;  
*formación de páginas*, Punto Gif DS;  
*cuidado de la edición*, Javier Ledesma y Yazmín Cortés.  
La edición consta de 500 ejemplares.

Fecha de aparición en formato PDF  
9 de enero de 2023.

*Pensar América Latina y el Caribe desde el Instituto Mora* recoge el testimonio de trece colegas que en distintos momentos se han integrado a nuestra planta académica y que en algunos casos han migrado a otras trincheras. Dejar huellas editoriales de la conversación a muchas voces sostenida con todos ellos a finales de agosto del 2021, permite resguardar memorias que ayudan a reconstruir fragmentos particulares de la historia institucional. Anécdotas y vivencias personales se entrelazan con resultados de investigación y docencia y con ejercicios de colaboración dentro y fuera del Instituto como parte de las remembranzas a las que convocó el (re)encuentro con el que celebramos un cumpleaños más, el número 40, del espacio de trabajo que muchas y muchos de nosotros consideramos una segunda casa. El caleidoscopio resultante guarda la experiencia de quienes dimos los primeros pasos para dejar plantada la semilla latinoamericanista y caribeña, de quienes han abonado a cultivarla y de quienes tomarán la estafeta cuando un necesario relevo generacional se consume.



**CONAHCYT**

